ELIZABETH KAY
SIETE MENTIRAS
Se lo cuentan todo. Excepto la verdad.
Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
La primera mentira
1
La segunda mentira
2
3
4
5
6
7
8
9
La tercera mentira
10
11
12
13
14
15
La cuarta mentira
16
17
18
19
20
La quinta mentira
21
22
23

24
25
26
27
28
29
30
La sexta mentira
31
32
33
34
35
36
37
38
La séptima mentira
39
40
41
42
43
44
La verdad
45
Después. Cuatro años más tarde
46
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Jane y Marnie han sido inseparables desde los once años. Se adoran y siempre lo han compartido todo. Pero, cuando Marnie le presenta al hombre del que se ha enamorado, Jane miente a su amiga del alma por primera vez en su vida. Porque Charles no le gusta, pero prefiere no decírselo. Porque incluso las mejores amigas guardan algún secreto.

A medida que pasan los años, a esa primera mentira sin importancia le sucederán otras que marcarán sus vidas para siempre. Porque si Jane hubiera sido sincera desde el comienzo, tal vez ahora el marido de su mejor amiga seguiría vivo…

Ahora Jane tiene la oportunidad de contar la verdad.

La pregunta es: ¿la vas a creer?

Siete mentiras

Elizabeth Kay

Traducción de Aurora Echevarría

La primera mentira

1

—Y así es como la conquisté —dijo sonriendo.

Se recostó en la silla, llevándose las manos a la nuca y ensanchando el pecho. ¡Siempre hablaba con tanta suficiencia! Su mirada pasó de mí al tonto que estaba sentado a mi lado, esperando una reacción. Quería ver aparecer una sonrisa en nuestra cara, sentir nuestra admiración, nuestro asombro.

Yo lo odiaba. Lo odiaba en un sentido bíblico, apasionado y total. Odiaba que repitiera esa historia cada vez que iba a cenar a su casa, todos los viernes por la noche. No importaba a quién llevara conmigo. No importaba con qué tarado estuviera saliendo en ese momento.

Él siempre contaba la misma historia.

Verás, esa historia era su último trofeo. Para un hombre como Charles —triunfador, rico, encantador—, una mujer guapa, lista y brillante como Marnie era la medalla final de su colección. Y como vivía del respeto y la admiración de los demás, y tal vez no percibía ni lo uno ni lo otro en mí, se los arrancaba a los otros invitados.

Lo que me habría gustado decir y no le dije es que el corazón de Marnie nunca había sido suyo para conquistarlo. Si somos sinceros, y yo lo estoy siendo por fin, un corazón nunca se conquista. Sólo se entrega y se recibe. No es posible persuadirlo, engatusarlo, cambiarlo, apaciguarlo, robarlo, endurecerlo ni tomarlo. Y mucho menos conquistarlo.

—¿Crema de leche? —preguntó Marnie.

Estaba de pie junto a la mesa de comedor, con una jarrita de loza blanca en las manos. Se había recogido el pelo pulcramente por encima de la nuca dejándose unos rizos sueltos alrededor de la cara, y llevaba el collar torcido, de modo que el cierre y el colgante reposaban juntos sobre el esternón.

Negué con la cabeza.

—No, gracias.

—A ti no te lo digo —respondió ella, y sonrió—. Ya sé que no.

Quiero decir algo ahora, antes de que empecemos. Marnie Gregory es la mujer más impresionante, inspiradora y asombrosa que conozco. Ha sido mi mejor amiga desde que nos conocimos en el instituto hace más de dieciocho años, así que nuestra relación ya ha alcanzado la mayoría de edad.

Era nuestro primer día y estábamos haciendo cola en un pasillo largo y estrecho, una fila de preadolescentes que serpenteaba hacia una mesa situada en el otro extremo. Había grupos apiñados en corros cada pocos metros, sobresaliendo de la ordenada hilera única como ratones en el vientre de una serpiente.

Yo estaba nerviosa, era consciente de que no conocía a nadie y me estaba preparando psicológicamente para estar sola y desamparada la mayor parte de una década. Me quedé mirando a esos grupos e intenté convencerme a mí misma de que no quería formar parte de ninguno.

Di un paso demasiado grande y demasiado rápido, y pisé los talones de la niña que tenía delante. Ella se volvió. Me entró el pánico, convencida de que me humillaría, me gritaría y me menospreciaría delante de mis iguales. Pero en cuanto la vi el miedo desapareció. Sé que sonará ridículo, pero Marnie Gregory era como el sol. Lo pensé entonces y a menudo lo pienso ahora. Tiene la tez sorprendentemente pálida, de un crema aporcelanado que sólo de vez en cuando sube de tono —después de hacer ejercicio, por ejemplo, o cuando se pone extraordinariamente contenta—, sonrosándole las mejillas. Su pelo es de un color cobrizo intenso, ondulado en tirabuzones rojizos y dorados, y sus ojos pálidos, de un azul casi blanco.

—Perdona —le dije retrocediendo, y bajé la vista hacia mis flamantes zapatos nuevos.

—Me llamo Marnie. ¿Y tú?

El primer encuentro es representativo de toda nuestra relación. Marnie es muy abierta y habla con un tono que infunde cordialidad y afecto. Es modesta, segura de sí misma y valiente, y no es consciente de las ideas preconcebidas que uno puede llevar a una conversación. Yo, en cambio, soy totalmente consciente. Temo cualquier posible hostilidad y siempre estoy esperando lo que sé que finalmente ocurrirá. Siempre cuento con que me ridiculicen. Entonces me

asustaba que me juzgaran por el acné de la frente, el pelo castaño desvaído o el uniforme fachoso. Ahora, por el tono tembloroso de mi voz, la ropa cómoda y poco favorecedora con que me visto, el pelo, las zapatillas de deporte, las uñas mordidas.

Ella es la luz, mientras que yo soy la oscuridad.

Lo supe entonces. Ahora tú también lo sabrás.

—¿Su nombre? —bramó la profesora de blusa azul que estaba de pie detrás de un escritorio al comienzo de la cola.

—Marnie Gregory —respondió ella, firme y segura.

—E... F... G... Gregory. Marnie. Ésa es su aula, la que tiene una «C» en la puerta. ¿Y quién es usted?

—Jane.

La profesora levantó la vista del papel que tenía delante y puso los ojos en blanco.

—Ah, perdone. Baxter. Jane Baxter.

Consultó la lista.

—Con ella. Por allí. La puerta de la «C».

Habrá quien diga que fue una amistad de conveniencia y que yo habría aceptado cualquier palabra de amabilidad, afecto o cariño. Y tal vez sea cierto. En cuyo caso podría replicar que estaba escrito que estuviéramos juntas, que nuestra amistad estaba predestinada, porque más adelante ella también me necesitaría.

Suena estúpido, lo sé. Y probablemente lo es. Pero a veces podría jurarlo.

—Sí, por favor —dijo Stanley—. Yo tomaré crema de leche.

Tenía dos años menos que yo y era un abogado con varios títulos. Su pelo era de un rubio casi blanco y le caía sobre los ojos, y sonreía todo el tiempo, a menudo sin razón aparente. Sabía hablar con las mujeres, a diferencia de casi todos sus colegas; supongo que era consecuencia de una niñez rodeada de hermanas. Pero era profundamente aburrido.

Como era de esperar, Charles parecía estar disfrutando de su compañía. Lo que hizo que me gustara aún menos.

Marnie pasó la jarrita por encima de la mesa, sujetándose con una mano la blusa para que la tela —seda, creo— no tocara el frutero.

—¿Algo más? —preguntó mirando a Stanley, luego a mí y

finalmente a Charles.

Él llevaba una camisa de rayas azules y blancas con los botones superiores desabrochados, y entre los bordes de la tela asomaba un triángulo de vello oscuro. Los ojos de ella se posaron por un momento allí. Él negó con la cabeza, y la corbata, aflojada alrededor del cuello, se le deslizó más hacia la izquierda.

—Perfecto —dijo Marnie, sentándose y cogiendo la cuchara de postre.

La conversación estuvo dominada, como siempre, por Charles. Stanley podía seguirla, intercalando sus propios éxitos siempre que le era posible, pero yo me aburría y creo que Marnie también. Las dos estábamos recostadas en nuestras sillas, absortas en las conversaciones imaginarias que se desarrollaban en nuestra propia mente mientras apurábamos el vino.

A las diez y media, Marnie se puso de pie, como era su costumbre, y dijo:

—Bien.

—Bien —repetí yo, levantándome también.

Recogió los cuatro boles de la mesa y los apiló en la curva de su brazo izquierdo, y una pequeña gota de jugo rosado de una frambuesa que había en uno de ellos se diluyó en el blanco de su blusa. Cogí el frutero ya vacío (lo había hecho ella en una clase de cerámica unos años antes) y la jarrita de la crema de leche y la seguí hasta la cocina, que se encontraba en la parte trasera del piso.

Ese piso, el piso de los dos, era testimonio de su relación. Charles había pagado la elevada fianza, como pagaba la mayoría de las cosas, pero ante la insistencia de Marnie. Ella supo al instante que era perfecto para ellos, y no te sorprenderá saber que tiene grandes dotes persuasivas.

Cuando se mudaron a él era poco más que un cuchitril: pequeño, oscuro, sucio, húmedo, distribuido en dos plantas y totalmente abandonado. Pero Marnie siempre ha sido una visionaria; ve cosas que los demás no vemos. Encuentra esperanza en los lugares más oscuros —absurdamente, en mí— y confía en sí misma para convertirlo en algo grandioso. Siempre he envidiado ese aplomo. En su caso, es fruto de la persistencia. No tiene miedo al fracaso, no porque no haya fracasado nunca, sino porque el fracaso sólo ha sido un rodeo, un pequeño desvío, en un camino que finalmente la ha llevado al éxito.

Trabajó incansablemente (por las noches, los fines de semana y todos los festivos del año) para hacer de él algo hermoso. Con sus pequeñas manos arrancó papel pintado, lijó puertas, pintó armarios, fijó moquetas, puso suelos de madera, remendó estores: todo. Hasta que esas habitaciones irradiaron el mismo calor que ella; una confianza serena, una sensación de hogar reconocible aunque indefinible.

Marnie puso los boles en el lavavajillas dejando un espacio entre cada uno.

—Se limpian mejor así —dijo.

—Lo sé —respondí, porque decía lo mismo todas las semanas en respuesta al pequeño gruñido que hacía yo, ya que me parecía un despilfarro de agua.

—Las cosas van bien con Charles —comentó.

Un estremecimiento me recorrió la columna vertebral y me erguí, forzando la entrada de aire en mis pulmones.

Sólo habíamos hablado de su relación una vez, en una conversación marcada por las complejidades de una amistad de muchos años. Desde entonces nos habíamos referido a ella únicamente en términos muy prácticos: sus planes para el fin de semana; la casa que tal vez algún día comprarían en las afueras de Londres; la madre de él, enferma de cáncer, que moría de una muerte lenta, dolorosa y solitaria en Escocia.

No habíamos hablado, por ejemplo, de que ya llevaban tres años juntos ni de que varios meses antes yo había encontrado, de forma inesperada —y sé que no debería haber fisgoneado—, un anillo de diamantes en el fondo de la mesilla de noche de Charles. Tampoco habíamos hablado de que, aun sin ese anillo, avanzaban a toda velocidad hacia un compromiso permanente que los uniría para siempre, con una clase de vínculo que nunca había existido entre ella y yo, ni siquiera después de casi veinte años.

No habíamos hablado de mi aversión hacia Charles.

—Sí —respondí, porque tenía miedo de que una frase completa, incluso una palabra de dos sílabas, sumiera nuestra amistad en el caos.

—¿No te lo parece? ¿No crees que pinta bien?

Asentí mientras vertía la crema de leche que todavía quedaba en la jarrita en el envase de plástico del supermercado.

—Tú también crees que estamos hechos el uno para el otro,

¿verdad? —me preguntó.

Abrí la puerta de la nevera y me escondí detrás de ella despacio, muy despacio, mientras dejaba la crema de leche en el estante superior.

—¿Jane? —insistió.

—Sí, lo creo.

Ésa fue la primera mentira que le dije a Marnie.

Ahora me pregunto, casi a diario, si no hubiera dicho esa primera mentira, ¿habría habido más? Me gusta pensar que la primera fue la menos significativa de todas. Pero eso, irónicamente, es mentira. Si ese viernes por la noche hubiera sido sincera, todo podría haber sido diferente, habría sido diferente.

Quiero que lo sepas desde ahora. Pensé que hacía lo correcto. Las viejas amistades son como una cuerda llena de nudos, deshilachada por ciertas partes y gruesa y protuberante por otras. Temí que el hilo de nuestro amor estuviera demasiado pelado y raído para soportar el peso de mi verdad. Porque la verdad —que nunca había odiado a nadie como lo odiaba a él— seguramente habría destruido nuestra amistad.

Si hubiera sido sincera —si hubiera sacrificado nuestro amor por el de ellos—, casi seguro que Charles seguiría vivo.

La segunda mentira

2

Ésta es, por tanto, mi verdad. No quiero parecer dramática, pero creo que mereces conocer esta historia. Supongo que creo que la necesitas. Es tan tuya como mía.

Charles está muerto, sí, pero ésa nunca fue mi intención. Lo cierto es que jamás contemplé la posibilidad de que no estuviera permanente e incordiosamente presente. Era una de esas personas abrumadoras y dominantes: la voz más potente, los gestos más grandiosos, y más alto, más corpulento y fuerte que cualquier otra persona en cualquier habitación. Cabría decir que desbordaba la realidad, lo que ahora, por supuesto, suena bastante irónico. Dicho esto, el simple hecho de que estuviera parecía prueba suficiente de que siempre estaría.

Durante los primeros años de mi vida, y supongo que eso es cierto de los primeros años de casi todas las vidas, mi familia creó un entorno. Las grandes decisiones, las que definían mi vida cotidiana —dónde vivía, con quién pasaba el tiempo, incluso cómo me llamaba a mí misma—, no las tomaba yo. Mis padres eran los titiriteros que daban forma a mi existencia.

Con el tiempo se esperó que yo tomara mis propias decisiones: a qué jugar y con quién, dónde y cuándo. Mi familia, que para mí lo había sido todo, lo único, pasó a ser el cimiento sobre el que construir mi propia identidad. Descubrir que yo era, de hecho, una entidad propia fue alentador y, al mismo tiempo, un poco abrumador.

Pero tuve suerte. Encontré una compañera.

Marnie y yo enseguida nos hicimos inseparables. No nos parecíamos en nada, pero nuestros profesores siempre confundían nuestros nombres. Porque nunca estábamos la una sin la otra. Nos sentábamos en pupitres contiguos en todas las clases, recorríamos juntas los pasillos y al final del día volvíamos a casa en el mismo

autobús.

Espero que algún día tengáis una amistad parecida. Uno puede entregarse a un amor adolescente que parece eterno, al que lo unen experiencias nuevas y una sensación de libertad recién descubierta. Hay algo encantador en tener un primer mejor amigo a los once años. Es emocionante sentirse tan necesario, echarlo tanto de menos, estar tan completamente unido a él. Pero esos primeros vínculos son insostenibles. Algún día uno de los dos decidirá desvincularse de esa amistad y sustituirla por amantes. Se desligará miembro tras miembro, hueso tras hueso, recuerdo tras recuerdo, hasta que pueda existir por separado, volver a ser una sola persona cuando antes era dos.

Marnie y yo seguimos siendo dos cuando, después de la universidad, nos instalamos en el piso de Vauxhall. Era moderno, en un edificio construido hacía menos de una década y rodeado de otros edificios parecidos con pisos similares, comunicados entre sí por pasillos con moqueta azul y detrás de puertas de pino idénticas. Tenía suelos de plástico que imitaba la madera, elegantes muebles blancos en la cocina y las paredes pintadas de un color magnolia desangelado. En cada habitación había focos empotrados, hasta en los dormitorios, y el suelo del cuarto de baño era de baldosas color melocotón. Era un poco frío e invernal, aunque siempre hacía demasiado calor. Pero era nuestro refugio de las luces ferozmente brillantes y el ruido incesante de una ciudad cosmopolita en la que ninguna de las dos en ese momento nos sentíamos completamente cómodas.

Las cosas entonces eran diferentes. Mientras desayunábamos cereales comentábamos nuestras agendas y nos repartíamos las obligaciones del día: un nuevo bote de champú, pilas para el mando a distancia, algo para cenar. Caminábamos juntas hasta la estación de metro. Nos subíamos al mismo vagón. Habría sido más lógico que yo subiera en el otro extremo del tren para que la salida me quedara justo enfrente cuando bajara, pero nuestras vidas estaban tan intrincadamente entrelazadas que hacer el trayecto en metro por separado habría parecido ridículo.

Después del trabajo nos apresurábamos a volver a casa para cerrar las brechas que se habían abierto en el transcurso de un solo día. Poníamos agua a hervir, encendíamos el horno y nos reíamos de los colegas ridículos y llorábamos por las terribles reuniones. Vivíamos juntas en una intimidad que nos unía: botellas de leche compartidas

en la nevera, zapatos de las dos amontonados detrás de la puerta de la calle, libros mezclados en los estantes, fotografías enmarcadas en los alféizares de las ventanas. Cada una estaba tan incrustada en la vida de la otra que una fisura, por pequeña que fuera, parecía imposible.

Aunque teníamos poco dinero y poco tiempo, cada pocas semanas nos aventurábamos a explorar un nuevo rincón de ese nuevo mundo que era esta ciudad con la excusa de ir a un restaurante o un bar. Marnie trabajaba por su cuenta al margen de su empleo y siempre estaba buscando algo sobre lo que escribir. Soñaba con ser la primera en descubrir un restaurante que luego recibiera una estrella Michelin. Llevaba en el equipo de marketing de una cadena de pubs desde que se había licenciado, pero hacía apenas unos meses había decidido que quería hacer algo más creativo, más gratificante, más personal incluso. Había abierto un blog sobre comida: recopilaba información y reseñas de restaurantes y, al final, también incluía sus propias recetas.

Ése fue el comienzo, probablemente la parte más emocionante. Su público no tardó en multiplicarse, y, a petición de sus seguidores, empezó a grabar sus propios vídeos de cocina. Aceptó el patrocinio de una compañía de artículos culinarios de alta gama que llenó nuestro piso de sartenes de hierro fundido, moldes de colores pastel y más utensilios de los que dos personas podían necesitar. Le ofrecieron una columna regular en un periódico. Pero al principio sólo éramos las dos, hojeando las revistas gratuitas para descubrir los últimos lugares nuevos que visitar.

Creo que se puede decir mucho de una relación viendo a dos personas cenar juntas en un lugar público. A Marnie y a mí nos encantaba observar a las parejas que entraban cogidas de la mano; los grupos de hombres trajeados que hablaban cada vez más fuerte y ocupaban cada vez más espacio; el amor ilícito; la comida de aniversario; la primera cita. Nos gustaba pasear la mirada por el comedor adivinando el pasado y prediciendo el futuro de los demás comensales, contándonos historias sobre sus vidas que esperábamos que fueran ciertas.

Si hubierais estado sentados en una de esas otras mesas jugando a ese mismo juego, habríais visto a dos mujeres jóvenes, una erguida y de pelo claro, la otra encogida y morena, disfrutando de la compañía mutua. Creo que habríais sabido que teníamos una amistad de ramas fuertes y raíces profundas. Habríais visto a Marnie alargar el brazo sin

pensar, y sin pedir permiso ni necesidad de hacerlo, para coger los tomates de mi plato. Y tal vez me habríais visto a mí coger del suyo las rodajas de pepino.

Pero Marnie y yo no hemos vuelto a cenar solas desde que se mudó con Charles hace tres años. Ya no estamos tan relajadas como lo estábamos entonces. Nuestros mundos ya no están entretejidos. Ahora soy una invitada ocasional en la historia de su vida. Nuestra amistad ya no es algo en sí mismo, sino una especie de verruga, una protuberancia que subsiste dentro de otro amor.

Entonces no pensé —y no lo pienso ahora— que el amor de Marnie y Charles fuera mayor que el nuestro. Y, sin embargo, entendí de forma implícita que su amor —un amor romántico— podía absorber y absorbería el nuestro. A pesar de que el nuestro —que había florecido recorriendo hombro con hombro los pasillos del colegio, en el trayecto en autocar los días de excursión o las noches durmiendo en su casa o en la mía— parecía merecer mucho más una vida compartida.

Todos los viernes, cuando salía de su casa hacia las once de la noche, me encontraba a mí misma diciendo adiós a un amor que me había moldeado, definido y condicionado. Siempre me pareció muy cruel estar dentro y de pronto fuera.

Y aún más cruel era una verdad que entonces sabía y que ahora sigo sin entender del todo: que sólo yo era culpable de esa situación. Sólo yo era responsable de ese primer miembro separado, de ese primer hueso roto, de ese primer recuerdo olvidado.

3

A los tres meses de conocer a Jonathan me fui a vivir con él a su dúplex de Islington. Éramos jóvenes, es cierto, pero estábamos profunda y locamente enamorados. Resultó inesperadamente fácil, como pocas veces lo son las cosas nuevas. Fue divertido y emocionante como casi nunca lo es la vida sencilla. Me había encantado vivir con Marnie —había sido feliz—, pero acabé deseando algo más, algo diferente. Había pasado la mayor parte de mi niñez en un hogar en apariencia amoroso pero que fallaba sistemáticamente en cumplir esa promesa de amor. Mis padres llevaban veinticinco años casados cuando se divorciaron. Deberían haberse separado mucho antes, porque sus peleas y discusiones lograron que el ambiente familiar fuera insufrible.

La versión corta es que mi padre era un filántropo. Tuvo una aventura con su secretaria durante veinte años, y a lo largo del matrimonio hubo otras muchas mujeres que bailaron dentro y fuera de sus afectos. Mi hermana tenía cuatro años menos que yo, así que hice lo que pude para protegerla del ruido, el drama y la tensión. La sacaba de casa y subía el volumen de la música y la distraía a cada rato con promesas de que había algo interesante en otro lugar. Pero supongo que ésa es otra historia para otro momento. Lo que quiero decir es que yo, quizá más que la mayoría de la gente, era susceptible a los ideales de un amor romántico. Yo adoraba a Marnie, pero ese nuevo amor me absorbió por completo.

Jonathan y yo nos conocimos en Oxford Street cuando los dos teníamos veintidós años. Eran las seis de la tarde y nos dirigíamos a nuestras respectivas casas, que se encontraban en extremos opuestos de la ciudad. Habían cortado el acceso a la estación, como a menudo hacen cuando hay aglomeraciones en los andenes. El cielo estaba oscuro, amenazaba lluvia, y densas nubes grises pasaban veloces sobre nuestras cabezas.

Estábamos los dos inmersos, sin saberlo, entre la gente que hacía

cola para entrar en el vestíbulo de la estación. La multitud era como una sola persona, con identidad propia, y de cada uno de los que la formábamos emanaba un deseo impaciente de estar en otro lugar. Sentía los otros cuerpos invadiéndome; brazos apretados contra los míos, muslos presionándose de un modo que resultaba demasiado familiar, un pecho empujándome la cabeza por detrás. Tan apretujados estábamos que no podía ver más allá de la espalda del hombre que tenía delante.

Por fin se oyó un poco más allá un ruido de metal sobre metal al abrirse las puertas por dentro. La multitud empezó a vibrar, preparándose. El hombre que tenía ante mí y que me impedía ver se inclinó hacia delante, pero en cuanto ocupé el espacio que había dejado se tambaleó hacia atrás. Chocó conmigo, y yo con la persona que tenía detrás. Los dos extremos de la multitud avanzaban sin parar arrastrando los pies mientras nosotros, justo en el centro, presionábamos como una ola rodante en dirección contraria.

—Pero bueno... —dije recuperando el equilibrio.

—Tú... —dijo él, volviéndose hacia mí.

Y entonces lo supe. Como me ocurrió con Marnie, lo supe en el acto. Suena estúpido e ingenuo, lo sé. La gente me lo reprochó cientos de veces, cuando me fui a vivir con él, cuando acepté casarme, incluso en la víspera de nuestra boda. Y ahora, como entonces, lo único que puedo decir es que espero que tú también lo sepas algún día.

Supongo que con Marnie fue distinto. Las dos buscábamos a alguien. Ante nosotras se extendían siete años en ese colegio y ninguna de las dos quería pasar por eso sola. A la euforia que sentimos al encontrarnos se le sumaba una abrumadora sensación de alivio.

Mientras que con Jonathan..., no lo sé. Nunca había creído ser la clase de mujer que se enamora de ese modo. No había, por tanto, una carencia, un vacío que llenar ni nada que hiciera falta probar. Simplemente lo vi y supe instintivamente que necesitaba conocerlo mejor. Podría describirte la sensación con palabras que a lo largo de las décadas se han convertido en sinónimos de gran amor, pero esos tópicos nunca se dieron en mi caso. El mundo no se abrió bajo mis pies; al contrario, me sentí más sólida y consistente que nunca. No hubo manos temblorosas, ni corazones palpitantes, ni caras coloradas. No hubo nervios. Sólo la intuición de que él era como el hogar que yo siempre había necesitado pero nunca había conocido realmente.

—Tú... —dije yo, alisando las solapas de mi abrigo.

Sus ojos eran verde aceituna, y mientras me miraba desconcertado, sentí el inapropiado impulso de llevar la palma de la mano hacia su mejilla.

—Acabas de...

—La bufanda —dijo él, señalando el suelo—. Me estás pisando la bufanda.

—Yo no... —Bajé la vista. Seguía pisando las borlas de su bufanda azul marino. Me apresuré a añadir—: Ay, lo siento.

—¿Queréis moveros de una puta vez? —resonó una voz fuerte y áspera a nuestras espaldas, la voz de la multitud.

—Sí, claro —dijo él, volviéndose—. Perdona.

Empezó a avanzar arrastrando los pies y yo lo seguí, con una sonrisa vacua y boba, presionándole aún los omóplatos con la cara. Así, forzados a estar juntos, cruzamos el vestíbulo de venta de billetes, bajamos la escalera mecánica y nos encaminamos a los andenes. En algún momento empezamos a hablar. Y no podría reproducir ahora la conversación que mantuvimos, pero cuando llegó el momento de separarnos, él para dirigirse al norte y yo al sur, estábamos discutiendo por la bufanda y por un pub que él afirmó que no existía.

—No sabes de qué estás hablando —le dije—. He estado un montón de veces en él. Podría llevarte ahora mismo.

—De acuerdo —respondió.

La gente se precipitaba a nuestro alrededor dividiéndose en dos torrentes, uno a cada lado de nosotros, y dispersándose al llegar a los andenes.

—¿Cómo?

—Vamos —dijo.

El pub existía, tal como yo había dicho; un escondrijo casi medieval de aspecto tradicional: paneles de madera, techos bajos y una chimenea abierta. Se llamaba —y aún se llama, aunque hace años que no voy— The Windsor Castle. Está retirado en una calle estrecha y adoquinada a diez minutos de Oxford Circus, un homenaje a una versión más antigua de la ciudad que estaba allí mucho antes que las imponentes tiendas y cafeterías que se repiten cada cien metros.

Nos quedamos horas en él, hasta que la dueña tocó la campana anunciando que se cerraba la barra, y volvimos lentamente al vestíbulo de la estación, ya casi vacío, donde nos despedimos con

besos —lo que estaba completamente fuera de lugar— y promesas de volver a vernos. Sentí que algo cambiaba dentro de mí cuando él apartó las manos de mis caderas. Mientras lo veía alejarse, con su abrigo verde oscuro agitándose sobre sus muslos, supe que ya lo quería.

Ese amor es el cimiento sobre el que podría haber construido una vida. Hay una versión de este mundo en la que Jonathan y yo todavía estamos juntos y enamorados. Nos prometimos amor eterno, una vida que celebraba las risas y un vínculo que ni por un momento flaquearía. A veces cuesta creer que no llegáramos a hacer realidad algo que alguna vez pareció tan cierto.

Me pidió que me casara con él justo un año después, en ese mismo pub. Se postró torpemente sobre una rodilla y me dijo que había planeado un discurso, que se lo había aprendido de memoria, pero que no podía recordar una sola palabra. Y añadió que me querría mientras viviera, si eso era suficiente por ahora.

Me pareció más que suficiente.

Nos casamos por lo civil ese otoño. No invitamos a nadie y lo celebramos con el champán más caro de la tienda de vinos y licores más cercana. Para nuestro desayuno de bodas fuimos al Windsor Castle. Nos pareció que era el lugar adecuado para todos los hitos más importantes de nuestra relación. Yo pedí en la barra, vocalizando cuidadosamente al declarar que mi marido quería una hamburguesa. La camarera puso los ojos en blanco pero sonrió, vagamente divertida con esa joven novia con un vestido azul pálido y su novio con corbata verde. Los postres —*brownies* con helado de vainilla— llegaron a la mesa con un ENHORABUENA escrito con chocolate alrededor del borde de cada plato.

Arrastramos las maletas hasta Waterloo y tomamos el tren al sur, donde nos alojamos en un pequeño *bed and breakfast* en un pueblo costero llamado Beer. Llegamos tarde esa noche y, al registrarnos, anunciamos de la manera en que sólo lo hacen los recién casados que teníamos una reserva a nombre del señor y la señora Black.

—¿Jane? —preguntó la anciana de la recepción.

Eran casi las diez en punto y quería hacernos saber las molestias que le estábamos ocasionando.

—Sí —le contesté—. Jane Black. —Ya podía decir o hacer lo que quisiera, que nada de todo ello podía arañar siquiera los bordes de mi

felicidad.

—Arriba, al final del pasillo, a la derecha. —Me tendió una pequeña llave dorada unida por una fina cadena del mismo color a un grueso trozo de madera con la palabra CUATRO grabada—. ¿Desean algo más?

Hicimos un gesto de negación.

Jonathan llevó las maletas por la escalera y a lo largo del pasillo hasta nuestra habitación. Las tablas del suelo eran de madera oscura y la colcha estaba bordada con pequeñas flores de colores pastel. Ya habían corrido las cortinas de color teja y la lamparita con la pantalla rosa de la esquina estaba encendida. Habían dejado una botella de champán pequeña en una cubitera sobre un escritorio de caoba antiguo. Él la descorchó y sirvió dos copas, y por segunda vez brindamos por nuestra boda.

Nos despertamos a la mañana siguiente con el sol que salpicaba nuestra colcha de motas amarillas y naranjas. Recuerdo el calor de su pecho contra mi espalda mientras me abrazaba por detrás, la piel suave de la palma de su mano en mi vientre, sus labios sobre mi omóplato. Recuerdo la sensación de estar envuelta, de sentirme segura dentro de otra persona, y cómo sus manos me volvían hacia él, y sus besos se desplazaban y se solidificaban cuando quería algo más.

Sólo más tarde, cuando llamaron a la puerta y una mujer nos dio las toallas disculpándose por no haberlas dejado en el cuarto de baño, nos levantamos de la cama e hicimos planes para pasar el día. Descorrí las cortinas y miré el mar. Estaba plano por el horizonte, bordeado a ambos lados por acantilados blancos cubiertos de tupida hierba verde. Era octubre, pero el cielo estaba radiante y despejado, invitaba a salir.

Nos pusimos las botas para caminar y gruesos jerséis de lana.

Fuera, la playa era de guijarros. Eché a andar por el sendero hacia ella, hacia el mar, hacia las olas que rodaban hacia dentro y se estrellaban contra la orilla.

—Por aquí —dijo Jonathan, apuntando en cambio hacia el acantilado que se alzaba sobre nosotros—. Creo que deberíamos seguir por aquí.

Y subimos a la carretera y caminamos sobre asfalto, pasando por delante de coches aparcados y de ventanas con las cortinas corridas,

hasta que llegamos a un arcén cubierto de hierba con letreros sobre horarios y días festivos, y una pequeña máquina expendedora de billetes.

—Sigamos andando —dijo Jonathan, sorteando las pocas camionetas aparcadas al cruzarlo.

A partir de entonces caminamos en silencio, a veces cogidos de la mano, otras veces él iba delante y yo lo seguía, distrayéndome en algún momento con algo y apretando el paso para no rezagarme.

Él siempre iba muy concentrado, sobre todo al aire libre, con la cámara lista, queriendo ver lo que había más allá, a la vuelta de una esquina, lo que podía estar esperándolo más adelante. A mí me fascinaba esa sensación de aislamiento, sin nada más que oír que el mar estrellándose contra las rocas de abajo y el graznido de las gaviotas sobre nuestras cabezas.

Al cabo de una hora nos acercamos a otro pueblo costero, a simple vista más pequeño que Beer, pero con un aparcamiento, un pequeño edificio que albergaba los aseos públicos y una cafetería con tejado de paja.

—Puede que esté abierta —dijo Jonathan, y, en efecto, lo estaba, porque él iba conmigo.

Pidió una taza de café y, para mí, un zumo de naranja frío. Nos sentamos a una mesa de pícnic de fuera y miramos el mar mientras esperábamos nuestros sándwiches de beicon. Los pescadores estaban apiñados, protegiéndose mutuamente del viento. Los imaginé hablando de lo que habían pescado, del precio del bacalao, de sus planes para el resto del día.

Después de desayunar paseamos por la orilla, con las olas acercándose y alejándose, lamiendo las grietas de cada piedra y las suelas de nuestras botas. Jonathan vio un pequeño sendero en medio de la maleza al pie del acantilado e insistió en explorarlo. Nos metimos entre los densos arbustos, alejándonos de la costa para internarnos en un bosque, y zigzagueamos a través de espinos y ortigas por un sendero estrecho y lodoso. Subimos cada vez más, pero el acantilado seguía alzándose por encima de nosotros.

Después de unos diez o quince minutos llegamos a una bifurcación: a la izquierda había unos peldaños excavados en la roca; a la derecha, un sendero estrecho que bordeaba un saliente.

—Probemos por aquí —dijo Jonathan, señalando hacia arriba y a

la derecha.

—Creo que no.

Él había vivido de niño en el campo, se había criado entre lodo, heno y hierba alta. Pero yo no me sentía cómoda en ese mundo. Estaba fascinada con las vistas, los sonidos y el espacio infinito, pero me sentía como una intrusa, nerviosa e inoportuna.

—Este camino parece más seguro —dije señalando a la izquierda.

—Vamos. Tú puedes —insistió, y sonrió.

Yo titubeé. Pero me sentí tentada, animada por su confianza en mí y su certeza. Me costaba mucho negarle lo que quería. La verdad es que habría hecho casi cualquier cosa que él me hubiera pedido.

Abrí los puños, estiré los dedos y di un paso hacia él por el pequeño borde que sobresalía de las rocas.

Él retrocedió un paso con la soltura y la agilidad de un funambulista que hace equilibrios sobre una cuerda floja.

—Lo estás haciendo muy bien.

El saliente era estrecho, tenía poco más de un palmo de ancho. Era imposible apoyar en él los dos pies, uno al lado del otro.

—Da otro paso —me dijo.

En ese momento oí nuestro futuro: él hablando con un niño, animándolo también. El recuerdo de algo que aún no había sucedido se instaló en mí e hizo que me sintiera más audaz.

—¿A qué esperas? No te pares —insistió—. Ya te tengo.

Levanté la pierna de detrás y la lancé muy despacio hacia delante, con el mar a nuestros pies. Mi pie por fin se apoyó en el saliente y solté el aire.

—¿Ahora qué? —pregunté. Tenía el cuerpo torcido, mirando de algún modo hacia el acantilado pero con el pecho presionado contra él, y la parte posterior de los talones en el aire—. ¿Cómo vas a hacerlo?

—Puedes caminar normal o simplemente arrastrar los pies. Intenta no pensar demasiado.

Levanté la vista hacia él, que estaba unos pasos más adelante. Me sonrió, dejando ver el comienzo de unas patas de gallo alrededor de los ojos y unos hoyuelos en las mejillas. Me había tendido una mano, con el anillo destellando al sol, para tranquilizarme, mientras con la otra se agarraba a un risco que teníamos encima, y vi que se le había salido la camiseta de los pantalones dejando ver una franja de cadera.

Me incliné hacia él. Pero se me resbaló el pie de detrás y recuerdo que tuve la sensación de que me hundía, de que caía con todo mi peso hacia un lado. Recuerdo el aire que aspiré de golpe, los dedos casi rozando la pared rocosa, el pánico que me recorrió. Noté que me ponía una mano en la espalda para empujarme con firmeza contra las rocas y que me arañaba la barbilla con su afilada superficie.

—Vas bien —me dijo—. Lo estás haciendo bien.

—No. Esto no es seguro. No deberíamos estar aquí.

Me escocía la cara y me dolían las rodillas por el impacto.

—Vas bien —repitió—. Te lo prometo.

Sacudí la cabeza con vigor.

—¡De acuerdo, pero no te enfades! —exclamó—. Tú ve por allí.

Arrastré los pies unos centímetros hacia mi izquierda para volver al sendero de hierba.

—¡Eso es! —dijo él—. ¿Estás bien?

Asentí. Me llevé una mano a la barbilla; creía que me sangraba, pero cuando aparté los dedos los tenía limpios.

—Bien. Nos veremos en la cima.

Asentí y él emprendió rápidamente el ascenso.

Sé que he dicho que lo habría seguido a cualquier parte, y era cierto. Pero había algo en su intrepidez que chocaba con mi miedo innato. Y, por más que lo intentara, a veces el miedo vencía. Opté por la ruta más segura y nuestros caminos volvieron a encontrarse unos minutos más tarde, en la cima del acantilado.

Si hubiera sabido que sólo teníamos unos pocos meses por delante, habría encontrado el coraje de pasar esos minutos con él.

Hay una ironía trágica que, en retrospectiva, se ha introducido en la misma esencia de mi relación con Jonathan. Nos conocimos en un pequeño rincón de la ciudad que pasó a ser una parte fundamental de nuestra existencia, nuestro amor y nuestra vida en común. Hasta que se convirtió en el lugar donde terminó nuestra relación. Jonathan y yo nos enamoramos en una esquina de Oxford Street y allí fue donde, fatídicamente, perdió la vida él.

Puedo contarte mucho más sobre ese día que sobre el día en que nos conocimos, pues durante semanas no paré de proyectar la oscura secuencia que había llevado a su muerte. A veces todavía lo hago.

Jonathan corría por primera vez en el maratón de Londres. Habían pronosticado lluvia, aguanieve y vientos recios, pero él estaba emocionado. Llevaba entrenando desde el otoño y no le preocupaba, pues estaba acostumbrado a correr bajo la lluvia.

Esa mañana no había quien lo parara, moviéndose inquieto y balbuceando sobre todo y nada, y su ilusión era contagiosa. Éramos tan corrientes... Nuestra mañana estaba enmarcada en un telón de fondo de despertadores, café, desayuno, duchas, búsqueda de las llaves de casa y casi llegar tarde, el ritmo constante y tranquilizador del día a día.

Quería compartir con él su victoria, así que fui directamente a The Mall. De pie junto a las vallas metálicas, esperé durante horas sin apenas darme cuenta de que pasaba el tiempo. Reinaba un ambiente electrizante; la multitud que me rodeaba exudaba emoción, nerviosismo y apoyo. Primero aparecieron los corredores de élite —conseguían que pareciera fácil—, seguidos poco después por unos pocos hombres, algunas mujeres y, por último, una pareja a la que le caía el sudor por la cara, con el cuerpo enfundado en un disfraz de dinosaurio.

Jonathan estaba resuelto a terminar la carrera en menos de tres horas, y yo no albergaba ninguna duda de que así sería. Lo vi pasar rápidamente después de dos horas y cincuenta y un minutos, y sólo tres minutos después cruzó la línea de meta.

Yo nunca he estado destinada a alcanzar un gran éxito. Me esfuerzo, pero nunca destaco. Participo, pero no gano. Jonathan, sí; él ganaba. Superaba incluso sus propios objetivos audaces.

Así que no me sorprendió en absoluto cuando lo proclamaron el corredor número un millón desde la inauguración del maratón de Londres en 1981 y lo entrevistaron para la BBC News. Siempre había estado detrás de la cámara en los eventos deportivos, filmando para canales de noticias o emisoras deportivas, pero ese día estuvo encantador y modesto en sus respuestas. Recuerdo que me pregunté si debería considerar una carrera delante de la cámara en lugar de detrás de ella.

Después de la entrevista nos dirigimos al Windsor Castle para tomar una copa rápida, sólo una, para celebrar su éxito.

Nunca llegamos.

Mientras nos abríamos paso desde la estación de metro de Oxford

Circus hacia la estrecha calle adoquinada, un taxista ebrio se precipitó a través de un paso de cebra y se llevó a mi marido por delante.

Todavía lo recuerdo tumbado de espaldas en la calzada. La rodilla torcida en un ángulo inverosímil. Los ojos cerrados, casi plácidos, y el mentón apretado contra el pecho. Todavía iba con los pantalones cortos negros y la camiseta ceñida amarilla. A uno o dos metros de distancia estaba su mochila y por la cremallera asomaba la fina manta térmica que le habían dado. La botella de agua rodaba —me pareció que muy despacio, como si fuera alquitrán— hacia el arcén.

Se formó una multitud de ciclistas y transeúntes, pero el conductor del taxi se quedó paralizado en su asiento.

Jonathan también estaba paralizado, extrañamente inmóvil y rígido, y, al mismo tiempo, demasiado sereno para estar dormido. Bajo su mejilla empezó a formarse un charco de sangre que fue acumulándose debajo de su cuerpo.

Recuerdo que la ambulancia llegó y se detuvo a nuestro lado con la sirena aullando. Enseguida la silenciaron; recuerdo la repentina ausencia de ruido donde poco antes el estruendo había sido ensordecedor, aunque dejaron las luces intermitentes rojas y azules, rojas y azules. Dos paramédicos se bajaron de un salto, ambos vestidos de verde, y se acercaron resueltos a nosotros gritando por encima del capó de la ambulancia. Todo se desarrollaba en la mitad de tiempo: ella se puso unos guantes de látex blancos, primero el de la mano derecha y luego el de la izquierda, y tiró de la punta de los dedos. Él llevaba una bolsa al hombro. También había una agente de policía con gorra —todavía puedo verla— indicando con gestos a la multitud que retrocediera, que siguiera andando, que no había nada que ver allí.

Los paramédicos iban de aquí para allá: tomaron el pulso de Jonathan, le pusieron las manos sobre el cuerpo, le cortaron la camiseta y le apuntaron una linterna blanca a los ojos.

—Si hace el favor... —me dijo la mujer, y me senté sobre mis talones donde no los estorbara.

Se extendían brazos a mi alrededor, y las tiras reflectantes de sus uniformes redirigían los faros de la ambulancia hacia mis ojos. Los entorné y me di cuenta de que los tenía mojados.

Lo tendieron en una camilla, una extraña losa de plástico, y lo subieron a la parte trasera de la ambulancia. Cruzamos las calles de

Londres en dirección sur hasta el hospital Saint George. El coche patrulla nos siguió y la agente, todavía con la gorra, me asió del codo cuando bajé de la parte trasera de la ambulancia y se sentó conmigo en la sala de espera. Me dijo que me concentrara en respirar, que tomara aire por la nariz durante seis segundos, lo retuviera otros seis y lo soltara durante seis más, y luego se fue y me quedé completamente sola, todavía esperando. Fuera estaba oscuro cuando un médico me hizo pasar a una habitación lateral para decirme lo que yo ya sabía, para confirmar que Jonathan había muerto.

Se ofreció a llamar a alguien por mí y no recuerdo si respondí siquiera. Me fui y paré un taxi, y di la dirección del piso de Vauxhall. Cuando llegué vi a tres jóvenes con pantalón corto y camiseta sentados a una mesa de pícnic en un pub junto al río, con sus medallas de oro al cuello. Sentí cómo estallaba una burbuja dentro de mi pecho e imaginé a Jonathan sentado con ellos, con pantalón corto y camiseta, y la medalla al cuello, celebrando su victoria. Noté cómo me subía la bilis por la garganta y tragué porque no era el momento, eso no era real, y sin embargo no lograba recordar qué se suponía que debía hacer o cómo ser yo misma.

Me senté apoyándome contra la entrada del edificio y lo imaginé allí de pie, frotándose el codo y pasándose las manos por el pecho para arrancarse las pequeñas partículas de asfalto. Lo imaginé sorprendido, y un poco enfadado, con un pequeño corte debajo del ojo derecho, donde se había golpeado contra el suelo, pero por lo demás bien: andando, hablando, moviéndose, vivo. Cerré los ojos y le vi el pelo, demasiado largo, los brazos cruzados sobre el pecho, la barbilla un poco puntiaguda, las pecas desperdigadas por el puente de la nariz de todas esas largas mañanas pedaleando bajo el sol.

Sentí náuseas porque no era real, no había ningún corte debajo de su ojo, no llevaba el pelo demasiado largo ni tenía pecas, no pasaría más horas corriendo, y yo no volvería a verlo y él nunca más se dejaría ver, y eso era demasiado grande, demasiado imposible para ser verdad.

4

Durante un tiempo estuve ganando yo. Y lo digo en el sentido más simple de la palabra. Si la vida es una competición, algo que se puede perder —y estoy segura de que lo es—, entonces también se debe de poder ganar.

Marnie salía con una retahíla de hombres inadecuados que bebían demasiado, se colocaban en los parques infantiles los fines de semana y esnifaban coca sobre la cisterna de los aseos, y yo estaba enamorándome de un hombre brillante. Mientras que sus amigos de la universidad pasaban los viernes por la noche en horribles discotecas con música atronadora, luces de neón y suelos pringosos, yo hacía planes para una luna de miel. Mientras ellos estaban cada vez más desanimados, se lamentaban del fracaso de una relación más sin futuro, ahogaban sus desengaños en ginebra y se alimentaban a base de comida para llevar, yo estaba casada. Tenía un marido. Y —lo mejor de todo— lo quería con locura. Ellos discutían por dormitorios pequeños, facturas pagadas a medias y leche derramada, y se enfrentaban a vello púbico atascado en el desagüe de la bañera, a duchas que se desbordaban y a pilas de platos sucios amontonados encima del lavavajillas. Yo vivía en un dúplex precioso de techos altos y grandes ventanales, pruebas de pintura en las paredes y grabados enmarcados apoyados contra la chimenea, esperando a ser colgados.

Marnie había presentado su renuncia. A otros los despedían por reducción de plantilla o los echaban, y despotricaban de sus jefes y de las tareas de baja categoría que constituían su día a día, como ir a buscar cafés, llamar a taxis y pedir resmas de papel para la impresora. A mí, en cambio, me estaban promoviendo. Había empezado de administrativa para un minorista online que vendía de todo —libros, juguetes, productos electrónicos— y me ofrecieron un puesto en un nuevo equipo seleccionando proveedores de muebles. Tenía un trabajo que me gustaba, en un cargo en el que parecía que había futuro y en una empresa que crecía.

Yo era mejor que todos ellos. Era más feliz que todos ellos.

Supongo que me gustaba haber sido la primera en encontrar el amor. Me siento incómoda al decirlo ahora, porque suena estúpido e infantil, pero es la verdad y eso es lo que te he prometido.

Marnie fue la primera que tuvo novio. Teníamos trece años y Richard era un año mayor. Sus padres estaban divorciados, y él vivía con su madre. Era pelirrojo y tenía las mejillas salpicadas de pecas. Marnie y él fueron al cine y sus dedos se rozaron dentro de un cubo de palomitas de maíz, y vieron el resto de la película cogidos de la mano. En su segunda cita ella fue a casa de él y su madre les preparó *nuggets* de pollo. Pero Richard dejó a Marnie al día siguiente. Había decidido que estaba enamorado de otra chica de nuestro curso, creo que se llamaba Jessica, que tenía el pelo anaranjado como él y, por tanto, era mucho más compatible.

Yo había decidido que también necesitaba un primer novio y, en medio del desengaño amoroso de Marnie, me las arreglé para salir con un chico llamado Tim. En lugar de ir al cine, dimos un paseo y él me invitó a un helado, y me convencí de que había encontrado a mi alma gemela. Ayudó que era bastante más atractivo que cualquiera de los chicos con los que habían salido mis compañeras de clase. Mi popularidad aumentó drásticamente gracias a él, y de repente era la compañera a la que todos acudían con sus dilemas sentimentales. Por desgracia, eso no tuvo una influencia tan positiva en la reputación de él, y después de una semana y media cortó conmigo.

Marnie y yo lloramos juntas, decididas a no volver a enamorarnos y a hacernos lesbianas para evitarlo.

Lo que en sí mismo es curioso, ¿no te parece? Ya éramos muy conscientes de que una simple amistad no sería suficiente en la edad adulta, no bastaría. Sabíamos, desde nuestros primeros años de adolescencia, que el amor romántico siempre sería lo más importante.

No podría decirte exactamente cuándo cambió todo. Durante años, más de una década, cada una estuvo en el epicentro de la vida de la otra. Nos lo contábamos todo, y eso incluía chicos y luego hombres, citas y luego sexo, relaciones y luego amor. Sin embargo, en algún momento se abrió entre nosotras un abismo y nuestras vidas románticas pasaron a ser algo que existía fuera de nuestra amistad. Era algo que filtrábamos en la conversación, contándonos lo más destacado o poniéndonos al día, en lugar de vivirlo juntas.

Supongo que esa situación también la provoqué yo. ¿Le conté alguna vez lo que sentí al enamorarme de Jonathan? ¿Le dije cómo fue esa primera noche? No lo creo.

En lugar de hacerlo, la abandoné. Había ido a verlo después del trabajo, y él me preparó la cena y me habló de todo el espacio que había en ese piso para guardar cosas, los estantes vacíos, los cajones a medio usar, y me preguntó si me gustaría llenarlos. La promesa de una casa como ésa, una casa con él, fue simplemente demasiado atractiva.

—Voy a mudarme —le dije a Marnie cuando regresé esa noche.

—Ah, ¿sí? —respondió ella distraída.

Estaba sentada en nuestro sofá azul y blanco, con los pies apoyados en la mesa de centro, los dedos repiqueteando sobre el teclado de su nuevo ordenador portátil. Había grabado su primer vídeo las tardes anteriores: su receta de espaguetis carbonara, que siempre había sido mi plato favorito.

—Esto es imposible —dijo—. ¿Cómo hago para...? —Cogió el móvil y empezó a apuñalar la pantalla con los pulgares, furiosa.

—Con Jonathan.

—¿Cuándo? —preguntó ella.

—Mañana.

—¿Cómo? —respondió, levantando la vista. Arrugaba la frente confusa—. ¿Mañana? Pero si acabas de conocerlo.

—Hace tres meses —repuse.

—¡Pero eso no es nada!

Me encogí de hombros.

—Para mí sí.

—Oh —susurró ella—. ¿Y estás segura? —Bajó la pantalla del portátil—. ¿Tiene que ser mañana?

Asentí.

Sería fácil mirar atrás ahora y juzgarme a mí misma por haberme mudado con tantas prisas, por haberme mostrado demasiado impaciente, pero la verdad es que no cambiaría nada.

Ella me ayudó a hacer el equipaje y me regaló un juego de cuchillos afilados, una cacerola del tamaño de un caldero y una vajilla roja.

—Porque tendrás que aprender a cocinar. No puedes vivir de judías con tomate y tostadas.

—Volveré a la hora de las comidas —bromeé.

—Espero que lo hagas. Ya no tendré a nadie para quien cocinar.

En ese momento me pregunté si sólo me estaba complaciendo porque pensaba que regresaría dentro de un par de semanas. Pero ahora no estoy segura. Creo que ella entendió que ése era el siguiente paso para mí, el comienzo de algo nuevo.

La observé mientras envolvía con un *Evening Standard* viejo un juego de fuentes de horno rojas que yo sabía que nunca usaría. Las dejó a un lado y suspiró.

—¿Estás segura de lo que haces? Ya sabes que él me encanta, pero ha sido todo tan rápido... Te prometo que te lo pregunto por ti y no por mí. ¿Estás totalmente segura?

—Lo estoy —respondí, y lo estaba.

—Te echaré de menos.

—Lo sé —le dije—. Yo también.

Un nudo de lágrimas me subió por la garganta mientras pensaba en todas las cosas que echaría de menos: sus calcetines de colores secándose en el radiador, las sobras cubiertas con film transparente que me esperaban en la nevera, las caras sonrientes dibujadas en el vaho del espejo del baño. Pero me las tragué y sonreí, y ella me tomó las manos entre las suyas y las apretó con fuerza.

Las primeras semanas fueron un poco frenéticas, intentando serlo todo para los dos. No quería que Marnie se sintiera desplazada, y al mismo tiempo quería que Jonathan supiera que era completamente suya. Cuando murió la abuela de Marnie, apenas unas semanas después, me llamó llorando en mitad de la noche. Me vestí y salí a tientas a la calle, paré un taxi y en menos de media hora estuve en el viejo piso. Creo que, después de eso, ella supo que sólo tenía que pedírmelo, que yo siempre estaría allí como siempre había estado.

Marnie y Jonathan se hicieron buenos amigos. Ella nunca había aprendido a ir en bicicleta cuando era niña y él se encargó de enseñarle. Le regaló una de sus viejas bicis y a ella le gustó que fuera un modelo masculino. A cambio, Marnie le enseñó a preparar la salsa carbonara. Había tratado de enseñarme a mí, dijo, pero era una tarea demasiado ingrata, por lo que, en adelante, compartiría sus secretos culinarios con él.

Funcionábamos a la perfección como un trío. Jonathan tenía muchos pasatiempos —ir en bicicleta, acampar y escalar—, y yo sólo tenía a Marnie. Así que cuando él pasaba el fin de semana en el

campo, durmiendo en una tienda de campaña que se sacudía al viento, con arañas en el saco de dormir y las botas húmedas por la lluvia, yo me instalaba en el viejo piso, acogedor y cálido, con mi mejor amiga. Esos pocos años fueron los mejores de mi vida. Fue una alegría descubrir que no sólo era capaz, sino que merecía tener dos grandes amores.

Cuando Jonathan murió, pensé que mi amistad con Marnie volvería a ser lo que había sido. Nunca llegó a serlo del todo. No sé si fue por la ausencia de él, pero todo en mi vida parecía más vacío.

Me perdí tantas cosas mientras estuve con él... Durante más de dos años no vi una sola nube; siempre me cegaba el azul. Las cosas más tontas me llenaban de alegría: los pasos torpes de unos niños pequeños, los perros que ladraban en el parque, la luz de la luna que se filtraba a través de los estores de mi dormitorio entrada la noche. Pensaba que los ojos de Jonathan eran verde aceituna. Pero nunca he encontrado una aceituna de un color tan bonito desde entonces. Cada risa cuesta un esfuerzo. Cada sonrisa es fugaz. Cada sufrimiento parece eterno. Mi habilidad para tomar lo bueno y lo malo de este mundo y buscar el equilibrio entre ambos me ha abandonado por completo.

Pensé que me encontraría a mí misma en compañía de Marnie. Pensé que podría volver al punto de partida. Pero las cosas habían cambiado mientras yo miraba hacia otra parte.

5

Stanley y yo bajamos en el ascensor al vestíbulo en silencio. Salimos por las puertas delanteras del edificio de Marnie y Charles en silencio. Echamos a andar por el sendero de guijarros que llevaba a la acera en silencio. Caminábamos el uno al lado del otro y, sin embargo, me sentía muy sola.

—Ha sido agradable, ¿verdad? —dijo él por fin. Se abrochó los botones del abrigo y se levantó el cuello para taparse las orejas—. ¿Lo has pasado bien?

Me enrollé la bufanda alrededor del cuello por segunda vez. Era septiembre y tiendo a pensar que septiembre todavía es verano, pero nunca lo es. El tiempo siempre es más crudo y hace un poco más de fresco, a pesar de las tardes luminosas.

No respondí. En lugar de ello, le pregunté:

—¿Qué opinas de Charles?

Charles nos había regalado los oídos con la historia de cómo se habían conocido Marnie y él. Había sido en un bar de la ciudad. Él había enviado a Marnie y a sus colegas botella tras botella de champán hasta que finalmente ella accedió y se sentó a su mesa. Él creía que eso demostraba la fuerza de su amor. Ella pensaba que era una muestra de encanto y compromiso. Yo lo veía como un gesto desesperado.

—Un gran tipo, ¿verdad? —respondió Stanley, volviéndose hacia mí y sonriendo—. Realmente un gran tipo.

No lo miré; clavé la mirada al frente. Siempre esperaba el día que, al hacer esa pregunta, alguien se volviera hacia mí y respondiera sonriendo: «Un idiota redomado, ¿verdad?».

Porque es lo que era ese hombre. Sencillamente insoportable.

«Pero ¿realmente piensas eso, Jane? —me decía Charles cada vez que expresaba una opinión que de alguna manera lo contradecía—. Porque creo que en realidad pensamos lo mismo, y lo que querías decir era que...» Y se embarcaba en una perorata sobre la crisis de la

vivienda, o la falta de personal en los hospitales, o el aspecto económico del impuesto de sucesiones, como si fuera una autoridad en el tema. Y cuando ya habíamos pasado página y la conversación estaba prácticamente olvidada, soltaba: «Me alegro mucho de que estemos de acuerdo en eso, Jane». A pesar de que mi posición no había cambiado ni un ápice, sencillamente me había silenciado con el volumen de su voz, su gesticulación y su excesiva confianza.

Daba dos golpecitos seguidos en el fino borde de su copa de vino cuando quería más, pero sólo si la botella estaba en mi lado de la mesa, porque al parecer no merecía gastar saliva conmigo. A veces me cogía la mano y, extendiéndome los dedos, me decía: «Realmente deberías dejar de morderte las uñas, Jane». Y, hacia el final de la noche, cuando todos teníamos los ojos inyectados en sangre y alcohol, y se nos cerraban a causa del cansancio, decía cosas vulgares, siempre mirando para otro lado pero dirigidas a mí, como: «Ya va siendo hora de que lleves a Jane a casa, ¿no?», y luego me guiñaba un ojo y decía: «Tú ya me entiendes». Y todos lo entendíamos y sonreíamos. Y, sin embargo, cada vez se hundía algo dentro de mí. Porque llevaba tres años sin acostarme con nadie, desde Jonathan, y la sola idea de sentir las manos de otro hombre sobre mi piel hacía que me erizara y me estremeciera.

Verás, la faceta de Charles hablando con todos los demás, que lo escuchaban cautivados y se reían de sus bromas, era un simple disfraz, un disfraz que se ponía para ocultar la verdad. Y los engañaba a todos: a los hombres, en particular, pero también a la mayoría de las mujeres, que lo consideraban guapo, despreocupado y carismático.

—Bueno —dijo Stanley cuando llegamos a la parada de autobús. Me aparté de él y fingí leer los horarios impresos en el poste de cemento—. Bueno... —repitió—, ¿cuál es el plan?

Miré fijamente mi reloj, que me había regalado Marnie, pero aun así guardé silencio.

—Estamos más cerca de tu piso, ¿no crees?

—¿Sí? —respondí. Pasé el dedo por el horario del bus, con los números impresos en negro sobre papel blanco, fijado entre dos paneles de plástico. Traté de parecer relajada y natural, como si fuera algo que la gente hacía a menudo y no un acto de una década anterior.

—Yo creo que sí —continuó—. No mucho, pero el tuyo queda un

poco más cerca.

Seguí fingiendo que leía.

Oí sus pasos sobre las losas de hormigón, su peso que se aproximaba. Respiraba ruidosamente a mis espaldas, con el aliento espeso, húmedo y caliente a causa del alcohol, y supe que estaba a punto de tocarme.

—¿Jane?

Dio otro paso hasta que estuvo justo detrás de mí y me rodeó la cintura con los brazos. Me besó la cabeza por detrás haciendo mucho ruido, y me quedé inmóvil, con los talones clavados en el suelo, acompasando la respiración y manteniéndome firme para no temblar. Él me apretó, no muy fuerte, pero aun así sentí el cuerpo entero estrangulado, me ahogaba.

—¿Cómo vamos a...? —Se aclaró la garganta—. ¿Tu casa? —Me acarició el vientre con la mano derecha, arriba y abajo, y fue subiéndola con cada caricia hasta que noté que me rozaba el aro del sujetador y alcanzaba la suave tela de encima—. Jane, tú y yo... —me susurró al oído, arrastrando las palabras, cálidas y húmedas.

—Stanley —lo interrumpí, y me separé, alejándome de él y del poste de hormigón—. Stanley, lo siento, pero no estoy segura de que vaya a haber algo realmente entre tú y yo.

—Oh —respondió él, un poco ofendido pero sobre todo confundido—. Pero yo...

—No es por ti.

Él asintió con solemnidad.

—¿Es por tu difunto marido? —preguntó. Volvía a mostrarse seguro de sí mismo, convencido de haber encontrado la respuesta a una pregunta no formulada y de conocer el ungüento para aliviar esa herida—. Marnie me dijo...

Ella debía de haberle advertido que fuera delicado, que tuviera tacto.

—No, Stanley. No es por Jonathan. —Lo cual era cierto—. Y tampoco por ti. —Lo que también era cierto, supongo—. Es por mí.

Un autobús rojo de dos pisos dobló la esquina, con sus luces brillantes contra el cielo nocturno y, por una vez, puntual.

—¿Crees que lo que sientes es...?

—Ha sido una noche muy agradable —lo interrumpí, aunque no sé por qué me molestaba en decirlo, porque estaba claro que no era

cierto—. Y puedes mantener el contacto con Charles si quieres. Pero creo que esto es todo por ahora. Por lo que se refiere a ti y a mí. Lo siento. Adiós.

Alargué la mano izquierda y el autobús aminoró la velocidad hasta detenerse a mi lado. Subí y, cuando las puertas se cerraron, le dije adiós con un gesto innecesariamente efusivo. Él seguía frunciendo el ceño cuando nos alejamos.

He salido con demasiados hombres después de Jonathan. Estuve más de un año sin hablar con ningún otro. Pero todo el mundo empezó a preocuparse, a temer que no lo hubiera superado, y me pareció importante asegurarles que todavía participaba de forma activa en mi propia vida. Porque —y esto es algo más que aprendemos con el tiempo— todo el mundo sabe que una mujer soltera que no busca al menos el amor romántico tiene todos los números para ser infeliz.

Es una broma. Puedes sonreír.

La verdad es que yo no buscaba otro amor; era demasiado pedir encontrar otro gran amor en una vida por lo demás desaprovechada. Tuve a Jonathan, y no me puedo ni imaginar otro amor que se le pudiera comparar. Y tenía a Marnie. Y a ella la ponía contenta pensar que yo todavía buscaba, que tenía fe, que creía en la bondad del mundo.

Pero yo procuraba no salir mucho tiempo con el mismo hombre, de ahí las prisas con que los dejaba. En primer lugar, porque todos —y esto puede aplicarse a cada uno de ellos— me parecían sofocantemente petulantes y totalmente insufribles.

Pero también porque a una parte muy pequeña de mí le preocupaba que pudieran empezar a gustarme de verdad.

¿Suena mojigato? No era mi intención. Antes de Jonathan, no creía que nadie pudiera sentir algo así por mí. No podía creer que alguien buscara ese tipo de amor en una persona tan triste e insegura como yo. Pero Jonathan descubrió en mí cosas que disfrutar y que amar. Admiraba mi naturaleza competitiva. Le impresionaba que nunca hubiera perdido un concurso de preguntas y respuestas en un pub. Aprobaba mi puntualidad. Se sorprendía cuando leía una novela en un solo día. Le encantaba que fuera meticulosa y perfeccionista, que quisiera colgar yo misma nuestros cuadros. Y al final acabaron gustándome también esas cualidades mías.

Yo no quería que esos hombres se enamoraran de mí porque sabía que yo nunca podría enamorarme de ellos. Y entonces sabía —como lo sé ahora— que el rechazo es como una ampolla debajo de la piel, una pequeña herida que puede crecer hasta convertirse en algo más importante.

¿Es una exageración?

Yo no lo creo.

Pero no es momento para hablar de ello.

Ojalá pudiera decirte que esta historia será agradable de oír, pero no creo ni por un instante que lo sea. Esta tarde habrá mucha muerte, y me gustaría que fuera de otra manera, pero he prometido contarte la verdad, y es una promesa que por fin puedo cumplir.

No tengo ni idea de dónde terminará, y todavía no estoy segura de dónde empezó, pero sí de cómo.

Hace un par de años, Marnie y Charles vivían juntos en su piso y yo salía con hombres que no eran mi marido, y mi vida familiar era complicada pero manejable. Éstos son los cimientos sobre los que se construyó esta historia. Ésta es la historia de cómo murió él.

6

A la mayoría de las mujeres que rondan la treintena les gusta la variedad, la espontaneidad y la oportunidad de conocer a gente nueva y hacer cosas nuevas. Yo nunca he sido así. Siempre he sido esa niña de once años que agachaba la cabeza en un pasillo del colegio esperando que la rechazaran. Nunca he buscado amigos de forma activa, por lo que he encontrado muy pocos.

Porque, verás, yo tenía una amiga. Y nadie podía compararse con ella, ni las atractivas rubias con ceñidos pantalones cortos justo por encima del pliegue de las nalgas, ni los chicos con vaqueros caídos y jerséis con capucha apretujados alrededor de un porro, ni las estrellas de fútbol con chándal y zapatillas de deporte, ni las ratas de biblioteca con gafas y blusas, ni los pijos con pantalones chinos y cazadoras. Yo no los necesitaba y, por tanto, no iba detrás de ellos.

Sabía lo que me gustaba. Me gustaban la rutina y la repetición. Todavía me gustan.

Así que a la mañana siguiente de despedir a Stanley de mi vida, fui a ver a mi madre. Vivía en una residencia de las afueras y siempre tardaba al menos una hora en desplazarme. Y, como no me gustaba llegar más tarde de las nueve, que era cuando comenzaban las horas de visita, me ponía el despertador antes de acostarme y salía de casa muy temprano para coger uno de los primeros trenes del día.

Siempre había tranquilidad en los vagones un sábado por la mañana. Solía haber algún hombre trajeado, que había prolongado sin darse cuenta la juerga del viernes por la noche. A menudo había una mujer con un cochecito, madre recién estrenada que intentaba llenar las horas entre la vigilia y el sueño, el sueño y la vigilia, horas que meses atrás no habían existido. Y a veces había vigilantes, empleados de la limpieza o enfermeras que regresaban a casa después de sus turnos nocturnos. Y allí estaba siempre yo.

Veía a Marnie todos los viernes por la noche e iba a ver a mi madre todos los sábados por la mañana.

La sala común estaba situada en la parte delantera del edificio y pasaba por delante de ella al dirigirme a la habitación de mi madre. Intentaba no atisbar dentro y concentrarme sólo en su puerta, situada al final del pasillo, pero siempre había algo que atraía mi mirada. Tenía un carácter fantasmagórico que resultaba extrañamente magnético. Estaba llena de ancianos sentados en sofás, algunos en silla de ruedas, todos con mantas enrolladas alrededor de las piernas. La moqueta era de todos los colores, con un estampado extremadamente recargado. Me recordó las de los hoteles con pretensiones, donde los gerentes tenían miedo a las manchas de comida, barro y maquillaje.

Allí, los estampados eran igual de efectivos. Ocultaban la suciedad y el vómito, y también los residuos, sí, pero no de las ruidosas comidas de tres platos entre risas, chismorreos y vino, sino del puré de patatas espeso y viscoso arrojado deliberadamente al suelo.

Además de la moqueta de múltiples colores, la sala en sí era bastante insulsa: paredes vacías de color beige, sin fotografías, ni cuadros ni pósteres, y sillones de cuero oscuro, fáciles de limpiar. Aunque en realidad la decoración carecía de importancia. Esa estancia no atraía por sus detalles, sino por quienes la habitaban. Servía de telón de fondo de una escena que representaba la vida y la muerte, y la fina línea que separaba a ambas. Esas personas estaban mitad dentro y mitad fuera. Les palpitaba el corazón y les corría la sangre por las venas, pero el alma se les escabullía, la mente se les derretía, el cuerpo se les desmoronaba y se estropeaba. Era un lugar misterioso y extraño, una sala llena de personas que apenas seguían siendo personas, llena de vida que casi no era vida, llena de muerte que no era del todo muerte. Mi madre nunca quería pasar tiempo allí, y las enfermeras habían dejado de insistir.

Estaba sentada en la cama cuando entré en su habitación.

Me detuve en la puerta unos instantes viendo cómo jugueteaba con las borlas de la manta de lana azul que cubría el edredón. Se tapó hasta la barbilla y entrelazó las manos, y debajo del edredón apareció un bulto. La ventana estaba abierta de par en par, y una brisa fresca levantó las cortinas, que se agitaron y proyectaron una sombra contra la pared.

A los sesenta y dos años, mi madre sufría demencia precoz. Los médicos del centro, con quienes yo casi nunca coincidía en sus visitas semanales, habían señalado que se hallaba entre los de más edad de los de inicio precoz, como si semejante revelación pudiera proporcionar algún consuelo. Lo que querían decir, por supuesto, era que había casos mucho peores. Lo entendía. Pero poco alivio había en ello.

Llamé antes de entrar. Levantó la vista y sonreí, esperando que se acordara de mí. Su rostro estaba estático, con pliegues profundos en la frente y los labios permanentemente apretados. Vi cómo movía las manos debajo del edredón y supe que con el índice de una mano se tocaba la piel seca y desigual que rodeaba las uñas de la otra.

A veces tardaba unos minutos en reconocerme. Se quedaba mirándome y yo sabía que revisaba los archivos del fondo de su mente tratando de procesar mi entrada y ubicar mi cara y mi atuendo, desesperada por descifrar esa nueva llegada.

Al mirar atrás ahora, me cuesta creer que ya lleve dieciocho meses viviendo allí. Siempre pareció algo temporal, una especie de limbo. Aunque ahora parezca imposible, entonces no pensé que las residencias de ancianos son claramente temporales. Son el punto intermedio, no entre dos momentos de esta vida, sino en la periferia de la vida en sí.

Le habían diagnosticado la enfermedad a los sesenta años, pero para entonces hacía un año que vivía sola, el divorcio había terminado y mi padre ya se había ido. Yo hacía varios meses que sabía que le pasaba algo; en ese momento pensé que tal vez era depresión. Nunca había estado tan irritable y me reñía por pequeñeces: porque le echaba demasiada leche al té o llevaba barro en las suelas de los zapatos.

Empezó a soltar tacos. En los primeros veinticinco años de mi vida no le había oído decir ni una sola vez «mierda» o «coño». En su lugar optaba por «mecachis» o «caray», que decía entre dientes. Y de pronto las palabrotas más malsonantes formaban parte de su lenguaje cotidiano. «Sólo quería una pizca de leche, joder.» «Estás dejando toda la puta casa perdida de barro.»

A veces se olvidaba de que yo iba a ir a verla, a pesar de mi tenaz rutina. Yo llamaba al timbre un sábado por la mañana temprano y oía sus zapatillas acolchadas sobre la moqueta mientras se acercaba a la

puerta principal. Oía un tintineo cuando ponía la cadena. Entonces abría la puerta apenas un par de dedos y asomaba la nariz por el pequeño hueco. Me miraba de la cabeza a los pies y decía: «Oh. ¿Es hoy?».

A mí me preocupaba que bebiera demasiado. La llevé a un médico. Él asintió mientras yo le explicaba la situación y me pareció que lo entendía. Tuve la convicción de que sabía exactamente la causa de ese cambio en la personalidad de mi madre, que sabía las respuestas que yo no había podido encontrar en internet, la medicación, la terapia o los consejos que pondrían fin a su mal.

«La menopausia —dijo cuando terminé de describir los síntomas de mi madre. Asintió con solemnidad—. Definitivamente es la menopausia.»

A la mañana siguiente mi madre se cayó por la escalera. Recibí una llamada de su vecino. Había oído un ruido extraño y, afortunadamente, había entrado con su copia de la llave. Mi padre se la había dado hacía años para que regara las plantas y diera de comer a los peces mientras estábamos todos en Cornualles.

Cuando llegué, mi madre estaba sentada en el sofá, con la bata bien atada alrededor de la cintura y una taza de té frío en la mano, discutiendo con su vecino, que era partidario de que fuera al hospital, para mayor seguridad, sólo para un chequeo.

—¡Oh, no, tú también! —exclamó cuando me vio—. He dado un traspié. No estaba atenta. Me habría levantado enseguida, pero este entrometido no sabe estar solo y ha entrado con toda su cara sin llamar, como si también viviera aquí.

Era un hombre amable, demasiado, y mucho más paciente de lo que yo habría sido en presencia de un vecino tan grosero e ingrato, y prometió que estaría al tanto. Trabajaba desde casa, dijo, así que siempre andaba cerca. Las paredes eran delgadas y pondría la música baja, por si algún día ella volvía a necesitar ayuda.

Me pregunté cuántas discusiones habría oído a lo largo de los años.

Ella volvió a caerse al cabo de quince días. Él oyó el estrépito y llamó a una ambulancia. Tenía un corte en la frente donde se había golpeado con la barandilla. Dijo que estaba bien, que no era demasiado profundo, sólo un rasguño, pero él insistió en que fuera al hospital. Seguía sangrando cuando me reuní con ella casi dos horas

después.

Nos vino a ver una doctora, una mujer no mucho mayor que yo, que frunció el ceño cuando asentí con aire experto y le dije con confianza:

—Menopausia.

—¿Usted cree que es la menopausia, señora Baxter? —preguntó, y mi madre puso mala cara—. No digo que no esté menopáusica, pero ¿es eso lo que cree usted que es?

Mi madre arqueó su ceja no ensangrentada en respuesta y suspiró mientras negaba con la cabeza.

—En ese caso, me gustaría realizar algunas pruebas más. ¿Le parece bien?

Mi madre asintió.

Esa tarde le comunicaron sus sospechas de que tenía demencia. Vivió sola durante un poco más de tiempo en su casa, donde empeoró progresivamente. Pero cuando se confirmó su diagnóstico seis meses después, se trasladó a la residencia, donde contaría con el apoyo de las enfermeras y los cuidados que yo no podría haberle brindado, ni aunque viviera con ella.

Me senté en el sillón, con el abrigo sobre el regazo. Abrí la boca para hablar, pero mi madre negó con la cabeza. Quería encontrar el archivo correcto y no quería que la ayudara.

—Llegas tarde —dijo al fin.

—Sólo unos minutos —respondí, retorciéndome para ver el reloj de pared que colgaba sobre mi cabeza.

—¿El tren? —preguntó ella.

Asentí.

Ella estaba allí. Con la mirada fija y cálida. A veces temía que se hubiera dado por vencida, que dejara que la demencia se extendiera por su cerebro como un hongo, y se infiltrara y destruyera los últimos restos de su humanidad. Pero, en días como ése, yo estaba segura de que ella todavía luchaba, que la rechazaba con los pocos medios que tenía, que se negaba a ser adoctrinada por el vacío antes de lo estrictamente necesario.

—¿Has roto con ese chico? —me preguntó.

Stanley y yo habíamos quedado dos veces antes, una de las cuales

no había sido horrible y se la había contado a ella —el pícnic en el parque, las copas en el pub— la semana anterior. Pero también le había dicho que era abogado, que en su mejor momento era aburrido y que lo único que lo salvaba era que tenía el cabello muy suave.

Vi que se sentía orgullosa de haber recordado nuestra última conversación. A menudo sólo recordaba el tono de una discusión, si estaba enfadada o contenta conmigo o si había disfrutado de la compañía, pero a veces recordaba pequeños detalles. Recuerdo haberme preguntado si los apuntaba cuando yo me marchaba para la semana siguiente, como una forma de mantenerse conectada cuando su mente hacía un gran esfuerzo por cortar la conexión.

—¿Stanley? —le pregunté.

—Quizá. —Se encogió de hombros—. No tengo suficiente espacio aquí —se dio unos golpecitos en la frente— para recordar todos los nombres.

—Sí. Anoche.

—Bien —respondió—. No se parecía mucho a Jonathan.

La demencia de mi madre había borrado, de un modo algo oportuno, sus recuerdos sobre mi relación con Jonathan. Su recuerdo era simplemente que me enamoré y que él murió, lo que no fue así en absoluto.

No era que a mis padres no les gustara Jonathan. De hecho, diría que les cayó bastante bien: era magnético y ocurrente, y siempre muy educado. Sin embargo, creo que les gustó como a los padres les gusta un primer novio. Estaba bien. Servía. Pero no era la persona en la que estaban pensando cuando me imaginaban casada.

Se pusieron furiosos cuando les dije que estábamos prometidos. Después de no haberse puesto de acuerdo en absolutamente nada durante la década anterior, ambos insistieron en que estaba cometiendo un error irreversible. Argumentaron que éramos demasiado diferentes. A él le gustaba el espacio y el aire libre; a mí, el recogimiento de mi propia casa. A él le gustaba la gente y el ruido; a mí, la intimidad y el silencio. Creo que les pareció que no era lo bastante bueno, que no era lo suficientemente inteligente, que no ganaba lo suficiente como operador de cámara. No me importó.

En las semanas posteriores a nuestro compromiso, mi madre me llamó repetidamente, a veces varias veces en un solo día, para insistir en que iba a arruinar mi vida. Me gritaba sin cesar que el amor no era

fácil, que era demasiado complejo, demasiado polifacético para que yo lo entendiera, y que el matrimonio era para otra época, otra década, otra vida. Afirmó que aún éramos demasiado jóvenes, demasiado ingenuos, que estábamos demasiado obcecados en hacer algo que escapaba a nuestra comprensión. Yo oía el silbido del aire más allá del micrófono mientras ella se paseaba por el pasillo de su casa, los giros cerrados en cada extremo, los suspiros salvajes entre frase y frase. No llegó a decirlo, al menos no con esas palabras, pero creo que intentaba protegerme del error que ella había cometido, de un matrimonio que había reducido cada faceta de la persona que había sido a unas pocas etiquetas marchitas: «esposa», «madre», «desengaño».

Ella me exigió que escogiera; escogí a Jonathan.

Tal vez debería haber sido una decisión difícil, pero no lo fue.

Cuando Jonathan y yo estábamos solos, los dos nos mostrábamos tal cual éramos. Ésa fue mi mayor alegría, haber encontrado a alguien con quien podía ser yo misma y que, a su vez, me mostraba su lado más auténtico. Cuando estábamos con otras personas, con mis padres en particular, los dos nos mostrábamos un poco mejor de como éramos: más graciosos, más amables, más enamorados. Nos agrandábamos para ser el tipo de pareja con la que los demás se sienten cómodos. Él hacía bromas a mi costa, bromas tontas que hacían reír a los otros hombres, a mi padre, y yo era más educada, le llevaba algo de beber y le preguntaba si quería algo más, y lo instaba a llamarme si necesitaba algo de la cocina. Y nos tocábamos de una manera que a veces parecía forzada; su brazo alrededor de mi cintura, mi cabeza en su hombro. Cuando estábamos solos, nuestros cuerpos se fundían en uno, entrelazadas las extremidades, piel contra piel.

Fue una elección fácil.

Supongo que pensé que mi madre con el tiempo se rendiría, que acabaría aceptando mi matrimonio. No me parecía justo que utilizara ese momento para restaurar su amor maternal.

Cuando yo tenía casi cuatro años, mi hermana Emma nació siete semanas antes de lo previsto en una oleada de caos. La ingresaron en cuidados intensivos y la pusieron en una incubadora mientras llevaban a mi madre en camilla al quirófano para detener una hemorragia imparable. Ambas regresaron a casa varias semanas después, pero en apenas un mes todo había cambiado. A partir de ese momento, mi madre se volvió obsesiva, preocupándose cada vez más por su hija

pequeña: preguntándose siempre si tenía frío o hambre, si respiraba. Como consecuencia, estreché la relación con mi padre (quien no pudo hacer nada a derechas en esos primeros meses), pero en cuanto a mi madre, no era más que una presencia física para mí. No le interesaban los cuentos para dormir, ni las primeras fotografías mías en el colegio, ni lo que sucedía durante el día de una niña. Desde entonces no ha tenido un interés real en mí, así que me costaba creer que fuera merecedora de tanta atención en la edad adulta.

Poco después de mi boda, mi padre le pidió el divorcio a mi madre y se fue de casa. Judy, su secretaria y amante de muchos años, había enviudado un año antes. Amenazó con dejarlo si no se comprometía con ella por completo. Las amenazas de mi madre siempre habían sonado poco convincentes, pero era evidente que las de Judy no. A ninguno nos sorprendió que mi padre la eligiera a ella.

Yo pensé que mi madre podría necesitarme más después de esa pérdida. Supongo que debería haber imaginado que no sería así.

Durante un año no nos hablamos en absoluto. Recuerdo que esperé una llamada telefónica el día de mi cumpleaños, porque se supone que las madres y las hijas están unidas al menos por el nacimiento, pero nunca llegó. No supe nada de ella cuando Jonathan murió. Me pregunté si asistiría al funeral. No lo hizo. No le había dado los detalles, pero supongo que pensé, que incluso esperé, que ella se los pediría a otra persona.

Y menos de un mes más tarde, cuando menos lo esperaba, empezó a enviarme correos electrónicos, uno o dos a la semana, nada trascendental, sólo para ponerme al día de su vida y contarme cosas que la habían hecho pensar en mí: una nueva tienda de muebles en la calle principal, un artículo en una revista, un tráiler que había visto de una película que pensaba que podría gustarme.

Al final le respondí —había visto la película y me pareció aburrida—, y de alguna manera nos conformamos con un diálogo agarrotado. En ese momento yo estaba enfadada con ella, muy enfadada, porque todavía quedaban muchas cosas por decir. Me sorprendí introduciendo en mis mensajes y conversaciones esas pequeñas verdades, esos pequeños enfados, ocultos en ásperas acotaciones al margen y abruptas despedidas y, a veces, en largas pausas entre respuestas. Era mucho más fácil hurgar en esas cicatrices que abordar el gran dolor que aumentaba dentro de mí.

La odiaba. La odiaba profundamente. Y un buen día dejé de hacerlo. Ella también había perdido al hombre al que quería. Y luego perdió mucho más: la cabeza, los recuerdos. Nuestras vidas transcurrían en lugares muy diferentes, pero las dos estábamos rotas, y cada una se identificaba en las fracturas de la otra. Después de más de veinte años de falta de comprensión mutua, por fin teníamos algo en común.

De modo que descubrí que yo también podía borrar los recuerdos del drama; no eran las acciones de esa mujer, de esa madre, sino de alguna otra persona ya perdida en los pliegues de la historia y el tiempo.

—No —dije finalmente—. Stanley no se parecía en nada a Jonathan.

—Entonces estás mejor sin él. ¿No crees?

—Diría que sí.

Encendí el televisor y vimos juntas las noticias. Un adolescente había muerto apuñalado; su asaltante aparecía encubierto en una fotografía granulada, una imagen congelada de una cámara de seguridad. Un político desacreditado hablaba con la prensa sin disculparse, justificando sus acciones. Una madre joven sollozaba; le habían revocado su subsidio y no podía permitirse pagar la guardería para ir a trabajar ni trabajar para pagar la guardería. Nos quedamos horrorizadas, aunque nada sorprendidas, y luego tristes, y torcimos el gesto al unísono.

El locutor finalmente se despidió y yo cogí el abrigo y el bolso y salí al pasillo sin hacer ruido, dejando a mi madre dormida con el murmullo de los créditos iniciales de un nuevo programa concurso.

Te hablo de mi madre porque es importante que entiendas el papel que tiene en esta historia. Yo la odiaba, es cierto, pero también la había perdonado. No lo olvides.

7

El siguiente viernes no tenía con quién ir a casa de Marnie y Charles, pero había ido sola muchas veces, y estaba impaciente. Hasta que Marnie me telefoneó al mediodía para anular la cena de esa noche porque Charles había organizado un fin de semana sorpresa en los Cotswolds. Llamaba desde el coche y alcancé a oír el zumbido de los otros vehículos que pasaban por su lado a toda velocidad en la autopista. Me pregunté desde cuándo sabía que iban a estar fuera. Debía de haberse enterado unas horas antes, porque había tenido tiempo para hacer el equipaje y salir de la ciudad, dejando atrás sus pequeñas y estrechas calles bordeadas de coches aparcados y sus semáforos rojos cada pocos cientos de metros. Podría haberme llamado con más antelación.

—¿Adónde vais? —pregunté, aunque no tenía especial interés en saberlo.

—A un hotel. —Oí crepitar el móvil contra su mejilla y me la imaginé volviéndose hacia Charles, que debía de estar al volante, mostrando como siempre el camino—. ¿Cómo se llamaba? —le preguntó.

Lo oí hablar a él, no las palabras aisladas, sino un murmullo, el timbre de su voz resonando en las entrañas metálicas del coche.

—No se acuerda —dijo Marnie—. Pero... —de nuevo el crepitar —, según Google, estaremos allí dentro de dos horas.

Los imaginé sentados uno al lado del otro: los zapatos de Marnie abandonados en el espacio bajo la guantera, los pies sobre el asiento debajo de los muslos; Charles con una camisa elegante y un jersey abrigado, siempre consciente de que en otoño refrescaba, pues era el tipo de hombre al que le gustaba conducir con la ventanilla bajada y el codo apoyado en el borde.

—¡Jane! —lo oí gritar. Y luego, en voz más baja, con ternura incluso—: ¿Me oyes?

—Lo oigo.

—Continúa —respondió Marnie, pero no a mí—. Dice que te oye.

—¡Jane! —volvió a gritar él—. ¿Puedo pedirte sólo un favor? Me gustaría tener a esta hermosa mujer sólo para mí este fin de semana. ¿Cómo lo ves? —Apreté el micrófono con el pulgar para sofocar el sonido—. ¿Podrás arreglártelas? Sólo cuarenta y ocho horas. Lo superarás.

Marnie se rio, con una risa femenina, así que yo también me reí.

—¡Claro que sí! Es toda tuya. —Porque ¿qué otra cosa podría haberle dicho? Sabía lo que eso significaba.

—Pero nos vemos la semana que viene, ¿vale? —dijo Marnie—. ¿A la hora de siempre?

—Sí. A la hora de siempre.

—Avísame si vas con Stanley.

—No irá —le respondí.

—Oh. ¿En serio? Qué pena. —Se sorprendió de la forma en que los optimistas a menudo se sorprenden ante los hechos que traicionan sus fantasías. Ella siempre espera y supone que el próximo hombre será el adecuado, lo que es una tontería porque la evidencia indica lo contrario. Nunca ha visto más de un par de veces a ninguno de mis pretendientes, como ella los llama—. Bueno, avísame si quieres llevar a alguien.

Marnie colgó y escuché el silencio donde unos segundos antes había estado su voz. Sabía lo que venía y sabía también que tenía miedo. Respiré hondo, inhalando ruidosamente, porque tenía el pecho constreñido, me vibraban las costillas y el aire se quedaba atrapado en mi garganta.

Ya sabes que había un anillo de compromiso. Había dado por hecho que todavía estaba en la mesilla de noche de Charles; no tenía motivos para creer lo contrario. Pero en ese momento estuve bastante segura de que se encontraba en la carretera, en el bolsillo de una americana, en el compartimento de una maleta o en la guantera de ese coche blanco reluciente.

Acostada en la cama esa noche, lo imaginé en la habitación de su hotel, escondido en el cajón de otra mesilla de noche, a la espera del momento perfecto. Lo vi dentro de su caja de terciopelo rojo, un aro de oro con tres diamantes blancos centelleantes.

No lo soportaba. No soportaba pensar que ella pudiera casarse con él.

Cuando era niña, la relación de Marnie con sus padres había sido tensa: tenía más compañeros de trabajo que parientes. Los dos eran médicos y habían cosechado muchos éxitos en sus respectivas especialidades. Siempre estaban viajando, por lo que Marnie y su hermano mayor, Eric, se habían quedado en casa solos semanas enteras desde que eran lo bastante mayores para ir al colegio y cocinarse sus propias comidas. Sus padres aparecían los días buenos, para las reuniones de padres o las obras de teatro escolares, pero no estaban especialmente presentes. Ella no tenía a nadie los días malos, los días normales, los días que componen una vida.

Hasta que aparecí yo. Ése fue mi papel. Yo la quería total e incondicionalmente, sin reservas.

Charles creía que él también podía llenar ese espacio. Pero se equivocaba. Porque enviar una botella de champán desde el otro extremo del bar no es un gesto desinteresado, sino fanfarrón. Un piso caro no es generoso. Es desesperado y excesivo. Y un anillo extravagante no es un símbolo de compromiso, sino de confianza ciega, el tipo de arrogancia que sólo se considera aceptable en un hombre como él.

Yo había descubierto el anillo unos meses antes.

Marnie y Charles estaban a punto de irse de vacaciones una semana. Se iban a las Seychelles, creo, o tal vez era Mauricio, y se esperaba una ola de calor en Londres. A Marnie le preocupaban las plantas de su balcón, si sobrevivirían siete días con fuerte sol y sin lluvia. Y Charles decía que estaba siendo ridícula, porque sólo eran plantas y siempre podía comprar más.

Yo seguí comiendo mientras discutían, manteniéndome deliberadamente callada. Mentiría si dijera que no me llenó de satisfacción la discusión (disfruté al ver que Charles no entendía a Marnie), pero sabía que no podía ganar nada interviniendo. Aun así, quería decirle a él que no fuera tan estúpido, que si a Marnie le importaban las plantas, a él también deberían importarle. Pero no lo hice.

A la mañana siguiente, Charles me llamó y me preguntó si me importaría regar las plantas mientras estaban fuera.

Yo no tenía coche; no sabía conducir. Normalmente tardaba

alrededor de media hora en ir de mi piso al suyo en el metro, así que supe de inmediato que no iba a ser particularmente práctico.

Me pregunté si tenían otros amigos que vivieran más cerca: colegas de Charles quizá, que también podían permitirse tener un piso caro en una antigua mansión. Debían de tener alguno, pero Charles me lo había pedido a mí.

«Tal vez soy su mejor amiga», pensé.

Sabía, por supuesto, que no era cierto.

Me lo habían pedido a mí simplemente porque sabían que diría que sí. Marnie tenía otros muchos amigos, al igual que él, pero yo era eficiente y de confianza.

Charles me dijo que le dejaría una copia de la llave al conserje y que sería estupendo si pudiera pasar después del trabajo de lunes a viernes, y, de hecho, también el sábado.

El lunes salí del trabajo a las seis y media, agotada después de un día sentada a un escritorio delante de una pantalla, tratando de explicar a los inquietos compradores por qué sus paquetes no habían llegado en el momento en que habían elegido. Al morir Jonathan me había tomado casi diez semanas libres, y cuando regresé, descubrí que ya no vendíamos muebles y que me habían trasladado al departamento de Atención al Cliente para atender llamadas. Ellos insistieron en que habría oportunidades para contribuir de una manera significativa al éxito de la empresa, pero a mí me pareció un descenso de categoría.

La línea telefónica de asistencia estaba cerrada los fines de semana, por lo que el comienzo de la semana siempre era lo peor. El lunes, los clientes cuyos paquetes no habían llegado el sábado estaban ya tan furiosos, tan fuera de sí a causa de la frustración —sin muebles de jardín para su barbacoa, sin regalos para el cumpleaños de su hijo, sin disfraces para la fiesta— que eran totalmente incapaces de contener su ira. Lejos de hacerlo, se pasaban casi una hora silbando, escupiendo, insultando y gritando al teléfono. Y yo me estaba una hora tranquilizándolos, apaciguándolos y prometiendo enmendar el error y recargar sus cuentas con pequeñas cantidades compensatorias.

Llegué al piso de Marnie y Charles justo después de las siete.

—¿Puede mostrarme algún documento que acredite su identidad? —me preguntó el conserje cuando le pedí la llave.

—No llevo ninguno encima —respondí—. Pero Jeremy —añadí,

pues él sí llevaba una chapa con su nombre—, me ha visto aquí una vez a la semana durante años. Sabe quién soy. Y estoy viendo el sobre con la llave encima de su escritorio. Jane Black. Sabe que ése es mi nombre.

—¿Sin un documento que la identifique? —repitió él.

—Me temo que no.

Le ofrecí mi sonrisa más dulce y me quedé francamente asombrada cuando deslizó la llave por la mesa con aire conspirador.

—No se la he dado yo.

Tomé el ascensor hasta el piso y, cuando las puertas se abrieron y salí, se encendieron las luces del pasillo. Marnie y yo habíamos estado un año saliendo de un ascensor a una moqueta azul, y en el edificio en el que yo vivía ahora la experiencia era similar (la moqueta era marrón topo, pero estaba igual de embarrada y raída). Ese edificio, en cambio, era sensiblemente diferente y nunca dejaba de hacerme sentir un poco inferior. Las paredes estaban cubiertas de obras de arte enmarcadas cuyas firmas pintadas adornaban la esquina inferior derecha, y del techo colgaban luces en elegantes apliques. El suelo de parquet estaba barnizado y brillaba bajo las luces, y la única prueba de que otros zapatos habían caminado por esos pasillos era un ligero descoloramiento y unas pocas rozaduras en las puertas de los dos ascensores.

Entré en el piso con la llave y me sorprendió estúpidamente encontrarlo a oscuras. Cuando los viernes por la noche tocaba el timbre, Marnie se apresuraba a abrir la puerta con una sonrisa, y luego volvía rápidamente a la cocina para remover, sazonar o escurrir. Normalmente, la cámara estaba instalada en la encimera y la filmaba preparando su última invención. Su breve ausencia —mi llegada— quedaba registrada regularmente en sus artículos, recetas y vídeos.

Yo siempre quería que saliéramos a cenar. Quería que volviéramos a estar sólo nosotras dos. Pero ella necesitaba estar en la cocina, decía; así era como pagaba la mitad de la hipoteca. Charles estaba desesperado por tener una mujercita a quien poder poseer. Pero yo sabía que no era lo que ella quería, y yo tampoco lo quería para ella.

Desde el pasillo la oía decir:

—Y Jane ha llegado exactamente en el momento previsto.

Yo cerraba la puerta detrás de mí, sin hacer ruido, y me paraba a

escuchar.

—Porque he podido salir un segundo a recibirla sabiendo que nada se desbordaría, ni se quemaría, ni me encontraría sartenes chamuscadas o salsas pegadas cuando volviera.

La oía trajinar en la cocina un par de minutos: una cuchara removiendo una cazuela, el chisporroteo del aceite en una sartén, o un mueble con cajones y armarios que se abrían y se cerraban, y al final ella decía la frase que yo esperaba oír y que venía a ser algo así:

—Pero ¿os acordáis de lo que digo siempre? Jane es de la familia para mí. Así que sé que está ahí fuera ahora mismo, colgando el abrigo o quitándose los zapatos o lo que sea, y puede servirse ella misma una copa o abrir una botella, *mi casa es su casa* y todo eso. Si tus invitados son más exigentes, entonces te sugiero que programes su llegada para el final de la siguiente etapa, cuando puedas tomarte un descanso de verdad y ser realmente la mejor anfitriona.

Yo estaba sola en el pasillo en esos momentos, es cierto, pero la sensación era muy diferente. Había luces encendidas, luces por todas partes, bombillas colgando sobre mi cabeza y lámparas laterales que brillaban en las esquinas. Había velas perfumadas parpadeando a lo largo de los cubrerradiadores, en la repisa de la chimenea, en la mesa de centro..., en todas las superficies. Siempre oía a Marnie parlotear para sí misma y para su público de seguidores cada vez más numerosos. Se oía el zumbido del horno, y las ventanas francesas que daban al balcón siempre estaban abiertas y se oía el silbido del viento, el ronroneo de los coches y las bocinas que tocaban los conductores en la calle de abajo.

Pero esa noche no había luz ni olores, sólo silencio.

Me gustó la sensación de que no hubiera nadie más en el piso; parecía sin dueño y algo así como hueco.

Tardé un rato en encontrar la regadera (debajo del lavabo) y la llave del balcón (en el cajón, junto a las cucharitas). Estaba casi oscuro cuando salí, pero entre las hojas de las plantas pude ver telarañas que se extendían desde los tallos hasta las barandillas de metal, brillando a la luz del atardecer. En el centro de una había una pequeña araña marrón. Dirigí el chorro hacia ella y observé cómo la pared de agua la hacía caer rodando al patio junto con su tela.

Cuando llegué a casa eran casi las nueve.

A la mañana siguiente me llevé una pequeña maleta con

suficiente ropa y artículos de tocador para instalarme allí hasta el final de la semana. Incluso me llevé sábanas. Habían pedido un visitante, un invitado que pasara media hora cada día sólo para regar sus plantas, y me convertí en una especie de inquilina.

No pensé que les importara mucho, pero no tenía intención de decírselo.

Entré en su piso esa noche con la llave y me detuve de nuevo en el pasillo oscuro. Ésa sería ahora mi casa, sólo durante esa semana, pero aun así. Encendí todas las luces, exactamente como a Marnie le gustaba, e hice su cama con mis sábanas y fundas de almohada. Luego dejé la comida que había llevado en la nevera y en los armarios, encendí la radio y eché un vistazo a sus estanterías. Era fácil saber qué libros pertenecían a Marnie y cuáles a Charles; casi todos los de él tenían los lomos oscuros y los títulos en letras gruesas y doradas, mientras que los de ella eran de tonos pastel, rosas y amarillos sobre todo, con intrincada letra como escrita a mano.

Regresaba todas las noches después del trabajo y me introducía en los huecos entre sus cojines, en la fina capa de mugre que subía por los azulejos de su ducha, en las manchas de protector labial que empañaban sus vasos.

Hay algo muy extraño y al mismo tiempo bastante íntimo en el hecho de estar solo en la casa de otras personas. Recuerdo que era claramente consciente de la presencia de ambos, a pesar de que estaban a horas de distancia. Tenía la sensación de estar viéndolos por primera vez como pareja. Me encontré revolviendo en sus armarios, impaciente por averiguar cuáles eran sus infusiones favoritas y las que todavía tenían la tapa de aluminio pegada. Revisé sus cajones y me sorprendió descubrir que Marnie ahora se molestaba en tener la ropa interior a juego. Miré su botiquín —un sinfín de analgésicos, caramelos para la tos, tiritas de color carne y un termómetro todavía en su cartón con la cubierta transparente— y me pareció conocerlos un poco mejor que antes.

En la mesilla de noche de Marnie había muchas cosas sueltas, nada de valor: paquetes de clínex, muestras de cosméticos, bolígrafos sin tinta, tarjetas de cumpleaños viejas, cajas de píldoras vacías, un par de gafas de sol viejas, una pulsera de cuerda de un viaje que habíamos hecho a Grecia cuando estábamos en la universidad. En la de Charles descubrí tres revistas, dos puntos de libro, cuatro lápices de

memoria, unas fotos polaroid de la boda de una amiga, una de Marnie con un vestido de seda azul que yo la había ayudado a elegir..., y, envuelta en una bolsa de papel marrón en el fondo, una cajita de terciopelo rojo.

De modo que sabía lo que iba a suceder; había tenido tiempo de prepararme.

Era domingo al mediodía y todavía estaba en la cama cuando recibí una segunda llamada telefónica de Marnie. Sostuve el teléfono por encima de mi cara y vi su nombre escrito en mayúsculas en mi pantalla y la fotografía que le había hecho en su cocina, con las cintas del delantal atadas alrededor de la cintura y el pelo cobrizo recogido de su cara, cuando me pasé a un smartphone hacía dos años.

Respiré hondo antes de responder.

—¿Jane? —gritó ella—. Jane, ¿me oyes? —Estaba mareada, loca de emoción.

—Claro. ¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

Y yo sabía lo que era y que no pasaba nada, pero seguimos la farsa de todos modos.

—¡Charles me ha propuesto matrimonio! —chilló. Era totalmente incapaz de controlar el volumen o la velocidad de sus palabras—. ¡Me ha pedido que me case con él! Voy a enviarte una foto del anillo. —Oí cómo tecleaba y luego se llevó de nuevo el móvil a la oreja—. ¿Te ha llegado?

El teléfono me vibró en el oído. Yo ya sabía qué iba a enseñarme. Pero no me sentía preparada para ver el anillo en su dedo, asentado en su piel clara, uniéndola a un futuro muy específico.

—Aún no —respondí—. Seguro que no tarda.

Lo miraría, pero más tarde. Tenía pensado poner una botella de vino en la nevera, ordenar el piso y salir a dar un paseo, y horas después, cuando fuera estuviera oscuro y silencioso, abriría el mensaje y miraría la foto.

—Y tú estarás allí, ¿verdad? —me preguntó—. Por supuesto que sí. Estarás en la boda, ¿verdad? Podría ser en el extranjero, ya veremos, no estamos seguros. Y me ayudarás a decidir qué me pongo, ¿no?

—Claro —respondí. No estaba segura de haber sonado lo

bastante entusiasmada—. Claro —volví a decir, esperando que las repeticiones mecánicas crearan la ilusión de emoción cuando, de hecho, sentía náuseas.

—Y serás nuestra dama de honor —dijo—. ¿Verdad que sí?

—Sí, claro.

—Bueno, tengo que dejarte, estamos volviendo a casa, y tengo que hacer unas cuantas llamadas más. Oh, Jane, ¿no es lo más emocionante del mundo? No puedo creerlo, de verdad. ¿Me avisarás cuando te llegue la foto? Puedo volver a enviártela. Es realmente especial. Creo que te gustará. O al menos di que te gusta. Pero estoy segura de que sí. Bueno, estoy diciendo tonterías y Charles está poniendo los ojos en blanco... Sí, sí, ya voy..., así que luego hablamos, y te veo el viernes, si no antes... Sí, de acuerdo..., ¡te quiero!

Y colgó.

8

Esa noche me acosté temprano. Recostada sobre las almohadas, sudando dentro de mi pijama de franela, examiné con detenimiento la foto de la pantalla del móvil. Mostraba una mano con el aro de oro alrededor del anular. Era una sortija muy bonita, pero no podía evitar verla como una soga que podía ahogar, el final de algo antes que un comienzo. La mano —sin duda la de Marnie, con los dedos esbeltos y elegantes y las uñas pulcramente pintadas— parecía un ser individual con vida propia, totalmente separado de ella.

Me desperté bruscamente —a las dos y diez de la madrugada—, empapada en sudor y tiritando, y con la absoluta certeza de que había olvidado hacer algo increíblemente importante. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que Marnie había vuelto a llamarme desde el coche, la segunda llamada telefónica también la había hecho en el coche. Yo había oído el mismo ruido de tráfico, la reverberación de neumáticos que pasaban a toda velocidad. Y, si no me equivocaba, había dicho que estaban volviendo a casa.

Yo estaba totalmente segura de que Charles no le había propuesto matrimonio en un coche. No era para nada su estilo. Habría querido flores, champán, violines y probablemente también la luz de la luna. Me sorprendió un poco que ella no me hubiera llamado antes.

Cuando Marnie tenía dieciséis años, se enamoró de un chico llamado Thomas. Él tenía diecisiete, medía más de metro noventa y jugaba al rugby para el condado. Ella admiraba de él la mandíbula cincelada, los abdominales marcados, los hombros anchos y los brazos fuertes. Yo no podía parar de mirarle la frente extrañamente grande. Pero él era realmente encantador, y lo digo como alguien a quien no suelen conmoverlo los buenos modales, el carisma y una sonrisa un poco torcida.

No lo odié, aunque debería haberlo hecho. No lo maté, pero me

habría gustado.

Basta. No me mires así.

Deja de juzgar y escucha la historia.

Me gustó cómo funcionaba su relación. Él esperaba obtener una beca deportiva en una de las mejores universidades y dedicaba gran parte de su tiempo a entrenar o competir. Prácticamente todas las tardes, de hecho. Y siempre tenía un partido los fines de semana. Se veían poco y su romance prosperó a base de notas que se pasaban por los pasillos, hilos de textos y guiños desde el otro extremo del comedor.

Llegó el verano con sus mañanas anhelantes y sus largas y húmedas tardes. No me di cuenta de que Marnie seguía llevando jerséis hasta que un día a la hora del almuerzo se subió la manga, distraída, y le vi cuatro hematomas iguales sobre el codo. Me vio mirarlos y balbuceó que se había golpeado con el somier de la cama.

No sé cómo se me pasó por alto. Ella era reservada con su móvil cuando antes leía sus mensajes en voz alta y escribíamos juntas las respuestas. Ahora, en cambio, se enfadaba con facilidad, saltaba enseguida, y estaba inquieta y asustadiza, y yo no me había dado cuenta de nada.

Comprendí lo que estaba pasando y supe que podía detenerlo.

En el jardín trasero de la casa de los padres de Marnie había un enrejado con glicinias que subía hasta la ventana de su habitación. Trepé por él. Me metí en el armario y me senté con las piernas cruzadas sobre un montón de ropa.

Y esperé.

Sabía que él jugaba al rugby esa tarde. Marnie estaba viendo el partido y supe que irían a la habitación de ella después porque sus padres estaban en el recital de música de su hermano y, en ese momento de nuestras vidas, una casa vacía era demasiado tentadora para ignorarla.

Oí la llave en la cerradura, sus voces en el escalón de la entrada, el grifo abierto en la cocina, un armario que se abría, el ruido de cristal sobre la encimera de mármol. Oí pasos en la escalera, la puerta al abrirse sobre la moqueta, los muelles de la cama.

Saqué el móvil de mi bolsillo, puse en marcha el micrófono y lo sostuve en el hueco entre las dos puertas, por donde entraba luz. Todavía tengo la grabación:

—¿Podemos hoy no...? —dice ella.

—Ah, vamos.

—No, hablo en serio. ¿Podemos simplemente...?

—Pero tú dijiste que hoy —responde él—. ¿Qué pasa? ¿Has cambiado de opinión?

—La próxima vez. Te lo prometo. Es por mis padres. Volverán en cualquier momento.

—Lo estás haciendo con alguien más, ¿no? —dice él, sin que nadie lo provoque.

—No. Te prometo que no.

—Eres una puta, eso es lo que eres.

—No es cierto. Te prometo que no —repite ella—. No hay nadie más, te lo prometo.

—Sabes que si quisiera, podría. Lo sabes, ¿verdad?

—Por favor, Tom. No...

—Puedo hacer todo lo que quiera. Ya lo sabes.

—Basta —dice ella—. Ven aquí. No me amenaces.

—¿Crees que es una amenaza? Es una jodida promesa.

Ella se echa a llorar.

—Mis padres estarán fuera el próximo fin de semana —dice él.

Luego se levanta (se oye el crujido del colchón), abre la puerta (el peso de la madera sobre la moqueta) y se va.

Dejé de grabar, pero me quedé acurrucada dentro del armario.

Unos minutos después, Marnie fue al cuarto de baño, y yo salí por la ventana y me descolgué por el enrejado. Le envié la grabación al entrenador de rugby de Thomas desde una dirección de correo anónima y lo echaron del equipo discretamente. Después de eso, él le envió mensajes insultantes a Marnie, pero los leímos juntas y ella nunca volvió a verlo. Me invitó a tomar algunas clases de defensa personal con ella, una especie de popurrí de artes marciales, y fue, y sigue siendo, gratificante saber que lo que hice nos ha hecho más fuertes, más duras y menos vulnerables.

Creo que ella sabía que fui yo quien lo grabó y envió ese correo electrónico, pero nunca dijo nada. Y creo que si hubiera pensado que me había pasado me lo habría dicho. Aun así, en los meses que siguieron, de vez en cuando se volvía hacia mí como a punto de hablar, pero luego cambiaba de opinión y cerraba la boca.

Supongo que ahora espero que ella lo supiera. Espero que, en ese

momento, ella se diera cuenta de que nuestras raíces estaban tan fuertemente entretejidas (la piel más gruesa y rugosa, tan erosionada en las junturas, carne sobre carne) que éramos completamente inseparables. Espero que ella supiera que las dos estábamos juntas en ello pasara lo que pasase y para siempre.

Estaba previsto que la boda se celebrara a los nueve meses de la proposición matrimonial de Charles, el primer sábado de agosto. Me preguntaba si su compromiso cambiaría las cosas, pero afortunadamente no pareció afectar el ritmo de nuestro día a día. Los meses intermedios transcurrieron sin novedad. Marnie y yo seguíamos hablando con regularidad, a menudo varias veces a la semana. Todavía cenábamos los tres juntos los viernes por la noche y, aunque es cierto que muchas de las conversaciones giraban en torno a arreglos florales, yo había esperado lo peor. De modo que fue un alivio descubrir que seguíamos siendo los mismos de siempre.

Su último fin de semana de solteros, el viernes por la noche, Marnie y yo estábamos sentadas en el suelo de su piso poniendo etiquetas plateadas en pequeñas cajas de almendras confitadas. Las numerosas listas de cosas que hacer habían disminuido a lo largo de las semanas anteriores, y sólo quedaban esos últimos detalles que atender.

—¿Cuándo llega la madre de Charles? —le pregunté—. ¿Se quedará aquí? —No era fácil insertar el fino hilo plateado en el pequeño agujero en el papel, y ese tipo de tarea meticulosa y primorosa nunca ha sido mi fuerte.

—¿Eileen? —dijo Marnie—. No lo sé. No lo creo. Aunque... no sé dónde podría quedarse si no es aquí. Espera. —Fue a la cocina y volvió con su ordenador portátil. Se sentó en el sofá y lo abrió—. No lo sé. Pero espero que no se quede aquí. Tendría que conseguir una cama y demás.

—Yo puedo ayudarte. —Y luego nos dedicamos a los menús, en los que había que perforar un agujero en la parte superior y pasar una cinta por él para sujetarla con un lazo.

Charles llegó a casa una hora después. Debían de ser casi las nueve. Supimos que estaba de mal humor por el portazo que dio, el ruido del maletín al caer al suelo de madera y el gruñido con que

colgó la americana en la barandilla.

—Voy a ver cómo está —susurró Marnie.

La oí hablar en el pasillo, un murmullo débil y alegre con melodía propia, casi una canción. Y las respuestas de él, breves, ásperas y cortantes. Al principio fue sólo el desahogo del día, una descarga de rabia, pero luego la voz de ella también empezó a cambiar, a subir y bajar de volumen y, lejos de calmarlo, lo que hacía era irritarlo.

—Ni he cruzado la puerta —dijo él, y alzó la voz para hacerse oír como lo hace un hombre orgulloso— y ya me estás preguntando cosas de la boda. Y no tengo idea, Marnie. No puedo decirte nada que esté relacionado con la boda.

—Te he preguntado por tu madre. Es tu madre.

—Está controlado.

—Está en el plano de las mesas.

—¿Y por qué está en el plano de las mesas, si puede saberse? —replicó él.

—Porque es tu madre —insistió Marnie. Y luego en un tono más tranquilo, más afable, añadió—: ¿No vendrá? Hace años que no la vemos y...

—Voy a ducharme —la interrumpió, y subió la escalera mientras ella entraba en la cocina refunfuñando.

Oí el agua del grifo correr y el clic del quemador de la cocina al encenderse, y a ella hablando hacia la cámara, de nuevo en tono melódico. Yo continué cortando, insertando y atando la cinta, y amontonando los menús terminados en sus cajas.

Charles entró unos diez minutos más tarde en la sala de estar con vaqueros y el pelo mojado, y se dejó caer a mi lado en el sofá. Era muy alto, más de metro ochenta y dos, y muy corpulento, con los hombros anchos y el tipo de físico que los hombres se trabajan sólo para parecer fuertes.

—No la has invitado —dije mientras medía el largo de la cinta entre los dedos.

—¿Cómo?

—Estás mintiendo. No la has invitado.

No creo que quisiera confiar en mí, si le hubieran dado opción habría elegido no hacerlo, pero el silencio que siguió dejó claro que era la verdad.

—No quiero que venga, ¿de acuerdo?

—Lo entiendo —respondí, y era cierto—. Yo no invité a mis padres a mi boda.

—Exacto.

Y creo que él lo malinterpretó, que pensó que nuestros padres eran iguales, que nosotros éramos iguales, cuando no lo éramos en absoluto.

—Porque está enferma —continuó—. Y no sé si puedo enfrentarme a eso el día de mi boda, ya sabes. Cuando está, todo gira alrededor de ella. No creerías cómo se comporta la gente ante una enfermedad. Estoy ahí con ella y todos quieren hablar sobre su maldita peluca y sobre las náuseas y las dietas que curan el cáncer. Es absurdo. Creo que ella disfruta con la atención. Creo que le da un propósito, que le da un sentido a la enfermedad. De todos modos, es mucho más fácil no invitarla.

—Pero es tu madre.

—¿Cómo? —Él ya había sacado el móvil del bolsillo y estaba absorto en alguien que estaba en otro lugar.

—No puedes dejar de invitarla sólo porque está enferma. ¿Sabe que te casas?

—Es posible —respondió, y no parecía avergonzado en absoluto —. Mi hermana podría haberle dicho algo en algún momento.

—¿Y no está destrozada?

—No lo sé —dijo—. No se lo he preguntado. No estamos unidos.

—Es cruel.

Dejó el móvil en la mesita auxiliar y se pasó los dedos por el pelo mojado.

—No creo que tengas derecho a decir eso —dijo secándose la mano en un cojín— cuando tú tampoco invitaste a tus padres. Y es mi boda, así que yo decido. No me gustan las personas enfermas.

—¿Qué es lo que no te gusta? —preguntó Marnie, oyendo sólo el final de la frase cuando entró en la habitación con los brazos llenos de platos de cerámica azul y blanca y cubiertos de plata que dejó en la mesa.

—No he invitado a mi madre —le dijo él.

—Porque está enferma —añadí yo.

—¿Cómo? —respondió Marnie mientras colocaba primero los cuchillos y luego los tenedores—. ¿Porque está enferma? Más motivo

para invitarla.

—Exacto —apostillé yo.

—No —replicó él. No estaba enfadado, al menos no como hacía un momento en el pasillo, pero se mostró firme y resuelto—. Me corresponde a mí decidir. Y no quiero que esté. No me gustan las personas enfermas.

—¿Y si yo me pongo enferma algún día? —preguntó Marnie mientras disponía los platos en la mesa.

—Eso es distinto.

Ella me miró y arqueó una ceja, y sostuvimos una conversación sin palabras que afirmaba que no era distinto en absoluto. Pero si a mí me horrorizó el sentimiento, creo que Marnie se sintió sobre todo frustrada. Habría que rehacer el plano de las mesas.

—Pues siempre y cuando sea cierto, fingiré que no hemos tenido esta conversación —dijo con toda tranquilidad—. Creo que será lo mejor. —Volvió a la cocina, y Charles encendió el televisor, y yo terminé los menús, y luego nos sentamos a cenar como si realmente no hubiera sucedido.

Pero se me quedó grabada esa extraña conversación. Porque confirmaba que él no era lo bastante bueno para Marnie, y nunca lo sería, no podía serlo. Yo tenía un momento al que podía volver en el que él había demostrado a voz en cuello que no era la persona adecuada para la mujer con quien estaba a punto de casarse.

Me sentí complacida.

¿Eso es malo?

Porque confirmaba que era realmente aborrecible, que mi odio no era infundado o inmerecido, sino justificable y justo. Más aún, porque probaba algo que hasta entonces no me había sentido lo bastante segura para afirmar: que yo era realmente mejor que él. Yo me preocupaba de los que me necesitaban: entendía que eso formaba parte del contrato del amor, del deber, de la familia.

Podía ver que él, en cambio, no estaba por la labor en absoluto.

9

Por fin llegó el día, el primer sábado de agosto, y, a pesar de un pronóstico poco prometedor, hizo un tiempo inesperadamente cálido y el cielo estuvo inesperadamente despejado. Hubo cientos de invitados, de todas las etapas de sus vidas (el colegio, la universidad, el trabajo), y algunos a los que nunca habían conocido (parejas de primos, amigos de sus padres y niños que berreaban y luego reían, aparentemente sin motivo). Los invitados habían viajado a Windsor procedentes de todas las partes del mundo: la hermana de Charles y su marido llegaron de Nueva York por la mañana temprano, sus tíos interrumpieron su año sabático en Sudáfrica para reunirse con nosotros, y el hermano de Marnie, Eric, regresó de su prometedor trabajo en Nueva Zelanda para asistir a la celebración.

Creerás que miento al decir esto, pero he prometido contarte toda la verdad, y aquí la tienes: fue uno de los mejores días de mi vida. Marnie y yo pasamos la mañana juntas en casa de sus padres, desayunamos tostadas con mermelada en pijama, y, mientras ella se bañaba, yo me tumbé sobre las baldosas y hablamos de cómo nos conocimos en aquella larga y estrecha cola, y de los hilos que se habían movido y dejado de mover hasta llegar a ese momento.

La vi casarse con un hombre a quien yo odiaba, pero a quien ella amaba, y no fue tan horrible como pensé que sería. La observé a ella exclusivamente, absorta en su cabello cobrizo recogido en un moño en lo alto de la cabeza, el collar de diamantes, la falda blanca con vuelo, el largo velo de encaje, y disfruté de su alegría. Me sentí muy orgullosa de ser parte de un momento tan importante en su vida. Comí y bebí demasiado y bailé hasta que me dolieron los pies y me salieron ampollas, y, sin embargo, me sentí de maravilla.

El discurso que él pronunció fue bastante encantador, la verdad. Esperaba que fuera nauseabundo, pensé que hablaría sobre la fuerza sin igual de su amor, la fuerza de su apego, la forma en que el matrimonio reforzaría su vínculo..., pero no. Dijo que nunca había

conocido a nadie tan decidido, tan creativo ni tan valiente. Dijo que, desde el momento en que la había visto, había sabido que ella era de alguna manera distinta, especial, diferente de cualquier otra persona. Dijo cosas sobre ella que yo sabía que eran ciertas, y me sorprendí asintiendo a pesar de mí misma.

No me senté hasta después de la medianoche, cuando la mayoría de los invitados se habían ido, la banda estaba guardando los instrumentos y las dos damas de honor presionaban a los invitados más borrachos de la cuenta para que se fueran a sus casas en taxi. El proveedor estaba metiendo las botellas de vino y cerveza que habían sobrado en sus cajas, y el gerente del local amontonaba sillas en el comedor. Las puertas del invernadero estaban abiertas, y el aire todavía era cálido y fresco, lleno de polen. Las luces de colores titilaban en lo alto, y supe que estaba un poco achispada porque las veía borrosas, como si la luz se hubiera esparcido más allá de los adornos de vidrio y el amarillo se fundiera en la oscuridad.

Charles se sentó a mi lado y me dio las gracias por mi contribución —ésa fue la palabra que empleó—, y me pareció que era casi sincero. Llevaba el chaleco desabrochado y se le resbalaba de los hombros, y se había quitado la pajarita azul marino. Veíamos a Marnie flotar por la pista de baile. Su vestido de seda blanca estaba casi negro por el bajo de la mugre y la suciedad que había ido recogiendo a lo largo del día. Tenía las mejillas sonrosadas y se le habían desprendido de los pasadores algunos rizos, que le colgaban alrededor de la cara, húmedos de sudor.

—Es única, ¿verdad? —dijo Charles.

Asentí.

Ahora no estoy segura de si lo que pasó a continuación pasó realmente; el tiempo ha desdibujado los contornos de mi recuerdo. Podría haber sido una simple invención fruto del odio, una ilusión, provocada por demasiado champán y demasiada rabia. Pero no lo creo.

Charles se echó hacia atrás hasta apoyarse contra la pared de vidrio del invernadero, puso las manos detrás de la cabeza y suspiró.

—Realmente única —repitió.

Bajó los brazos, y uno cayó por detrás de mi cabeza y se deslizó por mi nuca. Me atrajo hacia sí y me besó en la frente. Sus labios estaban húmedos y brillantes de saliva, y la humedad me dejó un frío

ardor en la piel cuando se apartó.

—Somos una pareja con suerte —añadió, arrastrando las palabras.

Yo había bebido mucho, de eso no había duda, pero él se había pasado y estaba distinto, más desaliñado de como lo había visto nunca. Su mano izquierda se deslizó sobre mi hombro hacia mi clavícula, pasando junto a mi axila. Contuve la respiración. Procuré no mover las costillas. No quería inhalar para evitar que el pecho se me ensanchara y se acercara a la palma de su mano. Ésta quedó suspendida a centímetros de mi pecho, encadenándome al banco. No podía moverme sin arrimarme y propiciar un tocamiento indebido.

Él se rio; una risa áspera y desagradable.

—Oh, Jane. —Y me rozó con las yemas de los dedos el pezón a través de la seda amarilla de mi vestido de dama de honor.

Bajé la barbilla, ahogada por el impulso de mirarme el pecho. Él presionó su palma contra mí y, al retirarla, me apretó rápidamente el pezón entre el pulgar y el índice.

Me gustaría poder decirte que hice o dije algo. Me gustaría haberlo desafiado. Quizá se habría sorprendido, tal vez me habría topado con un asombro genuino, y habría sabido entonces que lo que creía que sucedía no estaba sucediendo en absoluto.

Pero no hice nada, así que ahora no hay forma de saberlo.

—No puedo creer que casi se haya terminado —dijo Marnie, sentándose a nuestro lado y apoyando la cabeza en el hombro de él—. ¡Qué día! No ha podido salir mejor, ¿verdad?

Charles apartó poco a poco el brazo. Noté cómo me lo deslizaba por la nuca, los hombros, retirándolo con cuidado hasta que dejamos de estar en contacto. Sentí el espacio entre nosotros, el aire fresco, frío y bienvenido, como una línea de falla que divide estados enemigos. Me dolía el pezón con un dolor oscuro.

—¿Va todo bien? —preguntó ella sonriendo—. ¿Qué está pasando aquí?

Charles me miró, y si crees que estaba lo bastante sobria para interpretar su mirada, debes saber que me rogaba silencio.

—No pasa nada —dije alejándome unos centímetros más en el banco, apartándome de ellos y de su amor—. Nada en absoluto.

Ésa fue la segunda mentira que le dije a Marnie.

¿Entiendes por qué no tenía otra opción? ¿Qué iba a decir? Si

hubiera sido sincera, ella tal vez se habría visto obligada a elegir. Aun así, yo iba a por todas. Y en aquel momento pensé que eso significaba manipular la verdad para hacerla feliz, mantenerla feliz y proteger nuestras raíces.

Ésta es la verdad absoluta. Aquel día no alteró mis sentimientos hacia Charles. Llevaba años odiándolo y aquel día no cambió nada.

¿Es cruel decir que el amor de Marnie y Charles era el más ofensivo, implacable y repulsivo que he conocido? Lo es, lo sé. Pero su amor me repugnaba. Aborrecía la cara de Charles; la sonrisa latente en el borde de sus labios, el exagerado ensanchamiento de su pecho al tomar aire, su manera de tamborilear con los dedos en la mesa, como diciendo: me aburres. Aborrecía el contacto de su mano sobre mi piel a través de esa fina tela, pero no más que cualquier otra faceta de su existencia.

Me habría gustado borrarlo de mi vida. Debo ir con cuidado ahora al decirlo, lo sé, porque suena intencionado. Lo que quiero decir es que me habría gustado que no hubiera capítulos comunes en nuestras vidas, que la tinta de su vida no estuviera en las páginas de la mía; que hubieran existido simultáneamente, sí, pero que nunca hubieran coincidido.

Sin embargo, ¿lamento su muerte? No, en realidad no la lamento.

No me da ninguna pena.

La tercera mentira

10

Le dije que no era nada, que no había pasado nada.

Y hoy, más que nunca, parece que es una parte importante de la historia, de tu historia, y que viene al caso. No estoy hablando de un motivo, no intentes tergiversar lo que te digo, por favor, pero cuando ocurre algo, algo inesperado y aterrador, los pasos que llevan a ese momento se nos muestran bajo una luz distinta.

Otra persona, aparte de ti ahora, sabía lo ocurrido esa noche. Se lo conté al día siguiente, mucho antes de que me asustara decir que había habido algo entre Charles y yo.

La mañana siguiente a la boda estaba acostada en la cama fingiendo que no me dolía la cabeza, que no me moría por un vaso de agua y que no me urgía ir al cuarto de baño, en fin, que estaba bien, cuando llamaron a la puerta.

Los estores estaban bajados, pero el sol se colaba por los bordes, finos haces de luz blanca salpicados de motas de polvo. «Debería pasar el aspirador y fregar el suelo», pensé, pero sabía que no haría ni lo uno ni lo otro. La casa estaba desordenada, llena de libros y revistas, pero me sentía demasiado resacosa y cansada para preocuparme. Las puertas de mi armario estaban abiertas y la ropa se amontonaba entre ellas y en el suelo, un sinfín de vaqueros, pantalones cortos y jerséis. Junto a la ventana había una silla de madera desvencijada cubierta de un montón de ropa limpia y sábanas y, encima de todo, el corsé de la noche anterior. Detrás de la puerta de mi habitación colgaba el vestido de dama de honor, con cercos oscuros en las axilas y algunas manchas más claras, tal vez de champán, en la falda. El aire de la habitación era denso, cargado del olor a sueño y a sudor. Debería haberme parecido asqueroso e insufrible, pero lo percibía como un espacio familiar, un desorden familiar, un olor familiar.

Me quedé inmóvil, como si el frufrú de las sábanas pudiera

filtrarse por la puerta de mi habitación, recorrer el pequeño vestíbulo y salir al pasillo que había más allá de mi piso.

Volvió a sonar el timbre.

Alguien aporreó tres veces seguidas la puerta, que se estremeció dentro del marco y se sacudió sobre las bisagras.

—¿Jane?

Reconocí la voz de inmediato. Era Emma, mi hermana, casi cuatro años menor que yo y aún más opuesta a mí que Marnie. Si yo soy muy morena y Marnie, muy pálida, Emma era ambas cosas. No sólo tenía la piel más pálida y el pelo más oscuro, sino que era la más alta entre las altas y la más baja entre las bajas, la más vulnerable pero invencible, temerosa y valiente a la vez, rota en muchos sentidos y al mismo tiempo inquebrantable.

Sonó por tercera vez el timbre. Lo presionó durante varios segundos, de modo que el sonido taladrante se extendió por todo el piso.

—¡Sé que estás ahí! —gritó.

Me escondí debajo del edredón, negándome a moverme.

—¡Traigo el desayuno!

Elevó la voz al final de la frase, cantando la palabra «desayuno». Sabía que era su mejor baza, su as de picas, y sabía que yo también lo sabía.

Entre semana desayunaba un tazón de cereales. Solía inclinarme por copos de avena que parecían y sabían a cartón reciclado, flotando en leche entera con consistencia de crema para batir. Curiosamente, era menos azucarada que la alternativa semidesnatada. La había probado hacía unos años, justo después de que muriera mi marido, cuando empecé un régimen sin azúcar para intentar adelgazar todo lo que pudiera y volverme lo más humanamente pequeña posible. Lo que había sido un error, porque las pequeñas decisiones que se toman tras una pérdida omnipotente nunca son buenas. Y, así, las soluciones intermedias, como el arroz integral, no tomar zumos de fruta o los *brownies* de remolacha, cayeron rápidamente en el olvido.

Los fines de semana siempre quería algo más dulce.

—¿Te llega el olor de los cruasanes? —preguntó Emma a gritos —. Sacados del horno hace menos de diez minutos. Ñam ñam.

Guardó silencio unos momentos, atenta a oír mis pasos. La imaginé de pie sobre la gastada moqueta marrón topo bajo las

brillantes luces amarillas del techo, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro, impaciente como siempre, frustrada al ver que pasaba de ella.

—¡Vamos, Jane! —gritó—. No tengo todo el día.

Me senté, saqué los pies por el borde de la cama y los deslicé en las zapatillas. La quería, y mucho, pero para ella nunca había límites. No veía nada anómalo en plantarse delante de mi puerta por la mañana sin avisar y acosarme a timbrazos, porrazos y gritos. Porque nuestras vidas siempre habían discurrido juntas: los desafíos, las luchas, las minucias del día a día.

Aunque eso no es del todo cierto. Es más exacto decir que su vida convergía constantemente en la mía. Yo era el receptáculo de su ansiedad. Era la oreja a la que se confesaba, el hombro en el que se apoyaba, la mano que la sostenía. Ella vaciaba sus cargas en mí hasta que se sentía un poco mejor. Y luego yo acarreaba y alimentaba sus miedos en su lugar.

Siempre ha sido así. A mí me querían muy poco y a ella demasiado, y puede que te sorprenda saber que ambas situaciones son igual de insoportables. Ella a menudo buscaba espacio, sofocada en su papel de predilecta. Yo me convertía en su aliada, en su refugio.

Ella me necesitaba. Yo no sabía entonces que también la necesitaba a ella.

—Muévete, ¿quieres? —gritó—. Yo no voy a comérmelos.

La oí reír. Tenía un humor perverso. Todavía era capaz de sorprenderme, incluso cuando sus pensamientos, su ingenio y sus traumas ocupaban toda mi mente.

Me puse la bata y me até el cinturón alrededor de la cintura. Era de un morado oscuro y desgastado, y las fibras de las mangas se aglutinaban por donde alguna vez se había derramado algo. Había sido de Jonathan y me iba demasiado grande. Las costuras de los hombros no me encajaban y el dobladillo me quedaba muy por debajo de las rodillas, casi tocándome los tobillos. Se la ponía cuando se despertaba temprano los fines de semana para preparar el desayuno.

Abrí la puerta. Ella llevaba un grueso jersey azul marino y vaqueros holgados cortados por encima de los tobillos. Sus calcetines blancos se parecían a los que llevábamos en primaria, con bandas elásticas en la parte superior y borlas de tela a lo largo de los bordes de las zapatillas blancas de deporte. Se había cortado el pelo siguiendo

la línea de la mandíbula, que acababa en una barbilla puntiaguda.

—Ya era hora, maldita sea —dijo Emma—. Tienes un aspecto lamentable.

Me volví para mirarme en el pequeño espejo redondo que colgaba de un clavo en la pared del pasillo. No me había desmaquillado la noche anterior, y tenía los ojos embadurnados de negro y el pintalabios corrido.

Me encogí de hombros.

—Anoche estuvo bien.

—¿Bien? —inquirió ella—. ¿La boda de tu mejor amiga y lo único que te sale decir es «bien»? ¿Eso es todo?

Me entregó una bolsa de papel marrón. Eché un vistazo a su interior: cruasanes de mantequilla, napolitanas de chocolate.

—Para ti. —Se dirigió hacia el sofá y se acurrucó en los cojines con los pies debajo de ella, como si estuviera en su casa.

Me serví un vaso de zumo de naranja de la nevera.

—Estuvo genial —rectifiqué—. Fue una noche realmente genial. ¿Mejor así?

—Puf, eso es aún peor —gimió—. Eres pésima. Cuéntame algo interesante ¿Hubo alguna discusión? ¿Una pelea? ¿Quién se acostó con la dama de honor?

—No se acostó nadie con la dama de honor. Y no hubo peleas, que yo sepa.

—¿Charles tuvo un comportamiento impecable, entonces? —preguntó ella—. ¿No estuvo demasiado gilipollas?

—No estuvo mal. Aunque justo al final de la noche pasó algo.

Mi piso está rodeado de otros pisos por todos los lados menos por uno, y siempre hace demasiado calor. Cada vez que tengo invitados, lo que no es muy a menudo, la verdad, veo cómo se van quitando ropa en el transcurso de la visita. Al principio sólo los abrigos y los jerséis, luego los zapatos y las chaquetas de punto, y acaban sin calcetines y en camiseta de tirantes.

Con Emma no fue diferente. Pero lo que vi ese día me asustó.

Se quitó el jersey por la cabeza. Le sobresalían los huesos de los hombros y se le marcaban las clavículas, presionándole y tensándole la piel de tal modo que parecía demasiado fina, casi translúcida. Sus brazos eran flacos como las alas de un pájaro, todo piel y hueso, sin nada de grasa.

Inhalé hondo, un suspiro al revés, y Emma levantó la mirada con los ojos muy abiertos y cautelosos.

—No empieces —dijo leyendo la preocupación escrita en el pliegue del centro de mi frente y entre mis cejas—. No me interesa.

—Mmmm —respondí, pero ella me miró ferozmente y sin pestañear, y supe que no había nada más que decir.

Emma tenía doce años la primera vez que logró eludir nuestra atención. No recuerdo los primeros tiempos de su enfermedad. Estaba tan ocupada repasando para los exámenes, tan concentrada en cosas que nunca más me importarían —ecuaciones de segundo grado, la fórmula de la respiración, los paisajes fluviales—, que no advertí el deterioro de lo que más importaba.

Era julio, creo. Emma y yo habíamos acabado el colegio y empezado las vacaciones de verano —si mal no recuerdo, Marnie estaba en el sur de Francia—, y nuestros padres estaban ocupados, como siempre, destrozando su matrimonio a hachazos disfrazados de insultos y ojos en blanco. Hacía calor, demasiado para Inglaterra, las temperaturas superaban los treinta grados. Fuimos a la piscina pública y yo extendí nuestras toallas entre las de cientos de otras personas: familias de cinco hijos que se zambullían, buceaban y corrían goteando por el césped, mujeres con curvas, parejas mayores sentadas con sus periódicos en sillas plegables. Yo llevaba un bañador entero y sudaba al sol, me corría un hilillo entre los pechos y tenía el labio superior perlado de gotas. Emma llevaba pantalones cortos hasta la rodilla y un jersey de lana, y tiritaba. Yo quería que se bañara conmigo, pero no quiso; dijo algo sobre vigilar los objetos de valor, aunque no teníamos nada aparte de las toallas y la ropa, y un libro cada una. Me puse pesada, como es lógico, porque soy la mayor y estoy en mi derecho, y ella acabó cediendo. Recuerdo que se quitó el jersey por la cabeza, y los hombros y las clavículas le sobresalían mucho más entonces, tiraban de su piel fina y pálida desesperados por escapar de su cuerpo. Se bajó los pantalones cortos por los muslos y sus piernas no tenían forma, eran líneas rectas de hueso con apenas carne encima y muy poco fondo. Ella me miró, desafiándome a reaccionar ante su cuerpo frágil y aterrador, y no dije nada.

Durante los siguientes meses yo le ponía comida en el plato y ella se la comía unas veces sí y otras no. Estuvo mejor durante un breve período y empeoró de nuevo. Los dos años siguientes se mantuvo más

o menos estable, hasta que me fui a la universidad cuando ella sólo tenía catorce. Y entonces hubo muy pocos picos y muchos puntos bajos. Mis padres no pudieron continuar negándolo sentados a su mesa de comedor y la hospitalizaron, le dieron el alta y volvieron a hospitalizarla.

Sé que eso la convierte en un personaje muy especial de una historia muy especial. Pero si hubieras conocido a Emma —cuánto me habría gustado que la conocieras; creo que te habría gustado—, sabrías que ella no era en absoluto esa clase de persona. Emma nunca fue una víctima. Estuvo enferma, es cierto, y lo estuvo durante mucho tiempo, pero su enfermedad constituye una parte pequeña en su historia.

Su enfermedad existía en algún lugar dentro de ella, una extraña plaga en su mente, en sus huesos, en el mismo tejido de su ser que no podía controlar. Fue una parte importante de su vida, pero piensa en ella como en un camino que no eligió, que no quiso, aunque aprendió a recorrerlo a su manera. Finalmente escogió interrumpir el tratamiento y yo hice todo lo posible por respetar esa decisión.

—Deja de mirarme así —me dijo, acurrucada en mi sofá, protegiéndose y escondiéndose detrás de su jersey—. Parece que hayas visto un fantasma.

Alcé una ceja; no pude evitarlo.

Durante años —casi todo el tiempo que estuve en la universidad — tuve pesadillas sobre el cadáver de Emma. En medio de lo que fuera que soñaba (vacaciones, salas de conferencias, Marnie), descubría el cadáver de mi hermana, con las extremidades rígidas y azules, los ojos muy abiertos y nublados. Me despertaba respirando con dificultad, sudando y temblando en sábanas frías y húmedas.

—Por el amor de Dios —exclamó ella por fin, poniéndose el jersey de nuevo por la cabeza—. No pasa nada. Estoy bien.

Y no tuve más remedio que pasarlo por alto. No tenía nada que ganar y todo que perder con una discusión.

—Me estabas hablando de Charles —dijo dando palmaditas a su lado en el sofá.

Me senté y recordé lo ocurrido la noche anterior. Le conté cómo él arrastraba las palabras, las interminables botellas de champán, el incesante rellenar de las copas. Le hablé de su brazo alrededor de mi hombro, de la tela gruesa de su camisa blanca almidonada en mi nuca.

Cerré los ojos; noté que me ponía colorada cuando describí cómo había dejado caer la palma de la mano sobre mi pecho, los dedos sobre mi pezón. Le expliqué que el espacio entre nosotros se agrandó a medida que el blanco brillante del vestido de Marnie se acercaba, la sensación de que algo volvía a encerrarse en su caja cuando ella estuvo a nuestro lado.

Emma estaba boquiabierta, con unos ojos como platos.

—¿Y qué dijo ella? —susurró.

—Nada. No dijo nada. No vio nada.

—¿Nada absolutamente? —Emma bajó la mirada hacia el cojín que agarraba contra el pecho—. ¿Estás segura? ¿Estás totalmente segura de que eso es exactamente lo que pasó? ¿No podría haber estado sólo borracho y un poco sobón sin querer?

Me encogí de hombros.

—Quizá —respondí.

—Aunque no le pega mucho mostrarse como no es en realidad, ¿verdad? No le pega nada.

Sonreí. Emma no conocía a Charles, así que la imagen que tenía de él era la que yo le había transmitido.

Eso es algo en lo que he pensado mucho en los últimos meses. Mi hermana no conocía a Charles. No tenía ningún motivo para dudar de mi testimonio, no tenía motivos para no creer que era realmente un pervertido depravado que sobaría a la dama de honor en su propia boda delante de su bella esposa. Sin embargo, la respuesta instintiva de Emma fue cuestionar mi versión de los hechos en lugar de la figura de Charles. ¿Qué dice eso de mí? ¿De mi capacidad para decir la verdad o para interpretar con exactitud una situación?

¿Da a entender que Charles fue inocente de todo delito esa noche? ¿Que el error de juicio fue mío y sólo mío? No lo creo, pero merece tu consideración. Ésta es mi verdad, después de todo. Y no es lo mismo que la verdad.

—¿Vas a decírselo a Marnie? —me preguntó—. ¿Que su recién estrenado marido te manoseó? Porque, con franqueza, no creo que sea una buena idea.

Negué con la cabeza.

—Aun así, es espeluznante —continuó—. Muy extraño. —Dio vueltas al cojín, sujetándolo por las esquinas y haciéndolo girar como una rueda—. ¿Te asustaste?

—¿De Charles?

—Sí —respondió ella—. ¿Te dio miedo?

—No —dije instintivamente—. La verdad es que no.

Y en cuanto lo dije me di cuenta de que no era cierto. Me asusté. No estaba aterrorizada ni mucho menos, pero sí nerviosa e inquieta, y de pronto fui muy consciente de ser una criatura muy pequeña frente a algo mucho más grande. Y fue más que el miedo que a menudo siento en situaciones que no puedo predecir. Más que cuando, al volver a casa andando desde la estación de metro a altas horas de la noche, oigo los pasos de un hombre detrás de mí; más que cuando alguien se detiene demasiado cerca en un cruce de peatones, y más que cuando hay un grupo apiñado delante en el túnel de debajo de las vías del ferrocarril. Porque eso era calculado. Tenía un propósito, un objetivo, y si ése era asustarme, entonces lo había conseguido.

—¿Cómo estaba mamá? —le pregunté.

Emma miró al suelo y jugueteó con un hilo de lana que le colgaba del jersey.

—No fui —respondió—. Es que... no pude.

Exhalé muy despacio, esforzándome por no suspirar. Le había explicado varias veces a mi madre, incluso se lo había escrito en el calendario, que yo no podría ir ese sábado por la boda, pero que Emma iría en mi lugar.

—No me riñas, por favor —me pidió—. Llamé y se lo dije a la recepcionista. Simplemente no pude. ¿Lo entiendes? No pude.

Cuando éramos niñas, mi madre y mi hermana estaban increíblemente unidas. A mí me parecía bastante desagradable la idea de estar fusionado tan íntimamente con otra persona. Y aunque Emma a veces forcejeaba porque se ahogaba, y escapaba brevemente para pasar tiempo conmigo en otra parte de la casa, necesitaba a mi madre de muchas maneras: emocionalmente pero también desde un punto de vista práctico, por comodidad y para tener compañía. Incluso entonces se preocupaba por todo, al igual que mi madre, y se sentía incómoda y nerviosa en presencia de desconocidos. En los lugares nuevos se escondía detrás de las piernas de mi madre y miraba entre sus muslos. La seguía por toda la casa y quería ayudarla en la cocina, con la limpieza o con lo que fuera que ella estuviera haciendo. Por las noches le gustaba que la abrazaran, le leyeran cuentos y la bañaran. Emma necesitaba a mi madre y mi madre necesitaba que la necesitaran.

Pero cuando Emma necesitó a mi madre, cuando realmente necesitó su apoyo, su amor y su fuerza, ella no estuvo allí para dárselos. La que había sido su sostén se escabulló, avergonzada por la misma naturaleza de la necesidad. Cuando miro atrás ahora, sé que mi madre sólo se asustó. Nunca fue idealista, y debía de saber lo que ocurría y lo difícil, tal vez imposible, que sería resolverlo. Así que lo ignoró y fingió que su hija estaba bien, tirando la comida al cubo de la basura sin hacer preguntas y lavando los cubiertos que no se habían utilizado.

La necesidad de Emma aumentó y la evasión de mi madre fue a más, hasta que Emma se sintió tan enfadada y sola y mi madre tan aterrada por su futuro que realmente no hubo camino alguno para la recuperación. Emma nunca la perdonó. En cuanto estuvo lo suficientemente bien, se fue de casa.

Yo pensé que culpaba a nuestra madre por su enfermedad: no por cómo comenzó, sino por cómo sobrevivió. Pensé que el vínculo se había roto, que al final lo que las mantenía unidas no era el amor, sino el parentesco, un solo hilo que se extendía entre ambas y que nunca podría romperse. Me equivoqué. Había otros hilos, más gruesos, que mantenían a mi madre y a mi hermana unidas y que yo simplemente no pude ver.

—Jane, por favor —dijo Emma—. De verdad que lo intenté.

No respondí. Quería pedirle que pensara en cómo sus acciones afectaban a otras personas, explicarle que su decisión me hacía sentir culpable por no haber ido yo misma, que nuestra madre probablemente se había sentido increíblemente sola. Pero Emma tenía tantos sentimientos encontrados que le resultaba casi imposible sortear el mundo desde otra colina que no fuera la suya.

En cambio, le pregunté por sus proyectos como voluntaria, por su piso y por un libro que le había recomendado sobre una familia disfuncional y que resultó que aún no había leído. Me duché y me puse un pijama limpio, y pasamos el día en el sofá, viendo DVD que habían sido de nuestro padre —películas de acción con héroes masculinos y mujeres ridículamente incompetentes— y que me había apropiado cuando se marchó. Las habíamos visto juntos, y él me había sentado en su regazo y había dejado que me acurrucara contra él y me quedara dormida con la cabeza apoyada en su pecho, mientras mi madre estaba inquieta en otra parte.

Emma se llevó unos cuantos cuando volvió a su casa esa noche. Dijo que siempre habían sido suyos, y aunque yo sabía que no era verdad, no me importó. Había tantas cosas de las que no podíamos hablar, que nunca habíamos dicho, que eso parecía una transgresión relativamente menor. Observé cómo se iba con ellos en la mochila, e intenté concentrarme sólo en el severo corte de pelo justo por encima de ésta, en lugar de en las piernas de palillo que asomaban por debajo.

11

Marnie y Charles se iban el lunes después de la boda a pasar dos semanas y media en Italia de luna de miel. Lo había organizado todo él: había trazado la ruta por el país, comprado los vuelos y reservado las habitaciones más lujosas en los hoteles más caros. Quería que fuera una sorpresa, me dijo, por lo que me había acosado con cada detalle y con su entusiasmo los meses anteriores. Había alquilado un coche del color favorito de ella, un descapotable clásico. Había optado por hoteles adornados con terciopelos gruesos y candelabros recargados, antes que la sobriedad monocroma que él habría preferido. Había preparado una ruta por los lugares culinarios favoritos que pensó que Marnie disfrutaría.

«¿Crees que le apetecerá asistir a una clase de cocina?», me había preguntado meses atrás.

«¿Qué te parece? ¿Crees que le gustará esta clase de comida? —había dicho enseñándome una web de un nuevo restaurante suizo—. ¿Y las vistas?»

«¿Qué tal Roma? —me había susurrado una noche mientras Marnie seguía en la cocina—. ¿Ha estado alguna vez?»

Ella no había estado nunca y así se lo dije a él, y a raíz de esos intercambios incesantes yo conocía al dedillo su itinerario. De modo que esa mañana los imaginé llegando al aeropuerto, en la sala de embarque, sentados juntos en el avión, y luego esperando las maletas en la cinta transportadora. Los vi reírse mientras las metían en el pequeño maletero de su coche, la mano de él sobre el muslo de ella durante todo el trayecto. Vi la entrada de su primer hotel, el sofá morado de su suite, la piscina de borde infinito rodeada de hamacas y con vistas a viñedos. Sabía cada paso que darían y se me encogía el estómago al imaginarlos, y supe que era por celos. Quería a Marnie y deseaba que tuviera la luna de miel más maravillosa, pero lamentaba no participar también.

Habíamos viajado juntas un par de veces, yendo a destinos de

playa cutres donde nos habíamos hinchado a cócteles de colores chillones con sedimento azucarado en cada sorbo, y yo me había bronceado al sol y ella se había vuelto más pálida en comparación. Dormíamos en la misma cama por la noche sin darle mayor importancia, nos cogíamos la mano durante las turbulencias en el vuelo y sorteábamos juntas el control de pasaportes. Pero era más que eso. Nos reíamos, cotilleábamos y nos confesábamos nuestros secretos. Nos habíamos fundido en una sola persona, con bromas privadas, maletas conjuntas y pulseras horteras y raídas que no valían nada pero que tenían un significado.

Pero no habíamos vuelto a viajar juntas desde que ella había conocido a Charles.

Todas esas cosas ahora las compartía con él: una cama, una maleta, sus secretos.

Pensé en ellos durante esos quince días de forma intermitente, pero siempre con una sensación de opresión en el pecho. Notaba cómo nuestras raíces se iban desprendiendo, y me pareció impactante e inaceptable simplemente porque antes de eso no había creído que fuera posible.

Marnie me llamó entrada la noche, justo después de llegar a casa de su luna de miel, cuando yo ya estaba casi dormida. Quería saber mi opinión sobre su boda, lo más destacable, lo que recordaba. Le hablé de Ella, su sobrina de seis años, que al final del primer baile iba sólo con calcetines, y saltaba y daba vueltas con la frente perlada de sudor. Le hablé de su hermano, que echó una cabezada etílica debajo de una mesa durante los discursos. Le hablé del encargado del registro, que quedó atrapado en el tráfico y llegaba tarde y estuvo enviando mensajes de texto en estado de pánico antes de la ceremonia.

Ella se rio cuando le dije que la torre de queso se había derrumbado poco después de que la cortaran. Suspiró y noté que sonreía cuando le dije que sus padres siguieron bailando, ella con la cabeza apoyada en el hombro de él, mucho después de que la orquesta dejara de tocar, mientras el personal recogía las mesas a su alrededor.

—Me encanta enterarme de todo eso —dijo—. Tengo la sensación de que me perdí muchas cosas ese día. Lo había planeado todo a la perfección, pero sólo podía estar en un lugar. Estoy esperando el resto

de las fotografías. Ya tenemos algunas, una docena más o menos, las más esperadas, y hay algunas tuyas preciosas. ¿Vendrás el viernes? Te las enseñaré.

—¿Me las enviarás? —pregunté.

Nos habían colocado alrededor de un arco floral, primero a ellos, luego a todos los invitados juntos, y finalmente en grupos más reducidos de padres, hermanos y amigos. Nos llevaban allí, nos pedían que posáramos y nos sacaban rápidamente. Yo no sabía si había una fotografía de las dos solas, pero esperaba que sí.

—Claro —respondió ella—. Te las reenviaré por correo electrónico. Te reirás de la de mis padres.

—Me pareció que estuvieron estupendos todo el día.

—Lo sé. Yo también lo pensé. Aunque resulta que han estado en Florencia por las mismas fechas que nosotros. Mamá tenía una conferencia, algo sobre alergias, y papá la acompañó. Pero ¿me lo dijeron? ¡Qué va! ¿Quisieron quedar con nosotros, para comer o cenar? ¡Qué va!

Ella siempre veía lo peor en ellos, buscaba pruebas de su indiferencia.

—No sé si eso es tan malo —repuse—. Quizá no quisieron robaros tiempo juntos.

—Bueno, ésa es una bonita manera de verlo. Pero no lo creo.

Bostecé, lo que esperaba que indicara el final de la conversación, pero Marnie continuó de todos modos.

—¿Sabes? Me siento diferente ahora. ¿Puedo decir «más sabia» sin sonar como una idiota? O quizá no. No estoy muy segura de que pueda.

—No —le dije yo—. No estoy segura de que puedas.

—Me siento más adulta —continuó. Y luego se interrumpió—. No, eso no es del todo exacto. Me siento como si hubiera participado en un despliegue muy público de la edad adulta. Como si estuviera fingiendo. ¿Tiene sentido?

—En realidad, no mucho —respondí.

—De todos modos, te llamaba por algo que está relacionado. Hemos decidido vender el piso. Ya sabes, ser adultos y todo eso.

Ella guardó silencio y yo no dije nada.

—Lo hemos hablado mientras estábamos fuera y creemos que es lo correcto.

Se interrumpió de nuevo. Tanteaba cada paso, poniendo un pie detrás de otro sobre la frágil madera para ver si cedía o no. Yo sabía que ella se estaba preguntando de forma silenciosa si me importaba, si el cambio de rutina era un problema. Llevaban siglos diciendo que algún día se trasladarían a las afueras, a una casa con jardín, un camino de acceso y habitaciones con vistas al campo. Yo no estaba segura de si también me lo estaba preguntando con su silencio.

Tuvo cuidado de no mencionar el dinero. Charles tenía mucho éxito, con lo que realmente quiero decir que era muy rico, trabajaba en una firma de capital privado y compraba compañías y las vendía en partes para obtener un beneficio. Y Marnie trabajaba más que nunca, escribiendo y hablando sobre comida. Hacía poco había adquirido un nuevo patrocinador, una empresa que sólo vendía cuchillos, cada uno a un precio ridículo. Al parecer, habían visto aumentar de forma significativa las ventas desde que ella había empezado a presentarlos en sus vídeos, por lo que había podido negociar con éxito una tarifa mejor.

Yo, en cambio, nunca me había sentido menos estimulada por mi trabajo, donde parecía que mi objetivo principal era lidiar con las quejas de los clientes y pagarles la menor compensación posible por nuestros fallos. Apenas me daba para pagar el alquiler. Y ella era sensible a eso y no quería que me sintiera inferior.

Oh.

Sí.

No, tienes razón.

Estoy haciendo un gran esfuerzo por ser sincera. Aunque, como es de esperar, no lo hago con mucha naturalidad. He tergiversado un poco mi situación.

Yo tenía dinero, todavía tengo, pero lo tenía en una cuenta.

Jonathan, como operador de cámara independiente, no tenía derecho a ninguna prestación laboral, pero era tan eficiente que había contratado un seguro de vida. Y, como su pariente más cercana, lo había cobrado yo.

Sin embargo, no podía y sigo sin poder gastarlo. Él quería que lo tuviera yo, pero no puedo soportar la idea de que se le haya asignado un valor a su vida. Porque ninguna cantidad de dinero puede compensar esa pérdida, ni acercarse siquiera. ¿Cómo se cuantifica la luz todavía encendida en el pasillo cuando llegabas a casa después del

anochecer? ¿Cómo puede ponerse precio a una sonrisa reconocible que esperaba en la parada de autobús para conducirte de vuelta a la cama? ¿Cuánto cuesta reemplazar a alguien cuya mano se acoplaba a la tuya a la perfección, cuyo calor te reconfortaba, cuya risa era emoción, alguien que voluntariamente había entrelazado su vida con la tuya?

Si pruebas el algoritmo que usan ellos para asignar una cifra a los seres queridos, descubrirías que un hombre como Charles valía mucho más que un hombre como Jonathan. Lo que corrobora aún más mi argumento.

Emma creía que estaba siendo ridícula. Creía que debía invertir el dinero. Me envió muchos enlaces de propiedades: pisos modernos en el centro de la ciudad, casas adosadas de dos habitaciones en las afueras, incluso un piso con vistas al mar en el sur. Me concertó una cita con un amigo suyo, un hombre que también trabajaba de voluntario en el banco de alimentos y que había heredado una pequeña fortuna de su difunta esposa, para que me hablara de los rendimientos de las inversiones, del mercado inmobiliario y de todo un mundo en el que yo no tenía ningún interés. Le dije que no quería citarme con nadie y ella insistió en que era una cita bancaria, pero le respondí que eso no existía y la rechacé. Y entonces ella utilizó las palabras «lado positivo», y nunca volvimos a hablar o a reconocer que el dinero existía.

Todavía está en esa cuenta bancaria.

—Creo que es porque ahora somos marido y mujer, pero nos parece que un piso ya no es el tipo de vivienda adecuada para nosotros, ya sabes —continuó Marnie—. Nos parece que sería más apropiado vivir en una casa. Me encanta ese piso, pero tiene sentido que éste sea el momento de empezar a pensar en los próximos pasos en la vida, ¿no? Espacio para crecer y todo eso. Quizá en septiembre. Creo que es una buena época para vender.

—Debes hacer lo que quieras. Lo que te parezca bien.

—Hablas como Charles —respondió ella—. Los dos sois tan sensatos... Él no para de decir que acabamos de casarnos, que tenemos todo el tiempo del mundo para hacerlo, que no hay ninguna presión. Pero yo creo que él también quiere, ya sabes, sólo que no desea avasallar. Creo que le gusta la idea de tener más espacio. Podría comprarle un perro..., ya sabes cuál le gusta, un husky. Pero, como él

dice, hay tiempo, y los perros suponen mucho trabajo, ¿verdad?

No respondí.

—¿Jane?

Apagué la lámpara de la mesilla de noche y cerré los ojos.

—Mierda. ¡Lo siento mucho! ¿He sido insensible? No siempre hay más tiempo, lo sé. Creo que pienso así por Jonathan. A veces la vida cambia inesperadamente y las opciones desaparecen. Mierda, Jane. Lo siento. Yo sólo estaba... ¿Jane?

—No te preocupes. En serio.

Quería dormir. No quería tener esa conversación.

Podía ver cómo su vida se agrandaba mientras la mía se encogía. Yo había tenido las conversaciones que ella estaba teniendo ahora, me había hecho las mismas preguntas, y había mirado hacia una vida que ofrecía respuestas.

Jonathan siempre había querido irse de la ciudad, vivir en el campo: había querido criar gallinas, tener más dormitorios que niños y construir una cabaña en un árbol en el fondo del jardín.

«¿Ves la neblina tóxica que hay fuera? Bueno, pues allí no habrá nada de eso», decía intentando convencerme.

«¿Lo oyes? —susurraba en mitad de la noche, en respuesta al ruido de cristales rotos o al chirrido de neumáticos fuera en la calle—. Eso no lo tienes en el campo.»

Iba al supermercado y, mientras sacaba las verduras de los paquetes, envueltos asépticamente en plástico, decía: «Podría haberlas cultivado yo».

Yo sabía que acabaría cediendo a sus deseos.

Pero nunca llegó ese momento.

12

Ésta es la cuestión. Cuando algo empieza a escabullirse, se vuelve casi imposible dejar de pensar en cómo era en su mejor momento. Intenté dormir, pero no pude. Sólo podía rebobinar nuestra amistad y tratar de buscar momentos en los que me había sentido igual de frágil.

En el instituto discutimos una sola vez. Sobre algo y sobre nada, como ocurre a menudo con las discusiones. Marnie siempre posponía la alarma del despertador media docena de veces como mínimo, hasta que acababa corriendo frenética para llegar a tiempo. Formábamos pareja en todas las clases y la primera del jueves era arte dramático. Casi todas las actividades se hacían por parejas; sencillamente no bastaba ir por libre. Ella casi nunca se disculpaba por llegar tan tarde y yo acabé perdiendo la paciencia. Era una falta de consideración por su parte no pensar en mí, olvidar que su conducta afectaba a otras personas. Le dije que no estaba segura de si quería ser su pareja. Ella me dijo que si así era como me sentía, que lo respetaba, y salió como un huracán arrastrando la bufanda tras de sí y agarrando con fuerza la carpeta.

Esa fricción duró todo el día. No nos sentamos juntas y entre clase y clase cada una fue por su cuenta. La hostilidad no tenía precedentes. Éramos la excepción armónica en medio de los incesantes conflictos adolescentes. Nuestra profesora se quedó tan sorprendida por la situación que nos hizo sentar después de la última clase y resolver el asunto —con palabras como «responsabilidad» y «comprensión»— e insistió en que dejáramos de ser inmaduras y aprendiéramos a abordar nuestros problemas como adultas.

Y eso fue todo. La única discusión. Nos perdonamos, pero no lo olvidamos. En lugar de ello, lo llevábamos a cuestas como un trofeo, porque una sola discusión a lo largo de toda una amistad parecía algo que merecía celebrarse.

Desde entonces no habíamos vuelto a tener ningún problema. A los dieciocho años cada una fue a una ciudad diferente para estudiar,

pero fue como si no nos hubiéramos separado, porque siempre había un motivo para llamarnos, una anécdota que contar, algo que sólo ella entendería. Tres años después, nos juntamos de nuevo. Y entonces estuvimos mejor de lo que nunca habíamos estado, un equipo sólido contra un mundo que parecía confuso.

Fue ese primer año en el piso de Vauxhall —tal vez sólo un par de meses antes de que conociera a Jonathan— cuando Marnie intentó dejar su trabajo. Había escrito una carta de dimisión, pero su jefe, Steven, se negó a aceptarla. Ella volvió al piso esa noche, perpleja y bastante abatida, pero resuelta a buscar una solución. Detestaba el trabajo, a la gente y al director, y a su jefe en particular, quien se creía irresistible con las mujeres más jóvenes, lo que no era para nada el caso. Yo había coincidido con él varias veces antes —en eventos laborales de ella—, y saltaba a la vista que creía que seguía tan guapo como treinta años atrás.

Marnie lo intentó de nuevo a la semana siguiente. Acorraló a su jefe y le entregó la carta delante de su directora ejecutiva.

—Tal como hablamos —dijo con firmeza—, aquí tiene mi renuncia.

—Oh, lamento la noticia —intervino Abi—. Debe de estar decepcionado, Steven.

—Mucho —respondió él, aceptando a regañadientes el sobre.

—Espero que para pasar a cosas nuevas y emocionantes —le dijo Abi sonriendo.

La habían nombrado hacía unos meses. Medía metro ochenta y cinco y era increíblemente ambiciosa. Las mujeres más jóvenes de la compañía estaban fascinadas con ella; las mayores, no tanto.

De modo que Steven no pensaba ponerle las cosas fáciles a Marnie; estaba resuelto a hacerla sufrir por el simple crimen de dar a entender que no estaba contenta en presencia de la directora ejecutiva. Más tarde ese día, la llevó aparte y la informó de que tenía que avisar con seis meses de antelación, y que se esperaba que trabajara hasta el final del período. Marnie replicó que era ridículo, que no había sabido lo que firmaba y que era desproporcionado para una ayudante, pero él era insistente.

Aquella noche, Marnie se tumbó en el sofá y ocultó la cabeza debajo de los cojines, furiosa, porque no era justo, no podía ser cierto, no podía hacerlo y no lo haría, no podía esperarse que trabajara otros

seis meses para un hombre tan odioso.

—Ayúdame —me suplicó, mirándome entre dos cojines—. Me moriré si paso otro mes con ese hombre. Huelo su aliento en mi ropa y oigo su risa gangosa en mi cabeza todo el tiempo, aunque no estemos juntos, incluso los fines de semana. Ayúdame, Jane.

De modo que urdimos un plan. Yo lo había hecho antes sin ella para vengarme de su primer novio, un chico aparentemente encantador aunque en esencia voluble, pero era muy distinto, además de estimulante, compartir la expectación. La fiesta de verano anual de la compañía era el siguiente fin de semana. Era un gran acontecimiento concebido para encandilar a los proveedores y los inversores, dar las gracias a los empleados y entretener a los socios. Tendría lugar junto al río en el jardín del pub más grande de la compañía, y la atención a los detalles era inspiradora. Siempre giraba en torno a un tema, y ese año era el circo.

Llegamos pronto. En el aparcamiento habían levantado unas puertas gigantes pintadas de dorado con aerosol, y dos payasos nos invitaron a entrar y nos condujeron al circo en sí. Había una gran carpa de plástico azul, y un hombre con zancos y pantalones acampanados rojo intenso nos pasó por el lado, mirando al frente, como completamente ajeno al mundo que se desplegaba a sus pies, las vidas pequeñas que luchaban a nivel de suelo.

Marnie me cogió la mano y, juntas, nos abrimos paso entre la gente. Ella llevaba un maillot y leotardos negro tizón, se la veía elegante y segura, como si su cuerpo fuera exactamente como quería que fuese. Yo llevaba una falda larga floreada y una pequeña bola de cristal sujeta a una cadena alrededor del cuello. Había querido ir en vaqueros.

Mi amiga se detuvo en la barra y señaló a una mujer muy alta con una cazadora de cuero roja con puños de rayas doradas y solapas de cuero negro. Llevaba un pequeño sombrero de copa rojo ladeado sobre la cabeza y un látigo de toro en el puño.

—Ahí está. Ésa es Abi.

Asentí.

—¿Y dónde te encontraré? —le pregunté.

Marnie señaló una caravana de madera más allá del puesto de palomitas de maíz. Estaba pintada de verde lima, con rayas amarillo brillante a los lados.

—Detrás de esa caravana. Dentro de quince minutos.

Me acerqué a Abi. Interrumpí su conversación y me presenté como Pippa Davies.

Ella reconoció el nombre en el acto. Pippa Davies era la hija de uno de sus principales proveedores, había llamado a Marnie la semana anterior para decir que no podría asistir, y ella había preferido no corregir la lista de invitados.

Abi estaba encantada de verme. Me llevó por el circo —quería enseñármelo todo, su pub insignia, la escala de su operación— y me vendió el éxito y las aspiraciones de la compañía a la perfección. La seguí de buen grado, y poco a poco, muy sutilmente, maniobré para que pasáramos por delante del puesto de palomitas de maíz y nos encamináramos hacia la caravana verde.

—Qué elegante —señalé, y empecé a rodearla.

—Ya lo creo —respondió Abi, un poco sorprendida por el desvío inesperado—. Espero que su padre le haya comentado que también hacemos fiestas para los clientes para San Patricio, Halloween y Nochevieja.

Me paré a mirar. Había funcionado. Vi que estaban discutiendo y carraspeé. Marnie alzó la vista y su postura se suavizó un poco, cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y sacó la cadera. Luego él se acercó y le puso una mano en el hombro. Parecía algo ilícito, un coqueteo, y me sentí repelida y fascinada a la vez.

—Creemos que es de primordial importancia atender los detalles y, en mi opinión, ésa es una de las numerosas cosas que nos distingue de nuestros rivales y...

Abi levantó la mirada y soltó un grito ahogado, y se llevó las manos a los labios dejando caer el látigo.

—Steven, ¿qué demonios...? ¿Qué ocurre?

Él arrugó el ceño —fue bastante encantador, la verdad— y nos miró a las tres, confundido e incapaz de asimilar lo que estaba sucediendo realmente y por qué su jefa estaba tan sorprendida, tan horrorizada. Luego lo comprendió. Miró a Marnie y arqueó las cejas, y volvió la cabeza a un lado como si estuviera a punto de gritar, pero se dio cuenta de que había una preocupación más urgente, alguien más a quien debía dirigirse.

—Abi —dijo, y retrocedió alejándose de Marnie—. No es lo que parece. Es absolutamente...

—No —replicó Marnie levantando la mano—. Por favor, seamos sinceros. No podemos seguir manteniéndolo en secreto, ya no.

No era una gran actriz, ni siquiera era buena, sus palabras sonaban forzadas y crudas, y se conducía de forma poco natural. Pero él estaba interpretando su papel a la perfección. Recorría el jardín con los ojos muy abiertos, buscando seguramente a su mujer. Y abrió y cerró la boca varias veces, sin saber qué decir, por dónde empezar.

—Lo siento. Deberíamos habérselo dicho —continuó Marnie—. Pero por motivos obvios hemos estado manteniéndolo en secreto. Aunque creo que usted debe saberlo. Stevie y yo... estamos juntos.

—¿Juntos? —repitió Abi.

—¿Cómo? —preguntó Steven.

—Y sé, porque he consultado las normas, que uno de los dos tiene que renunciar a su puesto. Lo entiendo, así que, como sabe, he estado pensando en mis próximos pasos y...

—¿Será efectivo de inmediato? —preguntó Abi, claramente partidaria de buscar la solución menos perturbadora y minimizar su propia incomodidad.

—Por supuesto —respondió Marnie—. Recogeré mis cosas el lunes.

—De acuerdo —concluyó Abi.

Luego se volvió hacia mí y, asiéndome los brazos, se deshizo en disculpas por la conducta de sus empleados, prometió ocuparse inmediatamente de ello y me pidió que la dispensara para poder tener unas breves palabras con su colega. A continuación, se acercó a Steven y lo condujo al bar.

Marnie corrió hacia mí chillando y me echó los brazos al cuello, y nos reímos a carcajadas, porque no podría haber sido más ridículo, y porque no podíamos creer que hubiera funcionado, pero así era, y nos sentimos poderosas y excitadas, y en ese momento creímos ser las agentes de nuestra propia vida en lugar de dos simples jóvenes. Estábamos unidas. Eso nos ligaba de un modo que era emocionante: un secreto compartido, un triunfo colectivo, la sensación de que juntas éramos invencibles.

De camino a casa paramos en un bar y nos apropiamos de dos sillones de terciopelo colocados en una esquina. Era media tarde y había pocos clientes, pero al fondo el grupo musical se preparaba para tocar, y los camareros encendían las velas y repasaban las copas. Pedí

una botella de champán, porque aunque mi sueldo era bajo y el de ella ya no existía, teníamos un motivo de celebración.

Luego volvimos andando, cogidas del brazo, recordando la locura de ese día. Marnie aplaudió emocionada cuando le recordé que ya no tenía trabajo, que estaba exenta del horario de oficina de nueve a cinco. Echó el aliento caliente en la pared de espejo del ascensor y dibujó una carita sonriente con un dedo. Se puso a saltar sobre el sofá e insistió en que me uniera a ella. Fue una tontería. Fue divertido. Me cogió las manos y saltamos. Recuerdo que nos reíamos y que reírnos a carcajada limpia juntas parecía lo más normal del mundo. Pero ¿ahora? Me cuesta recordar lo que realmente sentía cuando estaba de esa manera con ella, cuando me abstraía de mí misma en ella, cuando éramos una sola persona sin esfuerzo.

13

Fui a casa de Marnie y Charles el viernes siguiente, justo después de que regresaran de su luna de miel, y nos sentamos los tres en su sofá. La araña de luces del techo estaba apagada y los apliques proyectaban una sombra dorada sobre las paredes. Había velas por todas partes y las llamas parpadeaban sobre sus mechas. El balcón estaba escondido tras unas gruesas cortinas rojas que colgaban formando pliegues.

Se había convertido en el verano más húmedo del que se tenían datos y, tanto el cartero, como el hombre del tiempo, los colegas del trabajo y todos habían coincidido en señalar, también el más triste que se recordaba. Todos los días de esa semana se habían visto oscurecidos por una lluvia densa y recia de gruesas gotas que rebotaban al golpear la acera o el capó de un coche.

—¡La lluvia! —exclamó Marnie—. No la habíamos visto desde que nos fuimos. Ni una gota. Todos nos habían dicho que el verano en Italia era una locura, que nos asaríamos vivos, y no se equivocaban. De modo que no íbamos con la ropa adecuada cuando aterrizamos aquí. Para cuando terminamos de sacar el equipaje del maletero y entramos en el vestíbulo, estábamos calados hasta los huesos. ¿Verdad, Charles?

Él asintió al ritmo de sus palabras.

—Ya lo creo —respondió—. Totalmente empapados.

Dijeron que en los últimos dos días sólo se habían atrevido a salir una vez, una ida precipitada al supermercado para reabastecer la despensa, y que habían tenido las cortinas corridas y las ventanas cerradas para mantener lo más lejos posible la lluvia. Rebecca y James —reconocí los nombres— habían ido a comer el día anterior.

—Han cogido la baja de paternidad y maternidad a la vez —dijo Charles—. Ninguno de los dos trabaja. Es de lo más extraño.

—¿Te he dicho que han tenido una niña? —me preguntó Marnie —. Ya tiene cuatro meses. Nunca he visto un bebé más bonito. Es adorable. Con los ojos grandes y brillantes, de un azul penetrante...

Charles señaló mi copa de vino vacía.

—¿Quieres más? —me preguntó, y asentí.

—Estuvo increíble con ella —me susurró Marnie cuando él fue a la cocina—. En serio, no hay nada más sexy que un hombre atractivo con un bebé. Va de sobrado y seguro, lo sé, pero es tan sentimental como cualquiera. Todo el rato la quería coger en brazos. Casi no me dejó tocarla.

Sonreí y asentí, aunque me costaba imaginarlo.

—¿Me has llenado la mía? —le preguntó Marnie a Charles cuando volvió con la botella.

—Claro. La tienes a tu lado.

—Gracias —respondió, y se levantó para besarlo—. Será mejor que me ocupe de la cena.

Me llenó de nuevo la copa y luego conectó su teléfono al nuevo televisor de diseño comprado, según dijo, con vales de regalo de la boda.

—Te enseñaré fotos —me dijo él, y a continuación me dio una complicada explicación sobre ese modelo en particular de pantalla, algo sobre los píxeles, la potencia del procesador y varios acrónimos diferentes que no significaban nada para mí.

Yo asentí y sonreí, e intenté parecer impresionada. Lo que más me sorprendió fue el tamaño; cubría casi toda la campana de la chimenea.

Alargué la mano para coger el mando a distancia, que estaba en una pequeña cesta de mimbre en la mesita auxiliar. Charles estaba frente a la pantalla, vuelto hacia ella, y me impedía ver, pero debió de oír que me movía, porque dijo sin volverse:

—Déjalo.

—Pero ¿no necesitas...?

—¿El mando? No. Si lo necesito ya lo cogeré yo, si no te importa, Jane.

Se volvió y miró por encima del hombro el mando a distancia que yo todavía tenía en el puño. Lo dejé en el sofá.

Él sonrió.

—Créeme. Te sorprenderás de lo que esto es capaz de hacer.

Pulsó unos pocos botones en el móvil y empezó a pasar las fotografías de la luna de miel. Me sorprendí intrigada por los distintos destinos, el bonito paisaje, la sensación de desconocido. No me

interesaban mucho sus continuos comentarios de «y ésta es de cuando», «cuando fuimos a esa playa...», o «ése es el cuarto de baño del segundo hotel», pero las imágenes en sí eran bastante impresionantes. Yo respondía a sus preguntas, a sus descripciones y a sus incesantes tonterías con «Oh, qué campos más maravillosos» y «perdona, ¿dónde dices que era eso?», pero en realidad no escuchaba.

En cambio, me imaginé a mí misma haciendo ese viaje con Marnie: posando junto a ella en la escalera de la plaza de España, sonriendo en una bicicleta en lo alto de una colina, rodeada de una docena de copas de vino en un viñedo. Era sorprendentemente fácil borrar a Charles de cada imagen, desdibujar todo su ser hasta que prácticamente desapareciera. Podía dejar de ver los hombros anchos, las camisetas ceñidas, la dentadura blanca tras una sonrisa perfecta. Podía dejar de ver el pelo, peinado hacia atrás con gomina, las pantorrillas musculosas y el bronceado dorado.

Oía a Marnie en la cocina, y subí el volumen de ella para ahogar el de él. Ella hablaba hacia su cámara, filmándose mientras preparaba la comida, describiendo cada paso que daba, cada ingrediente que añadía, cada vez que cortaba, revolvía y batía.

—Siempre me lavo las manos después de romper huevos, sobre todo cuando separo las yemas de las claras. Lo hago desde hace tiempo, pero aun así se extiende por todas partes.

»¿Es necesario lanzar los espaguetis a la pared para ver si se pegan? Bueno, eso depende enteramente de vosotros, pero creo con firmeza que es el modo más preciso de saber si la pasta está cocinada o no, y, ¡ay, parece que ya está!

»En cuanto a añadir tomate a una ensalada verde, rotundamente no.

»¡Dos minutos! —gritó. Luego, más bajo, añadió—: Cuando alguien cocina para mí, siempre agradezco que me avisen con un poco de tiempo para sentarme a comer porque, tal vez sólo soy yo, dejadme vuestros comentarios si también os sucede, pero siempre necesito ir al baño antes de comer. ¡No sé por qué, pero me pasa!

Charles miró y puso los ojos en blanco —delicada y cariñosamente—, y yo respondí sonriendo.

—Bueno, pasaremos deprisa las últimas antes de cenar —me dijo —. No estás aburrida, ¿no?

Negué con la cabeza y él pasó las fotografías a gran velocidad:

atardeceres preciosos naranjas, amarillos, rosas y púrpura; las suaves colinas ondulándose en todos los tonos de verde; los campos de amapolas, un lienzo rojo salpicado de pequeñas semillas negras. Boles de pasta, fuentes de carnes curadas y quesos, pizzas del tamaño de la tapadera del cubo de la basura. Charles en un tren, con los ojos cerrados y un crucigrama a medio terminar en la mesa delante de él. (Tal vez te interese saber que los crucigramas son lo único sobre lo que Charles y yo podemos hablar y hacer juntos sin que el ambiente se cargue a nuestro alrededor.)

Siguió dándole al botón del móvil, pero el televisor se había detenido y en la pantalla había una imagen fija que no parpadeaba. Era una fotografía de Marnie sentada en una tumbona, con una pierna a cada lado, sonriendo mientras se extendía protector solar en los brazos. El sombrero de paja estaba peligrosamente ladeado sobre su frente y el bikini se le había subido un poco, dejando ver la piel aún más pálida de la parte inferior del pecho. Ella sonreía y se reía, creo, y la imagino regañando a Charles, como una madre regañaría a su hijo, por sacarla de cualquier modo sin avisar.

Pero yo también habría hecho esa fotografía. Porque cuando era totalmente ajena a la cámara, se la veía mucho más ella misma, no tan estirada y posando con un mohín, y más parecida a la mujer que ambos conocíamos y tal vez queríamos.

—Y éste fue el último hotel en el que estuvimos —dijo Charles, y apagó la pantalla—. Tenía un restaurante de lo más increíble. Una estrella Michelin. Pedimos el menú de degustación, que era bastante caro, pero valió la pena. Era realmente delicioso.

Me pregunté si algún día haría una segunda luna de miel. Me parecía poco probable entonces y me parece aún menos probable ahora.

Marnie nos llamó a la mesa.

—He preparado espaguetis carbonara —anunció, y me miró mientras apartaba su silla—. Pero no la salsa de siempre, sino la que hacíamos en nuestro piso. —Se volvió hacia Charles—. Es un homenaje a nuestra luna de miel, con la receta de ese restaurante de lujo, ¿te acuerdas? ¿Le has enseñado a Jane las fotos tomadas desde lo alto? La comida allí era... —Se llevó los dedos a los labios y los besó con un fuerte y húmedo sonido—. Tuve que suplicar para que me dieran la receta, que por lo visto era típica de su familia, pero es

particularmente buena. Mejor que la que hacía en el piso... Dejaré de divagar y os dejaré probarla.

Sirvió una generosa ración en mi bol y una porción ridícula en el plato de Charles. A él no le gustaba comer en boles. No le gustaba que los diferentes ingredientes de una comida se mezclaran. No quería tomar espaguetis y ensalada a la vez.

Retorcí el tenedor contra el borde del bol y enseguida advertí que la textura era distinta. Los huevos habían formado una capa sedosa alrededor de cada espagueti. Nuestros carbonara —no me malinterpretes, me gustan, y sigo creyendo que es mi plato favorito— estaban llenos de grumos de los huevos revueltos.

—Buenísimos —dijo Charles—. La verdad es que saben igual.

Marnie aplaudió.

—Eso es lo que quería que dijeras. ¿Y a ti te gustan, Jane?

—Bueno, no diré que los prefiero a nuestros carbonara, porque sería desleal, pero están riquísimos.

Ella sonrió.

—¡Sabía que te gustarían! —Se llenó de nuevo la copa de vino—. Hemos traído esta botella. Me pareció una locura, porque nunca sabe igual de bien, pero la verdad es que ha viajado mejor de lo que pensaba. ¿No te parece?

Charles asintió.

—Sin duda. Un gran plato de pasta y un vino maravilloso. Si no fuera porque llueve, casi podría creer que todavía estamos allí.

Puede que suene extraño —y tal vez no me creerás—, pero hasta ese momento no me había sentido como una intrusa en su relación. Había sido muy consciente de las dos relaciones que competían entre sí. Pero había dado por hecho que podían coexistir, algo así como lado a lado. Y, sin embargo, cada vez me daba más cuenta de que mi amistad con Marnie parecía un párrafo en su historia, que no había espacio para nada más que para un amor.

Los primeros meses después de la muerte de Jonathan son confusos; no recuerdo muy bien lo que hice, adónde fui o con quién hablé. Pero con el tiempo volví al trabajo y al final de la primera semana Marnie me invitó a cenar. Charles trabajaba hasta tarde, a menudo hasta las once, a veces no regresaba al piso hasta entrada la madrugada, pero estaba decidido a no trabajar nunca hasta tarde los viernes por la noche. Decía que los fines de semana eran sagrados, que

era cuestión de equilibrio. Pero siempre estaba agotado cuando volvía a casa, entre las ocho o las nueve de la noche. Nunca quería salir, ni ver a amigos, ni hacer gran cosa. Tan sólo deseaba estar en casa. Así, mis visitas semanales se convirtieron en algo recurrente, un patrón que se prolongó y rara vez se interrumpía.

Aun así, yo intuía que su matrimonio podía marcar el final natural de esa rutina. Había durado años, pero sabía mejor que la mayoría de la gente que todo se acaba.

A las diez y media, Marnie se levantó y dijo:

—Bien.

Y yo me quedé sentada. Ella recogió los tres platos de postre de la mesa, amontonándolos en el brazo y equilibrándolos contra el pliegue del codo. Luego cogió el frutero vacío y la jarrita de crema de leche y desapareció en la cocina. Encendió la radio, y el sonido de instrumentos de cuerda se mezcló con un tintineo de platos de loza. Oíamos sus pasos silenciosos yendo de un lado a otro en calcetines, abriendo y cerrando la nevera, el lavavajillas, los armarios.

Debería haberla seguido, pero no lo hice.

—La boda —dije en cambio, no sé por qué, pues sabía instintivamente que era una mala idea.

Sin embargo, una vez que había comenzado, no supe cómo parar.

—Fue un gran día —respondió Charles, bostezando y estirando las manos por encima de la cabeza, tal como lo había hecho esa noche, exactamente el mismo movimiento, con la camisa tirando una vez más de su cinturón—. El mejor.

—Pero el final… —dije.

—¿El final? —repitió él—. ¿Qué pasó? —Parecía genuinamente desconcertado.

Sólo un breve inciso antes de continuar. Quizá debería habértelo explicado antes. Es fácil olvidarse si uno ha dicho muy pocas mentiras en su vida, pero yo he dicho muchas. Así que tal vez puedas aprender algo de mi experiencia.

Lo primero que debes tener en cuenta es que una mentira es sólo una historia. Es algo inventado, algo ficticio. Lo segundo es que hasta la historia más extraña, la mentira más ridícula, puede parecer totalmente cierta y perfectamente posible. Queremos creerla. La tercera es que las mentiras creíbles no son, por tanto, una gran hazaña. Pero lo más importante de todo, y que nunca debes olvidar, es

que no somos inmunes a nuestras propias mentiras. Revisamos nuestras historias alterando el énfasis, aumentando la tensión y exagerando el dramatismo. Y al final, después de haber contado varias veces esa historia modificada, mejorándola cada vez, empezamos a creerla también. Porque estamos revisando no sólo nuestras historias, sino también nuestros recuerdos. Los momentos que creamos, que imaginamos, los empezamos a percibir como algo real. Podemos ver cómo se desarrolla la situación tal como podría haber sucedido, y empezamos a preguntarnos dónde termina la verdad y empieza la mentira.

—El final —repetí, y él se encogió de hombros y frunció el ceño —. El final de la noche. Tú y yo.

—¿Tú y yo? Vamos, Jane. ¿A qué viene esto?

Verás, era demasiado tarde. Había tenido tiempo para revisar su recuerdo y tergiversarlo deliberadamente. Ya no había una sola verdad. ¿Había rebobinado ese incidente una y otra vez, modificando cada vez sus actos? ¿Había llegado a creer su relato revisado hasta el punto de que su incredulidad y su confusión ahora parecían auténticos?

Me sentí estúpida, como si estuviera diciendo tonterías, y luego lo vi: una sombra le recorrió la cara. La frente se le arrugó y tensó de nuevo. La ceja izquierda se le contrajo, sólo una vez. Se le sonrojaron las mejillas, tal vez de vergüenza o de rabia. Se pasó la lengua por los labios y los apretó entre los dientes hasta que los bordes se le volvieron blancos. Hizo un ruido breve e involuntario, y se mordió la comisura de los labios.

Yo ya no estaba segura de nada.

—¿Sabes de qué te hablo?

—Creo que no —respondió. Apoyó ambas palmas sobre la mesa, con los dedos extendidos.

—Sí que lo sabes. —Y yo no sabía si lo sabía, pero pensé que era posible.

—Lo siento, Jane —dijo con el rostro pétreo, las facciones sólidas y totalmente intactas—. Pero no sé muy bien a qué te refieres.

—¿Seguro? —insistí, esperando aún que pudiera cometer un error que sacara a la luz una verdad.

—¿A qué te refieres? —repitió, e inclinó ligeramente la cabeza hacia la izquierda, como si realmente tuviera curiosidad y estuviera

desconcertado por mi pregunta.

—Creo que... —Pero no sabía lo que creía, y dije en su lugar—: Me tocaste. ¿Lo recuerdas? Estabas borracho, pero... me tocaste.

Él torció el gesto en una expresión de sorpresa que se notó artificial. Tenía las cejas demasiado altas en la frente, los ojos demasiado abiertos, la mandíbula entreabierta en un pequeño «oh» falso.

—Jane, ¿qué quieres decir con que te toqué? ¿No estarás insinuando...?

—Lo recuerdas —respondí—. Sé que lo recuerdas.

Se le suavizó el gesto, adoptando una extraña expresión de preocupación.

—Jane, lo siento, lo último que quiero es ser grosero, pero no sé de qué estás hablando. Quiero ayudar... Y no soportaría que pensaras... ¿Por qué no empiezas por el principio? Dime qué es lo que crees que pasó.

—Al final, mientras estábamos sentados.

Algo se notaba diferente; algo estaba mal.

—Continúa —dijo él.

—Me pasaste el brazo alrededor del hombro.

Me di cuenta de que fuera había oscurecido porque las cortinas rojas parecían negras contra las paredes pálidas. Las velas se fundían y parpadeaban sobre sus bases de metal.

—Si soy completamente sincero contigo —empezó a decir—, tengo que admitir que no lo recuerdo. Pero si fue así, no me sorprende. Creo que abracé a casi todos los que estaban allí en algún momento del día. Era una fiesta, una celebración. ¿Y eso... es todo? ¿Mi brazo alrededor de tus hombros? ¿Eso es lo que te incomodó tanto? Porque no se me habría ocurrido... Pero si fue así..., realmente no era mi intención ofenderte.

—No, no fue eso en absoluto. No fue tu brazo alrededor de mi hombro. Estoy hablando de tu mano. Me tocó.

Y entonces me percaté de que ya no me miraba a mí. Miraba por encima de mi cabeza, más allá de donde yo estaba sentada, hacia algo o alguien que estaba a mi espalda. Y me di cuenta de que la radio estaba apagada, y ya no se oían los pies de Marnie deslizándose por el suelo de la cocina, ni el tintineo de la loza ni el ruido de succión de la puerta de la nevera al cerrarse. Todo lo que alcanzaba a oír era el

silencioso zumbido del lavavajillas.

No tenía forma de saber cuánto tiempo llevaba Marnie allí parada, escuchándonos; no sabía cuánto había oído. Pero estaba absolutamente segura de que Charles había estado manipulando la conversación en su beneficio, presentando la versión que él quería que ella viera, en vez de la equivalente, la verdad, que podría haber tenido lugar si ambos hubiéramos estado a solas.

Él se encogió de hombros —el mensaje era para Marnie, claro y sin necesidad de palabras: «No tengo ni idea de qué demonios está hablando»— y yo volví la cabeza.

Marnie todavía llevaba puesto el delantal. Era gris con toques blancos y se ataba a la cintura y al cuello con cintas blancas. Tenía un trapo de cocina húmedo en la mano, listo para limpiar los individuales. Me miraba por encima de la mesa del comedor, con la cabeza ladeada hacia la izquierda y los ojos entornados.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

Me miraba directamente a mí. Pero, antes de que yo pudiera responder, se volvió hacia Charles.

—¿Estás bien?

Él se encogió de hombros.

—¿A qué viene esto, Jane? —Era demasiado tarde—. Te tocó. Eso es lo que has dicho, ¿no? ¿Cuándo te tocó exactamente?

Yo sabía que estaba enfadada, pero fui tan estúpida que no me di cuenta de que no estaba enfadada por mí. El corazón me retumbaba en el pecho. Sé que si hubiera bajado la vista lo habría visto temblar debajo de mi ropa y de mi piel. Tenía las palmas de las manos juntas y húmedas.

Yo quería decir: «Oh, nada», pero Charles me había acorralado y era demasiado tarde para fingir que había dicho algo distinto. Él era listo. Sabía mentir muy bien. Tan bien que se creía sus propias tonterías o era increíblemente convincente; de cualquier manera, fue lo suficientemente astuto para atraparme en mi propia verdad.

Me había rodeado con la red y yo no podía escapar con una mentira.

—¿De qué estás acusando exactamente a mi marido?

Yo había tenido la esperanza de que la verdad fuera recibida con algo parecido a la compasión; que ella eligiera confiar en mí y solucionar ese problema conmigo. Pero en ese momento supe de parte

de quién estaba, y no era de la mía. Y, francamente, había sido ridículo esperar lo contrario. Emma había encontrado el espacio para dudar de mí. Y, por supuesto, Marnie también lo haría. Quizá tú también lo hagas.

Le temblaron los dedos al dejar el trapo de cocina en la mesa. Su cara pálida estaba encendida, y en el cuello le aparecieron manchas rojas que se extendieron hacia el pecho.

—¿Y bien? —insistió.

—Se sobrepasó —le dije—. En tu boda. Lo siento mucho, Marnie, pero...

—¿Se sobrepasó? —repitió ella, y su voz sonó firme, más grave de lo normal.

Su mirada iba de él a mí.

Miré a Charles y vi a un hombre intachable, muy inteligente y mucho mejor preparado que yo. Su cara era la mezcla perfecta de aprensión (con la mirada decía: «Necesita ayuda») y frustración (con la mandíbula apretada, la apremiaba: «No creerás estas tonterías, ¿no?»), y su postura decía a gritos: «No tengo ni puta idea de qué está pasando aquí».

—Sí —respondí, y me miré las manos entrelazadas en el regazo —. Se sobrepasó.

—Un brazo alrededor de tu hombro. Eso es lo que hubo. ¡Un hombro! —Ella gritaba a esas alturas, y le temblaba la voz, como si pudiera echarse a llorar—. En serio, Jane. ¿Eso es todo? Porque entonces necesitas...

—No —la interrumpí—. No fue sólo eso. Me manoseó. Me puso una mano sobre el corpiño del vestido. Y yo no dije nada entonces; no me pareció bien hacerlo el día de tu boda. Pero tenía que decir algo. ¿No lo entiendes?

Ella ladeó la cabeza, miró a Charles y arqueó una ceja, preguntándole en silencio. Yo no supe interpretarlo, así que me limité a continuar.

—Creo que si tú no hubieras aparecido en ese momento, habría ido más lejos. Creo que él... —Me volví hacia Charles—. ¿Qué estabas pensando? Si yo te hubiera alentado, ¿habrías continuado? ¿O sólo pretendías hacer que me sintiera pequeña? Fue eso, ¿no? Te gusta sentirte más grande y mejor que los demás.

—Jane... No estoy seguro... No sé qué está pasando aquí, pero yo

no buscaba nada.

Se levantó y se puso al lado de Marnie; le rodeó la cintura con el brazo, se enrolló el cinturón del delantal en la mano y frotó la tela entre los dedos. Me sentí como una niña atrapada en una disputa frente a mis padres, ellos elevándose sobre mí, dictando los hechos y debilitándome en la confrontación.

Y, de pronto, él cambió el tono, sonó furioso.

—¡Por Dios, Jane! —gritó.

Marnie se encogió.

—Era el día de mi boda —continuó Charles—. Y tú eres la mejor amiga de mi mujer. No sé qué crees que pasó, pero... Joder. Por Dios, no.

Marnie asintió despacio, y lo de menos era si él se creía su propia historia, porque estaba claro que ella sí lo hacía. Tenía una expresión amenazadora, los ojos encendidos como las velas de un pastel de cumpleaños parpadeando de rabia.

Él pensó que me había pillado, pero siempre hay otra mentira, una mentira mejor.

Algún día, en un futuro no muy lejano, alguien te dirá que las mentiras engendran mentiras y tendrá razón, pero lo dirá como si fuera un problema cuando de hecho es una solución.

—Dijo que me deseaba, que siempre le había gustado hablar conmigo, y me preguntó si yo sentía lo mismo. Yo notaba su mano a través del vestido, jugueteando con el borde y rozando las costuras. Con sólo la mano encima, tocándome, no podía estar segura, ya sabes. Podría haber bebido demasiado y hacerlo sin pensar, no darse cuenta de lo que hacía. Pero empezó a hablar, y entonces lo supe. Supe que era deliberado.

Marnie titubeó.

¿Y eso era una mentira? ¿En serio? Porque realmente pienso que dos minutos más y eso sería exactamente lo que habría dicho Charles —sé que lo habría hecho—, porque así era él. Sabía inventar una historia, utilizar las palabras para manipular. Y las palabras daban credibilidad a una acción que por sí sola se consideraba insustancial, sin importancia, carente de interés.

Pero sí, era una mentira. La tercera que le decía a Marnie.

Sería la última mentira que le diría estando Charles con vida.

14

Marnie me pidió que me marchara. Después de todo lo dicho y no dicho, irguió la espalda y anunció:

—Creo que deberías irte.

Yo me quedé sentada en estado de *shock* y no me moví.

—Puedes irte —repitió ella—. Ahora mismo. Por favor.

Charles y yo nos miramos y supe que estábamos pensando lo mismo, pues no podíamos interpretar con seguridad la expresión de Marnie. Veíamos que no estaba contenta, nada contenta, pero la ira se había disipado, reemplazada por algo menos evidente. Yo no reconocía la intensidad de su mirada, sus labios apretados, tan rosados como siempre pero firmemente cerrados. Tenía la piel cetrina y gruesa, como si le pesara la mandíbula.

Vi cómo él le agarraba con más fuerza la cintura, dándole un ligero apretón.

Ella no respondió. Estaba paralizada, con las manos clavadas en las caderas.

Me levanté.

—Está bien, me iré. Pero sólo si estás segura de que eso es lo que quieres.

¿Esperaba que lo reconsiderara? Ya lo creo que lo esperaba. Pero ella no lo hizo.

—Estoy segura —asintió.

Salí al pasillo y descolgué mi gabardina del perchero. Mi paraguas estaba apoyado contra el radiador y había dejado un charco de agua en el parquet. Puse la mano en el pomo de la puerta y me volví. Estaban exactamente como los había dejado, de pie uno al lado del otro, él rodeándole la cintura con el brazo, pero ahora miraban por encima del hombro y me observaban, como para asegurarse de que me marchaba realmente.

Salí y regresé andando a casa. Tardé horas bajo una lluvia implacable, pero eso era exactamente lo que necesitaba en ese

momento. Necesitaba notar los zapatos y los calcetines empapados, y los pies arrugados dentro. Necesitaba sentir cómo el viento tiraba de mi paraguas, tener algo contra lo que luchar. Necesitaba caminar con paso firme, pisando fuerte, sentir el agua salpicándome los tobillos y el roce de los codos en los huesos de la cadera.

Me detuve delante de la puerta de mi piso y busqué la llave en mi bolso, y para cuando la encontré y entré, había dejado caer tanta agua en la moqueta de color pardo que había un gran lamparón marrón oscuro. Me di una ducha caliente, encendí la calefacción y me metí en la cama, y no pude dormir. Necesitaba estar en otro lugar. Londres era demasiado grande y concurrida, la gente era demasiado tensa y estirada, el aire, demasiado denso y furioso.

Puse el despertador y seguía despierta cuando resonó por la habitación varias horas después. Por fin brillaba el sol y fui a visitar a mi madre —brevemente, ella no me reconoció y me impacienté con sus preguntas implacables y sus tonterías genéricas—, y luego tomé otro tren, pero no de vuelta a la ciudad, sino más lejos, siguiendo los pasos de una versión más joven de mí misma.

Llegué a Beer a primera hora de la tarde. Sólo llevaba una mochila pequeña. Fui directamente a nuestro hotel sin apenas ser consciente de que eran mis piernas las que me impulsaban en esa dirección. Nuestra habitación estaba disponible sólo por una noche, en el primer piso al final del pasillo, con la ventana que daba a la playa.

Dejé la mochila encima de la cama, salí y eché a andar hacia la costa.

Me paré y observé cómo rodaban las olas; había salido el sol, pero se estrellaban furiosas contra la playa de guijarros.

«Por aquí —lo oí decir a él—. Iremos por aquí.»

Me volví hacia los acantilados y tomé de nuevo el camino que había recorrido cuatro años antes. La playa estaba muy concurrida, era una atracción para las familias jóvenes durante las vacaciones de verano y las parejas enamoradas de entre veinte y ochenta años. Había muy pocas mujeres jóvenes solas, aunque seguramente yo no era la primera que acudía a la playa con el corazón destrozado. Había sombrillas, castillos de arena y niños envueltos en toallas de rayas que tiritaban. Había raquetas de bádminton, cortavientos y palas de plástico rojas, amarillas y azules.

Me alejé de todo. Subí a la carretera y anduve sobre el asfalto.

Las gaviotas seguían allí, graznando y batiendo las alas por encima de mi cabeza, y me pregunté si se acordaban de mí como yo las recordaba a ellas.

Me sentí más cerca de Jonathan de lo que lo había estado en meses. No había vuelto a ir a nuestro dúplex desde la mañana del maratón; nunca había vuelto. Lo vaciaron y lo vendieron sin mí. Y nunca voy a los lugares que nos gustaban. No he estado en el Windsor Castle desde esa noche y casi nunca paso por Oxford Circus. Pero en ese lugar conocido el dolor pareció menguar.

Llegué a la cafetería del pueblo vecino y me senté a la misma mesa de pícnic, y miré el mar desde el mismo lugar, y me asustó lo mucho que había cambiado mi vida. Y lo poco que me gustaba. Quería ser la de antes, la que había estado allí sentada con su marido al comienzo de su vida en común. Esa mujer optimista —algo inusitado en ella— que miraba hacia los aniversarios futuros, los hogares nuevos, los hijos y toda una vida de risas y amor. Yo no quería ser la de ahora, una mujer amargada y fría permanentemente desarraigada de la vida que se suponía que debía llevar.

Desearía poder decirte que descubrí la manera de superar esa versión de mí misma. ¿No sería maravilloso poder decirte ahora que hallé la forma de desprenderme de la tristeza y la ira, que encontré algo sólido, estable y seguro? Pero no lo encontré. No lo he encontrado.

No había pescadores; debían de haber estado allí más temprano mientras yo estaba acostada en la cama esperando que sonara el despertador, a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, en un mundo lleno de bocinas y niebla contaminada. Caminé de nuevo a lo largo de la orilla, por debajo de los acantilados, con los guijarros crujiendo bajo las suelas de mis zapatos, todavía húmedos por la marea de esa mañana.

Vi el sendero que se abría entre la maleza al pie de los acantilados. Los arbustos espinosos eran tan tupidos que apenas se veía, pero creo que yo lo estaba buscando, que intentaba encontrar formas de estar cerca de él. Recordé que él iba delante, zigzagueando por el camino y sorteando las ortigas, muy concentrado en el ascenso.

Me lo tomé con calma.

Había llovido y el camino seguía estando resbaladizo, había barro sobre las rocas y dentro de los huecos por los que discurría. Las ramas

altas lo ocultaban con gruesos arbustos a cada lado, y me pregunté cuánto tiempo había tardado el sol en secarlo siendo tan estrecho. No veía el mar, pero lo oía. No veía las gaviotas, pero también las oía. Estaba muy sola, pero sabía que el mundo seguía estando ahí fuera, a sólo unos minutos de distancia.

Llegué a los peldaños tallados en el sendero y me dirigí a la izquierda, hacia el terraplén de arriba. Ésa era la ruta que yo había elegido la primera vez. Me separaba de Jonathan, pero sólo durante un par de minutos. Aunque no hay nada que no diera, ningún sacrificio extremo que no hiciera por disfrutar de un par de minutos más juntos.

Decidí girar a la derecha. No había escalones, sólo el camino embarrado, más seco ahora que había ascendido un trecho, pero todavía viscoso e inestable. Calculé dónde habían aterrizado sus pies y puse mis botas en su pisada desaparecida hacía tanto tiempo. Me pegué a la pared del acantilado y me pregunté si su cuerpo había estado alguna vez allí, abrazando esas mismas rocas. Recordé la sensación de su mano en mi espalda. Su corazón habría estado palpitando acompasado y estable, aunque el mío se me desbocaba dentro del pecho.

Más adelante había ortigas, pero yo tenía la seguridad de que esta vez todo saldría bien. El cielo estaba de un azul espléndido, sin ninguna nube a la vista, y aunque yo nunca he sido una persona espiritual, supe que él estaba allí conmigo. Me volví con la espalda pegada a la pared de roca y miré hacia el mar, hacia las olas que rompían debajo. Me sentí mareada, como si estuviera embriagada, casi aturdida por la adrenalina.

Pensé que podía hacerlo. Que podía ser tan valiente como él lo había sido una vez.

Me equivoqué.

Seguí ascendiendo, agarrándome con las palmas a las rocas a mi izquierda y poniendo un pie delante del otro en línea recta, lo más cerca posible de la pared rocosa. Pasé cuidadosamente por encima de las ortigas con la mirada clavada al frente.

—Me reuniré contigo en la cima —susurré, principalmente para mí, pero también hacia el espacio que había sobre el mar—. Te encontraré.

Noté que me temblaban un poco las manos y me sorprendí

llorando. «Respira», pensé. Pero no podía. El aire se me atascaba continuamente en la garganta, y me sorprendí inspirando, jadeando una y otra vez. Me brotaba sin cesar de los pulmones, se me condensaba en la boca y salía con tanta fuerza que toda yo temblaba, como si se me separaran los huesos.

Intenté mantener en equilibrio mi cuerpo tembloroso en el borde del acantilado, con los pies firmes en el suelo, pero no pude. Me senté e intenté hacerme lo más pequeña posible, confiando en no caer, y allí acurrucada esperé a estar casi inmóvil excepto por la respiración, que me sacudía suavemente el pecho una y otra vez.

Finalmente me levanté y retrocedí hasta la bifurcación del camino, deslizando la mano por la pared rocosa sin pensar ni sentir, procurando no lastimarme. Tomé la otra ruta, los escalones de la izquierda, el camino de la primera vez, y subí.

Había fracasado. Una vez más.

Llegué a lo más alto, que estaba cubierto de hierba. Me senté con las piernas rectas delante de mí, mirando hacia el mar.

Y me eché a llorar.

En mi vida sólo ha habido unos pocos amores, pero creo que es justo decir que el mayor de todos se habrá forjado en la muerte. Estaba locamente enamorada de Jonathan cuando murió. No nos habían alcanzado las olas rompientes ni los burdos traumas de una vida larga y bien vivida. No estábamos desgastados por una vida de amor corriente. Seguíamos obsesionados el uno con el otro, y lo que más me fascinaba de él —la pedantería, la eficiencia, la manera única de doblar los calcetines, el pelo alborotado por las mañanas— todavía no se había vuelto irritante ni rutinario.

Si soy totalmente sincera, no creo que se hubiera vuelto así. Él siempre fue el mejor. Cuando servía dos vasos de zumo de naranja por la mañana, y me daba el primero y se quedaba el segundo porque sabía que no me gustaba el poso espeso y amargo del fondo del tetrabrik. Cuando me dejaba sus guantes porque tenía las manos frías, aunque las suyas también lo estaban. Cuando conducía largas distancias, porque yo me negaba a aprender porque no soportaba la idea de estarme tanto tiempo quieta. Cuando olía a lejía y a cera para muebles al entrar en casa, y sabía que él lo había limpiado todo mientras yo estaba con Marnie, divirtiéndome y siendo feliz, para que no tuviera que hacerlo. Cuando él apagaba las luces todas las noches

cuando nos íbamos a la cama, para que yo no tuviera que subir la escalera en la oscuridad. Me quería de un millón de pequeñas maneras. Creía en un amor que una y otra vez demostraba que estaba presente, y era generoso y nunca intrascendente. Ese amor siempre estará congelado como cuando él se fue.

Marnie es mi segundo gran amor. Y entonces tenía la impresión de que también la había perdido. Era una pérdida muy diferente. Jonathan desapareció de golpe, mientras que ella había ido escabulléndose poco a poco. Yo era la arena, sólida y estática, atrapada en un lugar. Y ella era el mar, y estaba siendo succionada y desviada por una fuerza mayor que cualquiera de nosotras.

Hubo un momento en que ella podría haberme elegido a mí. Podría haberle pedido a él que se marchara. Podría haberle apartado el brazo que le rodeaba la cintura. Pero no lo hizo. Creyó lo que él decía, que era inocente, que la que mentía era yo. Algunos desastres naturales son tan devastadores que es casi imposible recuperar todo lo que se ha perdido.

Me puse de pie y caminé a lo largo del borde cubierto de hierba de vuelta al hotel. Pensé en pedir la cuenta y regresar directamente a Londres. Pero ya me había comprometido a pagar la habitación, así que deshice mi pequeña mochila y me preparé un baño tan caliente que el vaho empañó los grifos de metal y el espejo, y llenó la habitación. Me desnudé y me sumergí en el agua, y noté cómo me succionaba el pelo cuando mi cara volvió a salir a la superficie. El sol estaba bajo en el cielo, decorando los azulejos en la sombra. Oía voces que se elevaban de la carretera debajo de mi ventana: los gritos de deleite de una niña y la risa resonante de un hombre mucho mayor.

Me puse de pie en la bañera, con el agua a la altura de las pantorrillas, y miré a través del cristal moteado, pegando el cuerpo a la pared para impedir que alguien me viera. Ella era muy pequeña, debía de tener unos siete u ocho años, e iba sólo con bañador. Su padre llevaba el traje de baño todavía mojado y el agua le había calado el borde de la camiseta, y recordé cuando mi padre paseaba así por la playa en Cornualles en vacaciones, después de un día tumbado en la arena. Los seguía una mujer —la madre— con dos toallas colgadas del hombro y una gran cesta que se balanceaba junto a sus tobillos. La niña volvió a reírse y literalmente se dobló en dos, incapaz de seguir andando. Su padre también se reía: de su hija, de su alegría,

de su risa audaz y estrepitosa. Yo tenía muchas ganas de ser parte de esa familia.

Me puse la bata, cogí el secador de debajo del lavabo y regresé a mi habitación. Lo enchufé. Me secaría el pelo. Me vestiría. Y sería parte de esa familia.

No me refiero literalmente. Literalmente no podía ser parte de esa familia.

Pero estaba decidida a ser parte de algo más que yo misma.

Recorrí de nuevo el pasillo y crucé el área de recepción. Salí por las puertas y me adentré por un camino angosto rematado a ambos lados por dos pequeños arroyos. Había luces por todas partes: en los pubs, en los restaurantes, en otros hoteles. Me dirigí al mar siguiendo un sendero que descendía hacia la playa de guijarros. Había niños desnudos salvo por las toallas que les rodeaban los hombros, saltando arriba y abajo y corriendo hacia lo alto del sendero y regresando al lado de sus padres, que subían más despacio, cansados después de un largo día de arena, mar y juegos. Había dos hombres con sombrillas, cortavientos y gafas de sol en la frente. Y dos mujeres con el pelo recogido en apretadas coletas y los triángulos del bikini mojado estampados en sus camisas de lino.

Intenté ponerme en el lugar de una de esas mujeres, con una mochila a la espalda, mis hijos dando vueltas a mi alrededor y la arena incrustada en los pliegues de los codos, y no pude evitar imaginar a Jonathan a mi lado, con una sombrilla de colores colgada al hombro.

Ni siquiera entonces pude imaginar una versión de mi futuro sin él. Lo cual era ridículo. Porque para entonces llevaba muerto más tiempo del que habíamos estado juntos.

Y, sin embargo, parecía que no había pasado tiempo.

Antes de que él muriera, yo nunca había pensado en la viudedad. Aunque si me hubieran pedido mi opinión sobre ella, supongo que habría dado una respuesta meditada y confiada. Había perdido a mis abuelos y conocía el peso de ese dolor. Esas pérdidas habían sido importantes —la culminación de largas vidas bien vividas— y al mismo tiempo poco significativas. Esas muertes no eran tragedias. Ellos no se habían convertido en fantasmas.

Jonathan sí lo hizo. Todavía lo introduzco en cada conversación. Lo llevo a cada mesa. Soy la joven cuyo marido murió. Su fantasma se

sienta a mi lado en las bodas («¿Sabes que estuvo casada? Sí, pero su marido murió») y en los funerales («Enterró a su marido hace unos años, ¿sabes? Sí, su marido murió»).

Está allí en cada futuro, en cada esperanza, en cada sueño.

Siempre me persigue.

15

Visité a Emma de regreso a casa. Vivía en un estudio al sur del río. Estaba a veinte minutos andando de la estación de metro más próxima y la parada de autobús que le quedaba más cerca estaba a casi diez minutos, cruzando un aparcamiento sin iluminar. A mí no me sobraba el dinero, pero incluso con mi pequeña contribución y alguna que otra cantidad de la cuenta de mi madre, eso era todo lo que ella podía permitirse pagar.

Nuestra relación se había estrechado aún más desde que se había ido de la casa de nuestros padres. Lejos de mi madre, que siempre había querido participar en todo lo que hacíamos juntas, descubrimos que realmente nos gustábamos. Ella era saludablemente honesta, como sólo una hermana puede serlo. Y creo —y espero que no suene mezquino— que el hecho de que me necesitara me llenaba de satisfacción.

Ella ya no trabajaba con regularidad. Había sido editora independiente y, durante un tiempo, estuvo increíblemente ocupada, con manuscritos apilados en las baldosas de linóleo, trabajando toda la noche para cumplir con los plazos, siempre solicitada. Diligente y centrada, nunca había tenido miedo de interrogar sobre un problema, de hacer las preguntas difíciles. Pero su concentración disminuyó y empezó a examinar minuciosamente cada texto demasiado indecisa, temerosa de alterar el ritmo, con lo que tardaba tanto que al final todos dejaron de enviarle nuevos proyectos. A partir de entonces dedicaba gran parte de su tiempo a trabajar para organizaciones benéficas locales. Pero todo era voluntario.

Me paré en el balcón corrido que había frente a su piso y aporreé la puerta roja. Había un timbre en el marco, pero nunca había funcionado.

—¡Ya voy! —gritó mientras yo llamaba por segunda vez—. A ver si aprendes modales, joder... —Y al abrir la puerta, dijo—: ¡Oh! No te esperaba.

—Es evidente. ¿Es así como saludas a todos?

La puerta principal daba directamente a la única habitación: la sala de estar, la cocina, el comedor y el dormitorio se combinaban en un solo espacio pequeño. La cocina estaba en un extremo; los electrodomésticos blancos eran relativamente nuevos, pero las baldosas del piso estaban moteadas de naranja. Las persianas eran de plástico y estaban sujetas por una fina cuerda blanca. Había una mesa de centro, un sofá, un televisor pequeño, un armario y varias estanterías. Y al lado de la puerta que conducía al pequeño cuarto de baño, enmarcado sobre el radiador, había un gran dibujo de una mujer muy delgada. No era gran cosa, pero Emma nunca había necesitado mucho.

—No viene nadie —respondió—. Y si viene, es alguien que intenta vender algo. —Dio un paso atrás para dejarme pasar—. ¿Por qué has venido?

—Qué bonito.

—No lo digo en ese sentido.

—He estado en Beer —respondí.

—¿En Beer? ¿Devon?

—Donde fuimos Jonathan y yo, ¿te acuerdas?

—¿Por qué has ido allí? —preguntó.

—Marnie y yo discutimos.

—Se lo dijiste.

Asentí.

Ella hizo un gesto hacia el sofá.

—Te dije que no le dijeras nada.

—Tenía que hacerlo.

—Maldita sea —respondió, sacando tres galletas digestivas de chocolate negro de un paquete y poniéndolas encima de una servilleta para mí—. Cuidado con las migas.

Asentí y me senté en un extremo del sofá gris, que ella abría en una cama todas las noches.

—Podrías haber fingido que todo era normal, como te dije. Entonces no estarías en esta situación.

—Pero tenía que saber la verdad sobre su marido. ¿A ti no te gustaría saberla? —Era obvio que si algo no podía decirse pero era necesario que se dijera, entonces había que decirlo.

Emma se sentó a mi lado en el sofá. Se le levantó un poco la

pernera del pantalón dejando ver los huesos que formaban su tobillo. Tenía una taza de té caliente en las manos. Di un mordisco a una de las galletas y estaba más blanda de lo que esperaba, casi húmeda por dentro.

Ella estaba callada, pensando.

—No... —dijo al fin—. No creo que me gustara.

—Si tu marido fuera un pervertido, ¿no querrías saberlo? Ponte en la posición de Marnie. Si yo supiera que es un pervertido, ¿no querrías que te lo dijera?

—No te creería.

Me erguí y cayeron unas cuantas migas de la servilleta al sofá de Emma. Se inclinó para sacudirlas.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

—Porque no —respondió ella, y guardó silencio un momento—. Vamos, no seas tan ingenua. Si te hubiera dicho que Jonathan había intentado ligar conmigo, no me habrías creído ni por un instante.

—Habría escuchado lo que tenías que decir y luego...

—Y luego te habrías puesto de su parte. Ya sabes lo que dicen, y lo dicen todos siempre: nunca renuncies a tus amigas por un hombre, pero no importa, porque todas lo hacen. La amistad es una cosa, pero ¿un amor verdadero, un amor romántico? Eso está por encima de todo. Siempre lo ha estado y siempre lo estará. Puede que te guste pensar lo contrario, pero me habrías odiado.

—Es diferente. Jonathan era... Él jamás se...

—¡Ah! —me interrumpió—. Eso es lo que todas piensan. Por eso no puedes culparla por haberlo creído a él. —Suspiró—. No saben que lo piensan pero siempre está ahí, siempre que le sucede algo malo a alguien. Una vocecita dice: «Pero a mí no me pasaría».

Me reí y cayeron más migas de mi camiseta.

—Qué lujo.

Emma sonrió. Las dos sabíamos lo que era ser alguien a quien le sucedían cosas malas. No fue así durante la mayor parte de nuestra niñez, pero en nuestra adolescencia algo cambió. La relación de mi padre con su amante se hizo pública y nos convertimos en esa familia, esas chicas, las hijas de ese hombre. Emma cayó primero; se convirtió en esa chica, la chica delgada, la chica que no comía. Mi marido murió. Nuestro padre nos dejó. A mi madre le diagnosticaron su enfermedad. Quizá una vez que empiezas, una vez que te conviertes

en una de esas personas, ya nunca puedes dejar de serlo.

Emma y yo estábamos unidas por un pasado de miradas, secretos y susurros. Tal vez por eso ambas hemos elegido vivir vidas anónimas en una ciudad tan grande que nos engulle.

—¿Crees que me perdonará? —le pregunté.

—No lo sé.

—Creo que sí. Creo que puedo conseguirlo.

—¿Vas a grabar a Charles y a enviárselo a ella? —Emma sonrió con complicidad. Le encantaba esa historia.

—Dijiste que no volverías a mencionarlo —repliqué. Ella siempre estaba bromeando, tratando de aliviar la tensión que había dentro de mí—. Y no...

—Lo harías si pudieras. Te conozco. Sigue siendo tu estilo. Entrar a escondidas cuando todo está en silencio y meterte en un armario. «Detective Black. Encantado de conocerla.» Todas esas clases de artes marciales. ¿Tienes un mono negro de licra?

—Él es demasiado inteligente. No dirá nada incriminatorio.

—¡Mierda! —Emma se echó a reír—. Realmente lo has pensado.

—Sólo ahora, porque lo has mencionado. —Eso era tan típico de ella... Era idea suya, pero me la atribuía a mí.

—Tranquilízate. Estás esparciendo migas por todas partes.

—Pero crees que se solucionará, ¿no? —le pregunté.

—Es probable. Al final entrará en razón.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no va a durar mucho el matrimonio, ¿no?

—¿Qué te hace pensar eso?

Emma se rio.

—¡Tú! Todo lo que me has contado. Todas las cosas que él ha hecho. La arrogancia, el sentido de privilegio, la afectación pretenciosa, esas frases irritantes que son tan ofensivas y que él no ve en absoluto. Mi historia favorita es la del bar, cuando tuvo que pasar por el lado de esa mujer y, en lugar de disculparse como una persona normal, le puso las manos en las caderas para apartarla. ¿Recuerdas que me lo contaste? Y ella se volvió furiosa y le gritó en la cara: «¿Cómo se atreve?». Y a él le entró el pánico y la llamó estúpida, y ella lo mandó a la mierda. Tal vez deberías mandarlo más a menudo a la mierda.

—Claro. Seguro que Marnie me perdonará entonces.

—Bien visto. Y, de todos modos, si otras personas siguen mandándolo a la mierda, tarde o temprano pillará el mensaje. Relájate. Se arreglará por sí solo.

¿Qué te parece? ¿De parte de quién te habrías puesto tú? ¿De la mía o de la de Charles?

Voy a suponer que me habrías escogido a mí, y, con franqueza, sería una estupidez decir lo contrario, porque él ya está muerto.

Creo que si lo hubieras conocido, si hubieras tenido la oportunidad de formarte tu propia opinión, me habrías escuchado, me habrías dado la razón y habrías confiado en mí. Creo que él te habría parecido autoritario y vengativo. Nos habríamos sentado y habríamos hecho una lista de sus numerosas fechorías, y nos habríamos reído de ellas. Yo habría sido tu aliada.

Pero eso nunca ocurrirá. Porque nunca lo conocerás. Por eso es tan importante que escuches esta historia. La contaré sólo una vez y tiene que ser ahora.

Así es como murió.

Presta atención.

La cuarta mentira

16

Acabé de trabajar temprano el día que Charles murió. Lo recuerdo con mucha claridad, cada momento, desde el sonido del despertador por la mañana y el descubrimiento de que no había leche para los cereales, hasta que volví a casa a altas horas de la noche después de que todo hubiera ocurrido. Puedo rebobinar las imágenes como si fuera una película, y me gustaría decir que me mueven de algún modo hacia el arrepentimiento, el horror o la vergüenza, pero no es así. En muchos sentidos fue un día completamente normal.

¿Es cierto eso? Estoy haciendo un gran esfuerzo por ser sincera. Pero a veces es difícil saber lo que uno piensa realmente sobre algo. Por ejemplo, me pregunto si te estoy diciendo que fue un día poco interesante sólo porque preferiría no hablarte de él. De todos modos, no importa mucho; he prometido que te diría la verdad, y los hechos en sí son indiscutibles.

Como era de esperar, durante un par de semanas hubo tranquilidad en el trabajo. Los meses de verano habían sido lluviosos y encapotados, pero septiembre iba a ser soleado y cálido. Estábamos recibiendo un diez por ciento menos de llamadas que en el mismo período del año anterior. Supuse que la gente ya no se quedaba en casa y salía a los parques y a sentarse en los jardines de los pubs.

Era viernes y decidí irme temprano, treinta minutos antes de que se cerraran oficialmente las líneas telefónicas por el fin de semana. Sólo cogí el bolso y, con toda naturalidad, salí de la oficina. Me pregunté si alguien se daría cuenta, pero no creo que lo hicieran. De todos modos, tampoco me habría importado.

Las aceras estaban tranquilas. El éxodo de la tarde aún no había comenzado. Pensé en dirigirme a la estación de metro de siempre y tomar la línea que me llevaba a casa, pero decidí no hacerlo. Al fin y al cabo, era viernes, y los viernes iba a casa de Marnie y Charles.

Me dirigí a otra estación; tenía que andar más, pero así no necesitaría cambiar de línea a mitad de trayecto. Esperé sólo un par de

minutos y escogí un asiento cerca de la mitad del vagón, donde era menos probable que me molestaran los jubilados con sus bastones y las embarazadas con sus bombos. Delante tenía una pareja joven vestida de sport, él con pantalones de chándal y un jersey a juego, y ella con leggins y una sudadera con capucha azul marino. Tenían unos dieciséis años —me pregunté si no deberían estar en clase— y eran increíblemente guapos. Estaban enamoradísimos y no necesitaban a nadie más. La mano de él descansaba en el muslo de ella, más arriba de lo que dictaba el decoro, pero era más enternecedor que vulgar. Ella apoyaba la cabeza en el pecho de él; imagino que oía los latidos de su corazón. Él bajó la barbilla y apretó los labios en la frente de ella varias veces, sin llegar a besársela. Parecían completamente ajenos a que todos los mirábamos, deseando estar igual de ensimismados e inocentemente enamorados que ellos.

La joven pareja me tuvo tan absorta que hasta que se levantó y bajó no empecé a preguntarme cómo me recibirían Marnie y Charles. ¿Me dejarían entrar en el piso? ¿Abrirían siquiera la puerta? Yo solía acarrear un sinfín de preocupaciones como ésas. Todas parecen ahora totalmente insignificantes: el estado de mis uñas, los chismes perdidos en el politiqueo de la oficina, lo que mi madre había dicho o dejado de decir. Jonathan me había enseñado a lidiar con mi ansiedad dándole contexto: mis uñas no le importaban a nadie más que a mí, los peores rumores sólo podían dejarme sin trabajo, las palabras de mi madre estaban fuera de mi control. Traté de aplicar esa lógica a mi nueva preocupación, pero lejos de disminuir mi pánico, lo aumentó. Porque dentro de un contexto más amplio, no se trataba de si me abrían la puerta o no, o de si eran crueles conmigo. Se trataba de la trayectoria de una de las relaciones más importantes de mi vida. No podía dar un paso atrás como había hecho con mi madre y simplemente aceptar que ella estaba en un lugar terrible. No podía fingir que el peor desenlace sólo afectaría un pequeño rincón de mi vida. Porque hay muchos rincones que pueden vaciarse antes de que la habitación empiece a verse desnuda.

Marnie y yo llevábamos una semana sin hablar. Sé que no parece un período sustancial, pero para nosotras era algo insólito. En el instituto éramos inseparables: nos reíamos demasiado fuerte en el autobús, nos sentábamos en pupitres contiguos y almorzábamos juntas en el comedor. Y durante la universidad hablábamos todos los días,

porque pasaban muchas cosas y continuamente pensábamos: «A ella le hará gracia, o le parecerá interesante o verá que viene al caso». Incluso en la vida adulta, nos comunicábamos al menos una vez al día, no siempre por teléfono, a veces era un mensaje de texto, un correo electrónico o simplemente una fotografía, pero, al igual que los niños extienden un hilo de lana y un vaso de papel entre las ventanas de sus habitaciones, había un canal que siempre nos mantenía comunicadas.

No sabía cómo volver a empezar una conversación. Cada vez que lo pensaba me invadía el pánico. No quería reconocer que ella se había visto obligada a escoger y que no me había escogido a mí. No quería reconocer que, por primera vez, me había pedido que me fuera de su casa y que eso podía ser inamovible. Quería enviarle una fotografía de mi cena consistente en judías con tomate con tostadas, o de la puesta de sol sobre el mar, o del extraño rizo que me había salido ese día.

Pensé en bajarme del metro y volver a mi piso. Creo que en casa habría estado bien. Habría pedido algo de comida y visto una película. Pero no lo hice. Quería ver a Marnie. Lo necesitaba.

Pasaba de fingir que estaba completamente relajada (conocía esa estación de metro, la caminata, el edificio) a tener repentinas oleadas de miedo abyecto. Sabía, mejor dicho, estaba segura de que ella no sacrificaría por completo nuestra amistad. Aunque ahora me pregunto si realmente estaba tan segura como creía estarlo.

De haberlo estado, ¿habría hecho lo que hice?

—Buenas tardes, señorita —me saludó el portero cuando entré en el vestíbulo.

—Buenas noches, Jeremy —respondí sonriendo.

Él no se levantó ni se acercó a mí para informarme de que ya no se me permitía entrar en ese edificio o para exigirme que me fuera inmediatamente, así que sentí un comienzo de alivio mientras esperaba el ascensor.

Contaba con que Charles estuviera todavía en el trabajo para hablar con Marnie a solas y explicarle la situación tal como yo la veía. Sabía que podría hacérselo entender.

El ascensor estaba vacío, y me miré en las paredes de espejo mientras subía. Creo que siempre supe que Marnie estaba destinada a ese estilo de vida de suelos de parquet, arañas de luces, porteros y ascensores con espejos que siempre estaban limpios, sin una sola

huella dactilar o mancha.

Me acerqué a su puerta y toqué el timbre, pero no hubo respuesta. La bombilla del techo se había fundido y yo estaba envuelta en la sombra, un charco gris con una bruma dorada a cada lado procedente de las luces de las puertas vecinas. Era bastante hermoso, la oscuridad en medio de la luz, aunque también un poco inquietante. Me quedé allí de pie y esperé lo que me pareció un tiempo apropiado antes de tocar de nuevo el timbre, pulsándolo más rato esta vez.

No hubo respuesta.

Apreté la oreja contra la puerta y esperé unos segundos para ver si oía la voz de Marnie, la radio o la avalancha de coches que pasaban por debajo de su balcón. Sólo oí el roce de mi propia piel en la madera maciza de su puerta. Me aparté y miré a un lado y a otro. No había nadie, ni residentes ni visitantes, en ninguno de los pisos de ese tramo del pasillo.

Hurgué en mi bolso, sabiendo que todavía estaba allí. No la había usado en mucho tiempo, no la había necesitado, pero pensé que algún día podría serme útil y la guardé. Encontré la llave en el fondo del pequeño bolsillo cosido en el forro interior, el compartimento oculto donde guardaba analgésicos, tampones y el protector labial.

Me detuve de nuevo a escuchar y luego introduje la llave en la cerradura. Aparté la mano y miré alrededor una vez más por si había vecinos. Pero seguía estando sola.

Quiero que sepas que no pensaba hacer nada siniestro. Entonces no sabía qué iba a pasar; no tenía forma de saberlo. Supongo que no pensé con tanta antelación cuando recordé que tenía la llave y unos momentos después cuando la busqué.

Me gustaría decir que quería dejar unas flores o una bonita tarjeta. Mejor aún, que pensaba prepararles la cena, algo especial.

Pero todo eso serían mentiras, de esas que son tan atractivas que, como ya te he advertido, uno está tentado de creerlas.

Yo no tenía motivos para pensar que Charles estaría muerto menos de diez minutos después.

Entré con mi propia llave. Supongo que pensaba —y es importante que lo sepas, que comprendas mis intenciones— echar un vistazo abajo y luego en el piso de arriba, y que habría vuelto a salir para esperar en el pasillo a que uno de los dos llegara. No pensaba coger ni mover nada de sitio, ni quedarme más tiempo de la cuenta.

Desde luego, no tenía previsto matarlo.

Había pensado entrar en la cocina y mirar en la nevera. Entonces habría sabido si era bien recibida. Si había fresones en el cajón de las verduras, me estaban esperando. Y si ella tenía un helado sin abrir en el congelador, definitivamente estaba de mi parte. Sólo habría comprado el helado para mí. Entonces yo habría sabido que no era el fin, que nuestra amistad no se había desintegrado del todo, que ella no estaba dispuesta a dejarme ir.

Había fotografías de las dos en la repisa de la chimenea de la sala de estar, y una nueva de la boda en un marco plateado en un estante al pie de la escalera. Si hubieran desaparecido habría tenido motivos para preocuparme. También había objetos que yo le había regalado a lo largo de los años: un paraguas morado que siempre estaba apoyado en el armario de debajo de la escalera, una lámpara con pompones rosas junto al escritorio de ella y un reloj de cuco en el cuarto de baño del piso de abajo.

Supongo que esperaba encontrar pruebas de que se había producido algún cambio en su relación en los últimos siete días. Habría sido agradable, por ejemplo, ver que el armario de Charles estaba vacío, que la ropa, los zapatos y los trajes habían desaparecido, y ya no había revistas, puntos de libro ni lápices de memoria en su mesilla de noche.

Podía imaginarme a Marnie volviendo a casa. Yo, a esas alturas, estaría de nuevo en el pasillo, esperándola. Habría fingido que aún no lo sabía, que no tenía motivos para creer que me escogería a mí antes que a él. Y ella, embargada por el llanto, me habría confesado que nunca había funcionado, que él siempre había sido demasiado controlador y a veces un poco distante, y que menos mal que yo había tenido el valor de ser sincera con ella.

Pero no subí la escalera ni miré en el armario de Charles. No entré en la cocina ni abrí la nevera. Tampoco miré la repisa de la chimenea. Nunca llegué tan lejos.

17

Con el tiempo, habría artículos en los periódicos que sostendrían lo contrario. Insinuarían que yo había manipulado con mucho cuidado la situación, dando a entender que había cometido un asesinato perfecto. Pero eso no fue lo que pasó.

Abrí la puerta, sólo un poco, procurando hacer el menor ruido posible. Entré en el piso, no sin antes volverme para echar un último vistazo al pasillo. No quería que los vecinos me vieran y luego mencionaran con toda naturalidad, en el transcurso de las próximas semanas, a la joven que había aparecido y entrado con su llave. Afortunadamente, seguía estando desierto. Cerré la puerta a toda prisa y puse la cadena. Eso tal vez fue un poco calculado. Si ellos hubieran regresado, me habría apresurado a coger la regadera de debajo del lavabo y habría fingido que regaba las plantas. O tal vez habría corrido a la cocina para poner agua a hervir o habría empezado a doblar la ropa, a hacer algo útil y casi aceptable, para que no descubrieran que había hurgado en sus cajones.

Las luces del piso estaban apagadas. Esperé unos segundos a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. No lo vi inmediatamente. No me fijé en que estaba allí, al pie de la escalera.

Me pegué un susto y choqué de espaldas contra la puerta, clavándome el pomo en las costillas inferiores. Instintivamente, me incliné hacia delante y se me resbaló el bolso del hombro, y el cierre metálico golpeó el suelo. Vi cómo mis pertenencias rodaban por la madera haciendo ruido al caer: un pintalabios, el monedero, las llaves.

Me pregunté si estaba muerto. Sentí una extraña alegría teñida de emoción, como si no fuera lo peor que podía pasar en el mundo.

Cuando volví a levantar la vista, él tenía los ojos abiertos. Estaba tumbado boca arriba, pero tenía el tobillo izquierdo torcido y el hombro en un ángulo poco natural. Vi sangre seca en su sien y una pequeña mancha color burdeos en el suelo de madera. Iba con unos pantalones de pijama de franela de rayas azules y un jersey con el logo

de una universidad. Nunca lo había visto vestido de un modo tan informal.

Gimió.

Me sentí momentáneamente decepcionada de que no estuviera muerto. Y luego la decepción dio paso a la ira.

¡Típico de él! Una caída como ésa habría matado a cualquiera, pero no a Charles. Él era demasiado persistente, siempre estaba allí, nunca en otro lugar, una presencia ubicua.

Tosió.

—Jane —graznó. Carraspeó e hizo una mueca de dolor cuando el movimiento en el pecho envió vibraciones a través del hombro—. Oh, Jane. Menos mal.

Encendí la luz y él parpadeó un par de veces seguidas.

—Me he caído. No sé cuándo... Estaba... ¿Qué hora es? El hombro. Se me ha dislocado. Y... no podía levantarme. El tobillo. Creo que la espalda... Oh, estás aquí. Me alegro tanto de que estés aquí... Mi móvil. Una ambulancia.

Frunció el ceño. Estaba confundido. Quizá porque yo estaba inmóvil, con la espalda contra la puerta y el contenido de mi bolso amontonado a mis pies, y no estaba haciendo nada de lo que una persona normal habría hecho en esa situación.

Recuerdo que vi a Jonathan volar por los aires. El taxi se lo llevó por delante y el impulso lo arrojó hacia la acera, a unos metros de distancia. No pensé en cómo reaccionar; instintivamente, corrí hacia él y me desplomé a su lado, tocándolo, intentando contener la hemorragia, buscar las roturas, como si estuviera en mi mano salvarlo. Quería meterme en su cuerpo. Quería arreglarlo por dentro. Le gritaba todo tipo de tonterías, lo que uno ve en las películas, que se quedara conmigo, que mantuviera los ojos abiertos, que no se preocupara, que todo saldría bien si conseguía quedarse conmigo, quedarse conmigo.

Pero yo no estaba corriendo hacia Charles. No le hacía preguntas, una tras otra, sobre qué le pasaba, dónde se había hecho daño y qué podía hacer. No estaba recogiendo mi móvil del suelo ni cruzando la sala de estar para recoger el suyo, que estaba a unos metros de él.

Yo no estaba haciendo nada.

—Jane —dijo. Tenía la frente arrugada, los ojos muy abiertos y asustados, y sangraba de nuevo por donde había levantado ligeramente la cabeza del suelo, abriendo la herida.

—Charles.

—Jane, necesito ayuda. ¿Puedes llamar a alguien? Llama a una ambulancia. O sólo... pásame el móvil, ¿quieres? Está allí mismo. Tú sólo...

Debería haber llamado enseguida a una ambulancia. Lo sé ahora y lo supe en ese momento. Había un hombre tendido en el suelo, con los huesos dislocados, el cuerpo torcido y sangre en la frente, y estaba muy claro que necesitaba atención médica inmediata. Y sin embargo no hice nada. Fue instintivo. Era la misma reacción involuntaria que había tenido con Jonathan, pero en sentido contrario. Entonces, espontáneamente, lo había intentado todo. En esta ocasión no hice nada.

—Jane, por favor. Realmente necesito que...

—¿Qué pasó después de que me fuera? —lo interrumpí—. La semana pasada, cuando me marché, ¿qué pasó?

Suena extraño, lo sé, pero tiene sentido. Al fin y al cabo, era la razón por la que estaba allí. Por eso había entrado yo sola en el piso. Quería una respuesta. Quería entender lo que había sucedido. Necesitaba saber que las cosas iban a arreglarse, que Marnie y yo seguíamos siendo amigas y que todo iba a continuar con normalidad.

—Vamos, Jane. Necesito ayuda. —Hizo una mueca—. ¿Puedes...? Sólo tienes que pasarme el teléfono. Por favor.

Me acerqué al móvil y lo aparté de una patada. No sabía que iba a hacerlo hasta que ya lo había hecho. No era parte de un plan. Me sentía como un personaje en una película que se encuentra a su eterno rival en su momento más débil, y parecía que era lo correcto. Así que lo hice.

—Te he hecho una pregunta. ¿Puedes responderme, por favor?

—Nada —fue su respuesta—. No pasó nada. Jane. Vamos... Esto es una locura. Creo que he sufrido una conmoción. ¿Qué hora es? Jane. No sé cuánto tiempo llevo aquí. —Tosió, contrajo el cuerpo y apretó los dientes—. No paraba de despertarme y luego... Oh, por el amor de Dios, Jane. De acuerdo, te lo diré. Marnie estaba furiosa. No sabía qué pensar y sigue sin saberlo, y yo le he contado mi versión de la historia una y otra vez, pero ella sigue hablando de tus tonterías.

Sonreí. Me sentí un poco reivindicada. Había exagerado ligeramente lo que había sucedido entre nosotros y parecía que había hecho bien.

—Continúa.

—¡Eso es todo! —gritó y volvió a estremecerse—. No hay nada más. Ha estado enfadada y fría conmigo toda la semana, y no puedo decir que te esperáramos esta noche, aunque creo que me alegro de que estés aquí... Pero no lo sé. Estaba muy enfadada, joder. Con los dos. Pero ella no cree que pasara algo, porque no pasó, Jane, no pasó, y ella sigue sacando el tema, sí, pero creo que todo se arreglará entre vosotras dos. No obstante, si pudieras... Podemos hablar de esto en otro momento, te lo prometo. Hablaremos de esto. Pero, por favor...

Empezó a temblar. Me pregunté si podía estar en estado de *shock*. Realmente no sabía qué significaba eso, pero los paramédicos, los médicos y las enfermeras lo sugirieron cuando esperaba en el hospital a que declararan muerto a Jonathan.

Me agaché. El suelo de madera estaba frío bajo mis manos. El piso parecía diferente sin Marnie. Me había gustado la última vez: la falta de luz, el silencio inodoro. Me había gustado que estuviera hueco y vacío.

Pero Charles lo estaba arruinando todo. Con él, la oscuridad era sofocante. Sólo había una luz encendida sobre nosotros, una lámpara que proyectaba una luz cruda de un amarillo limón sucio. No había velas aromáticas encendidas y ninguna luz anaranjada iluminaba la habitación. No estaba vacío, pero Charles no bastaba para llenarlo.

—Nunca hemos estado tanto tiempo solos —dije—. Sin Marnie.

—Quizá podamos estarlo en otro momento.

—Quizá —respondí.

Podía ver que el dolor iba en aumento. Él intentaba no moverse, pero a veces se movía involuntariamente, cuando hablaba o se enfadaba, y entonces se le contraía la cara durante un par de segundos.

—¿Qué haces en casa tan temprano? —le pregunté.

—Realmente necesito que me ayudes. Por favor.

—¿No has ido a trabajar?

—Tenía migraña. Creo que por eso me he caído. Eso es todo, Jane.

—¿Las tienes a menudo? Las migrañas.

—A veces. Cada pocos meses. Ahora...

—Creo que yo nunca he tenido. —No se oían los coches abajo—. No has abierto las puertas del balcón.

—Estaba en la cama.

—¿No tenías la radio encendida?

—He estado durmiendo, Jane. Marnie se ha ido a la biblioteca para escribir una entrevista y yo me he quedado en la cama. Jane, no me encuentro nada bien. No sé por qué tú no...

—¿A qué hora estará de vuelta?

—Pronto, creo. ¿Qué hora es? No creo que tarde.

—No estoy segura de qué hora es. He llegado temprano.

—¿Por qué no la llamas? —sugirió él—. Pregúntaselo. Dile que estoy aquí y pregúntale cuándo regresará. Puede que esté en camino. Quieres verla, ¿no? Usa mi móvil. En mis favoritos. Llámala. Ahora mismo. Ponla en el altavoz para que yo también pueda oírla. Vamos, Jane. O llama con tu móvil. Está justo detrás de ti.

Me llevé un dedo a los labios y él se calló.

Necesitaba pensar.

Recuerdo que el pánico me borboteaba en el estómago, apenas latente, el comienzo de algo que sabía que debería estar sintiendo. Recuerdo que respiré hondo varias veces como me había recomendado la mujer policía en el hospital, tomando aire por la nariz durante seis segundos, reteniéndolo otros seis y soltándolo al cabo de seis más.

Debí de acallar la ansiedad bastante deprisa, porque no volví a sentirlo. Me arrastré por el suelo sólo un par de palmos, hasta que estuve lo bastante cerca de él para tocarlo. Me fijé en cómo le rebotaba la nuez de Adán en el cuello mientras farfullaba suplicante.

Empezó a gemir y pensé que se echaría a llorar.

Pero luego se puso furioso.

18

—Jane, esto es una locura. ¿Vas a ayudarme o no?

Me encogí de hombros. Todavía no lo sabía. No tenía previsto ayudarlo, pero tampoco no hacerlo.

—¿Vas a dejarme aquí tumbado sufriendo? O, peor aún, maldita sea, ¿vas a quedarte ahí sentada mirándome? ¿Todo porque crees que te manoseé? Bueno, pues hablemos de nuevo de ello.

No creo que yo asintiera. No creo que consintiera el aluvión de insultos que siguió.

—¿De verdad lo hice? ¿Te manoseé?

Podía ver que su vehemencia, su furia animada, le causaban dolor, pero no aminoró ni un segundo el ritmo.

—Bueno, pues deja que te diga algo. No te tocaría aunque fueras la última mujer del mundo. No se me ocurre nada peor. En realidad, la sola idea me hace sentir náuseas. —Se detuvo unos instantes y jadeó —. Podría ser por la maldita herida que me he hecho en la cabeza, pero parece que todavía no estamos haciendo nada al respecto, ¿verdad?

Hizo una mueca. Cerró los ojos y respiró hondo. Pensé que tal vez había terminado, pero no.

—¿Dije que te deseaba? Ni de coña. Pero qué enternecedor que pienses que alguien pueda hacerlo. Eso es bueno, ya lo creo que lo es. Tener esa seguridad en uno mismo. —Rugió de dolor y soltó el último aire de los pulmones en un breve estallido antes de continuar—: Bueno, deja que te diga algo más. Vas a necesitarla. Porque ¿quieres saber qué va a pasar? Voy a ir al hospital y mi mujer estará a mi lado. Y no estará nada contenta cuando se entere de esto. Tienes los días contados, Jane. Contados. —Hizo un ruidito agudo, pero no bastó para detenerlo—. Así que tranquila. Vamos a esperar a que pase esto. Porque los dos sabemos quién ganará, y no serás tú.

—Eso no es cierto. —Me notaba algo enfadada, pero sobre todo agitada. Quería que se callara.

—Bueno, esperemos y veamos. Porque sé lo que pasará, Jane. Ni siquiera se trata de ti. Se trata de mí. Éste es mi momento.

Alargué la mano hasta descansar los dedos en su cuello. Se apartó y gimió, una especie de gruñido agonizante, abrumado por el dolor. Tenía la mejilla muy hinchada, la piel estirada y brillante como un globo, y los ojos ennegrecidos e inyectados en sangre.

Lo intenté de nuevo y esta vez no se movió; se quedó totalmente inmóvil.

—Vamos, Jane. ¿Qué estás haciendo? Ya es suficiente. Por favor.

Hablaba entre dientes, manteniendo la cara deliberadamente estática para reducir al mínimo el dolor. Yo notaba cómo vibraba bajo mis dedos.

—¿Qué estás haciendo, Jane? Necesito ayuda. ¿Puedes simplemente...? —Volvió a hacer una mueca—. ¿Puedes quitarme la mano de encima? Quítala. Ahora mismo. Vamos.

Era una sensación maravillosa.

Cuando ahora miro atrás, no reconozco a la mujer sentada allí en el suelo, con los dedos en el cuello de un hombre herido. No reconozco su sonrisa. No reconozco sus ojos. Parece una persona completamente diferente.

Le acaricié el cuello con el índice y luego con toda la palma de la mano. Él guardó silencio y no hubo más movimiento. Noté la barba incipiente en el mentón, apenas una sombra en la cara, resultado de no afeitarse durante un día o dos. Él cerró los ojos. Yo veía cómo le subía y le bajaba el pecho, lo oía respirar sorbiendo aire y arrojándolo. Le pasé la palma de la mano por la mejilla.

Me pregunté si la palma de Marnie también había estado allí, en las mañanas que pasaban juntos en la cama o durante su primer beso. Le puse la otra en el otro lado de la cara y le sostuve la cabeza con firmeza. Le hundí los dedos en el cabello y noté la fina capa de grasa en las raíces.

—Por favor, Jane —susurró—. Ya es suficiente. Lo siento. No quería decir lo que he dicho. Sólo... Podemos olvidar todo esto. Te lo prometo.

—No puedo ayudarte. Lo siento, pero no puedo.

—Entonces vete —insistió él—. Vete sin más. Ya he tenido bastante. Vete.

Sentí una repentina oleada de ira. ¿Realmente me estaban

echando de ese piso por segunda semana consecutiva? No. No me iría. De ninguna manera. Porque yo tenía el control y era yo quien tomaba las decisiones. Nadie iba a decirme nunca más adónde ir, qué hacer o si se me permitía estar allí. Y menos aún Charles. Él había dicho lo que quería y ahora me tocaba a mí. Ése era mi momento.

Respiré hondo.

—No voy a irme, Charles —dije con mucha calma. No quería que supiera lo enfadada que estaba. No quería que sintiera más miedo del que ya sentía—. Quiero quedarme. Y me quedaré.

Creo que a esas alturas yo ya sabía lo que iba a hacer. No quería aliviar su miedo movida por un exceso de compasión o empatía. Quería que sintiera menos miedo para que el último estallido de terror fuera aún más intenso.

—De acuerdo —dijo—. Quédate, entonces. No puedo hacer nada para impedirlo.

—No. No puedes hacer nada en absoluto.

Él cerró los ojos.

Ése no fue mi mejor momento, no hace falta que te lo diga. Y no hay mucho que pueda decir en mi defensa. Simplemente disfruté viéndolo sufrir. Me gustó que su hombro estuviera dislocado, y que su brazo derecho estuviera completamente inservible y le doliera. Me gustó verle la frente ensangrentada, y la idea de que hubiera estado allí inconsciente durante horas, la idea de que hubiera sufrido una conmoción. Me gustó su tobillo roto, su mejilla hinchada y su ojo inyectado en sangre. Me gustó él mucho más de lo que me había gustado antes.

Le sostuve la cabeza con firmeza entre las manos, con las palmas en las sienes. Le brotaban lágrimas de las comisuras de los ojos.

Nunca has odiado a nadie como yo odiaba a Charles, así que sé que no puedes entender lo gratificante que fue ese momento para mí. Tenía esa sensación de vértigo, de embriagada y frenética felicidad. Era algo que nunca había esperado experimentar cerca de él.

Moví las manos un poco y él gimió.

—Lo siento —susurré.

—Jane —graznó él.

Me puse de rodillas, de modo que el peso de mi cuerpo cayera sobre él, y volví a poner las manos. Él lo sabía, creo. Lo supo en ese momento.

Respiré profundamente. Tomé aire durante seis segundos, lo retuve otros seis y lo solté al cabo de seis más. Miré hacia otro lado, hacia la escalera, la alfombra de color crema ribeteada de azul, y la barandilla de madera de caoba barnizada. Y, en un movimiento rápido, giré las manos y oí un fuerte crujido, y su cuello se fracturó debajo de mí.

Cuando bajé la mirada, él tenía los ojos cerrados y parecía tranquilo, con la mandíbula relajada y la frente sin arrugas; el dolor había cesado.

Había funcionado. No las había tenido todas conmigo.

19

Me volví y metí de nuevo el móvil, las llaves de casa y el resto de mis cosas en el bolso. Recogí la pequeña llave dorada, la que me había permitido entrar en ese piso cuando quería, y la dejé sin hacer ruido —no sé por qué era tan sigilosa; me pareció que era lo apropiado— en el pequeño bol que había en el vestíbulo, junto con otras muchas llaves.

Apagué la luz. Pasé mi jersey por el interruptor. Sabía que era muy probable que mis huellas dactilares ya estuvieran en todas partes en ese piso, pero me pareció que debía ser cautelosa. Quité la cadena y froté el metal con cuidado, pasando mi jersey por los eslabones. Abrí la puerta, limpié el pomo interior y salí.

De nuevo en la penumbra del rellano, oí el silencioso clic de la puerta al cerrarse. Y por fin solté el aire.

Di unos pasos por el pasillo, hacia la puerta de sus vecinos, y me senté en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared y las rodillas dobladas frente a mí. Allí había más luz; no parecía tan aterrador.

Saqué un libro del bolso y lo abrí sobre mis muslos. No leía, el punto del libro estaba varios capítulos más adelante, pero me reconfortaba fingir que hacía algo. Oía el suave tictac de las agujas de mi reloj al pasar los segundos. Marnie no me esperaba, así que tal vez se lo estaba tomando con calma, tal vez había ido a tomar algo con una amiga o a comprar para la cena de regreso a casa o había decidido caminar para disfrutar al máximo la luz del sol. No había forma de saberlo, así que me senté y esperé.

Aun así, era muy consciente de que el cuerpo de Charles estaba a un par de metros de distancia, que yacía muerto detrás de su puerta. Podía verlo justo como sabía que estaba, tendido con el tobillo y el cuello torcidos, completamente muerto. Me esforcé por desentrañar mis sentimientos. No sentía tristeza, en absoluto. Tampoco satisfacción. No sentía casi nada.

Me concentré en fingir que no sabía que él estaba allí. Me repetía

a mí misma que no había entrado en su piso, que no tenía llave, así que no podría haber entrado aunque hubiera querido, y que, por lo que yo sabía, él seguía tan permanentemente presente como siempre. Me convencí de cosas que sabía que eran falsas. No me había llegado ningún ruido del piso; llamé al timbre dos veces, pero no hubo respuesta y, que yo supiera, Marnie y Charles todavía estaban fuera, él en el trabajo y ella en otro lugar: el supermercado, la floristería, tal vez incluso la biblioteca. No había visto nada: tan sólo había estado allí sentada leyendo, sin saber nada.

No. No sonrías. Ya basta. Ahora mismo.

No es que no sepa por qué estás sonriendo. Pero si quieres que continúe con esta historia, tendrás que intentar ver las cosas desde mi perspectiva. Fue una decisión precipitada, apenas una decisión. Yo no elegí hacer lo que hice. Lo hice sin más. Así que no les des vueltas a cosas como el motivo y la intención, porque no hubo ni lo uno ni la otra. Fue instintivo.

Lo que deberías preguntarte, y si hubieras prestado la atención adecuada te lo estarías preguntando, es si en ese momento estaba arrepentida.

Bueno, todavía no voy a responder esa pregunta.

Si me lo hubieras preguntado, tal vez te habría dicho la verdad. Pero ya tienes demasiado trabajo juzgándome.

En fin. ¿Por dónde íbamos?

Me estaba absolviendo a mí misma, de una manera subconsciente, de toda responsabilidad, ensayando mi mentira y fingiendo que el incidente en sí nunca había sucedido.

Recorrí la página por la que estaba abierto mi libro, pasando los ojos por las líneas de tinta negra sin asimilar ninguna de las palabras y ninguno de los significados mientras saltaban entre párrafos. Pasé las páginas y estudié la forma de las letras: sus curvas, sus huesos, sus roturas. No sabría decirte cuánto tiempo estuve sentada allí, ocupando el tiempo con frases vacías y acariciando las líneas de texto.

Marnie apareció por fin al fondo del pasillo. Llevaba una gabardina abotonada hasta la barbilla y con la capucha puesta, y de las muñecas le colgaban bolsas de la compra. Buscaba en sus bolsillos —sacó un pañuelo y luego un billete de tren naranja— cuando levantó la vista y me vio.

—Oh, eres tú. —Se detuvo a unos metros de su puerta.

Me puse de pie, pero me quedé paralizada bajo el resplandor.

—¿Está lloviendo? —pregunté.

—Acaba de empezar. —Enterró el pañuelo y el billete en el bolsillo—. No te esperaba. ¿Hace mucho que estás aquí?

Negué con la cabeza y luego recordé que había saludado al portero hacía bastante rato.

—Una hora más o menos —respondí—. He acabado de trabajar temprano y tenía mi libro.

—¿Has venido... a cenar? ¿Contabas con cenar con nosotros?

Se acercó a su puerta y metió la mano en el bolso para sacar la llave del piso.

Yo había estado muy tranquila, con la respiración acompasada y el pulso lento. Pero noté que el corazón empezaba a latirme con fuerza y que tenía el labio superior cubierto de sudor.

Es importante señalar que no tenía miedo de que me detuvieran, o al menos no en ese momento. Lo contemplaba como una posibilidad, pero al mismo tiempo me sentía arrogante, convencida de que había hecho todo lo posible para hacerlo imposible. En cambio, temía la reacción de Marnie. Si soy sincera, estaba aterrada de lo que podía ocurrir a continuación.

—No necesito cenar —dije—. Pero... sólo quería hablar.

Todavía tenía el libro en la mano, y se balanceaba torpemente rebotando contra mi muslo.

Marnie suspiró.

—Me encanta ese libro —dijo—. ¿Has llegado a la parte en que...?

—¡No me lo cuentes! —grité, y fue un alivio hacer un ruido fuerte, expulsar parte del caos que ardía dentro de mí.

Marnie saltó hacia atrás, sorprendida.

—Caramba. Tranquilízate.

Respiré hondo: inhalar, retener, exhalar. Ése no era momento para perder la calma. Me reí y mi risa sonó extraña, poco sincera.

—Mira —continuó ella—, no estoy segura de si estoy preparada para hablar. Pero puedes entrar y podemos intentarlo. Charles no se encuentra bien y está acostado, lleva todo el día durmiendo y no quiero molestarlo. Tiene una de sus migrañas y lo peor son los ruidos fuertes, así que, si te pido que te vayas, te vas, ¿de acuerdo?

Asentí.

Marnie se volvió hacia la puerta e introdujo la llave en la cerradura. Oí cómo rascaba al insertarse en los huecos y las ranuras.

—Estoy contenta de verte. Me alegro de que hayas venido. Sólo que...

—No te preocupes. Lo entiendo. Es complicado.

—Sí —dijo, y me miró y sonrió—. Es exactamente eso. Complicado. —Abrió la puerta, sólo un par de dedos—. Y puedes cenar algo, claro que sí. Quiero que todo vuelva a ser como antes. Eres mi mejor amiga. —Sonrió—. Así que nos serviremos un poco de vino, prepararé un poco de pasta y podremos hablar.

—Estupendo —dije, y también sonreí, haciendo caso omiso del ácido que me ardía en el fondo de la garganta—. Gracias. Me alegro mucho de haber venido. Yo también quiero que todo vuelva a ser como antes.

Empujó la puerta otra vez y cerré los ojos.

¿Fue un acto cobarde? Los cerré con fuerza en cuanto me dio la espalda, de manera totalmente involuntaria, porque no tenía agallas. Estaba muerta de miedo por su reacción. Sabía exactamente lo que ella estaba a punto de experimentar: sé lo que es ver a tu marido muerto en el suelo delante de ti y sé lo que puede provocar ese tipo de conmoción. Sé cómo crece dentro de ti, sin cesar, hasta que no tienes más remedio que creerlo. Sé cómo se transforma en dolor, su naturaleza incesante e irreversible. Sabía que se le rompería el corazón.

—¿Charles? ¡Charles! —gritó.

Oí sus pasos precipitarse por la madera, el estrépito de las bolsas de la compra al caer, sus rodillas golpeando contra el suelo.

Abrí los ojos. La seguí y me detuve brevemente en la puerta.

Estaba sin duda alguna muerto. Su piel había cambiado, ya no era rosa y melocotón, sino amarillo grisáceo. Ella estaba inclinada sobre su cuerpo, zarandeándolo por los hombros. Si hubiera estado vivo, le habría causado un gran sufrimiento agarrándolo así con el hombro dislocado. Pero estaba muerto, por lo que supuse que ya no importaba.

—¿Qué demo...? —exclamé.

Vi un pasador debajo del radiador y lo reconocí como uno de los míos, así que vacié el bolso en el suelo, y mis cosas rodaron por todas partes, el libro aterrizando con un ruido sordo al lado del móvil. Cogí

el móvil y marqué el número de emergencias, y me lo llevé a la oreja.

—¡Una ambulancia! —grité en cuanto oí una voz al otro lado de la línea, antes de que tuvieran la oportunidad de decir algo—. ¡Necesito una ambulancia!

—¿Adónde, por favor?

Solté la dirección.

—Rápido —añadí cuando terminé—. Vengan rápido.

Marnie sollozaba, con la cabeza hundida en el pecho de Charles.

—¡Está muerto! —gritó—. ¡Jane! Está muerto.

—¡Creemos que está muerto! —le grité a la persona al otro lado de la línea, porque no tenía ni idea de qué más decir o qué hacer, y me estaba poniendo sinceramente histérica con los gritos de Marnie.

—¿Qué le hace pensar eso? Deme toda la información que pueda. La ambulancia está en camino.

—Marnie, ¿cómo sabes...? Tiene un color extraño, amarillo, y el cuerpo retorcido. Se ha caído por la escalera.

Marnie volvió a gritar y luego me miró, con los ojos desorbitados y desenfocados, y chilló:

—¡Diles que podemos reanimarlo! —Y se levantó por encima de él, le puso las manos en el centro del pecho y empezó a presionar.

—Estamos practicándole primeros auxilios —dije—. Hay un portero..., Jeremy..., él puede... Hay un ascensor..., tendrán que utilizar el ascensor.

—Están en camino. Estarán con ustedes muy pronto.

—Continúa, Marn —le dije—. ¿Estás...? Si te cansas, yo puedo... Yo también puedo hacerlo. —Estaba jadeando, y la adrenalina fluía por mi cuerpo, inundándolo.

—¿Respira? —preguntó la persona de la centralita—. ¿Puede decirme si respira?

—¿Si respira?... No, creo que no.

—Están en camino.

—¡Tienen que darse prisa! —grité, y realmente lo creía. Realmente quería que se dieran prisa, que condujeran rápido y llegaran de una vez, aunque sabía que ya no había nada que hacer, que ya era demasiado tarde.

—Estarán con ustedes muy pronto —dijo la voz al otro lado de la línea—. Continúen con lo que hacen. ¡Lo están haciendo muy bien!

Cuando oímos los aullidos de las sirenas, Marnie sollozaba,

sudando dentro de su gabardina, y yo estaba con el móvil todavía pegado a la oreja, oyendo palabras huecas y paseando por la habitación de manera frenética.

—Están aquí —le dije—. Son ellos. Ya casi han llegado.

Marnie dejó de hundir las manos en el pecho de Charles y se desplomó sobre él, llorando. Creo que ella ya sabía que estaba muerto. Lo sabía desde que el momento en que había abierto la puerta y lo había visto allí tirado, con el tobillo torcido, el hombro dislocado y el cuello roto.

Me agaché y le froté la espalda con pequeños movimientos circulares que esperaba que le transmitieran que estaba allí, que siempre estaría allí para lo que necesitara, hasta que finalmente oímos cómo el ascensor se detenía en ese piso y las puertas se abrían.

Me levanté de un salto y me asomé por la puerta.

—¡Estamos aquí! —grité—. ¡Por aquí!

Tres paramédicos corrieron hacia mí. Un hombre algo mayor y con sobrepeso, sin nada de cuello; un hombre más joven, más rápido y más en forma, que se plantó en un abrir y cerrar de ojos frente a mí, y una mujer joven, nerviosa, inexperta quizá, que se quedó atrás en silencio y no llegó a entrar en el piso.

—¿Pueden decirnos cómo se llama? —gritó el hombre más joven.

—Es mi marido —respondió Marnie, apartándose del cuerpo sin vida de Charles para que los paramédicos pudieran acceder a él—. Se llama Charles. Tiene treinta y tres años y sufre de migrañas.

Nos reímos de eso unas semanas más tarde. «Todavía no puedo creer que dijera eso —diría ella—. Que sufría de migrañas. Por Dios. Migrañas.»

Aquí tienes algo que uno aprende con los años, a medida que empieza a convivir con la muerte en sus múltiples formas y ésta se convierte en una parte permanente de su mundo. La muerte se suaviza en los meses y los años que siguen. Pierde sus bordes afilados; éstos ya no cortan tan profundamente ni te hacen sangrar de la misma manera. A veces te sorprendes riendo de algo que hace apenas unos días te hizo llorar. Pero los bordes blandos siguen siendo bordes, y se afilan inesperadamente, a raíz de un comentario poco meditado, un aniversario o el recuerdo archivado de un momento feliz. No hay lógica en el dolor, no hay un camino trillado que todos debemos seguir; simplemente existen los momentos en que es soportable y los

momentos en que no lo es.

La oí decir la palabra «migrañas» e incluso en esa situación vi el humor que encerraba. Sabía que se trataba de algo mucho más grave que una migraña, pero fue la palabra lo que me desmontó. Había visto cómo lo miraba, cómo intentaba desesperadamente reanimarlo mientras gritaba, y sólo sentí una extraña y vertiginosa excitación. Me habían pillado entre el pánico y la histeria, a sólo un segundo de doblarme en dos y reírme como aquella niña en la playa.

Pero esa palabra lo cambió todo.

De repente ya no se trataba de Charles. No se trataba de su cuerpo rígido tendido en el suelo. No se trataba de su comportamiento, de mi odio o de la tensión que había habido entre nosotras. No se trataba de que estuviera muerto o de su muerte. No se trataba de Charles en absoluto.

Se trataba de Marnie.

Yo le había hecho lo que el mundo me había hecho a mí.

Se supone que tenías que preguntarme si me arrepentía. Ésa fue la primera vez que sentí algún tipo de arrepentimiento.

La fruta de la bolsa de la compra había rodado por el pasillo en dirección a la cocina, el pollo, todavía envuelto en plástico, sudaba en el suelo de madera, y mi pasador brillaba bajo el radiador. Pero nada de eso importaba. En lo único que podía pensar era en Marnie. Los paramédicos trabajaban en mi visión periférica, haciendo algo que probablemente no servía para nada. Y todos sabíamos que pronto se levantarían, darían un paso atrás y carraspearían.

Marnie estaba acurrucada en el último peldaño de la escalera. La gabardina se le había caído de los hombros y le colgaba de la cintura, atada alrededor de los brazos. Ya no lloraba. Pero temblaba, tiritaba casi con violencia, como si dentro de ella hubiera algo que necesitaba salir. Tenía la mandíbula floja y los ojos hinchados y rojos, y seguía haciendo esos ruiditos horribles, como las pequeñas arcadas de un bebé que se ahoga. Se la veía pequeña, con las rodillas dobladas contra los hombros y los brazos alrededor.

Yo la había destrozado. En ese momento supe que la había destrozado.

Y no empieces ahora con tópicos absurdos. Esas personas, las que dicen que entienden algo cuando no lo hacen, son las peores. Y tú no eres una de ellas.

Entonces supe que todo era culpa mía. Yo la había llevado a esa situación. Con mis palabras, mis mentiras. Y ante ti no puedo negar que fui yo quien le giró la cabeza y le rompió el cuello.

Los remordimientos fueron inesperados. Y tal vez me habrían llevado a lamentar mis actos si no hubiera habido un germen de esperanza. A Marnie y a mí nos había separado el amor romántico. Esas grietas ahora estaban vacías, podrían rellenarse y repararse hasta que pareciera que nunca habían existido. Yo había propiciado esa situación. Me ponía triste el sufrimiento de Marnie y todo aquello por lo que iba a pasar. Pero no me sentía culpable. Tal vez sentía cierto remordimiento, pero sobre todo alivio.

Todo ha cambiado considerablemente desde ese día; lo sabes mejor que nadie. Calculo que debe de haber pasado un año. Tú haces que parezca mucho más tiempo.

Más tarde esa noche, después de la policía, el médico y la funeraria, volvimos a mi piso.

Mientras subíamos en el ascensor y salíamos al pasillo, fui muy consciente de que mi edificio no tenía nada de lujoso. En él no había ninguno de los símbolos del éxito: no había suelos pulidos ni paredes de espejo. Pero yo había conocido a esa mujer a los once años y a ella nunca le había impresionado la riqueza o el éxito entonces. Y sabía que seguía siendo la misma. Ésas eran las inclinaciones de su difunto marido; era a él a quien le gustaban el dinero, los lujos y el derroche. Pero ambas sabíamos, siempre habíamos sabido, que no eran más que fachadas; adornos que decoraban pero no cambiaban la esencia de nada.

Marnie nunca había pasado mucho tiempo en mi piso, y era agradable tenerla allí conmigo. Le ofrecí un pijama, mi favorito, y se dio un largo baño y le preparé una taza de té con leche y azúcar.

Me metí en la cama y la esperé, y la oí quitar el tapón y el gorgoteo del agua al bajar por las tuberías. Oí la puerta del cuarto de baño abrirse cuando ella salió al pasillo para coger el pijama del radiador. La luz estaba apagada, pero la oí entrar en mi habitación y acostarse a mi lado. El sol ya asomaba por el horizonte iluminando los bordes de mis estores.

No podía dormir sabiendo que ella estaba allí. Estaba colocada de

lado, de espaldas a mí y mirando la ventana, y su respiración era tranquila y acompasada. Tal vez estaba tan cansada que se había quedado dormida enseguida.

Yo estaba tumbada boca arriba con las manos cruzadas sobre el vientre y me sentía muy serena. Eso no era lo que había planeado —recuérdalo—, pero no estaba descontenta con el resultado.

—¿Jane? —Se le quebró la voz en la garganta.

No respondí.

—¿Oíste algo? —susurró hacia su almohada—. ¿Algún ruido?

Seguí sin responder.

—¿Jane? —repitió, un poco más fuerte esta vez.

—¿Qué? —dije lentamente, como si ya estuviera medio dormida.

—¿No lo oíste? ¿Lo oíste cuando se cayó? ¿O después? Estabas allí, ¿no? Tal vez hubo...

—No oí nada —respondí apoyándome en los codos y mirando hacia la oscuridad donde creía que ella estaba acostada.

—¿Nada de nada? —insistió—. ¿En todo ese tiempo, no oíste absolutamente nada?

—No —le contesté—. No sabía... No oí nada. Supongo que él...

—Estaba muerto —me interrumpió—. Sí, supongo que ya debía de haber muerto.

Ésa fue la cuarta mentira que le dije a Marnie.

No tuve más remedio. ¿Cómo iba a responder con sinceridad a eso? No podía. Lo supe entonces y lo sé ahora. Pero, por extraño que parezca, fue a raíz de mi negación, de mi autoproclamada inocencia, como reemprendimos nuestro camino.

La verdad habría sido mucho más perjudicial para ella.

Porque entonces no habría tenido a nadie.

20

La vida de una persona no acaba con su muerte. ¿No sería maravilloso que fuera así? Que uno muriera y los recuerdos en los que aparece se evaporaran de las mentes que los albergan, que desaparecieran en el éter. Que se borrara en este mismo instante de todas partes y de todo el mundo.

Yo no recordaría a Jonathan. No recordaría que lo quise o que me casé con él. No recordaría sus pecas, sus fuertes muslos o las venas que le recorrían el dorso de las manos. Sin duda es triste perder esos recuerdos, pero no sabría que los había perdido, por lo que no los echaría de menos. No tendría ningún disgusto.

No recordaría a Charles. No recordaría que lo odiaba o que lo maté. No recordaría su firme mandíbula, el estrecho puente de su nariz o los pellizcos que se daba en la barbilla cuando estaba pensando. No lo recordaría suplicándome que lo ayudara.

Marnie nunca lo habría conocido. Nunca se habría mudado a ese piso, nunca lo habría querido ni se habría casado con él. Habría desaparecido por completo.

Pero así no es como funciona el mundo. No hay borrones y cuenta nueva, no hay nuevos comienzos, no hay cortes limpios. Sólo hay las complicadas consecuencias de cada decisión que uno toma. Porque, y ésta es una de mis mayores frustraciones, la vida se mueve en una sola dirección. Cada decisión que uno toma queda grabada en piedra para siempre y no puede cambiarse. Todas son completamente irrevocables. Aunque se encuentre la manera de revocar una decisión específica, de deshacer esos hilos, siempre se habrá tomado esa decisión.

Elegiste tu primer trabajo. Nunca tendrás otro primer trabajo. Elegiste un piso en una parte de una ciudad y siempre habrás vivido en esa parte de esa ciudad, al margen de lo que venga después o de lo que elijas. No termina nunca. Las decisiones son siempre vinculantes. Eliges un compañero. Tal vez te casas con él. Puede que se convierta

en el padre de tus hijos. Él siempre será el padre de tus hijos, independientemente de cada decisión que tomes a partir de ese momento; hagas lo que hagas después, esa elección siempre se mantendrá.

Es angustioso. No puedo escapar a la asfixia incesante de mis propias decisiones. Me gustaría que la vida fuera como una telaraña, un laberinto de alternativas que se extienden desde un único punto central. Tendríamos todo tipo de opciones y ninguna sería irreversible, porque siempre habría otra ruta de regreso. En cambio, sólo hay una recta, sin más alternativa, un impulso implacable y una sola dirección.

Jonathan ha muerto. Charles ha muerto. Pero no nos han dejado en absoluto.

Cada vez que hago un crucigrama, pienso en Charles. Me pregunto qué diría, si sabría descifrar la última pista, si sabría la solución que a mí se me escapa. Cada vez que veo a un hombre con las uñas de los pies un poco demasiado largas, pienso en Charles. Pienso en sus pies feos y en su insistencia en ir con sandalias por su casa en verano. Cada vez que veo un nudo de corbata demasiado apretado, pienso en Charles. Cuando un hombre pide la carta de vinos y la examina con detenimiento, y se decanta inevitablemente por la opción más cara, pienso en Charles. Hay tantas facetas de su ser que siguen incrustadas en mi memoria que él nunca está tan lejos como me habría gustado.

A diferencia de Jonathan, que nunca está lo suficientemente cerca. No puedo ver el maratón de Londres. No soporto ver a los corredores con su brillante licra, los números sujetos al pecho, los auriculares, las bandas para el sudor en la frente y las zapatillas de deporte firmemente atadas. No soporto ver a los corredores solidarios con sus disfraces, sus artilugios disparatados, las sonrisas en sus caras y las carcajadas que provocan. Porque todo me hace pensar en Jonathan, y no en Jonathan tal como lo conocía y quería, sino en Jonathan cuando murió.

Hay cosas que también me recuerdan a él de una manera más positiva. Cuando veo pasar a grupos de hombres en bicicleta los fines de semana, saliendo de la ciudad para dirigirse a las afueras, subir y bajar montañas, cronometrar los kilómetros y pararse a tomar una jarra de cerveza con un sándwich en un pub rural. Eso era algo que a Jonathan le encantaba hacer. Pienso en él cada vez que estoy en la

estación de metro de Angel, porque allí era donde nos separábamos cada mañana, después de los *bagels* tostados y los plátanos del desayuno, la búsqueda frenética en el montón de zapatos del armario de debajo de la escalera y la carrera hasta el andén, porque siempre íbamos con unos minutos de retraso. Pienso en él cada vez que acabo un envase de zumo de naranja porque nunca lo agito antes de servirlo y el último vaso siempre está lleno de pulpa.

Eso es lo que significa haber estado vivo. Eso es lo que significa tener fantasmas.

Marnie y yo estamos atrapadas en el mismo proceso, conviviendo con la muerte, y nunca hemos vuelto a ser las que éramos.

¿Me compadeces?

¿Ves a una mujer marcada por la culpa?

Si es así, no deberías.

No me arrepiento de lo que he hecho; no me arrepiento de ninguna de mis decisiones. Sólo desearía que fueran más maleables, que pudiera ver mi vida con y sin ellas, todo al mismo tiempo. Me gustaría, por ejemplo, ver cómo sería esta vida con Jonathan y sin Charles. Cómo sería mi relación con Marnie en esas condiciones. ¿Hay un mundo en el que las mujeres tienen una amiga íntima y un marido? ¿O la una siempre está a expensas del otro? Me gustaría manipular mi cronología para encontrar la mejor versión posible de mi vida en lugar de existir dentro de lo que sólo puedo suponer que es la peor de todas.

Desearía que mi vida hubiera terminado cuando Jonathan murió. Pero no lo hizo, porque no es así como funciona el dolor. Uno queda atrapado en su vida mientras vive, aunque quiera que ésta desaparezca, a menos que esté dispuesto a quitársela. Y, como yo no lo estaba, no tuve más remedio que vivir sin Jonathan.

Y ahora Marnie no tenía más remedio que vivir sin Charles.

Todo esto es simplemente para decir que la historia continuó. Espero que no te importe que siga contándotela; a fin de cuentas, tenemos tiempo. Y no querrás quedarte aquí a solas.

Lo importante que hay que señalar es que en los días posteriores a esa muerte supe que había tomado una decisión irreversible. Y estuve contenta de vivir con las consecuencias. De vez en cuando me ponía triste, sí, cuando veía los párpados hinchados de Marnie, sus labios agrietados, la congoja reflejada en la cara. Pero no me sentía

culpable. De hecho, estaba bastante optimista. Pensé que había encontrado una manera de fabricar una telaraña. Y me sentía un poco más segura, un poco más estable también.

Me estoy yendo por las ramas.

Lo que necesitas saber es lo siguiente: quería que volviera a ser mi mejor amiga. Y lo conseguí.

Pero sólo durante un tiempo.

La quinta mentira

21

Al funeral asistió mucha gente. Los colegas del trabajo de Charles —en su mayoría, hombres de mentón cincelado y traje elegante y oscuro— llevaron a sus esposas, todas guapas y rubias con ceñidos vestidos negros y zapatos de charol de tacón de aguja. Los acompañaba la secretaria de Charles, Debbie, la única mujer en el grupo que pesaba más de cincuenta y cinco kilos, y medía menos de metro sesenta y cinco. Yo la había visto una vez; un par de años antes había pasado un viernes por la noche por el piso para dejar unos papeles.

Los amigos del colegio y la universidad de Charles llegaron al mismo tiempo, con gafas de sol y estrechas corbatas negras. Se quedaron a las puertas de la iglesia apurando sus cigarrillos, que apagaron en las barandillas y aplastaron en las losas de piedra con el pie. A dos los acompañaban sus hijos, retacos con pantalones negros y camisa blanca, y tres de ellos jugaron y se rieron de manera poco apropiada. Me pregunté si Charles, en su ataúd, también llevaba una corbata apretada alrededor de su cuello torcido.

La hermana de Charles, Louise, había regresado de Nueva York. Su marido se había quedado en casa cuidando, por primera vez sin ayuda, de sus gemelos y de su hija mayor. Louise pasaba del pánico por cómo estarían —¿les habría dado de comer, lavado y cambiado?— a un afán por demostrar que ella era la que más sufría, mucho más que nadie. Lo más probable es que no fuera el caso. Sin embargo, estaba ofreciendo galantemente una extraña y exagerada interpretación de su dolor. Parecía tener un suministro interminable de pañuelos desechables, y a cada rato se permitía retocarse el rímel entre hipidos y lágrimas. La madre de Charles tenía previsto asistir, comentó Louise. Había estado un poco mejor, hasta que de repente dejó de estarlo y se sintió demasiado frágil y débil para hacer aquel largo viaje. Los padres de Marnie estaban allí. Habíamos esperado que su hermano también estuviera presente, pero el trabajo era demasiado caótico para escapar con tan poca antelación y los vuelos desde Nueva

Zelanda eran muy caros. Prometió venir pronto, cuando las cosas estuvieran más tranquilas.

A Marnie no pareció importarle. Había estado callada durante días después del funeral, deslizándose entre mi habitación, la cocina y el cuarto de baño, y sentándose de vez en cuando en el sofá como una estatua frente a vídeos que ya habíamos visto cuando se emitieron por primera vez hacía muchos años. Había llorado muy poco, pero se había despertado varias veces en medio de la noche, se sentaba erguida y gritaba, y luego se disculpaba y volvía a tumbarse. Todavía estaba en el ojo del huracán, y la realidad de su situación giraba a su alrededor en una espiral con ella atrapada en el centro, esperando a que la azotara y la escupiera.

Durante esas primeras semanas abandonó por completo internet, silenciando sus notificaciones e ignorando cualquier mensaje que se filtrara. Los dos primeros días había intentado responder a todos —los desconsolados, los preocupados y los recelosos— y había sido demasiado. Eran demasiadas voces y no había suficiente tiempo. Al final desconectó no sólo de su trabajo y del mundo que existía dentro de su móvil, sino del mundo más grande que nos rodeaba. Se limitó a sentarse a mirar, como esperando instrucciones. No salió del piso en quince días; su primera salida fue para asistir al funeral.

A la mayoría de los invitados los reconocí de la boda, pero algunos no me sonaban. Me llamó la atención una mujer, probablemente de mi edad, vestida con pantalones oscuros, botas de tacón y un elegante jersey azul marino. Era alta y delgada como un maniquí, y permanecía tan inmóvil que era casi invisible. Llevaba el pelo muy corto, negro azulado, y sus ojos verdes eran de lo más penetrantes. Tenía los dedos llenos de anillos de plata y en la parte superior de la columna vertebral lucía un tatuaje, un pequeño símbolo que recordaba una nota musical. Parecía estar allí sola. Estuvo de pie al fondo durante la ceremonia y en el entierro y, de nuevo, en la recepción que siguió. Un bolso de cuero negro le colgaba de una correa cruzada al hombro, y me fijé en que sacaba un pequeño cuaderno rojo y garabateaba algo en él al menos dos veces.

—¿Sabes quién es? —le pregunté a Marnie, señalando a la mujer mientras volvía al vestíbulo.

La recepción tenía lugar en una pequeña sala de grandes ventanales con vistas al río en lo que parecía más un centro de

conferencias que un club privado.

Marnie negó con la cabeza.

Estaba presente sólo en cuerpo, balanceándose ligeramente sobre sus tacones altos, con los ojos empañados por las lágrimas. Tenía la mente atrapada en otra parte: en los momentos en que se había inclinado sobre el cadáver de su marido, minutos que se habían alargado interminablemente mientras fingía que todavía había esperanza. Era como una niña asustada, con los miembros temblorosos, los labios fruncidos y las mejillas húmedas.

Recuerdo el funeral de mi marido como a través de un objetivo de ojo de pez. Las imágenes están distorsionadas en mi mente, curvadas como un globo, inquietantemente bulbosas. Puedo ver a los dolientes entrando y saliendo de mi campo de visión —la cabeza gacha, una sonrisa forzada, los ojos vidriosos—, demasiado cerca de mi cara, su aliento caliente, todos estrechándome la mano y los hombros. Me pregunto qué veían cuando me miraban. ¿Se me veía tan frágil, tan aturdida y distraída?

Marnie y yo nos sentamos juntas, y pasamos la tarde viendo a los amigos del colegio de Charles abrir las puertas del patio para salir a fumar, a sus amigos de la universidad pedir una ronda de chupitos en su honor, y a Louise llorar compulsivamente, con la cabeza hundida en el hombro de algún pariente lejano. Yo había intentado mostrarme sociable, retomando conversaciones con personas a quienes había conocido poco antes ese año, ofreciendo pésames y compartiendo recuerdos, pero me pareció que todos preferían hablar con otra persona. Tuve la sensación —siempre la he tenido— de ser alguien a quien se le dice: «Ha sido un placer, pero tengo que ir a buscar a mi amigo» o «Me ha encantado volver a hablar contigo, pero voy a acercarme a la barra para pedir otra copa», o «Acabo de ver a Rebecca. ¿Me disculpas?». Así que me sentí aliviada cuando Marnie me agarró del brazo y se levantó, me llevó a la entrada y me rogó que la acompañara a casa.

Estuvimos calladas en el taxi. El sol se ponía a nuestra espalda, más temprano ahora que se acercaba el otoño, y en el naranja reflejado en los retrovisores laterales había algo que parecía profundo. Era como una escena de despedida en una película, y me sentía tranquila, como si el mundo agradeciera mi intervención.

Llegamos a mi piso y Marnie se quitó el vestido para ponerse mi

pijama favorito.

—No lo sabía —dijo volviendo y sentándose en un taburete frente a la barra de desayuno—. No sabía que era tan duro. No sabía lo duro que era cuando tú pasaste por esto.

—Hiciste todo lo que pudiste —le dije, echando el agua hirviendo en dos tazas—. Y de todos modos...

—No es cierto. Gracias por decirlo, pero las dos sabemos que no es cierto.

Dejé una taza de té con leche en la encimera frente a ella.

—Toma. Te sentará bien.

Marnie asintió y rodeó la caliente taza de loza con las manos.

Antes de que Jonathan muriera, me preguntaba si la persona que sufre una gran pérdida se vuelve por fuerza más compasiva. Ahora que he experimentado mi propia gran tragedia, estoy bastante segura de que la respuesta, si cabe, es absolutamente sí y definitivamente no. Tengo una mayor capacidad de compasión, pero soy menos empática. Entendí casi de manera íntima el peso del dolor de Marnie, pero sentí muy poca empatía hacia Louise, con sus pucheros, su histeria y su tontería en general.

Y supongo que mi empatía hacia Marnie también disminuyó un poco cuando comparé nuestras respectivas pérdidas. Sabía que su dolor era genuino, angustioso y devastador. Pero una cosa es perder a un marido sensible, amable y amoroso, y otra muy distinta perder a alguien que nunca fue lo bastante bueno.

22

Quiero hablarte de las semanas que siguieron a la muerte de mi marido. Fueron sin duda las peores de mi vida, y las palabras resultan dolorosamente insuficientes. No hay lenguaje para describir los temblores que te sacuden después de una gran pérdida. Está la muerte en sí, que se encuentra en todas partes, a todas horas, en cada recuerdo y en cada momento que te gustaría compartir con la persona fallecida. Pero eso es sólo un pilar de dolor. En conjunto, es mucho más que perder a una persona; es la pérdida de una vida.

En esos primeros meses, lloré de una manera brutal y despiadada por momentos que no habían sucedido, por cosas que ahora nunca sucederían. Si por encima de un hombro estaban mis recuerdos del pasado —cómo nos conocimos, nuestra boda, la luna de miel—, por encima del otro estaban los que aún no habíamos vivido, lo que habíamos esperado vivir juntos: los hijos que tendríamos, las casas en las que viviríamos y los lugares a los que viajaríamos. Yo estaba atrapada entre un pasado que parecía demasiado lleno de sentimiento y un futuro totalmente desprovisto de él.

Estaba inquieta con la magnitud de todo ello, incapaz de posicionarme dentro de mi propia vida, luchando por descubrir algún tipo de silencio dentro de mi mente. No podía sentarme para recordarlo y llorarlo. No podía concentrarme en ningún momento porque había demasiadas cosas que parecían insuperables. Yo era inconstante e imprevisible, y si ahora me cuesta contarlo fielmente es porque apenas estaba allí.

Pero esas pocas semanas son importantes. De algún modo, fue entonces cuando empezó todo.

La noche de su muerte fui al piso de Vauxhall. Encontré cosas que no eran mías en mi antigua habitación: ropa doblada en la silla de la esquina, vaqueros que pertenecían claramente a un hombre y tres

camisas colgadas en perchas. En lugar de quedarme en ella, me metí en la cama de Marnie.

Probé la sal en mis labios cuarteados. Tenía la garganta seca, me palpitaba el cerebro dentro del cráneo, las cuencas de los ojos me latían, vibraban y se sacudían contra mis pómulos. Me notaba la cara hinchada, la piel demasiado tensa. Me quedé mirando el techo, los patrones que proyectaban las farolas de la calle a través de los estores, y me insté a vaciarme, a tener la mente en blanco y el cuerpo inmóvil. Traté de imaginarme en otro lugar, pero no había ningún lugar adonde ir, ningún lugar en el que él no estuviera.

Me despertaron unas voces en el pasillo, luego oí la llave en la cerradura, risas y pasos sobre el suelo de plástico imitación de madera. Reconocí la risa de Marnie de inmediato, pero la otra voz pertenecía a un hombre: era un tono más grave, y resonaba y vibraba dentro de un torso más amplio.

Entraron en la cocina. Podía oír el murmullo constante de su conversación. Luego la puerta principal se abrió y se cerró de nuevo, y se encendió la radio. Entré en la cocina y vi a Marnie inclinada sobre una caja de cartón, embalando copas de champán con plástico de burbujas.

—¡Qué rapidez! —exclamó poniéndose de pie y volviéndose—. Oh, ¿qué haces aquí? ¿Pasa algo? Eh, ¿qué tienes? ¿Qué ha sucedido?

Charles regresó al piso media hora después.

—¡Traigo más cajas! —gritó desde el pasillo—. Otras seis. ¿Crees que será suficiente? Podría haber conseguido más, pero no estaba seguro y quería saber si... —Se detuvo en la puerta y se limitó a decir —: Oh.

Marnie y yo estábamos abrazadas en el sofá. Era imposible decir dónde terminaba una y empezaba la otra. Yo tenía la cabeza apoyada en su pecho, ella me rodeaba la espalda con el brazo y nuestras piernas estaban entrelazadas como tentáculos.

Ésa fue la primera vez que lo vi. Era inteligente, alto y guapo. Tenía los hombros anchos y llevaba una camisa de finas rayas rosas y blancas, bien planchada, metida dentro de los vaqueros. El botón superior estaba desabrochado, dejando ver el vello del pecho que le llegaba hasta la base del cuello. Tenía la mandíbula firme, la nariz estrecha, las cejas casi negras, y el pelo castaño muy oscuro y salpicado a los lados de mechones grises.

—Un momento —me susurró Marnie antes de levantarse.

Me llegó un murmullo del pasillo, luego la puerta principal se abrió y se cerró de nuevo y ella regresó.

Tardé un tiempo en volver a verlo; no recuerdo haber salido a la calle durante varias semanas. Pero Marnie insistía en que no me pasara todo el día acostada en las mismas sábanas sucias sudando, llorando y torturándome a mí misma, por lo que al final empezó a encargarme recados pequeños. Necesitaba mantequilla para hacer un bizcocho, más leche para sus cereales, una libreta, por favor, de la tienda de la esquina del final de la calle.

Al volver del supermercado, quizá un mes después, lo encontré en la puerta, a punto de salir. Llevaba un traje con una corbata de seda morada.

—Buenas tardes —dijo manteniendo abierta la puerta—. Tú debes de ser Jane. Bueno, tengo que irme. Encantado de conocerte. Y siento..., ya sabes, todo.

Me rodeó y desapareció por el pasillo.

Entré segundos antes de que la puerta se cerrara de golpe.

Después de eso empezó a aparecer con más regularidad por las tardes de lunes a viernes, sólo para dejar un paquete que le habían entregado o para recoger algo. Había cosas suyas en todas partes: montones de jerséis, hileras de zapatos y relojes de pulsera alineados en el alféizar de la ventana. A veces se quedaba a pasar la noche. Creo que ella había mencionado un par de meses antes, cuando aún vivía en Islington, que estaba saliendo con alguien. Pero por aquel entonces siempre estaba saliendo con alguien, y me enviaba mensajes sobre hombres de los que se enamoraba a primera vista y por los que enseguida perdía el interés.

No obstante, él no tardó en estar más tiempo con nosotras que en su casa, y una noche los oí discutir a gritos susurrados, porque tenían un piso nuevo, maldita sea, dijo, y que cuando ella sugirió que compraran algo juntos, él no se había imaginado viviendo solo en él y que cuánto tiempo iba a prolongarse esa situación realmente, cuál era el plan.

Ésa fue la primera vez que sentí algo más que simple indiferencia hacia Charles.

Hasta ese momento apenas había registrado su presencia. Lo había visto en el piso, por supuesto, pero estaba tan ensimismada en

mi dolor que no me daba cuenta de nada más.

Sin embargo, ese momento cambió las cosas; lo cambió todo. Encendió un fuego dentro de mí. De repente sentía un odio que sobrepasaba mi dolor. La ira era algo nuevo y emocionante: me sentía poderosa, cargada de una energía que no había tenido durante semanas. No podía creer que un hombre —y adulto además— pudiera ser tan increíblemente insensible. No podía creer que antepusiera su modo de vida a mi dolor, a mi marido muerto. No podía creer que yo hubiera vivido tantas semanas en la periferia de un hombre tan horrible y desesperado y no me hubiera dado ni cuenta.

Creí saber lo que iba a pasar. Marnie le diría todas las cosas que yo estaba pensando: que era un egoísta y un egocéntrico, y que a menos que cambiara de actitud, no vivirían nunca juntos, muchas gracias, y que cómo podía pedirle en serio que le diera prioridad a él cuando ella y yo habíamos sido amigas durante años —años—, ¿no se daba cuenta de lo imposible que era lo que le pedía?

Nos imaginé a las dos riéndonos de eso más tarde. Mi furia se habría aplacado enseguida, pero la tormenta habría reavivado algo dentro de mí. Habría sido alentador y estimulante experimentar algo más que agotamiento, tristeza y pánico.

Sólo que no fue así como se desarrolló la conversación. La oí murmurar, no gritar, y menos aún enfadada. Silenciosa, pero no del todo.

—Lo sé —respondió—. Lo sé. Yo también quiero vivir contigo. Sabes que quiero. Esto tampoco es lo que yo había planeado.

La noche siguiente, Marnie me preparó la cena. Me explicó que la noche en que murió mi marido, ella había estado ayudando a su nuevo novio a mudarse de piso. Y a la mañana siguiente habían empezado a vaciar el suyo. Admitió que no llevaban mucho tiempo juntos, pero había visto lo felices que éramos Jonathan y yo, y eso sí que había sido rápido, ¿no? Habían hecho una oferta por una casa en el otro extremo de la ciudad. Sólo habían pasado unos meses, pero cuando lo sabes, lo sabes; eso es lo que dijo. Y fue algo impulsivo; vieron el piso por fuera al pasar andando por delante y el agente inmobiliario estaba allí, acababa de enseñar el edificio a otra pareja, así que entraron y no podían creer que hubieran aceptado su oferta, porque era baja, demasiado baja, de hecho, pero después de eso todo sucedió muy deprisa. Había planeado llamarme para compartir la

buena noticia. Había querido invitarnos a cenar para que fuéramos sus primeros invitados. Era un piso encantador. O al menos lo sería con el tiempo. Me gustaría, dijo.

Las cosas se habían pospuesto, claro que sí, ella no habría querido que fuera de otra manera, después de todo lo que había sucedido. Pero era el momento de empezar a pensar en los próximos pasos para las dos. Ella estaba haciendo un gran esfuerzo para pagar el alquiler de ese piso y su parte de la hipoteca del nuevo, y, de todos modos, era normal que estuviera pensando en mudarse allí; había mucho por hacer y todo estaba parado. ¿Tal vez me interesaba hacerme cargo del contrato de alquiler de ese piso? Pero, si no, no había ningún problema, ella me ayudaría a encontrar otro si eso era lo que quería.

Supongo que yo sabía que algún día se enamoraría y querría dejar el piso. Aun así, me llevé una gran sorpresa. No había imaginado que sucedería tan pronto. Y menos aún de ese modo.

Me fui esa tarde del piso y me instalé en el de Emma. Pero su mundo era demasiado raro para mí: la nevera vacía, las reglas extrañas. De modo que me alquilé un piso para mí sola: era la primera vez que lo hacía. El edificio había sido construido una década antes, y cada piso era un cubo perfecto: el dormitorio, el cuarto de baño y la sala de estar encajaban como en un Tetris. Al anterior ocupante se le había permitido pintar las paredes: azul oscuro en el dormitorio, naranja en el cuarto de baño y una pared amarilla detrás del sofá. El piso estaba bien situado, tenía un precio asequible y era totalmente inocuo. Pero yo odiaba estar allí. Quería estar con Marnie. De modo que maldecía constantemente a Charles. Lo culpaba de todo, de mi soledad, de mi tristeza y mi sufrimiento, en parte porque podía y en parte porque, entonces como ahora, pensaba que era de verdad culpable de un gran delito.

Si hubiera sabido lo que sé ahora, que muy pronto volvería a vivir sin él, ¿lo habría odiado tanto? ¿Me habría reconfortado saber que al final la balanza se equilibraría?

Podría haber encontrado cosas que agradecerle. Supongo que me obligó a adaptarme a la nueva situación. Llevaba casi dos meses sin trabajar y su egoísmo me empujó a encontrar las fuerzas que creía haber perdido. Yo no había pasado una noche sola en años, la mayor parte de mi vida, de hecho, y aun así él tomó a mi compañera y me

obligó a irme. Mis paladines, mis animadores y mis consejeros habían desaparecido. No había nadie que cuidara de mí, nadie que me quisiera profunda e incondicionalmente, nadie para quien yo fuera primordial. No sin Jonathan. Y, desde luego, no sin Marnie.

23

Más tarde averiguaría que la misteriosa mujer del funeral se llamaba Valerie Sands. Tenía treinta y dos años, estaba divorciada y era periodista. Llevaba una década trabajando para el periódico local mientras administraba su propia página web, a menudo difamatoria, y estaba resuelta a encontrar una noticia de verdad, algo potente y real... que lograra cambiar su reputación.

AMANTES LESBIANAS MATAN A SUS MARIDOS

Ése fue el titular que escogió. En letras mayúsculas de color rojo oscuro, como sangre tintada sobre el fondo blanco de su web. Nosotras no nos enteramos de que iba a publicarse en internet y de que ella incluso nos estaba investigando, hasta que sucedió. Descubrimos el artículo dos semanas después del funeral, cuando por fin parecía que Marnie podría volver a estar «bien» algún día. Las cosas se habían ido calmando; el peso del dolor se repartía, es cierto, pero también disminuía, como el jarabe diluido, y nos habíamos reído un par de veces. Yo había pasado de la calma absoluta, porque no había forma de probar que estuviera involucrada, al pánico palpitante, porque ¿y si la había? Pero las primeras semanas dieron paso a la del funeral, y en el transcurso de las que siguieron me sentí más serena en general, el pánico sólo afloró de forma intermitente.

No había habido muchas preguntas, sólo unas pocas al principio, pero ninguna significativa, y todos aceptaron como verdadera la versión más obvia de lo sucedido. Charles había tenido migraña y, mareado y confundido, se cayó por la escalera, se rompió el cuello al aterrizar y murió casi en el acto. Y, en efecto, Charles tenía migraña esa mañana; Marnie lo había confirmado en presencia de los paramédicos. Y las migrañas de Charles a menudo se caracterizaban por el aturdimiento, la visión borrosa y en ocasiones el vértigo.

Las preguntas que se hacían todos —sus amigos y familiares, sus

conocidos y los que no nos conocían en absoluto, pero estaban en estado de *shock*— eran cuestiones de credulidad antes que de hechos. ¿Cómo podía un hombre joven morir de una caída de manera tan violenta? ¿Qué sintió al caer? ¿Qué posibilidades había tenido? ¿No había otras muchas formas en que podría haber tropezado y caído, y de las que podría haber sobrevivido?

Pero yo sabía que las preguntas acerca de los hechos eran inevitables, y las respuestas iniciales que llegaron con la autopsia afortunadamente respaldaron todas las teorías. La autopsia reveló que él casi no había ingerido nada ese día; un poco de café y unas pastillas, en cantidades ligeramente superiores a las prescritas para sus recurrentes migrañas vertiginosas. Saltaba a la vista que había sufrido heridas importantes (el tobillo roto, el hombro dislocado), pero fue la fractura en la nuca lo que resultó fatal. También estaba muy magullado y resultó que tenía el pómulo fracturado, supuestamente de un golpe al caer. Pero no encontraron nada sospechoso, así que lo cosieron y lo llevaron a la funeraria, y todos llegaron a la conclusión de que había sido un accidente muy triste y desafortunado.

En todo caso, se apaciguaron mis temores. No estaba pensando en la policía, la cárcel o la verdad. Porque ninguna de las autoridades, ni los paramédicos ni el forense tenían mucha imaginación. ¿No es curioso? Quiero decir que no iba a ser yo quien les llevara la contraria. Pero hasta después del funeral y de ese artículo, no volví a sentir el miedo bullendo dentro de mí. Porque allí había alguien que parecía resuelto a interrogar sobre los hechos, que hacía preguntas y veía aparecer algo más oscuro en el relato de esa muerte.

Valerie había estado buscando una historia que cambiara su trayectoria profesional. Imagino que al principio le gustaba escribir para el periódico local, pero llevaba trabajando allí demasiado tiempo, una década, y siempre le asignaban eventos insignificantes de la comunidad: exposiciones caninas, ventas de bizcochos con fines benéficos y, de vez en cuando, encargos de localizar a famosos en restaurantes de lujo con listas de espera. Supongo que ella quería algo más. Debió de quedarse encantada cuando su historia entró por la puerta una noche y se sentó a su lado en el sofá.

Valerie llevaba tres años viviendo con su compañera de cuarto, Sophie. Había dejado a su marido en una estación de tren después de años no exactamente de infelicidad, sino de simple vacío. Había

encontrado una habitación para alquilar y las dos mujeres enseguida se habían hecho amigas. Sophie estaba estudiando para ser paramédica y a Valerie le encantaba que le contaran historias de vida, muerte y sangre: los momentos más extremos de la vida humana.

Sophie debió de comentar que había pasado el día trabajando con dos hombres, uno mayor y con sobrepeso y otro más joven. Había habido un accidente en un elegante bloque de pisos —imagino que así es como ella lo describió, pues es lo que habría dicho yo—, en el que un joven había caído por la escalera, y su mujer había llegado con su mejor amiga y había encontrado el cuerpo retorcido tirado en el pasillo. Y había algo extraño en esas dos mujeres, puede que le dijera.

Valerie se quedó intrigada.

Dejándose guiar por su curiosidad, intentó convertir sus sospechas en una historia. Porque sabía que si eso iba a transformar su carrera, necesitaba encontrar algunas respuestas, hacer las preguntas correctas a las personas adecuadas y averiguar todos los pormenores desagradables y las crudas verdades.

Pero, al principio, no encontró nada. Asistió al funeral y no advirtió nada indecoroso. Entabló una conversación con la secretaria de Charles, Debbie, quien sin saberlo le confirmó que él sufría de migrañas. Se detuvo en la parte delantera del edificio de Marnie —Jeremy la vio en el circuito cerrado de las cámaras de seguridad—, pero ella ya no estaba viviendo allí y no había mucho que averiguar. La verdad más obvia seguía siendo la más probable.

Supongo que cuando terminó de vigilar a Marnie empezó a prestarme un poco más de atención a mí. La vi una vez en la recepción del edificio de mi oficina, hablando con el guardia de seguridad del área de recepción. Era un hombre mayor, calvo y panzudo, y ella era mucho más joven y alta, con su pelo corto y sus pómulos afilados. Recuerdo que se inclinó sobre el mostrador con su jersey escotado mientras se reía en exceso. Abrió mucho la boca dejando ver una dentadura blanca y perfecta, y recuerdo que me pregunté qué quería de él.

Aparte de eso, no noté que estuviera fisgoneando en mi vida, aunque eso no quiere decir que no lo hiciera. Había mucho que descubrir en internet si buscaba en los lugares adecuados, y es probable que lo hiciera. Había artículos que yo había escrito para la revista de la universidad y varias noticias sobre Jonathan: sobre su

muerte y el maratón, y las imágenes grabadas después todavía estaban disponibles. Y en la página web de mi empresa había un par de artículos en los que aparecía mi nombre y trataban de las mejoras en el servicio al cliente.

Ella debía de haber encontrado algo entre todo eso que la inspiró. Quizá pensó realmente que había resuelto un misterio. Pero el artículo de su página web formulaba otra mentira. Decía que yo había asesinado a Jonathan, empujándolo delante de un vehículo que se acercaba. Luego había vendido su piso, con lo que había obtenido importantes beneficios, y había cobrado su póliza de seguro de vida. Había hecho una fortuna —cito textualmente— al asesinar a mi marido.

Pero eso no era todo. A continuación, su artículo sostenía tonterías que no estaban respaldadas por pruebas ni fuentes de ningún tipo. Afirmaba que a Marnie y a mí, zorras maliciosas y amantes secretas, nos había parecido tan exitosa la estrategia que no habíamos tardado en repetir el plan.

MATRIMONIO. ASESINATO. DINERO.

En la parte inferior de la página estaban estampadas esas palabras. Afirmaba que ahora vivíamos en la felicidad más absoluta, disfrutando de nuestra riqueza, de las fortunas conseguidas gracias a la muerte de nuestros maridos.

24

Tal vez no habríamos vuelto a saber de Valerie y nunca habríamos leído su artículo si un periódico sensacionalista no hubiera recogido la noticia. Su página web tenía unos cuantos miles de seguidores —sobre todo jóvenes londinenses— y a la larga quizá nos habríamos topado con él o uno de los fans de Marnie nos lo habría señalado. Pero era igual de posible que nuestras vidas hubieran continuado sin interrupción.

Por desgracia, terminó en la portada de un periódico de ámbito nacional, en un artículo que anunciaba la creciente fascinación del país por el *true crime*. Al parecer, había miles de webs y cientos de podcasts. Ponía nuestra historia como ejemplo.

Decían que el artículo de la web se había vuelto viral. Se había compartido en Facebook y en Twitter más de cien mil veces, lo que, si bien no era excepcional, era sin duda notable. Quizá era verdad y a la gente realmente le interesaba la historia de dos mujeres jóvenes que habían asesinado a sus maridos. Supongo que no puedo culparlos; a mí también me habría interesado. Pero la cínica que había en mí se pregunta si ese artículo no era más que una forma inteligente de publicar historias difamatorias y sacar provecho del bombo y la emoción sin un riesgo jurídico real. Citaban en varias ocasiones la página web de Valerie, pero refiriéndose a un «supuesto» asesinato y sin acusarnos directamente de nada.

El artículo se publicó en las páginas interiores, pero en la portada había un pequeño titular incendiario, y Marnie y yo nos vimos inmediatamente inundadas de mensajes de nuestros amigos y familiares. Estaban horrorizados, pero por nosotras, no por nuestro supuesto comportamiento. No se creían una sola palabra, decían. ¿Dónde se habían visto tantos disparates? Y adónde iríamos a parar; ¿es que en estos tiempos no existía la verificación de los hechos? Nos aseguraban ansiosos que nadie que nos importara prestaría atención a esas tonterías.

Nosotras aún no habíamos leído el artículo, no sabíamos que había una página web, así que me apresuré a ir a la tienda de la esquina para comprar el periódico todavía con el pijama de franela, ocultando el estampado chillón debajo de una larga gabardina negra. Lo llevé al piso y lo dejé abierto en la barra de desayuno. Marnie y yo lo leímos juntas, moviendo los ojos a izquierda y derecha a medida que recorríamos cada línea con la vista, torciendo el gesto y frunciendo el ceño casi al unísono ante las mismas mentiras terribles.

Al final, Valerie concluía: «Entiendo perfectamente la fascinación que despiertan estas historias, pero creo que no está bien centrarse específicamente en el derramamiento de sangre y dar por hecho que lo que resulta atractivo es la muerte. Para mí, y para muchos de mis lectores habituales, se trata más de la verdad que del melodrama o el escándalo». Y había un enlace a su página web.

Saqué mi ordenador portátil de debajo del sofá y lo abrí en la encimera de la cocina. El sitio web tardó en cargarse, supongo que no éramos las únicas que buscábamos el artículo original, y por fin apareció el titular rojo en la pantalla.

La verdad es que el artículo de Valerie no tenía mucho sentido. Los hechos no respaldaban la versión que ella proponía de los mismos. Yo no maté a Jonathan. Lo mató un taxista, un hombre de unos cincuenta años que cumplía una pena de prisión, y a quien detuvieron por causar una muerte por accidente mientras conducía borracho. Y, después de liquidar la hipoteca, obtuve muy pocos beneficios de la venta de su piso, sobre todo por la recesión y la posterior crisis inmobiliaria. Y no había tocado su seguro de vida.

Valerie sugería que nos sentimos tan inspiradas por ese éxito abrumador —de nuevo, palabras textuales— que esperamos cuatro años nada insignificantes para llevar a cabo de nuevo el plan.

«¿Cómo lo hicieron la segunda vez? —escribía—. Tengo que confesar que he estado tentada de terminar aquí el artículo. Me he planteado haceros esperar hasta la próxima semana para continuar. Pero no he podido, no con una historia tan fascinante. Aun así, dejaré un espacio debajo y me tomaré unos momentos para reflexionar sobre ello: ¿qué hicieron la segunda vez?»

Desplacé el cursor hacia abajo.

«Drogas —escribía—. ¿Es eso lo que estabais pensando? Si teníais algo más espeluznante en mente, creo que estáis subestimando a estas

dos mujeres. Jane Black no fue directamente responsable de la muerte de su marido: ella no conducía el automóvil que lo mató. Simplemente manipuló la situación para obtener el resultado deseado. Lo mismo puede decirse de Marnie Gregory-Smith. Ella no empujó a su marido por la escalera, sabemos que estaba en la biblioteca cuando murió, pero podría haberle echado unas pastillas adicionales en el café esa mañana.»

Era absurdo.

Pero la verdad no importaba. Porque, como he dicho, hasta la historia más extraña puede parecer completamente cierta. Y las mentiras creíbles no son ninguna proeza. Era una historia brillante, y eso era lo que importaba.

Debo decir ahora que no reaccioné con tanta serenidad en ese momento. No fui pragmática en absoluto. Me enfadé muchísimo. Me ardió en el estómago, con esa acidez que sientes cuando sabes que has comido algo podrido, y sentí una extraña oleada de adrenalina que me recorrió las extremidades con espasmos. Estaba llena de rabia, como cuando odié a Charles por primera vez. Supuse que Marnie sentiría lo mismo, pero cuando la miré lloraba.

—¿Cómo ha podido? —susurró ella, tan bajito que sonó casi como un siseo—. ¿Cómo ha podido escribir algo así...? No es cierto. ¿Cómo puede mentir? Ha dicho que... Oh, Dios, ¿cómo puede decir algo así? ¿Quién es esa mujer?

Señaló una línea en mitad de la pantalla. Le temblaba el dedo. Había algunas palabras en negrita, aisladas del resto del texto.

—«Siempre han estado unidas», dice una amiga de las dos jóvenes. «Algo muy hermético. Íntimo, diría yo.» ¿Quién coño es? —Y golpeó la encimera con su taza vacía—. ¿Quién ha dicho eso? ¿Qué clase de...? Nuestros maridos están muertos, joder. Y una zorra va y... ¿Quién coño es, Jane?

—Marnie —dije, y me asusté un poco por ella, porque en los veinte años que hacía que la conocía nunca la había visto perder los estribos, siempre era muy contenida, y allí estaba ahora, fuera de sus casillas—. Tomémonos un minuto.

—¿Un minuto? No tenemos un puto minuto. Jane, esto ya estará en todas partes. Este maldito artículo está en los felpudos de todo el país, esperando a ser leído con una taza de café y una maldita tostada, y en los supermercados, los quioscos y los aeropuertos, y luego

cogerán sus portátiles y lo buscarán, ¿no lo hemos hecho nosotras? Ya está en las tablets de la gente, brillando en blanco y negro en una pantalla.

—Marnie. Sólo... —Era de algún modo emocionante verla tan frenética.

—¿Crees que mis padres lo habrán visto? —preguntó—. Oh, Dios mío. Mis padres lo han leído. Mierda. Y si no lo han hecho, ¿cuánto tardarán en hacerlo? No mucho, te lo aseguro, hasta que un vecino llame a su puerta o les llegue un mensaje educado de un amigo del club de golf diciendo: «Oh, lamento mucho que tu familia aparezca en los malditos tabloides, qué desagradable», y una risita, y entonces lo sabrán. Está en internet. Se quedarán muertos. Sus colegas lo leerán. Jane, ¿qué hacemos ahora?

Y con la rapidez con que había aparecido desapareció, y Marnie lloraba de nuevo con la cabeza oculta entre las manos y todo el cuerpo temblándole, y toda esa fuerza y ese poder se disipó a su alrededor.

Ése fue el momento en que regresó mi miedo. Se acumuló dentro de mí como una fiebre. Comenzó con la ira de Marnie. Podía ver su forma, sentir sus vibraciones. Supe que algún día podría ir a por mí. Y luego vino saber que alguien, en algún lugar, no se daba por satisfecho con las respuestas más obvias, con los hechos tal como habían sido corroborados.

Había algo en la forma de escribir de Valerie, en la construcción de sus frases, que era mucho más siniestro que las palabras en sí. Tuve el presentimiento de que no había hecho más que empezar. Tuve la sospecha estrechamente ligada a mi miedo de que lo peor estaba por venir.

25

A las pocas horas empezamos a recibir llamadas de otros medios de comunicación. Yo había instalado un teléfono fijo cuando me mudé porque abarataba bastante la conexión de internet, pero no tardé en lamentar esa decisión. Los mensajes eran incesantes, largos y gráficos o breves e incisivos, pero numerosísimos, y llegaban más deprisa de lo que tardábamos en borrarlos. Y pronto les siguieron los correos electrónicos y los mensajes de texto. La noticia había atraído la imaginación de los lectores, oyentes o espectadores. ¿Y qué teníamos que decir nosotras al respecto? ¿Queríamos añadir algo? Todos prometían que ellos eran distintos de los demás reporteros, locutores de radio o presentadores de televisión. A los demás sólo les interesaban las cifras de audiencia, el drama, ser parte del bombo publicitario. Pero ¿nosotros? No, nosotros no somos así. A nosotros nos importa de verdad. Y ése era el momento —decían todos— de poner las cosas en claro.

No te rías. No es gracioso. ¿De qué te ríes? ¿De «poner las cosas en claro»? Bueno, sí, supongo que tiene su gracia. Por supuesto que yo no iba a hacerlo.

De todos modos, tanto Marnie como yo sabíamos que la mentira, la fantástica historia de dos asesinas lesbianas, era más atractiva que la verdad. O, al menos, que la supuesta verdad. ¿Quién no iba a querer leer sobre las dos viudas maquiavélicas que vivían en pecado?

Por lo que no dijimos nada. Desconectamos el teléfono fijo y apagamos los móviles, y redirigimos a la carpeta de correo no deseado y a la papelera todos los mensajes que no eran de un remitente identificado. Luego cerramos la puerta con llave y durante quince días no salimos del piso, pidiendo comida por internet cada pocos días y viendo películas ilegalmente en *streaming*. No llamé a mi jefe, pero alguien de la oficina debía de haber visto el artículo, porque recibí un mensaje muy escueto en el que se me decía «que me pusiera en contacto cuando me viera con fuerzas de volver».

Marnie y yo estábamos seguras de que con el tiempo el drama aflojaría. Siempre hay una noticia más interesante esperando a ser contada. Y, por fortuna, la fotografía que publicaba el periódico estaba muy pixelada. Nos la habían tomado en nuestra primera residencia universitaria de verano, y con nuestros elegantes disfraces, de lo más sexis, era bastante difícil identificarnos. Había otras de Marnie —de su página web, de las redes sociales—, y sé que había una mía escondida en algún lugar de la página web de mi empresa, pero ésa debía de ser la única en la que salíamos las dos. Sólo había que tener paciencia.

Aun así, yo quería saber más acerca de la extraña mujer que se había introducido de una forma tan perturbadora en nuestras vidas, por lo que busqué información en internet. Me enteré de su matrimonio, su exmarido, la nueva mujer de éste, la página web de su boda. Me desplacé hacia abajo y hacia atrás con el cursor hasta que di con el lugar de la celebración, la promoción que habían hecho a la empresa de catering. Encontré en Instagram fotografías de donde vivía: mostraban el piso compartido en el que estaba ahora; su compañera de cuarto, reconocible de inmediato; el balcón donde se habían sentado a beber vino en verano. Vi el nombre del café de enfrente y no me costó nada localizarlo y averiguar dónde residía. En las últimas semanas había empezado a asistir a clases de claqué y había subido varios vídeos de un grupo de seis, todos girando, zapateando y moviéndose con pies frenéticos, como si sus extremidades fueran elásticas. Su trabajo debía de ser el más fácil de todos; ninguna de las anteriores entradas de su página web era tan atractiva como la que había escrito sobre nosotras.

Entonces no se me ocurrió rastrear sus pasos las décadas anteriores, eso vino después, pero todavía estaba asombrada con el volumen de datos disponibles literalmente con sólo unos pocos clics. Me asustó saber que yo era igual de visible, que podían penetrar en mi vida con la misma facilidad. La vigilé las semanas intermedias a medida que ella cargaba imágenes de sus movimientos con las localizaciones etiquetadas y publicadas de sus planes y escribía un resumen de las próximas actividades que iban a realizarse por la zona.

Estaba segura de que ella también me vigilaba.

El furor tal vez se habría calmado si hubiéramos esperado unas semanas más. Pero Marnie no pudo. Fue superior a ella. La historia escrita en internet fue cobrando fuerza en su interior: el asesinato, las

drogas, su muerte. Cada día parecía más probable. Dormía con ella por la noche mientras se escenificaba en sus sueños. Tan pronto estaba inquieta como nerviosa, y sólo dormía unas pocas horas antes de que empezara de nuevo la pesadilla. Podía recordar cómo le había echado las pastillas en el café. Podía imaginarse a sí misma caminando de puntillas, cogiendo la caja del botiquín de encima del lavabo, sacando las pastillas del frasco y envenenando a su marido. Y cuando llevaba días sin dormir, empezó a tener extrañas alucinaciones y se preguntó si tal vez lo había empujado, después de todo. ¿Había estado allí todo el tiempo? ¿Se había parado detrás de él en lo alto de la escalera? Podía ver los grabados enmarcados que colgaban en la pared y la alfombra debajo de sus pies, y sabía lo que se sentía al tocarlo, al pasar los dedos entre sus omóplatos, al poner la palma plana en su columna vertebral. No comía, a pesar de que bebía; no dormía, y estaba frenética y febril. Necesitó decir la verdad tal como la conocía antes de que la consumiera la mentira.

—No fue por mí —me diría después—. No lo hice por mí. Yo podría haber vivido con eso. Pero ¿Charles? Él nunca se habría casado con la mujer que decían que yo era. Todos lo han hecho parecer tan ingenuo y estúpido, cuando no era ni lo uno ni lo otro. No podía permitir que se lo recordara así.

De modo que se reunió con Valerie sólo quince días después de que apareciera el primer artículo. Rescató el periódico del cubo de reciclaje, buscó el nombre de la periodista, volvió a entrar en su web y le envió un correo electrónico. Y al instante recibió una invitación a desayunar a la mañana siguiente en la cafetería de la planta baja de mi edificio.

Si yo lo hubiera sabido, podría haberla detenido. Pero cuando desperté, su lado de la cama estaba frío.

Imagino que Valerie se quedó bastante decepcionada con Marnie. Supongo que esperaba obtener sórdidos detalles y revelaciones, algo que confirmara su versión de los acontecimientos. Marnie podría haber confesado que le dio pastillas esa mañana, que no puso suficiente atención al leer las instrucciones o no las leyó siquiera, que estaba nerviosa o sobrecargada de trabajo o que, con las prisas, se le fue la mano con las cantidades. Pero, por supuesto, no lo hizo.

Sólo puedo suponer que la historia resultó inesperadamente aburrida. Marnie debió de hablar sin parar de las migrañas de Charles.

Debió de decir, al menos dos veces, que le preocupaba que tuviera un tumor cerebral. Pero el médico, que era un buen hombre, un buen doctor, y confiaban en él, siempre se había mostrado tajante: sólo eran migrañas. Y cuando aparecían eran bastante severas; siempre lo habían sido. Ella debería haberse quedado en casa. Podría haberlo cuidado. Le habría llevado un vaso de agua, un sándwich o lo que hubiera necesitado. Podría haberlo salvado.

Valerie debía de haber mirado a Marnie —delgada y pálida, con el pelo despeinado, profundas ojeras y el temblor casi imperceptible —, y habría sabido que su artículo, por muy apasionante que fuera, no podía ser verdad. Esa mujer, que bebía a pequeños sorbos su café, tan frágil y rota, era incapaz de asesinar.

Me pregunto si Valerie se sintió frustrada. Estoy segura de que esperaba algo más. Quería que la segunda parte fuera una continuación de la primera, pero con más detalles, drama y emoción. Y en su lugar tenía una contradicción, una acusación que no soportaría el escrutinio.

Debió de ponerse furiosa. Pero era inteligente y trabajó con lo que tenía. Manipuló la conversación, las pequeñas revelaciones, los fragmentos que le había sonsacado a una viuda afligida, para presentar una versión más interesante.

Marnie volvió con cruasanes recién hechos, que era el lujo que nos dábamos los fines de semana en nuestro piso de Vauxhall, y supuse que eso marcaba un cambio de actitud, el comienzo de un nuevo intento de normalidad. No sospeché nada hasta que a la mañana siguiente recibí una llamada de Emma. Se había registrado para recibir actualizaciones de la web de Valerie y había recibido un correo electrónico en la madrugada informándola de que había subido una nueva publicación. Valerie había revisado su artículo anterior a raíz de «nuevas pruebas», decía. Esa vez había descubierto la auténtica verdad, una verdad mucho más oscura que revelaba no sólo las relaciones que esas dos mujeres habían tenido con sus difuntos maridos, sino también más detalles sobre su relación entre ellas.

Abrí la web en mi portátil.

Valerie había escrito que yo estaba celosa. Marnie se había sentido inesperadamente feliz y yo no podía soportar verla tan contenta con otra persona. Yo había cometido un asesinato por ella y me quedé horrorizada cuando ella no quiso hacer lo mismo por mí. El

artículo era largo y enrevesado, y casi todo eran sandeces. Pero el punto principal que quería establecer era que la culpa recaía únicamente en mí. Marnie no había podido matar a Charles porque «tal vez ella lo quería de verdad», había escrito Valerie. De modo que yo me encargué de asegurarme de que no se incumplía el acuerdo original. Yo era la artífice de todo el abyecto plan. La verdadera antagonista. Yo lo había matado.

«Y mientras que Marnie Gregory-Smith tiene una coartada, no puede decirse lo mismo de su mejor amiga, Jane Black. Dejaré que saquéis vuestras propias conclusiones —había escrito Valerie—, aunque me parece que las nubes están empezando a despejarse sobre este misterio.»

¿Sabes cómo se siente uno al ser acusado de un asesinato que ha cometido? Es increíblemente aterrador.

¿Qué?

¿Por qué me miras así?

Ah, ya lo entiendo. Quieres que reconozca que ella estaba mucho más cerca de la verdad que cualquiera de los demás: la policía, el forense, nuestros amigos y nuestras familias. Y te preguntas si tenía razón, si había descubierto una pequeña parte de la verdad. Quieres saber si yo estaba celosa de Marnie.

No. Puedo afirmar con rotundidad que nunca he tenido celos, ni de su vida ni de las fruslerías que adornaban su día a día. De vez en cuando envidiaba su seguridad en sí misma, su calidez, su amabilidad, pero eso es muy diferente. ¿Responde eso a tu pregunta?

En cambio, lo que tendrías que estar preguntando es si tenía celos de Charles. Y supongo que sí. Suena infantil, y tal vez no es lo que parece, pero él tenía algo que me pertenecía, un amor que una vez había sido mío, que me había elegido a mí.

Valerie no mencionaba que había hablado con Marnie. Pero entre las nuevas pruebas y su descripción de una viuda llorosa apretando su tazón de café frío contra el pecho e incapaz de respirar lo bastante despacio para beber un sorbo, vi claro que lo había hecho.

Entré en la sala de estar y encontré a Marnie llorando en mi sofá, con el portátil abierto delante de ella y disculpándose entre fuertes jadeos.

—Lo he empeorado —dijo—. He logrado que se vuelva contra ti. Todo es por mi culpa. Ha escrito que lo hiciste tú. ¿Lo has leído? Lo

siento tanto, Jane... Lo siento muchísimo. —Bajó la tapa de su portátil y lo dejó en la mesa de centro—. Pensé que ella se daría cuenta de que estaba diciendo la verdad. Quería que viera que se había equivocado, y soy tan estúpida que pensé que se retractaría en público o algo así y entonces todo acabaría. —Dejó caer la cabeza entre las manos y añadió con la voz amortiguada por las palmas—: Pensé que podría pedirnos perdón.

—Tú no tienes la culpa —respondí, aunque debo confesar que me sentía un poco frustrada. Le había dicho lo que teníamos que hacer y ella había pasado olímpicamente de mis instrucciones. Pero sus intenciones habían sido buenas; creyó que podría desembrollar el lío —. No podías saberlo.

Traté de mantener la calma. Miré sus pantalones del pijama de franela subidos por los tobillos, sus piernas cruzadas sobre el sofá. Se le habían desabrochado los botones del cuello y el pecho de la parte de arriba, y vi que le habían aparecido ronchas rojas en la piel. Necesitaba que yo fuera fuerte, que la cuidara.

Lo cierto es que yo no había contado con las consecuencias. Y con la autopsia y el funeral, esa premisa había empezado a tomar consistencia. La policía y el forense no habían tenido motivos para investigar los hechos tal como se los habían encontrado. Pero yo sabía que había fragmentos de la verdad todavía escondidos en otros lugares. Y esa extraña mujer que había aparecido inesperadamente en nuestras vidas parecía decidida a cavar, arrancar y rascar hasta encontrar algo que pareciera más auténtico.

Yo había esperado que la versión de los hechos de Valerie fuera rápidamente desbancada por chismes, noticias y otras mentiras. Pero después del segundo artículo, no podía estar tan segura. No sabía hasta dónde era capaz de ir en busca de la verdad.

Quería enviarle un mensaje, enfrentarme a ella para decirle que su comportamiento era simplemente inaceptable. Pero sabía que, si la provocaba, había un riesgo razonable de que se volviera aún más resuelta.

Respiré hondo. Sabía lo que teníamos que hacer. Necesitábamos confiar en el silencio como respuesta; dejar que éste se agrandara en el transcurso de las próximas semanas hasta que fuera lo único que quedara en pie, hasta que la mía fuera la última verdad posible, hasta que la caída accidental por la escalera fuera lo único que quedara.

Y en ese momento estaba tan absorta en resolver la situación con Valerie que no advertí la aparición de otro problema.

Marnie siempre ha sido una de las personas más brillantes, inteligentes y dinámicas, y las lágrimas, el dolor y el caos no cambiaron nada de eso. Ella siempre ha tenido una habilidad maravillosa, y creo que algo creativa, para juntar unas pocas ideas vagas en algo más sólido, construir un rompecabezas a partir de piezas sueltas. Y de repente vi que estaba haciéndolo.

—Nunca debería haberme acercado a ella —continuó, y el tono de su voz cambió con cada palabra—. Debería haber sabido que no era de fiar. No sé por qué siempre espero lo mejor de la gente. ¿Por qué lo hago?

—Basta —dije, sentándome a su lado y cogiéndole las manos—. Sólo conseguirás sentirte peor y ya está hecho; es inútil.

—Y ni siquiera tiene sentido —continuó Marnie. Tenía las mejillas manchadas de lágrimas—. ¿Cómo dice exactamente que mataste a Charles? Al menos su primer artículo era teóricamente posible. Yo podría haberlo drogado. No lo hice, pero podría haberlo hecho. Pero tú ni siquiera estabas en el edificio cuando murió. No oíste nada. Es absurdo.

—Para, Marnie. Déjalo estar.

—¿Qué hiciste? ¿Empujarlo por la escalera y luego irte a casa? ¿Y entonces qué? ¿Regresaste al piso más tarde? Ni siquiera sabías que estaba enfermo. Habrías supuesto que estaba en el trabajo.

—Exacto —dije, aunque el corazón me empezó a latir un poco más rápido y me costaba tragar. Sentía las amígdalas hinchadas y secas en el fondo de la garganta, me la obstruían impidiendo que el aire me llegara al pecho. Me notaba las manos cada vez más húmedas alrededor de las suyas.

—¿Y para qué ibas a molestarte? Ya sé que no erais los mejores amigos del mundo, y sé que las cosas se habían puesto particularmente desagradables a raíz de ese gran malentendido, pero aun así no es verosímil.

Fue elevando la voz, que empezó a temblarle y a prolongarse hasta convertirse en un chillido. Hacía gestos frenéticos y agitaba las manos con irritación. Tenía las mejillas acaloradas, sonrojadas y enfurecidas.

—Lo dejaste muerto en el pasillo de mi piso. ¿Eso es lo que está

diciendo? ¿Que entraste, lo mataste y te fuiste? ¿Y luego qué? ¿Apareciste unas horas después sólo para ver cómo yo lo encontraba? Esa mujer tiene un problema serio.

No podía detenerse y yo tampoco podía interrumpirla. Siguió insistiendo, enumerando todas las razones por las que no tenía sentido, no podía ser verdad, era completamente imposible, y la oí dar ejemplos de cómo podía y al mismo tiempo no podía haber asesinado a su marido. Los artículos habían abierto esas preguntas en su interior y no sabía cómo cerrarlas. Traté de encauzarla en otras direcciones, pero ella volvía una vez más a su interrogatorio, y noté como si mi caja torácica fuera demasiado pequeña para contener mis pulmones, y la carne presionara el hueso, y me pregunté si podría mantener una expresión impávida en el caso de que llegara a la conclusión correcta.

—Tú y yo estábamos locamente enamoradas. Eso es lo que ella dice, ¿no? Y entonces matamos a tu marido. Claro que sí. Porque eso tiene sentido. Y luego yo me enamoré de Charles. —Un pequeño sollozo perforó su ira—. Y entonces tú lo mataste para conservarme a tu lado. ¿Es eso? ¿Eso fue lo que pasó?

Yo esperaba que siguiera, que continuara despotricando y tratando de desentrañar en voz alta su confusión. Y eso ya habría sido alarmante de por sí. Pero no lo hizo. Se calló y clavó la mirada en mí.

—¿Fue eso lo que pasó? —repitió con los ojos muy abiertos, el mentón salido y los labios temblorosos—. Es lo que dice ella, ¿no?

Sacudí la cabeza, fingiendo desconcierto, horror y asco, y al ver que continuaba callada, intenté desesperadamente terminar la conversación.

—Imagínate —respondí, y arqueé las cejas y traté de reír.

Me pregunté qué veía ella: si yo tenía las mejillas rosadas, los ojos asustados, el aliento congelado; si la verdad estaba escrita en mi cara, tan ansiosa como sus lágrimas.

—Imagínate —repitió Marnie en voz baja.

—Lo sé. Es imposible. Como si pudiera hacer algo así. Jamás haría algo así.

Ésa fue la quinta mentira que le dije a Marnie. Le dije que nunca podría hacer algo que ya había hecho. Le dije que nunca podría lastimarla cuando ya la había lastimado. Y mientras estaba allí sentada, engañándola con todo mi cuerpo, confié en que siguiera creyéndome. Y ella me creyó. Meneó la cabeza despacio y suspiró, se

recostó sobre los cojines y se pasó los dedos por el pelo.

No creo que realmente me estuviera interrogando. No hacía una pregunta y esperaba una respuesta. Pero el hecho de que dudara, aunque fuera vagamente, era inquietante. La verdad era como un pequeño hueso atascado en la garganta, ansioso por ser liberado. Puso en primer plano una parte de mí que deseaba ser reconocida y estuve tentada de decir: «Sí, eso es lo que sucedió. Sí, lo hice por ti».

Pero también sabía que mentiría una y otra vez para proteger lo que teníamos.

—Debemos decidir qué vamos a hacer —dije por fin.

Se enjugó los ojos y se secó los dedos en el pijama. Se le había enrollado la parte de arriba alrededor de la cintura y se la bajó.

—No hay nada que podamos hacer —respondió levantándose y entrando en la cocina, ya más serena y contenida—. Ya está publicado. Y créeme, Jane, lo último que quieres es tratar este asunto con ella. Sólo conseguirás que publique más basura en internet y nosotras ya sabemos la verdad, como la saben nuestros amigos y familiares, y ¿no es eso lo que importa? No estoy diciendo que sea justo, porque yo también estoy enfadada. Ya lo creo que lo estoy. Y no soporto que se salga con la suya diciendo lo que le da la gana, sin pensar en la gente que hay detrás de sus mentiras. Pero necesito zanjar este asunto.

—Está bien —respondí—. Entonces esperaremos a que pase.

La adrenalina poco a poco empezó a disiparse, y por fin exhalé profundamente, y pensé que iba a desmayarme, porque ella había estado muy muy cerca.

¿Quieres saber algo más? Esta quinta mentira me asustó. De pronto fui consciente del riesgo que había corrido —sin darme cuenta, pero aun así—, y de cómo esa decisión afectaría mi vida en el futuro. Debía ir con cuidado y no perder el control.

Leí los periódicos los días siguientes. Se hacían eco de ello: artículos de opinión, noticias ficticias y fuentes anónimas. Pero al final aflojó: otro escándalo político acaparó los titulares durante meses.

Yo guardaba los recortes sobre nosotras en una caja de zapatos debajo de mi cama. Me recordaban que no era invencible, que debía seguir mirando por encima del hombro. Me recordaban que debía

seguir mintiendo.

26

Creo que algunas mujeres están hechas para ser madres y otras simplemente no lo están. Sé que es un tema controvertido, y algo que probablemente no debería estar diciéndote. Pero creo que hay que mencionarlo.

Yo siempre soñé con ser madre. De niña acunaba mis muñecas de plástico, las bañaba y las empujaba en una sillita color pastel con un delgado asiento de tela rosa a la que se le daba la vuelta como una hamaca. Y las colocaba en hilera, les cambiaba el pañal de una en una y las vestía con pijamas enteros estampados cerrando los corchetes entre las piernas. Todas eran muy parecidas —barrigas redondas y duras, pintura rosada en las mejillas y ojos azules brillantes que parpadeaban—, pero mi favorita era Abigail. Estaba calva y tenía las extremidades reparadas. Uno de los ojos se le abría y se le cerraba, pero el otro estaba atascado, con las pestañas de plástico pegadas. Se abría y luego se negaba a cerrarse, y miraba al frente entre guiños amenazadores del otro. Aun así, la quería.

Con el tiempo me hice mayor para jugar con muñecas, pero no para los bebés. Atisbaba en los cochecitos cuando me cruzaba con alguno por la calle, me inclinaba para mirar dentro de los cafés y hacía los gorgoritos y las preguntas de rigor: qué monada, cuántos años tiene y qué ideal. Participaba de buena gana en esa cadencia de la edad adulta y veía una versión de mi vida en la que algún día empujaría yo el cochecito y los gorgoritos de otra mujer caerían sobre mí.

Sin embargo, en algún momento después de la muerte de Jonathan, empecé a cuestionar ese futuro imaginario. ¿Quería un cochecito? ¿Quería el cacareo, las preguntas, los juicios y que un trozo de mi corazón viviera para siempre fuera de mi cuerpo? ¿Hacer lo que hacen los padres dando de comer, curando y criando?

No. No quería. No sin él.

Si me lo pidieras, escribiría en una hoja de papel una lista de

todas las mujeres que he conocido en mi vida y trazaría una línea recta dividiendo a las que estaban hechas para la maternidad de las que no. Emma y yo estaríamos a un lado. Marnie en el otro.

La promesa de paz tuvo un impacto positivo en la actitud general de Marnie. Estaba menos enfadada, menos inquieta, menos asustadiza del algo y nada que siguen a la pérdida. Encontramos una manera de coexistir cómoda y pacíficamente. Lloraba —a menudo—, pero también se reía, cocinaba e incluso escribía artículos cortos para sus editores favoritos. Dio instrucciones de enviar su correspondencia a mi piso, lo que resultaba extrañamente reconfortante; me encantaba ver su nombre escrito junto al mío en el buzón todos los días. Y cuando su principal patrocinador le envió una batería de regalo de cerámica rosa, que formaba parte de su colección de utensilios de cocina más reciente, incluso grabó algunos vídeos.

De vez en cuando se volvía hacia mí, normalmente durante el desayuno o cuando nos sentábamos en pijama en el sofá a última hora de la noche para evitar dormir, y decía:

—La muerte realmente dura mucho, ¿no?

—Sí —decía yo—. Muchísimo.

—Porque ha pasado un mes, o seis semanas, o dos meses, y no puedo entender que ésta sea mi vida ahora. No logro convencerme de que, por muchos meses, años o incluso décadas que viva, él estará muerto en cada uno de ellos.

Yo me sentía como una experta. Y por un tiempo mi tutela pareció funcionar. Era un placer tenerla de vuelta en mi vida. Y estábamos bien juntas, realmente bien. Nos conocíamos íntima e intrincadamente, todos los detalles de nuestras vidas. Nos quejábamos de nuestros padres, que nos dejaron, enfermaron y nos ignoraron. Nos reíamos de nuestros hermanos, una completamente dependiente y el otro completamente ausente. Recordamos las aventuras que habían marcado nuestra adolescencia: las primeras, las últimas y las de nunca más. Éramos dos personas que habían compartido tanto que casi volvíamos a ser una sola.

Observé cómo ella se recuperaba; no del todo, ni mucho menos, pero de maneras pequeñas y significativas. Fue emocionante verla cocinar de nuevo. Se pintaba las uñas y se quejaba cuando se le

desconchaban a la mañana siguiente. Una tarde se miró el pelo en el espejo, se levantó unos mechones con las manos y frunció el ceño. Esa noche regresó con las puntas cuidadosamente cortadas. Escuchaba música. Veía las noticias. Lloraba con regularidad —todo el tiempo—, pero los momentos de tristeza abrumadora ahora se contrarrestaban con algo mejor.

Y de pronto cambiaron las cosas. Marnie experimentó un retroceso, volvió al caos de las primeras semanas. Dejó de dormir. Estaba exhausta. Cayó enferma. Dejó de comer. Cuando lograba ingerir algo, por poco que fuera —unas tostadas, un poco de fruta—, le sobrevenían ataques de vómitos tan violentos que dejé de tener comida en el piso sólo para salvaguardarnos a ambas del horror. Si el hambre era mala, el cansancio era mucho peor. Y sin comer ni dormir, era totalmente incapaz de sacudirse su extraña enfermedad.

O eso pensamos entonces.

Era temprano por la noche, acabábamos de subir de nuevo las persianas porque fuera había fuegos artificiales y queríamos verlos, y estábamos las dos sentadas frente a la barra de desayuno. Comíamos arroz solo —una bolsita de arroz precocinado cada una, rápido y fácil —, y el silencio era cómodo. Una vez más, estábamos acostumbradas a cenar juntas, nuestros mundos se entrelazaban, y ya no éramos invitadas intermitentes en la vida de la otra, sino una curiosa pareja.

—No me ha venido la regla —dijo, dejando el tenedor junto a su plato—. Pensé que era sólo el estrés, ya sabes, por todo lo ocurrido. Pero han pasado tres meses.

—Por supuesto que es el estrés —repuse—. Y el virus ese. Estás adelgazando, mírate, y todos esos vómitos...

—Tengo que hacerme la prueba.

Carraspeé, desalojando los granos que se me habían atragantado, y me levanté de la mesa. Fui al pasillo y cogí el bolso del perchero. Crucé la puerta, subí al ascensor y salí a la calle. Eché a andar, con frío, pues no llevaba abrigo, hasta la tienda de la esquina.

Regresé menos de diez minutos después con un test de embarazo.

Encontré a Marnie sentada exactamente como la había dejado, con los codos a ambos lados del bol de arroz y la cabeza apoyada entre ellos.

—Toma —le dije—. Háztela ya.

Sin decir nada, se fue al cuarto de baño con la bolsa de plástico

colgando de la muñeca.

No hace falta que te diga que dio positivo.

Me emborraché. Bebí tequila directamente de la botella y llené una hilera de vasitos de ron de una botella tan vieja que el líquido de dentro estaba pringoso. Marnie, que ya era madre en muchos sentidos, se sirvió zumo de manzana en vasitos de plástico y ahogó su miedo y su pánico de una manera más abstemia. A las dos de la madrugada nos metimos en la bañera, con traje de baño en el agua humeante en una extraña e innecesaria muestra de pudor. A las tres untamos tostadas con miel y nos comimos una barra entera de pan. Y luego nos perdimos en algún lugar entre el dolor, la conmoción y la histeria, y lloramos y reímos hasta que nos quedamos dormidas, aunque no por mucho tiempo, y las dos nos pasamos la mayor parte de la mañana siguiente con la cara apoyada en la fría porcelana del asiento de inodoro.

Ya ves, nadie espera que su vida resulte como la nuestra. Yo me quedé viuda, tenía un empleo sin futuro y nunca estaba lejos de la penuria. Marnie estaba viuda y embarazada tras una gran caída de una vida de ensueño.

—Necesito volver a mi casa —anunció la noche siguiente—. Necesito poner en orden mi vida. Necesito que me vea un médico y ponerme a trabajar de nuevo, y volver a mi casa.

Llamó a su empleada doméstica desde la mesa de comedor. Quería que el piso estuviera inmaculado, dijo. Y quería que pusiera las cosas de Charles en cajas y las guardara: su cepillo de dientes, su ropa, cualquier cosa que fuera claramente suya.

Fuimos al piso un par de días después. A las dos nos sorprendió descubrir que la asistenta había colocado una gruesa alfombra blanca con adornos negros al pie de la escalera. Me pregunté qué habría debajo —una mancha de sangre oscura o arañazos en el suelo barnizado, o simplemente el olor de la muerte—, pero resistí el impulso de levantar el borde y mirar. Algunas de las cosas de Charles habían desaparecido, como el abrigo que colgaba detrás de la puerta y sus zapatos, cuidadosamente alineados a lo largo de la pared, pero él seguía estando en todas partes. Estaba en los libros de los estantes y en las huellas dactilares de las paredes, y su largo paraguas negro seguía apoyado junto al de ella en el pasillo.

—¿Estás segura de que quieres vivir aquí? —le pregunté a

Marnie, tratando de alcanzarla mientras iba y venía de una habitación a otra.

Ella frunció el ceño y empezó a subir la escalera.

—¿Estás segura? Podríamos buscar otro piso...

—No —me interrumpió, deteniéndose en el escalón superior y volviéndose para mirarme—. Debo estar aquí. Es lo correcto. Quiero que el pequeño —y se llevó una mano al vientre— sepa al menos un poco de su padre. Y ésta fue nuestra casa. Es lógico. Tiene que ser aquí. —Miró más allá de mí—. Fue aquí. Probablemente aquí mismo, donde tengo los pies ahora. Aquí es donde tomó su último aliento. Eso es algo que su hijo debería saber, ¿no te parece?

¿Qué piensas tú? ¿Es algo que te gustaría saber? Sé que me quedaría destrozada si me llamaran para comunicarme que mi padre había muerto. No porque echara de menos al hombre que es hoy: un tramposo y un desertor, sino porque echaría de menos al hombre que una vez fue.

Durante la primera década de mi vida, él fue constante, honesto, fiel e incondicional. Siempre estaba allí y siempre me alentaba, y, a pesar de todo lo que sucedió cuando dejó de ser un buen padre, antes de eso nunca fue egoísta. Tenía carencias y defectos, pero estaba resuelto a que éstos no lo definieran. Luego algo cambió. Esas dificultades que durante décadas habían borboteado bajo su piel —la impaciencia, la incertidumbre y la volatilidad— empezaron a filtrarse por sus poros.

¿Querré visitar el lugar donde él muera? No lo creo. Para mí murió en la puerta de casa, con la maleta en la mano, sonriendo mientras nos dejaba atrás.

—Tal vez un nuevo comienzo...

—Quiero estar de vuelta en Navidad —dijo Marnie.

—Sólo faltan unas pocas semanas...

—Voy a organizarlo. Pintaré y cocinaré..., y necesito un árbol y un pavo... Haré que valga la pena.

—Eso es mucho, Marnie. Es demasiado que asimilar para ti y para mí.

—Ya está decidido. Y tú vendrás. Y también Emma. Haré que se haga realidad.

—Estaremos con...

—Tu madre. Sí, lo sé. Pero eso es por la mañana, ¿no? Bueno,

pues después.

—Yo...

—No es opcional —insistió, con la cara de pronto rígida y los ojos muy abiertos—. Estás invitada a pasar conmigo la Navidad. Si aceptas o no esa invitación es cosa tuya. Pero yo ya estaré viviendo aquí y aquí voy a celebrarla.

Marnie y yo tenemos muy pocos rasgos en común. Ella es abierta, afable, cariñosa y valiente. Yo soy cerrada, fría, airada y miedosa. Ella es la luz y yo, la oscuridad. Pero las dos somos increíblemente tozudas. Sé que en ciertas cosas no dará su brazo a torcer; no es posible comprarla, sobornarla ni ganarla.

—Entonces acepto —dije—. Me encantaría venir.

—¿Y me ayudarás a mudarme aquí?

—Por supuesto.

—Estupendo. Empecemos. Quiero tomar las medidas para una cama nueva.

Y eso es lo que hicimos. Anotamos las medidas para una cama nueva porque, aunque podía dormir en el piso de su marido muerto, no se veía durmiendo en su cama. La encargó esa misma tarde. Una de matrimonio pequeña («será sólo para mí», dijo), con una cabecera tapizada en capitoné rosa («él nunca habría elegido el rosa»), y espacio para guardar cosas debajo («para las muselinas y los pañales, y todas las demás cosas que los bebés parecen necesitar»).

Se mudó dos semanas después, el mismo día que llegó la cama, y aunque intenté ser pragmática, lo viví como si volvieran a arrebatarme algo. La ayudé con las maletas, empaqueté los utensilios de cocina que habían abarrotado mis armarios y metí en cajas sus zapatos, que estaban amontonados detrás de la puerta principal. Metimos todo en un taxi a primera hora de la mañana, con bolsas a los pies y en los regazos, y ella se dispuso a dejarme.

Estoy siendo dramática, lo sé. Me daba pena que se fuera, pero pude racionalizar mi tristeza porque también me alegraba verla tan concentrada y satisfecha. Había disfrutado atendiéndola, cuidándola e infundiéndole fuerza, pero no era una forma de vida sostenible.

El mundo está lleno de personas vulnerables. Se apoyan en otras, confiando siempre en ese sostén extra, esa fuerza extra. Emma, por

ejemplo, es increíblemente vulnerable. Pero Marnie no. Se había puesto a trabajar otra vez unos días antes: conectó el móvil, subió sus vídeos, compartió actualizaciones e interactuó con el mundo que había construido a su alrededor. Con esa plataforma debajo de ella, parecía de alguna manera más fuerte.

—Puedes irte —me dijo después de que lo dejáramos todo en el vestíbulo y lo subiéramos al piso, haciendo viajes en el ascensor—. Creo que empezaré desde aquí.

—Pero ¿no quieres que te ayude a deshacer el equipaje?

—No, gracias —respondió ella de pie en la puerta (su puerta), con una mano en el marco y los pies en el suelo de parquet, y yo en el pasillo, al otro lado de la entrada—. Estoy bien. Pero gracias.

—Pero...

—Te llamaré mañana —dijo, y cerró la puerta.

Me sentí un poco enfadada y herida en mi orgullo.

Y también algo avergonzada. Miré a izquierda y derecha, pero no había nadie más, ningún testigo de mi desalojo. Miré el lugar donde me había sentado hacía casi tres meses. Me pareció que era otra persona, otra época, otro mundo. Luego me marché a casa.

Aquí está la cuestión. Marnie tenía una familia, al igual que todos, pero a mí nunca me lo había parecido. Cuando era pequeña creía que una familia era inquebrantable, irrompible, algo fijo e inamovible. Tenía una hermana y ella siempre sería mi hermana, y tenía a mis padres, que siempre serían mis padres. Hasta mucho después, cuando mi padre se marchó y mi madre me repudió, no me di cuenta de lo equivocada que estaba. No era inamovible en absoluto. Pero lo había sido a lo largo de mis años de formación. Hasta mucho, mucho después, no comprendí que necesitaría construir mi propia unidad, que tendría que convertirme en alguien a quien otros quisieran amar.

Marnie aprendió esa lección a una edad mucho más joven. Su familia había venido en oleadas, tan pronto estaba como no, y era totalmente impredecible. Ella quería que esa familia, su nueva familia, fuera diferente. Tenía el poder de crear esa red, construir esa unidad tal como ella quería, y eso era lo que se proponía hacer.

27

Siempre me ha gustado el otoño. Me gusta la sensación de que algo se acaba pero no del todo. Me gustan las fogatas al aire libre, las cortinas corridas, los gruesos jerséis de lana y las botas que te encierran los pies y te protegen los dedos. Me gustan los vientos que cortan y las nubes que suavizan el cielo, y la sensación de salir al frío y entrar en un lugar caliente. El verano es excesivo, está demasiado lleno de expectativas, hay demasiada presión para estar alegre, optimista y radiante. Y el invierno es demasiado oscuro, hasta para mí.

Pero diciembre siempre ha sido un mes extraño en esta ciudad, una anomalía que no sigue las pautas del calendario. Sólo durante ese mes, parece diferente. Hay algo insólito en el aspecto, la atmósfera y las personas que se filtran a medida que se acercan los días más oscuros.

Algunos de los cambios ocurren despacio, en el transcurso de varias semanas. Cuelgan hileras de luces entre los edificios que brillan contra la negrura de una noche que llega cada vez más temprano. Renuevan los escaparates, decorándolos en tonos festivos con adornos, abetos, trineos y nieve. Hay menos gente por las calles. Al acercarse las últimas semanas del mes, los trabajadores, que se pasan todo el año viajando en tren, pateándose las calles y entrando y saliendo por las puertas giratorias de los bloques de oficinas —personas como yo—, suman las vacaciones anuales a los días festivos y se quedan acurrucados en sus sofás en lugar de salir. Hay hordas de turistas con gorros rojos y borlas blancas, bolsas de compras, cámaras y niños sujetos al pecho, entrando y saliendo de tiendas de juguetes, patinando en pistas provisionales en lugares por lo demás poco explotados y colocándose en el lado equivocado de la escalera mecánica. Aun así, no hay suficientes para compensar las ausencias y contrarrestar la mitad de una ciudad desierta cuyos habitantes se apalancan en sus hogares.

Otros cambios son casi instantáneos: de repente sonreímos a los

que viajan con nosotros en el metro, y luego charlamos cortésmente con nuestros colegas en la cocina, sobre los planes para las vacaciones, quién cocinará y, vaya, eso es un montón de niños para dos días completos y ¿no os superan en número? Y luego, casi sin darnos cuenta, estamos deseando feliz Navidad a todas las personas con las que nos cruzamos: el hombre de la recepción que parece tan cascarrabias pero que ahora lleva en la chaqueta del traje un alfiler festivo que se ilumina, el director que sonríe en el ascensor de una manera bastante desconcertante, el camarero de la cafetería donde compras el café de la mañana, los basureros, los empleados de la limpieza, la mujer que lava las tazas en el fregadero de la cocina. La estructura de la ciudad cambia y, de repente, todos somos mejores personas que antes: más amables, más alegres y optimistas. Mostramos la mejor faceta de nosotros mismos.

No reparamos en el colega que ya no tiene pareja, que tiene a sus hijos en otro lugar o cuyos padres llevan mucho tiempo muertos. Ignoramos a la mujer sin hogar sentada a un lado de la calle encima de su saco de dormir, con una manta sobre los hombros y el frío que penetra el blanco de sus ojos. No somos capaces de advertir la tristeza que todavía existe en medio de esa alegría festiva.

En ese momento de mi vida, yo podía ser ambas personas. Podía llevar tristeza y alegría. Tenía una mejor amiga que iba a dar una comida y una hermana guapa, pero un padre ausente, un marido muerto y una madre con demencia.

Supongo que este año aportaré poca alegría; sólo tristeza. ¿Sabes?, no puedo sacudírmela. Ha ido a más. Sigue yendo a más.

Ahora que lo pienso, supongo que ése fue mi último año alegre. Llamé a Emma justo después de las doce en Nochebuena. Habíamos quedado en ir a ver a mi madre a primera hora de la mañana del día de Navidad. No lo habíamos admitido en voz alta, pero yo sabía que las dos queríamos ir lo más temprano posible, para acabar pronto y no tener que pensar en ello el resto de la tarde. Sabía que Emma no quería visitarla, que le daba pavor, y yo contaba con que pusiera excusas que la exoneraran. La llamé, y al oír sonar el teléfono me pregunté si pasaría de contestar, si era capaz de pasar de mí para evitar a mi madre.

—¿Cuál es el plan, entonces? —le pregunté cuando finalmente respondió—. ¿Quedamos en la estación y vamos andando desde allí?

—¿Sabes si está mejor? ¿Te lo han dicho?

—Dicen que continúa con gripe, pero creo que si es una hora más o menos no hay problema.

—Oh, pero si ella está...

—Emma —la interrumpí—. Vamos.

—No lo sé, Jane —respondió en un exagerado despliegue de preocupación—. Si no está bien... Y nos presentamos allí llevando toda clase de virus... ¿No deberíamos esperar? ¿Ir la semana que viene, tal vez?

—Em, es nuestra madre. Y es Navidad.

—Creo que yo paso, si no te importa. ¿Quedamos en casa de Marnie? ¿Alrededor de las dos? ¿Me enviarás un mensaje con la dirección?

—Em...

—Gracias, Jane. Te quiero. Feliz Navidad.

Y colgó.

Me quedé mirando el teléfono. Estaba enfadada, pero esa conversación había adoptado muchas formas diferentes durante muchos años, por lo que no me sorprendió.

Emma estaba enfadada con mi madre, y con razón, por lo poco que la había apoyado en los peores años de su vida. Pero yo también lo estaba. Y tenía tantos motivos como ella para estarlo, si no más. No sólo me había repudiado un tiempo, dejándome completamente tirada, sino que durante la mayor parte de mi niñez no me había hecho caso. Emma siempre había sido la favorita. Pero ella nunca se paró a pensar, ni siquiera trató de verlo desde mi perspectiva. Emma siempre estaba ansiosa, con los nervios de punta, absorta en sus propios problemas y obsesionada con sus propios sentimientos, y eso la hacía egoísta. Podía negarse a ir porque sabía que yo no dejaría de ir. No podía y nunca lo he hecho. Porque eso habría sido cruel.

Pero ¿qué pasaría si yo hubiera empezado esa conversación diciéndole que no tenía valor para ir, que no me veía capaz de silenciar mi ira durante una hora y que esta vez dependía todo de ella? ¿Y si hubiera hecho lo que ella siempre hacía? ¿Si hubiera dejado de ser su fuerza y le hubiera pedido que fuera la mía?

Todavía no sé las respuestas a esas preguntas. ¿Acaso puede apoyar a otra persona alguien que ha pasado toda su vida apoyándose en los demás? No estoy segura. Creo que cuando uno asume

voluntariamente ese papel en la vida de otra persona, debe aceptar que ésta siempre se pondrá primero y que la estructura de esa relación no puede revertirse. La dejará caer antes de sacrificarse para apoyarlo.

Llegué temprano porque el taxista, que estaba cobrando el triple por una carrera en día festivo, había excedido el límite de velocidad a la menor oportunidad. No lo soporté: el impulso, las vibraciones, esa sensación de estar completamente reprimido, completamente a expensas de otra persona.

Entré en la habitación de mi madre y la encontré sentada en la cama con una camiseta naranja y una chaqueta de punto azul que se le resbalaba del hombro izquierdo. Tenía un cuello de volantes y en uno de ellos había una placa festiva, un árbol decorado con adornos de colores, pequeños destellos rosas y amarillos vivos.

—Buenos días —dije, y sonreí al cruzar la puerta y pasar por debajo del muérdago clavado en el marco—. ¿Cómo estás?

—Bien. Estoy bien.

Arrastré el sillón de la esquina hasta su cama y me senté a su lado. Cuando se mudó a ese centro, contraté a un hombre con una furgoneta (encontré su tarjeta en la ventana de la oficina de correos) para transportar algunas de sus pertenencias. El sillón fue lo más importante. Y aunque hubo malas caras por parte de las enfermeras, insistí en que era absolutamente esencial. También puse cuatro de los cojines que habían decorado la enorme cama que ella tenía en casa, algunos grabados enmarcados, una pantalla de lámpara con borlas, una pila de libros y su joyero. Con el tiempo introduje otras pequeñas mejoras: un posavasos antideslizante estampado con una fotografía de su niñez para su vaso de agua, por ejemplo. Un jarrón gris moteado (había comprado un vistoso ramo de flores en la floristería de la estación de tren el día anterior) y una tablet para que pudiera ver películas y pasar los viejos vídeos caseros, y para que, cuando se sintiera capaz, me enviara un correo electrónico. Cada vez me llegaban menos.

Cuando ahora miro atrás y veo la versión de mí que pasó tanto tiempo preocupándose por ella y mimándola, me sorprende mi propia dedicación. De niña me peleé para obtener reconocimiento: me iba muy bien académicamente, obteniendo premios y elogios de mis

profesores; en casa era servicial de un modo casi rastrero, poniendo la mesa, vaciando el lavavajillas y cambiando las sábanas; trataba de ser animada y entretenida, así como una influencia positiva en nuestro hogar. Esas cosas, los adornos y las visitas semanales, sólo eran ejemplos más recientes de las muchas formas en que yo había danzado para obtener su atención.

Le puse bien la chaqueta y ella me miró furiosa, con las pupilas muy grandes. Me di cuenta de que le habían dado algo, tal vez para el resfriado, o simplemente para tenerla aplacada, y afortunadamente los fármacos parecieron ocultar la ausencia de Emma, pues ni siquiera preguntó por ella. A pesar de la medicación, ese día se mostró más perspicaz en muchos aspectos, interrogándome sobre el trayecto hasta allí y exigiendo saber mis planes para la tarde.

—¿Estarás con Marnie y Charles?

—Sólo con Marnie.

—¿Charles no? —preguntó, y se le juntaron las cejas en el centro de la frente.

—No —respondí, y bajé la cabeza hacia un lado. Su cara pasó de la confusión a la preocupación, porque ese movimiento sólo ha precedido las malas noticias—. Ya te lo dije. ¿No te acuerdas? —Suspiré—. Charles murió.

—¿Murió? —repitió horrorizada, con voz aguda y una fea expresión de incredulidad, como cada vez que le daba esa noticia—. ¿Cuándo?

—Hace unos meses.

—¿Cómo?

—Se cayó por la escalera. Ya lo sabías. Simplemente no quieres recordarlo.

—Bueno, no. No querría. Es horrible.

—Lo sé. Yo estuve allí. —Y no sé por qué lo hice, porque no había compartido ninguno de esos detalles con ella antes, pero creo que quería que reconociera que ella no era la única que sufría—. Marnie y yo lo encontramos tirado al pie de la escalera. Lo vimos.

—¿Muerto?

—Sí —respondí.

—Murió solo. —Parecía triste cuando lo dijo, como si eso en particular fuera algo insoportable. Entonces me di cuenta de que nunca habíamos hablado de la muerte, ni en profundidad ni

superficialmente, que era un simple hecho, una simple pérdida—. Qué cosa.

—Me temo que yo podría haber estado fuera de su piso cuando pasó. Estuve esperando a que Marnie volviera a casa. Ella estaba en la biblioteca, y me pasé una hora allí sentada, leyendo y esperando.

—Me temo —respondió ella, y era una pregunta y al mismo tiempo una afirmación— que podrías haber hecho algo.

—Tal vez. Si hubiera oído algo o hubiera tenido una llave del piso.

No sé por qué lo dije. Y al mismo tiempo, creo que sí lo sé. Quería que me protegiera, que mirara dentro de mí, viera que algo estaba roto y lo arreglara. ¿No es eso lo que hace una madre? Y, si no podía hacerlo, si no podía ver ni arreglar las fracturas, quería que pensara que yo era de las personas que podían salvar una vida y no de las que la quitaban. Quería que pensara que, si hubiera podido hacer algo, lo habría hecho. Que si pudiera ser una mejor versión de mí misma, lo sería.

—Una llave —repitió.

—Antes tenía una. Les regué las plantas cuando se fueron de vacaciones. Pero ya no. Se la devolví.

Asintió.

—¿Te acuerdas de David? —le pregunté—. Vivía al lado de tu casa. Solía regar las tuyas cuando nos íbamos.

Llegué a casa de Marnie justo después de las dos. En su piso había demasiadas personas y se respiraba una extraña mezcla de alegría, tristeza y fingimiento. En el pasillo había un árbol decorado con adornos plateados y un ángel brillante en lo alto. Había galletas esparcidas ingeniosamente por la escalera y un plato lleno de pequeños *mince pies*. Por los altavoces sonaban villancicos, y Marnie llevaba alrededor del cuello una tira de espumillón.

Me entraron ganas de estrangularla con ella.

—¡Jane! —me llamó al verme flotar junto a la puerta principal abierta—. Llegas más temprano de lo que esperaba. ¿Cómo está tu madre? Pasa, pasa. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Una copa? ¿Vino? ¿Un jerez, quizá?

Le di una pequeña bolsa de regalo. Me había esforzado en buscar

un presente que fuera a la vez sentimental y sobrio; respetuoso, supongo. Al final opté por un juego de cortadores de galletas ridículamente caro que ella había señalado hacía años en una tienda que estaba a sólo unos minutos de nuestro primer piso. «¿No serían perfectos?», había dicho. Tenían la forma de dos senos y venían de todas las formas y tamaños, con cortadores aparte para todo tipo de pezones. Yo no había entendido muy bien el atractivo que tenían.

—Gracias —dijo ella, dejándolo envuelto en el suelo junto al radiador entre otros regalos y bolsas con botellas. Por aquí... Emma ya ha llegado. Creo que está en la cocina. Está un poco... ¿Cuándo la viste por última vez? ¿Has dicho vino?

—¿Quiénes son todas esas personas? —le pregunté. No reconocía a nadie, pero había al menos veinte o treinta personas más apiñadas en el piso.

—¿No te encanta? —respondió Marnie—. Es un grupo fascinante. Ése es Derek. —Señaló a un hombre de mediana edad vestido con una camisa a cuadros y una corbata con un reno—. Vive tres puertas más allá. Su mujer murió a principios de este año. De cáncer. Así que tenemos mucho en común. Y éstos son Mary e Ian. —Señaló a una pareja que tenía al menos noventa años. Él se disponía a comer un *mince pie*, pero gran parte de la masa se le derrumbó sobre la chaqueta. Y ella tenía el pelo de un gris precioso, perfectamente recogido con pasadores para que le cayera por un lado del cuello—. Viven en la planta baja. Los conocí ayer en la portería y los invité. Aquella de allí es Jenna. Me hace la manicura. Y ésa es Isobel. Limpia el piso. Es posible que la hayas visto antes. Se separó de su marido e iba a pasar el día sola y pensé que no, que eso no estaba nada bien, así que le dije que viniera. ¿No es encantador?

—Ya lo creo, Marnie. Pero ¿estás segura...? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué puedo hacer?

—Todo está bajo control. Tengo dos pavos en el horno. ¿No te llega el olor? Huelen bien, ¿verdad? Y ya hay muchas cosas para picar. ¿Llevas el móvil encima? Tal vez podrías hacer alguna foto. Voy a colgar un post sobre cómo organizar una «Navidad de bienvenida a todos».

—¿Y el bebé? ¿Ya descansas lo suficiente?

—Ya se me empieza a notar, ¿lo ves? —Se puso de lado—. ¿Puedes creerlo?

—¡Jane! —Emma me agarró y me estrechó entre sus brazos—. ¡Feliz Navidad! ¿Cómo estás?

Se echó hacia atrás y yo prolongué un momento más el abrazo, sólo para asegurarme de que realmente podía rodearle la cintura y tocar el codo opuesto con las palmas. Estaba mucho peor de lo que había estado en años. Retrocedí un paso y le miré la cara. Tenía las mejillas huecas, tan hundidas que casi se le marcaba el contorno de los dientes. Le sobresalían las flacas muñecas de un jersey enorme y los vaqueros ajustados le quedaban holgados alrededor de los muslos.

—¿Ves a ese hombre? —continuó—. ¿El de la camisa rosa salmón? Ha estado veinte minutos hablándome y sólo ahora he logrado escapar. Sin ofender, Marn, estoy segura de que es un gran amigo o lo que sea, pero...

—¿El de los cordones rojos y sombrero de papel? —preguntó Marnie. Emma asintió—. No tengo ni idea de quién es. ¿Ha dicho algo sobre...? Espera —Y cruzó la cocina para presentarse.

—¿Un *mince pie*? —Le tendí el plato a Emma.

—Ya he comido —respondió ella, frotándose el estómago como para indicar que estaba demasiado llena—. Y todavía queda el pavo.

Nos miramos y tuvimos varias conversaciones en silencio:

—No estás comiendo.

—No es verdad.

—Estás mintiendo.

—No.

—¡No me mientas a mí!

—¿Cómo te atreves a acusarme de mentir?

O:

—No estás comiendo.

—No tengo hambre.

—Debes de estar hambrienta. Come algo.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer.

O bien:

—Tienes muy mal aspecto.

—Vete a la mierda.

—Lo digo en serio. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—No es asunto tuyo.

Pero nada de todo eso hacía falta decirlo.

—Ahórratelo —dijo ella en su lugar.

Asentí.

—¿Puedo hacer algo? —le pregunté.

—No. ¿Cómo has visto a mamá?

—Bien. Cansada, pero mucho mejor.

—¿Estaba enfadada conmigo? ¿Por no ir?

Yo quería decirle que se había enfadado, que se había sentido decepcionada e incluso abandonada, para que yo pudiera ser la mejor hija. Y al mismo tiempo quería decirle que ni se había dado cuenta, para que Emma pasara a ser la olvidada, la relegada a los pozos de la demencia. Pero ambas sabíamos que yo nunca había sido la hija más recordada y querida.

—No. Estaba bien.

Emma asintió aliviada.

—Bueno, supongo que eso es algo. Siento no haber ido. Es que... no he podido.

—Hablemos de otra cosa —respondí, y me pregunté si en otras familias había tantos límites invisibles, tantas palabras que no podían pronunciarse—. ¿Ése es uno de sus jerséis?

—¡Sí! —Emma sonrió—. ¿Te acuerdas de él? Siempre me hace pensar en esa Nochebuena en que papá se disfrazó y entró de puntillas en nuestras habitaciones, pero tropezó con el arcón de los juguetes e hizo tanto ruido que nos despertó, y todos acabamos en urgencias.

—Lo recuerdo —respondí.

—Estábamos en pijama y mamá llevaba este jersey, y en la sala de espera había borrachos y alegres, y también heridos. ¿Te acuerdas? Y ese hombre que se había hecho un corte en la mano con un portarrollos de celo.

—Y la enfermera nos dio caramelos a medianoche.

—Tenía el pelo rosa.

—¡Sí!

—Después de eso siempre he querido tener el pelo rosa.

—Pues tíñetelo —le dije.

—Tal vez lo haga.

—No pasa nada —nos interrumpió Marnie, volviendo a la conversación anterior—. Resulta que lo conozco. Trabaja en la sección de mensajería de la oficina de Charles. Crisis evitada. Dejad que vaya a ver los pavos. ¡Pensaba que ibas a hacer algunas fotos!

Ese día hubo tristeza. Emanaba de las dos fotografías enmarcadas

que había en la repisa de la chimenea, una al lado de la otra, tomadas durante su luna de miel. Estaba en la bola de madera que colgaba del árbol y en la que se leía: «Nuestra primera Navidad casados», y que debía de haber sido un regalo de bodas. ¿Cómo iba a imaginar alguien entonces que el matrimonio no duraría ni un año? Y había tristeza en los fantasmas que nos acompañaban a todos: a Marnie, a mí y a los demás invitados, vagabundos y extraviados que también habían traído consigo a sus seres queridos perdidos.

Pero también hubo alegría. Y mucha. Así que hice lo que me indicaron, y dejé de lado todas las cosas que no podían abordarse y me concentré en la comida, la conversación y los juegos que organizamos al final de la velada, todo tipo de extraños gritando respuestas y chocando esos cinco con nuestros compañeros. Gané al juego de la mímica, si es posible que gane alguien. Y perdí al Scrabble. Ian colocó tres palabras de ocho letras y obtuvo más de quinientos puntos. Y Emma y yo ganamos a Jenna e Isobel a la canasta.

A las siete, la mayoría de los invitados se habían ido, y Marnie se había quitado el delantal y estaba sentada en el sofá, con el brazo sobre su pequeño bombo.

—¿Pongo..?

—¿Un poco de orden? —respondió ella.

Nuestra amistad se había construido sobre «un poco de orden». En nuestro primer año en el instituto —el primer año de nuestra amistad—, nuestra tutora, la señorita Carlisle, era una fanática de la limpieza y el orden. En retrospectiva, está claro que sufría un trastorno obsesivo-compulsivo bastante agudo. En ese momento pensamos que sólo era una maniática del orden; como siempre, la verdad nunca es evidente a primera vista.

Casi todas las mañanas insistía, en ocasiones más de una vez, en que entre todos pusiéramos «un poco de orden». Eso significaba colgar los abrigos y los jerséis en los percheros del fondo del aula, colocar bien las mochilas debajo de nuestros asientos y los libros en los pupitres, rehacer las coletas que estuvieran flojas, quitarnos las gomas de pelo de las muñecas, estirar los collares torcidos, atarnos los cordones sueltos, desenrollarnos las mangas de las blusas y una interminable lista de otras pequeñas exigencias.

Siempre obedecíamos, pero se convirtió en una frase hecha, una broma que definió nuestra amistad, una de las primeras cosas que

compartimos y que los demás —nuestros padres, nuestros hermanos, los alumnos de otros grupos o que iban a otras escuelas— no entendían.

Marnie y Emma vieron dos películas navideñas seguidas, una después de otra, tan cómodas como cuando éramos niñas, y yo iba de un lado para otro, llenando el lavavajillas, enjuagando los platos y los vasos, limpiando las encimeras, hasta que regresó el orden y pude instalarme también debajo de la manta. Recuerdo que el piso parecía ruidoso a pesar del silencio. Se oía el zumbido del lavavajillas, y un goteo en algún lugar del interior de las paredes que se extendía a lo largo del zócalo y escaleras arriba, y subí el volumen del televisor para ahogarlo.

Cuando la primera secuencia de la tercera película iluminó las paredes de la habitación, me vibró el móvil en el muslo. Lo saqué, y no estoy segura de qué esperaba, pero creo que se me pasó por la cabeza que fuera un mensaje inesperado de mi padre. En su lugar encontré un correo electrónico de Valerie Sands.

El asunto rezaba: POR FAVOR, LÉELO: NO LO BORRES.

Me sentí recelosa e intrigada al mismo tiempo. No habíamos sabido nada de ella, ni una palabra, desde que había publicado el segundo de sus dos artículos. Mi ansiedad inicial había disminuido entretanto. Había aceptado su silencio y supuesto que había terminado. Pero ahí estaba de nuevo, en la noche de uno de los días más íntimos del año, un día dedicado a la familia y los amigos, al hogar y la felicidad, enviando un correo electrónico a alguien que apenas conocía.

Yo había dejado de seguirla en internet con regularidad, y sólo de vez en cuando rastreaba sus pasos y hacía un croquis de sus días. Sabía que había asistido a un espectáculo organizado por el estudio de baile donde ahora daba clases al menos dos veces por semana. Y que había escrito algunos artículos relacionados con las Navidades para el periódico: cuando se inundó la pista de hielo, cuando encendieron las luces de la calle mayor por una celebridad nada singular, y algo bastante profundo sobre la falta de hogar y la soledad. Pero ya no seguía su recorrido por la ciudad todos los días ni investigaba cada localización etiquetada. Parecía que, a pesar de mi desidia, ella seguía igual de comprometida con nosotras.

Abrí el correo electrónico debajo de la manta para ocultar el

brillo de la pantalla. Decía que sabía que su primera historia no era del todo precisa; que en cuanto conoció a Marnie, vio claro que había malinterpretado sus sospechas. Decía que no volvería a cometer el mismo error y me deseaba una feliz Navidad. «Aunque tampoco creo que tu historia, tu versión de los hechos, sea muy exacta.» Al rompecabezas sin duda le faltaban piezas, pero ella había descubierto las suficientes para saber que había algo más oculto que aún no se había dicho. Me animaba a responder, a llenar las lagunas y a contar por fin mi verdad. Porque, y eso lo prometía, acabaría encontrando las respuestas.

Cerré el correo electrónico y deslicé el móvil entre dos cojines del sofá. Volvía a sentirlo: el miedo creciente, un pánico que se reavivaba dentro de mí.

Pero entonces Marnie se sacudió, se le cayó la manta de los hombros y una mano salió disparada hacia su vientre.

—He notado algo —dijo—. Creo que he notado algo.

—¿Qué? —preguntó Emma—. ¿Qué has notado?

—No lo sé. ¿El bebé? Como una mariposa. Como una mariposa en la barriga.

—Déjame —pidió Emma, apartándole la mano y poniendo la suya en ese espacio—. No lo noto. No noto nada.

—Bueno, ya ha parado.

—Oh —dijo Emma decepcionada, levantando la mano—. Avísame enseguida la próxima vez para que yo también pueda notarlo.

Durante los meses siguientes vería crecer esa protuberancia, hinchándose y estirándose bajo la piel de Marnie, hasta que se asentó frente a ella como una pelota debajo de la blusa. La vi cambiar como en la sucesión de imágenes de un libro animado, centímetro a centímetro, semana a semana, a medida que volvíamos a nuestra vieja rutina, las cenas al final de cada semana. Fue bonito y definitivamente extraño ver a esa mujer, a quien había conocido de niña, evolucionar hasta convertirse en madre. Y en cada etapa de esa evolución yo la había protegido. Al principio, de sus padres, luego de sus novios y también de su jefe. Y luego de un marido despreciable.

Y siempre, incluso ahora, de la verdad.

Emma y yo nos quedamos a pasar la noche. Dormimos en la misma cama y fue como si volviéramos a estar en una caravana en la costa. Durante el desayuno, Emma preguntó por Valerie, y Marnie explicó que sólo se habían reunido una vez y que, sin saberlo, había dado pie al segundo artículo, que había sido culpa suya y que yo había tenido razón, sólo había que tener paciencia. Me disculpé con el pretexto de ir a deshacer la cama porque no era capaz de sobrellevar esa conversación con resaca. Y cuando nos íbamos, Emma miró la alfombra al pie de la escalera y dijo: «Mira. Aquí es donde ella dejó morir a tu marido», y puso los ojos en blanco. Su humor era desagradablemente oscuro, retorcido y desinhibido, pero Marnie se rio, liberada por su estilo directo. Yo también intenté sonreír y participar en la broma.

Entonces supe que todavía podía desmontarse todo, que la verdad aún podía encontrarme. Estaba cerca, siempre cerca, nunca acababa de formar parte del pasado.

28

Las mañanas, como las tardes, eran oscuras, y las noches lo eran aún más. Hacía suficiente frío para que nevara, con el cielo de un blanco sucio. Los árboles estaban pelados, sólo ramas tiernas que amenazaban con partirse, y el aire era helado y cortante. Yo tenía la piel tan seca que me picaba continuamente, y dejaba escamas en la cama, en las toallas y en la ropa cuando me desvestía al final del día.

Había estado trabajando muchas horas desde principios de mes, cubriendo las vacaciones de los empleados que eran padres y no podían regresar hasta mediados de enero, cuando sus hijos volvían al colegio. Y de los altos cargos, que no regresaban hasta fin de mes porque el comienzo del año era el mejor momento para ir al Caribe y a gran parte de Extremo Oriente.

Todas las mañanas, al sentarme ante mi escritorio, releía el correo electrónico de Valerie e intentaba redactar mentalmente una respuesta. Jugaba con las palabras, preparando una contestación educada que la impulsara a dar un paso atrás y buscar otra noticia, otra cruel y furiosa que la desafiara, y, a veces, una tercera que en el más débil susurro confesara. Pero entonces empezaba la jornada laboral y me distraía deliberadamente con problemas más fáciles de solucionar.

Suena ridículo, lo sé, pero tenía la sensación de que ella me observaba. A veces la veía, o eso creía, al menos, fuera de mi piso, en la oficina, o por las ventanas de plástico del metro, en el andén o en el vagón de al lado. Por todas partes veía a mujeres con el pelo corto y siempre buscaba un tatuaje negro en la nuca.

Me sorprendí rebobinando mentalmente la muerte de Charles. No me detenía en los sentimientos (la adrenalina, la expectación, el alivio), sino, de un modo bastante pragmático, en las pistas que algún día ella podría encontrar. No había huellas dactilares, ni testigos, ni sospechas de ninguna otra parte. Por no haber no había ni cuerpo, sólo un esqueleto que se descomponía a casi dos metros bajo tierra.

Yo pasaba de la confianza absoluta —no había nada que descubrir; con el tiempo ella se rendiría— al pánico total. Pero debo admitir que mi miedo iba en aumento. Llegué a convencerme de que ella encontraría el único cabo suelto que pondría al descubierto mi participación.

Respondí a su correo electrónico a final de mes. Era un viernes. Debería haber ido a casa de Marnie, pero ella me había llamado el lunes para decirme que la habían invitado al lanzamiento de un nuevo restaurante y preguntarme si podíamos anular nuestros planes por una vez. Me quedé trabajando hasta tarde, y, cuando lo acabé todo, hasta lo que llevaba meses en mi lista de tareas pendientes, respondí a su correo electrónico.

«Siento haber tardado tanto en responder —escribí—. Pero gracias por las disculpas.»

¿Qué te parece? ¿Era demasiado lisonjero? Quería caerle bien.

«Me preocupa que te hayas obsesionado con nosotras, pues realmente no merecemos tu tiempo.»

Era obvio que su fascinación era más que académica.

«No hay nada más que averiguar —continuaba—. Mi marido murió en un trágico accidente. Y lo mismo puede decirse de Charles, quien, como sabes, era el marido de mi mejor amiga. Fue devastador y una horrible coincidencia, pero eso es todo. Espero que este correo electrónico ya no sea necesario.»

No era cierto.

«Estoy segura de que las investigaciones te habrán llevado a la misma conclusión. Así que probablemente no vale la pena que lo diga, pero te agradeceré que dejes de investigarnos y de escribir sobre nosotras, porque necesitamos encontrar la manera de seguir adelante con nuestras vidas.»

Respondió a los pocos segundos de que yo pulsara «Enviar».

«Reunámonos», decía su mensaje.

«No, gracias.»

«Tengo algo que te interesará.»

«Me cuesta creerlo —respondí—. Pero dime qué es y te contesto.»

Paseé la mirada por la oficina vacía. Eran casi las nueve y todos se habían ido hacía horas. Sacudí un poco el móvil, como si con ello pudiera desprender el siguiente mensaje. Pero la bandeja de entrada continuaba vacía. Deslicé el pulgar por la pantalla y actualicé una y

otra vez mis correos. Lo dejé encendido en la encimera de la cocina de la oficina mientras lavaba la taza en el fregadero. Lo tuve en la mano mientras apagaba el ordenador. Lo apagué y volví a encenderlo después de ponerme el abrigo, como si me hubiera pasado algo en la manga. Lo sostuve frente a mí mientras salía del edificio para dirigirme a la estación.

Esa noche me acosté en la cama con el móvil a mi lado en la almohada, con el volumen a tope. Me llevé un susto con cada mensaje: la actualización automática de las quejas que llegó entrada la noche, los correos electrónicos de minoristas que habían obtenido mis datos sin mi consentimiento, una actualización de viajes genéricos con información para el día siguiente.

Pero no había nada de Valerie.

Seguí esperando, pero debí de quedarme dormida porque al cabo de unos momentos sonó la alarma del despertador; era hora de levantarme e ir a ver a mi madre. Hice lo que siempre hacía: ir al baño, ducharme, prepararme. Y fue, cómo no, entonces cuando llegó el mensaje.

Lo encontré cuando volví a mi habitación diez minutos después, envuelta en una toalla y con otra enrollada alrededor del pelo como un vendaje. Traté de mantener la cabeza firme mientras lo leía.

«Pasó algo la semana anterior —había escrito ella—. No sé qué todavía. Pero tus vecinas (parecen chicas divertidas) salieron después de las doce de la noche y te vieron volver. Dijeron que estabas chorreando y que parecías estar llorando. No es ningún secreto que ibas a casa de Marnie y Charles todos los viernes. Dijeron que normalmente volvías alrededor de las once. ¿Qué pasó esa semana?»

—Nada —dije en voz alta. Y luego—: Mierda.

Sabía que tenía que responder algo, porque mi silencio podía malinterpretarse. No sabía qué escribir. Porque no podía confesar que habíamos discutido sin dar un motivo. Y no sólo me sorprendió el contenido de su mensaje, sino sus medios para obtener esa información, su supuesta prueba. Ella había entrado en mi edificio. Se había plantado delante de mi piso. Había estado hablando con mis vecinos.

Me senté en la cama y la toalla que tenía alrededor de la cabeza se soltó y el pelo me cayó sobre la espalda.

«¿Llorando? —escribí—. No. Pero desde luego empapada, tal vez

por eso se confundieron. Esa noche volví de su piso andando, y llegué mucho más tarde y mucho más mojada de lo normal. Pero no hay nada más.»

Pulsé «Enviar».

No te quedes mirándome así. Es grosero. ¿Y no sabes que hay personas a las que realmente les gusta caminar bajo la lluvia? Lo encuentran refrescante. En cierto modo es estimulante estar tan cerca de la naturaleza.

Ella no contestó.

Volví a leer sus mensajes del día anterior e hice clic en el enlace del bloque de la firma en la parte inferior de uno de ellos. Me llevó directamente a su página web. Y allí, de nuevo en mayúsculas rojas, se leían las siguientes palabras:

TEN PACIENCIA. HABRÁ MÁS MUY PRONTO.

29

Febrero vino y se fue, y no volví a tener noticias de Valerie, ni hubo actualizaciones de su página web. Yo seguía trabajando todas las horas de sol, y cuando adelantaron los relojes, dejé de ver la luz del día. No vi prácticamente a nadie ese mes, aparte de Marnie. Ella cocinaba para mí, como siempre había hecho, y hablábamos de su embarazo: lo que se sentía físicamente —el estiramiento, el dolor y el esfuerzo—, pero también emocionalmente, el peso de ser responsable de otra vida.

«Es muy extraño estar aquí sin él —decía cada vez que nos veíamos—. Es como si notara su presencia en este edificio. A veces hasta lo huelo: la loción para después del afeitado, y un olor muy masculino y ligeramente mohoso que siempre me hace pensar en él. Pero es importante concentrarse en el futuro.»

Me hablaba de nuevas oportunidades. Le habían enviado boles con una ventosa en la base para fijarlos a las mesas y estaba planteándose dedicar un espacio en su sitio web a recetas para niños. «No puedo regodearme en mi dolor —dijo más de una vez—. Tengo que montar una vida para mí y para el bebé.»

A menudo hablaba de los años próximos, de lo que vendría y de cómo sería su vida sin él. Y a veces parecía que se olvidaba de mencionarme. Me pareció que me correspondía a mí reintroducirme en la historia.

—Podría venir a vivir contigo un tiempo —le dije.

—Oh, eres muy amable. Pero no creo que sea necesario.

—Puedo venir cuando sea. Ayudaré en lo que pueda.

—Claro. Aunque creo que necesitaremos paz y tranquilidad las primeras semanas.

Yo estaba segura de que ella cambiaría de opinión. En otro tiempo yo misma había contemplado una vida con hijos y había sabido que ella seguiría siendo una parte fundamental en todos los sentidos. Nos veía a las dos juntas en cafeterías, paseando por el

parque con un cochecito y pasándonos un bebé. Estaba segura de que ella me necesitaría. Porque todos hablan de lo agotador que puede ser cuidar a un recién nacido, y de que es tarea de todos, y de lo esencial que es tener amigos y familiares cerca.

No se me ocurrió que yo tal vez no era el tipo de amiga adecuada para esa nueva etapa de su vida.

Estaba muy ocupada en el trabajo. Recluté a cinco personas nuevas, dos mujeres y tres hombres. El negocio crecía exponencialmente: había más pedidos cada semana, nuevos minoristas que utilizaban nuestra plataforma, y reinaba una permanente sensación de pánico a medida que nuestros sistemas, nuestro personal, nuestra configuración, todo resultaba demasiado inmaduro para dar semejante paso adelante.

En el departamento de Atención al Cliente, me sentaba a la cabecera de una mesa que se llamaba «Zadie». Al parecer, los nombres de mujer contribuían a que las personas se sintieran más cómodas y relajadas, por lo que todas las secciones del edificio, desde los muelles de carga hasta las oficinas del octavo piso, tenían un nombre femenino. Curiosamente, ninguna se llamaba Jane. Creo que el presidente prefería opciones femeninas e ingenuas, nombres que terminaran en «-y» o «-ie».

Mis nuevos empleados se sentaron en los bancos a ambos lados de Zadie. Las dos mujeres tenían unos cincuenta años, acababan de divorciarse y necesitaban desesperadamente un sueldo fijo. Había dos jóvenes recién licenciados que esperaban obtener ingresos rápidos para reforzar sus billeteras y poder viajar por el mundo: surfear, bucear, esquiar y seducir a las ingenuas dieciochoañeras en su año sabático. El hombre de más edad tenía unos cuarenta. Se llamaba Peter, y había trabajado en un banco durante más de una década, recibiendo un sueldo de seis cifras junto con las bonificaciones correspondientes. Hasta hacía dos años. Estaba sentado a su escritorio en una espaciosa oficina en un edificio de ladrillo rojo de la ciudad cuando se le empezó a acelerar el corazón hasta el punto de que creyó que le iba a estallar dentro del pecho. Notó cómo se le llenaban los pulmones de agua, el corazón le palpitaba con fuerza contra las costillas y se le salían los ojos de las cuencas. Se agarró el pecho y la respiración se volvió cada vez más agitada hasta que finalmente perdió el conocimiento.

Después de una serie de pruebas, controles y escaneos, le dijeron que no era nada, que no tenía ningún problema médico, que estaba sano en todos los sentidos. Volvió al trabajo el día después y esa misma tarde el corazón le estalló de nuevo. Al día siguiente se repitió la situación. Y el siguiente. Hasta que finalmente dejó de ir a trabajar y se quedó en casa. Su médico le diagnosticó estrés («como si fuera una enfermedad, además de un estado mental», me dijo en la entrevista) y lo dio de baja, lo que puso fin a los ataques de pánico, pero dio pie a una depresión profunda y complicada.

Fue muy sincero. Dijo que los meses se habían alargado hasta convertirse en un año y finalmente encontró el coraje para asistir a doce sesiones de terapia en una habitación diminuta de una pequeña casa adosada de las afueras. Había tratado de concentrarse en el llamativo papel de las paredes y en los pájaros azules dibujados a mano, o en el ruido de la butaca de cuero que ocupaba, o en la fina pelusa gris del labio superior de su terapeuta y sus pendientes colgantes, que le rozaban la parte superior de los hombros. Pero ella lo había camelado y, de mala gana, él se había encontrado revelando su verdad: los secretos que había escondido durante décadas en su interior y lo que sentía realmente acerca de las cosas, las personas y la vida (incluso cuando sus pensamientos no eran los que uno debía tener sobre las cosas, las personas y la vida).

Enseguida me sentí atraída por él, de un modo instintivo. Tenía todas las aptitudes necesarias para hablar con los clientes e introducir datos, y dijo que quería volver a empezar desde abajo, para ir ascendiendo de escalafón en la empresa de una manera más mesurada. Reconocía todos sus defectos de una manera que me resultaba totalmente ajena. Y no sólo era honesto consigo mismo, también lo fue conmigo, una desconocida, es cierto, pero también la persona que lo entrevistaba. No podía comprenderlo. ¿Por qué optaba por la sinceridad?

En aquel momento yo no podía saber que ahora estaría contando la verdad y enumerando mis mentiras.

De los cinco empleados nuevos, Peter era mi favorito, además del más competente. Era, por naturaleza, un gestor de problemas. Parecía gustar a los clientes. Y también a los ordenadores, que a menudo era la parte más difícil del trabajo. Cuando él estaba cerca, yo me sentía más contenta, hacía mejor mi trabajo y me mostraba más eficiente,

motivada y confiada. Me alegré de haberlo contratado.

El último día de marzo, apenas seis semanas después de que se hubieran incorporado mis nuevos reclutas, llegué a la oficina a las ocho en punto, abrí mi bandeja de entrada y me encontré un correo electrónico de mi jefe. Me lo había enviado a las siete y media, y en él me pedía que acudiera a su oficina de inmediato para hablar de un asunto importante.

Di media vuelta, me dirigí de nuevo a los ascensores y subí a uno en el que ya había una docena de personas más, todas ellas con elegantes trajes de chaqueta y americanas de rayas, camino de los pisos superiores. Mis zapatillas de deporte chirriaron sobre las baldosas pulidas. Cuando todos se bajaron en la quinta, sexta y séptima plantas, los vi mirarme y preguntarse qué demonios hacía yo dirigiéndome al octavo. Supongo que imaginaron que iban a despedirme.

Mi jefe tenía una oficina con una cristalera que se extendía de un lado a otro y ofrecía vistas de la ciudad. Estaba sentado ante su escritorio. Se había aflojado el nudo de la corbata, y tenía ojeras y la piel oscura cetrina, como si hubieran extraído el calor de su interior. La puerta estaba abierta, pero di unos golpecitos debajo de su placa. Duncan Brin. Director de Atención al Cliente.

Se sobresaltó y levantó la vista.

—Jane. Pase. Siéntese. ¿Quiere algo? ¿Un café?

Negué con la cabeza.

—Llega temprano. No es que me sorprenda. Me han hablado muy bien de usted.

Sentí cómo se me relajaban los hombros y el nudo del estómago me desaparecía, y me hundí más en la butaca baja, que en realidad era una silla de oficina corriente disfrazada de algo más elegante y que giraba inesperadamente sobre su eje. Clavé los pies en el suelo para mantenerme firme.

—De hecho, no sólo me han hablado bien de usted, también he visto los resultados. ¿Sabe de qué estoy hablando? Creo que sí. Estamos hasta arriba de pedidos, como bien sabe, pero también estamos hasta arriba de clientes, lo que es bueno para nosotros, así que no es una gran sorpresa. No hay mucho que hacer en ese frente. Pero lo que sí que podemos hacer, y está haciendo usted, es reducir el porcentaje de clientes que vuelven a llamar para quejarse porque no

están contentos con nuestra respuesta inicial. Aún más, los procedimientos que está poniendo en marcha en función de los datos recopilados por su equipo están reduciendo drásticamente el número de clientes que llaman. Frente al número total de pedidos, recibimos un tercio menos de llamadas en el primer trimestre de este año en comparación con el del pasado año. No está mal, ¿verdad? Y es gracias a su equipo. A su trabajo. A sus empleados. Así que queríamos agradecérselo. No ponga esa cara de asustada. Son buenas noticias. Nos gustaría promocionarla.

Introdujo la mano en su cajón y deslizó un sobre por el escritorio. Llevaba mi nombre escrito en pequeñas letras mayúsculas negras.

—Encontrará más detalles en él, pero lo esencial es que nos gustaría que fuera la gerente principal de Atención al Cliente. La queremos en la estrategia. Examinando los números. ¡Forme a ese equipo! Queremos que siga haciendo lo que hace y que haga más. ¿Puede hacerlo?

Asentí. Apenas había habido espacio para que yo interviniera, y no sabía qué habría dicho si me hubiera dejado.

—Aquí tiene. Asegúrese de que está satisfecha y fírmelo, y devuélvalo a Recursos Humanos. Con efecto inmediato. Enhorabuena, Jane. Triunfadores, eso es lo que estamos buscando. Ahora vuelva al trabajo. Hay mucho que hacer abajo.

Mentiría si dijera que ese encuentro no me pareció ridículo. Duncan Brin era, como mínimo, un hombre extraño. Hablaba sólo con frases cortas y a menudo las gritaba, y tenía toda una gama de gestos raros con que acompañar cada una de sus palabras. Pero, por extraño que parezca, también fue bastante agradable.

Allí había un lugar en el que yo importaba. Un lugar en el que se reconocían mis esfuerzos. Significaba algo para alguien. Al regresar a mi escritorio, se lo comuniqué a mi nuevo equipo, y Peter salió a la hora del almuerzo y regresó con una bolsa de papel marrón de la panadería.

—Un *muffin* para celebrarlo —dijo—. Para usted. Enhorabuena.

30

Ojalá el día hubiera terminado ahí. Pero no lo hizo.

Peter y yo trabajamos hasta tarde. Yo llevaba meses ocupada en un nuevo sistema de software y en pocas semanas íbamos a conectarnos. Los otros cuatro se disculparon entre las cinco y las seis, y se fueron corriendo junto a sus padres o sus hijos, a tomar algo con sus amigos en el pub o a ver la última obra de teatro del National. Pero a Peter no lo esperaba nadie en casa —su mujer lo había dejado en medio de su depresión—, y a mí tampoco.

—Eres tonta —dijo levantando la cabeza del monitor.

—¿Cómo dices? —respondí, creyendo que lo había oído mal.

—He dicho que eres tonta, Jane.

Me quedé sorprendida, pero no de un modo desagradable. Sabía bien que era tonta en muchos sentidos. Y estaba segura de que Peter era un hombre sabio, así que estaba deseando saber lo que tenía que decir. También buscaba algo que me distrajera.

Sonrió y señaló con la cabeza el gran reloj blanco que colgaba encima de la puerta. Eran pasadas las doce de la noche.

—¿Lo pillas?

Hice un gesto de negación.

—Es 1 de abril, el día de los inocentes. —Sonrió y me sentí decepcionada, pero también estúpida, y enternecida por su ridículo sentido del humor.

—Muy bueno. Aunque también va por ti. Los dos nos quedamos aquí hasta demasiado tarde cuando debe de haber algo ahí fuera que podamos hacer.

Nos miramos un instante y fue agradable. Entre toda la mierda que parecía flotar hacia la superficie, allí había algo bueno. Por primera vez en mucho tiempo estaba obteniendo reconocimiento por mi aportación; más aún, allí había alguien al que le caía lo bastante bien para bromear conmigo. Pensé que el verano tal vez no sería tan malo ese año, que tal vez me sentiría razonablemente alegre,

optimista y radiante. Pero no duró mucho. ¿No sabes a estas alturas que no hay nada que lo haga?

Porque en ese momento me sonó el móvil y los dos nos erguimos en nuestras sillas, sorprendidos no sólo por el ruido en sí, sino también por su alarmante sonido, la melodía nítida y tintineante, demasiado alegre y aguda en mitad de la noche.

—Será mejor que conteste —dije llevándome el móvil a la mejilla —. ¿Diga?

—Estoy intentando hablar con una tal señora Jane Black. —La voz de la mujer era cortante, el acento refinado y el tono formal—. Pero he estado... Bueno, he hablado con muchas personas que no son la señora Jane Black. ¿He...? ¿Es usted...?

—Sí, soy Jane —respondí. Me giré en mi asiento para dejar de tener a Peter enfrente—. Está hablando con la persona adecuada. —Y añadí con un tono similar al de ella—: Lamento las molestias.

—Me llamo Lillian Brown y soy enfermera. La llamo desde el hospital Saint Thomas. Tenemos su nombre como el pariente más cercano de... —La pausa mientras inclinaba la cabeza para revisar sus notas, el susurro de las páginas y el silbido de su dedo sobre el papel, buscando el nombre correcto... Toda la espera se me hizo eterna—. De una tal señora Emma Baxter. ¿Es correcto?

De repente me faltó el aliento.

—Sí, soy su hermana. ¿Ha pasado algo? ¿Está...? ¿Qué ha ocurrido?

—Ha sufrido un colapso. Está bien, teniendo en cuenta las circunstancias, pero tenemos algunos problemas. ¿Tal vez podría venir a verla? Acaba de ingresar. Me temo que todavía no estamos preparados para darle el alta, pero ella insiste mucho en que no va a quedarse.

—Voy para allí. Tardaré media hora. Dígale que estoy en camino.

—Gracias, señora Black. Se lo agradecemos.

Se cortó la comunicación.

—Tengo que irme —le dije a Peter.

Yo tenía que ser la última en salir y apagar las luces, pero no tenía tiempo para esperar a que él cerrara su ordenador y fuera a lavar su taza en el fregadero.

Miré el techo.

—¿Lo apagarás todo al salir? —le pregunté.

—Claro. Espero que todo vaya bien.

Asentí y cogí mi abrigo del respaldo de la silla.

—Gracias.

El hospital estaba silencioso. Las paredes blancas, los suelos de baldosas y ese olor reconocible a desinfectante tenían un efecto como de biblioteca, y todos nos arrastrábamos por los pasillos en silencio. Sólo se oía el chasquido de nuestros zapatos y el susurro de las mangas contra nuestros cuerpos.

Pregunté en la recepción, casi susurrando, y me dirigieron a una sala de evaluación en el tercer piso. Seguí los letreros y me distraje de la realidad de estar allí concentrándome en cambio en las fotografías enmarcadas de niños con cáncer sonriendo, ancianas saludando con la mano y madres con recién nacidos en los brazos.

Había visitado a Emma en muchos hospitales diferentes, pero los últimos cinco años había estado tambaleándose en un espacio que casi podía definirse como «bien». Cuando entré en la sala, la enfermera del mostrador hablaba por teléfono, anulando un traslado al hospital para la mañana siguiente porque habían llevado al paciente al quirófano inesperadamente y tardaría en salir.

Me detuve delante y esperé a que colgara, aunque estaba deseando que su conversación continuara y posponer así lo que inevitablemente vendría después.

—Su turno, cariño —me dijo por fin—. ¿A quién ha venido a ver?

—A mi hermana. Emma Baxter.

—Sala dos. Por esas puertas.

—Gracias —respondí, pero ella ya había vuelto a su ordenador y al montón de hojas que tenía a su lado.

En la sala dos había seis camas y cinco pacientes. El flujo de ruidos era constante: ronquidos suaves, pitidos intermitentes y el débil murmullo de un televisor. Había dos ancianas durmiendo con los edredones hasta la barbilla y la ropa de cama bien metida por debajo de sus cuerpos frágiles. También había una mujer más joven, de unos treinta o cuarenta años, con la pierna suspendida en una grúa y la pantalla de la televisión de prepago colocada justo delante. Una de las camas estaba vacía, sin sábanas, ni sillas extras, ni carritos. Otra estaba oculta por una delgada cortina azul a través de la que llegaban

unos resoplidos suaves, y en la de enfrente pero en diagonal, la más cercana a la ventana, estaba mi hermana pequeña.

No me vio enseguida. Hablaba por el móvil, y la luz de la pantalla proyectaba un brillo azul y blanco en su cara que hacía destacar su estructura ósea: los ojos demasiado grandes flotando en charcos vacíos, las mejillas hundidas, los tendones que le sobresalían del cuello. Los dedos con que sujetaba el móvil parecían demasiado largos, los nudillos eran bulbosos, y los huesos de las muñecas le estiraban la piel.

Solté el aire despacio y me gimió el estómago cuando el nudo que se me había formado intentó deshacerse.

Emma levantó la vista. Sonrió.

—Has venido. —Dejó el móvil en la mesa.

—Pues claro que he venido. —Cogí una silla de madera para sentarme junto a su cama—. ¿Qué ha pasado?

—Me he desmayado —respondió, y debí de poner los ojos en blanco o alzar las cejas porque frunció el ceño y se puso a la defensiva —. De verdad. No fue nada más que eso. Todos están exagerando. Y esa enfermera, Brown creo que se llama, ¿es ella la que te ha llamado? No quiere dejar de preocuparse.

—Probablemente es buena en su trabajo.

—Si lo fuera, ya me habría mandado a casa.

—¿Alguien ha llamado a una ambulancia?

—Sí.

—Entonces debe de haber sido más que un desmayo, o ya te habrías encontrado bien cuando han llegado los paramédicos.

—Basta, Jane. Por favor, no sigas.

—Es evidente que están preocupados por ti o no seguirías aquí.

—No tienen por qué —replicó.

Suspiré y puse mi mano sobre la de ella, deseando que confiara en mí, que me dijera la verdad y que se mostrara tan segura y abierta como Peter hacía unas semanas.

—¿Qué es lo que les preocupa? —pregunté.

—Mi corazón.

Apartó la vista de mí, avergonzada, y quise tomarla en mis brazos y prometerle que todo iría bien, que no necesitaba esconderse de mí porque entendía que no todos nos convertimos en las personas que queremos ser.

—Está bien —susurré en cambio—. Encontraremos la manera de solucionarlo.

Cuando me miró, tenía los ojos vidriosos.

—No lo creo. Nunca estaré... —arrugó la cara, casi disgustada— sana.

—Pero...

—No —continuó ella—. Nunca volveré a ser yo misma. No lo he sido en más de una década. —Se deslizó debajo de las mantas y volvió la cabeza hacia la ventana—. Esto me va a matar. Tú lo sabes tan bien como yo. Ésa es la única forma en que terminará.

—Vamos, Emma. No digas eso. Eso no es cierto. Hay formas de sobrevivir a esto. Lo sabes mejor que nadie. Mírate; es lo que has estado haciendo todo el tiempo. —Y aunque podía ser cierto para algunos, sabía que nunca sería cierto para Emma. Ella tenía razón: yo lo sabía y llevaba años sabiéndolo.

Emma siempre había sido invencible, pero en algún momento quedó muy claro que ella también estaba rota y que ni lo mejor de ella misma sería suficiente. Empezó a existir en un espacio periférico habitado sólo por enfermos e inaccesible para todos los demás. Vivía en una cuenta atrás que avanzaba en las profundidades de su mente y medía el espíritu de lucha que quedaba en ella. Y todos sabíamos que éste se estaba acabando.

—Puedes hacerlo —insistí—. Eres fuerte.

—Lo soy. Pero también estoy enferma. No son mutuamente excluyentes. No me doy por vencida y no soy menos valiente por saber que el final es un lugar real.

—Lo sé. Sé todo eso. Sólo es...

—Estoy empeorando. Puedes verlo, ¿no? Lo veo en tu cara cuando me miras. Ya no lo controlo; me tiene completamente dominada.

—Podemos encontrar una nueva normalidad —repliqué, y ahora miro hacia atrás y sé que le estaba suplicando.

—Tú no lo entiendes. Y no es culpa tuya; no querría que lo hicieras. Pero me posee. Es todo lo que soy.

—Eso no es cierto. Eres mucho más que simplemente esto.

Y entonces las lágrimas le inundaron las comisuras de los ojos y supuse que había estado muy triste, pero tal vez sólo estaba increíblemente frustrada, agotada por la cantidad de personas que

eran incapaces de entenderla y por una enfermedad que ella misma no entendía.

—No —respondió—. Te gustaría, pero no lo soy. Tal vez lo fuera alguna vez. Ya no. ¿Recuerdas cómo eras tú cuando conociste a Jonathan?

—Emma...

—No. Deja que termine. ¿Lo recuerdas? Porque yo sí lo recuerdo. Te dejó totalmente obnubilada. Estaba en todo lo que decías y hacías, y seguro que también en todos tus pensamientos. Pues esto es igual. Es como estar enamorado. Te consume por completo. Es imparable. Es todo lo que soy.

—No. Lo que dices es horrible y triste. El amor es maravilloso, Em. Ya lo verás. Algún día lo verás.

Ella se rio y yo quise llorar.

—No lo creo. Creo que ya estoy por encima de las cosas importantes. Sólo queda una más al final del camino.

Yo quería zarandearla. Quería sacudirle su estupidez y llegar hasta el fondo de ella para sacar ese demonio. Sabía que no podía salvarla, pero también sabía que tal vez había podido hacerlo en algún momento. Sabía que tenía que haber una manera de detener aquello antes de que los huesos se le volvieran quebradizos, los músculos empezaran a debilitarse y se le parara el corazón. Debía de haberle fallado en algún lugar a lo largo del camino para que ése fuera su final.

Oímos pasos que se acercaban y nos quedamos en silencio. Una enfermera apareció a los pies de la cama.

—¿Señora Black? Me llamo Lillian. Hemos hablado antes. Bien, Emma, ya tienes los papeles listos para que te vayas a casa cuando estés lista.

—Pero... —empecé a decir yo.

—Me he dado a mí misma el alta —me interrumpió Emma—. Aquí no pueden hacer nada por mí.

Traté de persuadirla para que se quedara en el hospital. Se negó. Traté de persuadirla para que pasara unas semanas en un centro de rehabilitación. Se negó. Traté de persuadirla para que viviera un tiempo conmigo mientras se recuperaba. También se negó.

La llevé a su casa en un taxi y la acosté.

Temí que ésa fuera la última vez que la veía, pero estaba agotada

y reaccionaba de forma exagerada y, lo más importante, no tenía razón.

Me habría gustado que el día hubiera terminado allí, pero no fue así.

Tenía el móvil a mi lado sobre la almohada por si me necesitaba en mitad de la noche. Estaba medio dormida, con la mente llena de pensamientos que no eran del todo conscientes, cuando vibró. Mi mano saltó de inmediato hacia él, como atraída por un imán.

No sonó, y las vibraciones cesaron enseguida, pero sobre el icono del correo apareció un círculo rojo. Abrí la bandeja de entrada y allí estaba su nombre: Valerie Sands.

«Te quedaste toda una semana en su piso», decía en su mensaje.

No había escrito nada más, sólo esa frase, y me recosté en la almohada contra la cabecera para desentrañar su significado.

Tenía razón. Ella casi siempre tenía razón.

Charles me había pedido que le regara las plantas mientras se iban de vacaciones y yo lo había hecho. Sólo que yo me había instalado de extranjis en el piso durante casi una semana.

¿Cuánto de eso ya sabía ella?

¿Y qué pensaba hacer con la información?

Allí estaba lo que poco a poco se filtraba y empezaba a encajar. Mi miedo sólo afloraba cuando mi amistad se veía amenazada. Me inquietaba menos la posibilidad de la policía y la prisión, porque no había cadáver, ni móvil, ni motivos para dudar de los informes ya escritos. Pero cada vez era más consciente de los pequeños hilos que sobresalían de mis mentiras, y de que, si tiraba de ellos, destruirían mi amistad con Marnie. El problema, al parecer, era que ésos eran los que más atraían a Valerie. Y ella estaba resuelta a vernos desenredarlos.

La sexta mentira

31

Charles llevaba más de seis meses muerto y yo dormía mal por primera vez en varios años. De niña había dormido plácidamente, aunque no tenía facilidad y a menudo me quedaba leyendo con una linterna entre las mantas hasta que conciliaba el sueño. Pero durante toda la adolescencia me había costado. Pasaba las largas noches dando la vuelta a la almohada, cambiando de postura y llenando de nuevo el vaso de agua, que era rápidamente absorbida por el denso aire del dormitorio caldeado y cogía un gusto rancio, añejo. Sé que nunca he dormido mejor que con Jonathan a mi lado.

A menudo era difícil creer que una sola acción podía ser tan efectiva, que Charles simplemente había muerto, que la muerte estaba tan al alcance. Me sorprendí volviendo a ello a menudo, contándome de nuevo la historia, desarrollando mi papel, pero nunca me asustó. De hecho, me sentía extrañamente reconfortada. Era tranquilizador saber que podía intervenir en mi propia vida.

Y de nuevo sentí que tal vez volvía a ser necesario intervenir, que necesitaba hacer algo para mantener el control. No podría haberlo expresado antes, pero tenía la sensación de perder pie. Había habido estabilidad unos pocos meses, pero las cosas empezaban a desequilibrarse de nuevo.

Fue a mediados de abril cuando Marnie se puso de parto, un viernes, y yo estaba exhausta. Mis vecinas me habían despertado al salir de fiesta a las once y media de la noche anterior con sus risas incesantes, el tintineo de las botellas de vino y el ruidoso murmullo de voces que intentaban hablar bajo, y volvieron a despertarme poco después de las tres de la madrugada cuando regresaron. Yo había saltado de un sueño a otro: Emma, Marnie, Charles.

No había soñado con el cadáver de Emma desde mis años en la universidad, hacía casi una década, pero esa visión había regresado,

más aterradora y gráfica que antes. Se colaba en otra historia que no tenía nada que ver. Aparecía en medio de un sueño sobre el trabajo —recibía cientos de llamadas al mismo tiempo y no había suficiente personal para contestar los teléfonos, los tiempos de espera eran de varias horas y me llamaban de esa oficina de la cristalera del octavo piso— o uno de esos sueños de ansiedad típicos en el que estaba de pie desnuda frente a una multitud o se me caían los dientes. Y, de pronto, descubría su cuerpo sin vida en el armario de artículos de escritorio o en la consulta del dentista, acurrucada en una esquina, con las extremidades rígidas y los ojos nublados. Y me despertaba con dificultades por respirar, sudorosa y temblando en sábanas frías y húmedas.

No era raro que también apareciera Charles inesperadamente en mis sueños. Estaba allí, sentado ante otro escritorio de mi oficina o en el taburete del higienista dental, con traje y corbata o con ese pijama de rayas y el jersey con el escudo universitario. Él casi nunca participaba ni se dirigía a mí directamente; sólo estaba allí, en la esquina de una pesadilla, observando cómo se desarrollaba todo. Me preguntaba si me perseguían mis acciones, si su presencia en mis sueños era uno de los primeros síntomas de una culpa profunda o una vergüenza arraigada. Pero la verdad es que nunca me perturbó su compañía. Simplemente estaba allí, del mismo modo en que no estaba en mi vida real.

Marnie me telefoneó en medio de una pesadilla. Yo estaba atrapada en el espejo de mi armario viendo cómo el cadáver de Emma se pudría entre mis mantas. Oía retumbar un cortacésped fuera, temblando sobre la tierra, y continuó reverberando con el motor gimiendo hasta que finalmente me obligué a abrir los ojos.

Mi móvil vibraba en mi mesilla de noche. Se resbaló por el lado y cayó al suelo, todavía conectado a su cargador. Lo busqué a tientas y lo encontré todavía sonando.

—¿Diga? —Mi voz me quedó atrapada en la garganta y salió como un graznido. Tosí para desprender la flema que se me había acumulado durante la noche.

—¿Jane?

Era una voz de mujer, pero no la reconocí. Había algo jadeante, algo desesperado.

El corazón me empezó a latir un poco más rápido.

Supe de inmediato que no era Emma; la conocía demasiado bien y no era su voz. Ella habría llenado ese silencio de inmediato, pero podría haber sido una amiga suya, otra enfermera o alguien de la residencia de mi madre.

—Soy yo —respondí de una manera innecesariamente formal.

Hubo una fuerte inhalación.

—Sólo..., un momento. —Luego un fuerte suspiro—. Gracias a Dios..., ya está. Yo...

—¿Quién es? —la interrumpí.

—Ah, soy yo —dijo la voz—. Lo siento, eso no ayuda mucho. Soy Marnie. Jane, soy yo.

Lo cual no tenía sentido. Fuera apenas había luz.

—¿Marnie? —pregunté—. ¿Qué...? ¿Por qué llamas en mitad de la noche?

—No es mitad de la noche. Son casi las seis. Pensé que estarías levantada...

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—Bueno, no tiene por qué cundir el pánico. Sólo que... Creo que tal vez están empezando a pasar cosas. Ya sabes, con el bebé. Y me preguntaba si podrías venir. Verás, quería pillarte antes de que fueras a trabajar. Todavía hay tiempo, estoy segura. Pero tengo unas punzadas tremendas. Llevo despierta desde las tres. Van y vienen, ya sabes, como se supone que deben hacer, pero no he podido volver a dormirme. Y he estado haciendo tiempo para llamarte y, como te decía, pensaba que ya estarías despierta.

Habíamos vivido juntas durante años, y cada una había estado tan empapada en los detalles cotidianos de la otra que no había secretos, ni pasos en falso, ni incógnitas entre nosotras. Podría haberme despertado una mañana y haber vivido su día: me habría tomado su té, habría ido a su gimnasio y habría usado su gel de ducha, habría hablado con su voz y usado sus palabras. Habría sido simplemente ella. Y ella podría haber hecho lo mismo, pues conocía mis rutinas y mis hábitos. También sabía que nunca en mi vida he ido a trabajar antes de las seis de la mañana.

—¿Cuándo me necesitas? —le pregunté.

Hubo un largo silencio.

—¿Voy ahora? Puedo llevar algunas cosas. Me ducharé en tu casa.

—Sí —respondió Marnie—. Por favor. Si no es mucha molestia.

Me dijo que me quería, que me quería de verdad, lo que me pareció bastante raro, y, sinceramente, no era nada propio de ella. No teníamos, nunca hemos tenido, ese tipo de amistad. No nos profesamos amor con grandes palabras ni nos hacemos promesas para siempre. Quizá ésa haya sido nuestra perdición. Pero, con independencia de eso, me permitió ver que estaba muy asustada, que me necesitaba de verdad.

Me gustó esa sensación de ser necesitada. Y que me necesitara concretamente Marnie. Tuve la sensación de que me dejaba caer hacia atrás a lo largo del hilo de una telaraña, hasta el lugar donde solíamos estar, cuando estábamos sólo nosotras y éramos amigas, y no había nada que complicara ese simple hecho.

Me puse mis vaqueros y un jersey, arranqué el cargador del enchufe y lo metí en una bolsa de viaje de cuero. La había comprado como regalo de Navidad para Jonathan el año anterior a su muerte. Seleccioné algunas prendas del montón de ropa limpia que había en la silla de mi habitación —ropa interior, una camiseta, una toalla pequeña— y también las metí. Cogí el neceser del cuarto de baño. Metí el cepillo de dientes en el bolsillo frontal y encontré todo tipo de productos en él —muestras de champú y un peine al que le faltaban varios dientes, una ristra de tampones en envoltorios de plástico de colores y rímel con restos negros endurecidos alrededor del cierre—, y cerré la cremallera y lo dejé caer también en la bolsa.

Bajé corriendo los escalones de dos en dos, oliéndome el aliento cargado al jadear, y llegué a casa de Marnie en menos de media hora, brillante de sudor y con las mejillas rosadas. Pero me quedé encantada al ver la expresión de alivio en su cara cuando abrió la puerta.

Por nuestro lado pasó un hombre trajeado con una corbata con un estampado animal, el pelo aún húmedo y un maletín balanceándose del puño. Debía de haberme visto a mí, colorada y jadeante como si hubiera corrido un maratón, y a Marnie, muy embarazada y de pie en la puerta con un camisón largo de color melocotón, y volvió rápidamente la cabeza.

—Buenos días —farfulló.

—Buenos días —canturreó Marnie.

Cuando desapareció por la esquina, las manos de Marnie salieron disparadas hacia un lado para agarrarse al marco de la puerta.

—¡Oh, otra vez no! —murmuró.

Dio un paso atrás, acunándose el vientre con los brazos.

El piso era el caos. La pantalla de televisor parpadeaba en la sala de estar, la radio de la cocina estaba encendida y llegaba música del piso de arriba. El pasillo estaba lleno de ropa: chaquetas de punto sobre la barandilla, bufandas amontonadas en una esquina y el perchero de la pared sepultado bajo cazadoras y abrigos. Había un sinfín de regueros por todas partes: tazones manchados de té y vasos de agua vacíos en dirección a la cocina, galletas mordisqueadas, envoltorios de caramelos y paquetes de patatas fritas sin abrir hacia la sala de estar, y muselinas, pijamas enteros y calcetines diminutos esparcidos por la escalera.

Transformé mi sorpresa en una gran sonrisa.

—Ya está aquí —dije con voz cantarina e hice un bailoteo torpe, cambiando el peso de mi cuerpo de un pie a otro y aplaudiendo sin llegar a separar las palmas.

Marnie gimió.

—No pasa nada —continué—. Estás teniendo una contracción.

—No bromees —siseó, yendo a la sala de estar.

La vi alejarse, con los pies mirando hacia fuera y las manos presionadas en la parte baja de la espalda, y me sentí abrumada de inmediato. Intenté recordarme que todo eso era totalmente normal y que las mujeres hacían eso todos los días, en todo el mundo y a todas horas. Pero no tenía nada de normal. Nos conocíamos en la faceta de niñas, de jóvenes, de esposas, pero ¿de madres? La magnitud de ello parecía imposible.

Marnie gritó.

Corrí detrás de ella.

Se estaba dejando caer en una gigantesca pelota hinchable de color azul.

—Muy bien. Sí. Respira hondo. Eso es. Inspira, espira, inspira. Y ahora...

—¿Estás de coña? Para. Cállate.

—De acuerdo. Esperaré aquí.

Me encaramé en el borde del sofá, con el bolso de cuero entre las piernas, mientras ella rebotaba vigorosamente, arriba y abajo, soplando con ferocidad aire a través de sus labios fruncidos. Finalmente, se echó hacia atrás, estirando el pecho y sacando la

barriga, y suspiró. Empezó a botar de nuevo con suavidad, levantando y bajando su considerable peso.

—¿Deberíamos ir a...?

—¿Al hospital? No, todavía no. Pero cada vez son más largas. ¿Qué tal todo, por cierto? Siento hacerte pasar por esto. Y haberte despertado tan temprano. Es sólo que... —abarcó con el brazo el caos que la rodeaba— todo se me ha ido un poco de las manos.

Marnie aborrece el desorden; no puede soportarlo por nada del mundo. Ésta es, curiosamente, una de las pocas cosas en las que coincidimos por completo. Trabajamos en distintos sectores. Damos lo mejor de nosotras mismas en situaciones muy diferentes. A mí me gusta el silencio o simplemente el murmullo silencioso de las voces. A ella le gusta la radio, la música o la televisión, de preferencia las tres. Yo soy introvertida, necesito tener mi propio espacio y estar sola. Y ella es una extrovertida de manual, segura de sí misma y sociable que se nutre de las conversaciones y opiniones de otras personas y esas interacciones que a mí enseguida me agotan.

Ya lo he dicho, ¿no? Ella es la luz y yo la oscuridad. Pero el caos nos volvía inútiles a las dos.

Creo que ella podría haber manejado por sí sola el dolor, la incomodidad y el miedo al parto en sí —ahora me pregunto si de verdad me necesitaba allí para esas cosas—, pero simplemente no era capaz de funcionar en medio de tanto desorden.

—¡Ya lo veo! ¿Qué ha pasado?

—Lo sé. Es el caos. He intentado fluir, comiendo lo que necesitaba y concentrándome sólo en las contracciones, y luego se me ha ocurrido poner un poco de orden, sólo para prepararme, ya sabes, y todo se ha vuelto un poco intenso y, en fin —se rodeó la cabeza con la mano—, todo está así ahora.

—Entiendo.

Yo sabía lo que quería de mí. Sabía lo que necesitaba. Siempre lo había sabido. Y ella siempre había sabido que, fuera lo que fuese, yo se lo daría: sin titubear ni rechistar.

—¿Qué te parece si te quedas donde estás mientras yo pongo un poco de orden?

Marnie sonrió, y tuvo su gracia que, en medio de esa vorágine, al comienzo de otra etapa de nuestras vidas, fuera el momento de «un poco de orden». Creo que me convenció —erróneamente, tal como se

vio— de que las cosas no iban a cambiar, de que no tenía motivos para sentirme abrumada por la trascendencia de ese momento, de que todo iría bien.

Marnie saltó sobre su pelota mientras yo iba y venía de una habitación a otra, recogiendo y volviendo a poner la ropa en su sitio, vaciando las papeleras y doblando las mantas más extrañas, pequeñas y fragantes. Abrí las ventanas. Era uno de los primeros días radiantes del año, no había necesitado el abrigo, y entró en el piso una brisa refrescante. Cuando el piso estuvo impecable, me di una ducha rápida y preparé una taza de té para cada una, la de ella con mucha leche, la mía con sólo una nube, y me senté en el sofá para ver el canal de noticias de veinticuatro horas y sostenerle la mano.

—¿Llamarás a mi madre? —me preguntó.

No contaba con eso.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Tal vez quiera estar allí. O podría querer saber al menos lo que está pasando.

—De acuerdo. ¿Estás segura?

Asintió.

—Muy bien. —Salí al pasillo y me entretuve un rato allí, ordenando los abrigos en el perchero y dando una patada a una pluma para meterla en un hueco debajo del zócalo. Luego llamé a su madre y sentí un gran alivio cuando ella no respondió. Dejé un breve mensaje en un murmullo que probablemente no se entendió mucho y al cabo de unos minutos regresé al lado de Marnie.

A primera hora de la tarde, las contracciones de Marnie se sucedían cada tres minutos, y llamé a un taxi para que nos llevara al hospital. Se puso un vestido ligero de verano. Dijo que tenía demasiado calor y estaba incómoda para llevar cualquier otra prenda. Nos sentamos juntas en el asiento trasero y ella gruñó en cada bache que pasamos, cerrando los ojos como si la oscuridad hiciera más soportable el dolor.

Al llegar al hospital, cruzó arrastrando los pies el vestíbulo principal hasta el ascensor, y me llevé una sorpresa cuando entramos en la sala de maternidad. Tenía todos los rasgos habituales de un hospital —las paredes pálidas, el suelo de baldosas y ese olor a desinfectante—, pero había algo diferente. Tal vez la iluminación, o

las sonrisas en las caras del personal o los uniformes de colores pastel, pero no parecía tan amenazante.

Nos habíamos cruzado por los pasillos con muchas personas enfermas; mujeres ancianas macabras a las que transportaban en camas donde se las veía muy pequeñas. Allí, en cambio, las pacientes estaban todas hinchadas, sudorosas y rebosando literalmente de vida.

Una comadrona sonriente con una bata azul y blanca nos llevó a una habitación lateral.

—Aquí estamos, cariño. Ponte cómoda y volveré dentro de nada.

Marnie se aferró al somier de la cama y se sacudió de un lado a otro, con las mejillas hinchadas y los ojos otra vez cerrados.

—¿Te quedarás? —me susurró—. ¿Todo el tiempo? ¿Hasta que llegue el bebé?

—Claro. Claro que me quedaré.

Porque ¿dónde más podría haber estado?

Audrey Gregory-Smith nació a las siete y diez de la tarde del 24 de abril. Menuda y enfadada, tenía la cara colorada y los ojos tan fuertemente cerrados como los puños. Le caían finos mechones de pelo rubio del cuero cabelludo, tenía arrugas en las rodillas, los codos y los nudillos, y sus labios rosados formaban un mohín.

Marnie estrechó a la niña contra el pecho, debatiéndose entre la alegría y el pánico, insistiendo tan pronto en que podía estar enferma como en que se le podía caer, y gritando hacia una sala bulliciosa:

—¿Quién está a cargo aquí?

Extendí la mano para ponerla sobre la de ella.

—Tú. —No quería asustarla, pero ¿no era la verdad?—. Tú estás a cargo ahora.

—Mierda —respondió ella, y luego sonrió como una loca—. Eso es preocupante, ¿no? —Y se echó a llorar.

La hice callar y le aparté el pelo de la cara.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó—. ¿Está de camino?

Me miró.

—No lo sé. —No pensé que su madre mereciera estar allí en un momento tan importante.

—La has llamado, ¿no? —me preguntó.

—Sí.

—¿Sí? —repitió ella.

—Pues claro que sí.

—¿Y ha dicho que vendría?

—No exactamente.

Marnie guardó silencio.

—Le dejé un mensaje. Supongo que ya lo habrá escuchado. No quería preocuparte. Pensé que vendría al hospital. Pero imagino que... ¿La llamo ahora? ¿Para darle la buena noticia?

—No —respondió—. Creo que no.

Eso era exactamente lo que esperaba que dijera. Porque era un momento para las personas más importantes en la vida de esa niña.

32

Marnie iba a pasar la noche en el hospital, así que volví a casa sola. En el trayecto en taxi, mientras nos metíamos por callejas de la ciudad, pensé en cuántas cosas habían cambiado en el transcurso de un solo día. Y cómo esos días tan rompedores deben de suceder a diferentes personas a diario. También pensé que esos días —los días importantes — son las coyunturas que definen una vida: cuando ganas o pierdes a una persona. Me sentía abrumada ante las nuevas posibilidades, la situación de mi vida en ese momento, la existencia de esa nueva persona en relación conmigo.

Había salido de casa tan temprano que no había subido las persianas, así que el piso estaba oscuro cuando entré. Inmediatamente me fijé en que el botón rojo del teléfono parpadeaba con un nuevo mensaje. Busqué a tientas el interruptor de la luz en la pared.

Había vuelto a conectar el teléfono fijo hacía unas semanas y me había encontrado con cada uno de los mensajes grabados. Escuché algunos, voces que parecían hablar desde otro mundo, de meses atrás, cuando nuestra recién nacida aún no había nacido. Pero luego los mensajes empezaron a hacer preguntas, sobre Jonathan, sobre Charles, y los borré todos.

Presioné el triángulo parpadeante con el dedo.

«Un mensaje nuevo —dijo una voz automatizada femenina—. Recibido hoy, a las diez y veintitrés de la noche.»

«Hola —dijo otra voz femenina, esta vez humana. Se hizo eco a través del pasillo, rebotando en las paredes—. He pensado que te gustaría saber —y de pronto su voz era baja y ronca— que he estado investigando todo lo que has declarado y todo lo sucedido. Y he averiguado cosas. Sabía que había una noticia, sé que la hay, y acabaré dando con ella. La encontraré, ya lo sabes.»

Arrastraba las palabras, pronunciando las consonantes débiles y prolongando las vocales, como si hubiera estado bebiendo mucho todo el día. Miré el reloj. Eran casi las once.

«En fin, sea como sea —continuó—, sé que estuviste allí durante más de una hora. Leí el informe de la policía: esperando, dijiste. ¿Sabes que la vecina del piso de abajo cree que oyó gritar a alguien? Más temprano, dijo, pero gritaba claramente. Supongo que es extraño. Porque murió en el acto, ¿verdad? Lo que no deja mucho margen para gritar. Pero hay algo más. El tiempo que estuviste esperando. ¿Por qué pasar tanto tiempo en la casa de otra persona? Y la semana anterior. ¿Sólo un paseo bajo la lluvia? No lo creo. Hay algo más, ¿verdad? Las dos sabemos que sí. No hay necesidad de volver a llamar.»

«No tiene mensajes nuevos», dijo la voz automatizada, robótica y monótona.

La alegría que me había llenado de forma persistente durante toda la tarde se cortó al instante, como la leche.

¿Qué había oído la vecina? Entré en la cocina y abrí el grifo del agua fría, salpicándome la mano.

¿Quién vivía en el piso de abajo? Me quité el abrigo y lo colgué en el respaldo del taburete.

¿Hizo ruido en las horas que estuvo allí tumbado? Encendí la radio y subí el volumen. La habitación se vio envuelta en una canción, una canción que no significaba nada para mí.

Eso comprometería la hora en la que murió.

Encendí el televisor. Hacía meses que había perdido el mando a distancia, así que usé los botones del lateral de la pantalla para subir el volumen.

Me senté en el sofá. Un pánico apremiante se iba apoderando de mí, y me notaba la respiración y el pecho constreñidos. Ella se estaba acercando; casi podía sentirla detrás de mí, en el cosquilleo de mi pelo en la nuca y en el roce de la ropa sobre mis hombros. Estaba agitada, mi cuerpo protestaba al pasar bruscamente de la alegría al terror. Sentí que había algo dentro de mí y, desesperada por expulsarlo, me fundí en la cacofonía: el agua, la música, las voces.

Luego me quedé sentada en silencio.

Me sentía un poco mejor: más limpia, más renovada; también más ligera.

Me puse de pie y cerré el grifo, y apagué la radio y el televisor, y volví a sentarme.

Necesitaba concentrarme.

Me insté a mantener la calma.

Entonces alguien había oído algo.

No era lo ideal.

Pero tal vez no era una catástrofe.

Porque todos los que han vivido rodeados de vecinos saben que son ruidosos, a menudo muy ruidosos. Y esa docena de pisos concentrados en una mansión siempre me habían parecido densamente poblados. Todos oíamos el llanto de un bebé, los arrullos de una madre, la música que ponían, las risas durante la cena, la lavadora vibrando con fuerza contra el suelo, los portazos, las pisadas fuertes, o el sonido de un despertador o un teléfono. Todos oíamos los insultos cada vez más fuertes, las quejas genéricas, el «no escuchas» y el «si no estuvieras siempre quejándote» y el «por qué no intentas al menos verlo desde mi perspectiva».

No era imposible que alguien lo hubiera oído gritar. Pero no importaba. No había ninguna prueba tangible de que no había muerto en el acto. El grito de un hombre que cae podía confundirse fácilmente con el de un niño que juega o el de un adolescente enfadado. El rugido de su frustración, esos arrebatos de ira, podían asociarse con el enfrentamiento de una pareja muy alterada que se casó demasiado joven y hace demasiado tiempo.

Nada de eso era nuevo ni digno de notar.

Ninguno de sus pequeños hallazgos era lo bastante potente para provocar un cambio. Sus pruebas eran circunstanciales en el mejor de los casos y probablemente se considerarían irrelevantes. Y así acabé con los últimos coletazos de mi pánico, desmontándolo por partes y descartándolas una por una.

Pero el problema más grande, y el que a todas luces había que abordar, pues no podía resolverse tan fácilmente, era la indómita perseverancia de esa mujer. Necesitaba deshacerme de ella, encontrar una manera de silenciarla. Necesitaba asegurarme de que nunca querría ni podría encontrar nada más, que nunca tendría algo que pudiera poner en peligro mi amistad.

Revisé los armarios de la cocina buscando algo que comer. Había sido un día muy largo y me sentía algo tensa, y tenía un dolor de cabeza en algún lugar más allá de la frente, justo delante de la cara. Encontré cuatro rebanadas de pan en una bolsa. Quité el moho y las tosté todas. Las unté con mantequilla espesa y amarilla, y vi cómo se derretía, translúcida. Lo tenía todo controlado; era capaz de mantener

la calma. Puse miel encima de cada rebanada y las incliné para que se extendiera por la superficie. El intenso color dorado sobre la tostada salpicada de marrón me hizo pensar en Marnie.

Me las llevé a la cama y me las comí con cuidado, evocando a Emma, siempre tan paranoica con las migas. Le envié un mensaje a Peter, explicando mi ausencia ese día, y él respondió felicitándome casi de inmediato. Me emocionó y reavivó un poco la alegría de que yo también merecía felicitaciones.

Apagué la luz y, bajo el resplandor de mi móvil, eché un vistazo a algunas fotografías nuevas de Valerie. Había subido una de ella y de su compañera de piso con cócteles chillones en un restaurante bullicioso, y otra de una puesta de sol desde su balcón. Había un vídeo increíble de ella y cinco personas más bailando en un círculo. En el pie de foto se leía que se estaban preparando para actuar más adelante en el año, cuando llegara el verano.

Puse el despertador para la mañana siguiente y me obligué a estar contenta, ser valiente y no tener miedo. Porque encontraría la manera de poner fin a ese asunto.

33

Volví al hospital al día siguiente muy temprano, emocionada ante la perspectiva de ver a Marnie y a Audrey. Pregunté por ellas en la entrada del ala de maternidad y me condujeron a una sala en el otro extremo del pasillo. Me dirigí hacia la cama siete, como me habían indicado, y la encontré escondida tras una delgada cortina azul. Busqué un resquicio en la tela y la abrí ligeramente, y hablé hacia el hueco.

—¿Hola?

—Pasa —respondió ella.

Estaba sentada en la cama, con las mantas enrolladas alrededor de las piernas y el pelo cobrizo recogido en lo alto de la cabeza. Llevaba una bata de hospital azul pálido, y estaba guapa, con la piel de la cara hinchada y suave, y los ojos limpios y brillantes.

—Buenos días. —Me senté a los pies de la cama y el colchón se hundió bajo mi peso.

—Mira quién ha venido a vernos —canturreó ella con una vocecita aguda, sin mirarme a mí sino a la niña, que sostenía contra el pecho.

Volvió a Audrey hacia mí, para que pudiera ver los pliegues de sus pequeñas mejillas, las arrugas de dormir, y los labios abriéndose y cerrándose.

—¿Quién es?

—Buenos días, Audrey —dije.

—Hola, tía Jane —respondió Marnie, todavía con voz estridente.

—¿Cuánto has dormido?

—No mucho. Pero no importa, estoy bien.

Sonrió y apretó a la niña de nuevo contra el pecho con destreza, sin soltarle la cabeza sino volviéndosela grácilmente.

—¿Y tú cómo te encuentras? —le pregunté.

—Regular. Dolorida, pero era de esperar. Y estoy feliz. Me siento bien.

—¿Y cómo está esta niñita? —pregunté, alargando la mano y dejando mis dedos suspendidos a unos centímetros de ella.

—Es perfecta —respondió Marnie.

—Lo sé —asentí.

—Oh, tengo algo que decirte —añadió ella—. Es un poco extraño, pero antes de que se me olvide, he recibido un mensaje de esa periodista. ¿Sabes a quién me refiero? Lo dejó anoche.

Me pregunté qué cara había puesto yo mientras me lo decía. Sé que se me paralizó la mano delante de mí. Noté cómo se me acumulaba la bilis en la parte posterior de la garganta, y sin querer sentí arcadas que tuve que convertir en hipo para no despertar sospechas.

—¿Has tenido noticias de ella? —pregunté.

—Me dejó un mensaje.

—A mí también.

La sala de pronto estaba demasiado fría. Se me erizó el vello de los brazos debajo de mi chaqueta de punto. Apreté los dientes para evitar que me castañetearan. Pero Marnie apenas notó el cambio. Estaba concentrada en Audrey, cuyo gorrito de algodón blanco se le había deslizado sobre los ojos.

—¿Qué quería? —pregunté. Sentía náuseas no sólo en algún lugar de la cabeza y el estómago, también en los huesos y los músculos. Era como si recorrieran cada capa de tejido dentro de mi cuerpo.

—No lo sé —respondió ella, tratando aún de encajar el gorro en la cabeza de Audrey.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, no quiero pensar en ella. No es una buena persona, y ahora tengo muchas cosas buenas en mi vida. No quiero hacerle ese espacio en mi cabeza.

—¿Le has devuelto la llamada?

Ella me miró.

—No he visto el mensaje hasta esta mañana. Pensé que era mi madre, la verdad. No creo que lo hubiera escuchado si no.

—¿Y? —insistí.

Marnie levantó el gorro de la cabeza de Audrey y lo apretó dentro de su puño.

—Tiene la cabeza demasiado pequeña.

—Marnie, ¿vas a mirarme? ¿Qué decía en el mensaje? ¿Ha encontrado algo? ¿Sigue investigándonos?

—Por Dios, Jane. —Lanzó hacia mí el gorro de algodón, que se llenó de aire y aterrizó entre ambas en la colcha azul.

—¿Cómo? ¿No quieres saber si volverá a escribir sobre nosotras? No me apetece salir en esa maldita página web después de la última vez. ¿Y a ti? ¿Te da igual?

—Tienes que calmarte. Éste no es el sitio adecuado. Además, ¿por qué te preocupa tanto? ¿Qué más da que nos investigue una periodista? Que malgaste todo el tiempo que quiera, no encontrará nada. ¿Qué nos importa a qué dedica su tiempo?

Audrey empezó a gemir.

—Oh, no, no, no —dijo Marnie—. No hagas eso. Ya empezamos. —La levantó en el aire, con el cuerpo todavía doblado, y de pronto lo entendí.

Lo que ponía en ese mensaje no tenía importancia. No había habido ninguna revelación ni ninguna prueba comprometida. Si la hubiera habido, esa conversación habría sido algo diferente desde el principio. Porque Marnie nunca ha sido dada a guardar secretos, o a dejar que la ira se acumule dentro de ella hasta que estalla. Si hubiera tenido algo que decir, lo habría dicho ya.

Pero me había consumido mi propio pánico. Sin querer, había creado una tormenta a partir de aire estático, dejando ver imprudentemente mi miedo. Había supuesto que se haría eco en Marnie. Pero ella no sabía que había una razón para tener miedo de los artículos, los mensajes o la constante intromisión de la periodista. Había dado absurdamente por hecho que ella y yo todavía sabíamos y sentíamos lo mismo, que cualquier espacio que se abriera entre nosotras se cerraría con rapidez. Pero ya no era cierto; nunca volvería a ser verdad.

Necesitaba bajar el tono de la conversación y disimular mi ansiedad, porque ella tenía motivos para sorprenderse.

—¿Está bien la niña? —pregunté.

Percibí un contraste inquietante entre lo que ella podría haber descubierto y la perfecta serenidad de ese pequeño cubículo cerrado con cortinas.

—Creo que sí —respondió Marnie, atrayendo a Audrey de nuevo hacia sí.

Sacó otro gorrito de su bolsa, que estaba repleta de pijamas enteros enrollados y calcetines con volantes, y se lo deslizó por la frente hasta encasquetárselo por encima de las cejas.

—Lo siento. Y tienes razón, hay que pasar de ella. Ya se cansará.

—Exacto —respondió Marnie.

Llegó una comadrona, una diferente, para examinar a Audrey, hacerle una prueba de audición, pesarla otra vez y soltarla formalmente al mundo que existía más allá de esas paredes del hospital. Era mayor, afable y sonriente, con un aire de matrona que inspiraba confianza. Agradecí la interrupción.

—¿Cómo vais a ir a casa? —nos preguntó, y su mirada nos abarcaba a las tres.

—Pensaba pedir un taxi —respondí—. ¿Lo hago ya?

—¿Tienes una silla para el coche?

Señalé con la cabeza al fondo de la sala.

—Pues adelante. Ya podéis. —Le hizo cosquillas a Audrey en los dedos de los pies—. Anda que no eres suertuda con estas encantadoras mamás que te lleven a casa.

No la corregí.

—Jane —dijo Marnie mientras esperábamos el taxi delante del hospital—, ¿puedo preguntarte algo? —Temblaba con su vestido de verano, a pesar del sol.

—Lo que quieras.

Audrey, ya sujeta a su asiento y envuelta debajo de las mantas, gimió y luego estornudó.

—Te noto diferente. ¿Te ha molestado algo?

—Estoy bien.

—¿Ha sido por esa periodista? —preguntó—. ¿Ese mensaje?

Una ambulancia se detuvo frente a la entrada principal, con las sirenas todavía aullando.

—Jane —dijo ella exasperada.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

Las sirenas cesaron. Dos paramédicos vestidos con bata verde sacaron una camilla de la parte trasera del vehículo y la introdujeron en el edificio seguidos de un médico con bata azul.

—¿Todavía te preocupa esa periodista?

—Es posible.

Marnie suspiró.

—Lo entiendo. Aunque en algunos aspectos es peor para mí. Ella me engañó. Me pareció una mujer agradable el día que la conocí. Parecía encantadora, de hecho. Además de guapa. Se mostró muy amable y compasiva. Realmente pensé que podía confiar en ella. Pero todo fue puro teatro. Así que hemos aprendido la lección. Sé lo duro que es tener que tragar esas acusaciones, he pasado por ello, recuerda, pero ella ya no importa.

Asentí como si la entendiera, como si tuviera sentido, como si yo también estuviera inquieta por una falsa acusación.

—¿O no es eso? —preguntó Marnie—. ¿Fue algo que ella dijo en su mensaje? ¿Es ése el problema?

Negué con la cabeza.

—¿Qué te dijo a ti? —insistió ella.

Me detuve, buscando una respuesta segura.

—Espero que lo mismo que a ti —le respondí.

—Yo sólo escuché el comienzo. Lo borré en cuanto le reconocí la voz. Pero ¿qué era? ¿Qué te dijo a ti?

Sentí un escalofrío de alivio. Había hecho bien en no dejarme llevar por el pánico. Ella no sabía más de lo que había sabido antes. Pero el breve respiro dio paso a un miedo más sutil, pues Valerie no había dejado un mensaje irrelevante en el que no decía nada digno de notar, que era a donde me había llevado la esperanza. Simplemente yo había tenido suerte. Si Marnie no hubiera borrado ese mensaje, ¿quién sabía lo que ahora podría saber?

—¿Jane?

—Llamaba para disculparse —respondí.

La verdad, y casi me da vergüenza decirlo, es que me inventé espontáneamente el resto del mensaje, sin pararme a pensar, embelleciendo esa mentira tanto como había hecho con las demás.

—Dijo que lo había pasado mal, que su exmarido se había vuelto a casar hacía poco y se había volcado demasiado en el trabajo. Dijo que lamentaba el daño que había hecho y que esperaba que pudiéramos perdonarla.

Ésa fue la sexta mentira.

Y la dije por la misma razón que había dicho las demás. Pero esa mentira parecía diferente, porque con ella no pretendía detener un

problema, sino posponerlo. Valerie había acudido a Marnie. Volvería a hacerlo.

La presión para hacer algo iba en aumento y era preciso abordarla.

—Oh —dijo ella mirándome fijamente—. ¡Qué raro! Parecía bastante angustiada al comienzo del mensaje. ¿Cómo lo dijo?

—No es importante... —comencé.

—Lo sé. Pero ahora estoy intrigada. Dijo algo que me puso la carne de gallina. Y supe de inmediato que era ella y que no quería escucharla, porque estaba segura de que iba a ser acusatorio y lleno de mentiras ridículas de nuevo, y no estaba de humor, la verdad. Pero... No me acuerdo.

—Creo que había estado bebiendo.

—Es posible. Aunque estoy segura de que había algo más.

¿Lo sabía? ¿Dudaba de mí? Yo no tenía forma de saberlo, pero no lo creía probable. Porque esa periodista era una presencia inestable que nos acechaba, nos acosaba y publicaba mentiras maliciosas en internet. Mientras que yo era su amiga de confianza: sólida, estable y permanente. Si fuera la palabra de la periodista contra la mía, sé a quién creería. Y, sin embargo, sentí la más ligera duda, porque ella nunca me había llevado la contraria con tanta facilidad.

—Bueno —dijo cuando un taxi se detuvo frente a nosotras—. Debió de ser eso.

Las acompañé hasta su casa, sujetando el asiento de Audrey, y llevé sus cosas (bolsas de pañales, mantas, mudas de repuesto) hasta el piso. Me detuve delante de la puerta principal mientras Marnie se peleaba con la llave, rascando y rayando la cerradura, hasta que por fin se abrió de par en par.

El piso estaba tal como lo habíamos dejado: ordenado excepto por la pelota azul anclada en el medio del salón, y el pasillo despejado y limpio, con la alfombra cuadrada negra y blanca al pie de la escalera.

Me quedé allí parada con las bolsas en las manos y entonces Marnie se volvió hacia mí y dijo:

—A partir de aquí nos las arreglaremos solas.

Y así fue como me despidió.

Me volvió a echar.

34

La primavera avanzaba lentamente hacia el verano y me sentía frustrada.

Quería pasar más tiempo con Marnie.

Hacíamos planes, pero ella los anulaba en el último minuto. Fui a verla varias veces en esas primeras semanas, para llevarle provisiones —más pañales, medicinas y una bandeja para el hielo—, pero nunca me quedaba mucho rato. Porque siempre pasaba algo, alguien interrumpía, una llamada telefónica de la enfermera o una visita de la comadrona.

Ella estaba resuelta a abordar esa nueva fase de la vida por sí misma. Confiaba en otras mujeres que habían sido madres por primera vez hacía poco y podían darle consejos que a mí me eran ajenos. Yo me sentía inepta. Ella confiaba en profesionales médicos, que le recetaban pomadas de toda clase que por lo visto eran necesarias los primeros meses de la vida de un bebé. Yo quería estar allí —lo quería de verdad— y te prometo que intenté ser un apoyo. Pero a menudo me sentía como un estorbo, sin saber adónde iba toda esa parafernalia, cómo sostener la cabeza del bebé o cómo poner un pañal.

Quería desesperadamente formar parte de su mundo, y no tenía sentido para mí que ellas no lo quisieran también. Quería aprender junto con Marnie, descubrir los desafíos a su lado. Tuve una visión de cómo deberían ser nuestras vidas, la forma en que los tres mundos se fundían en uno, y a esa distancia me parecía imposible.

Quedamos una vez para comer cuando Audrey tenía tal vez seis semanas. Estaba muy emocionada de verlas a las dos, y compré un juguete para Audrey. Pero a ella no le interesó. Lloró sin parar, angustiada por los nuevos ruidos y olores, y por las brillantes luces de una cafetería al sol. Estaba furiosa y nerviosa, con la carita roja como una ampolla, y Marnie la balanceaba arriba y abajo, sudando para hacerla callar.

—Mierda —dijo—. Los malditos ventiladores.

—¿Qué ventiladores?

La camarera nos dejó nuestros platos en la mesa: huevos revueltos para Marnie y un bocadillo de beicon para mí.

—Tenía que pasar a recogerlos —respondió ella—. Hace demasiado calor en el piso. Es una pesadilla, la verdad. Ella no puede dormir, y tengo un pequeño termómetro y está rojo todo el tiempo porque hace un calor tremendo, no recuerdo una primavera igual, pero no puedo hacer mucho al respecto, ¿no? Así que he encargado tres ventiladores. Probablemente sea un poco exagerado, tal vez sólo necesitaba uno, pero estaba como una moto. De todos modos, hay que recogerlos al mediodía y no voy a llegar a tiempo con ella en este estado. Tendré que ir mañana. Lo que significa otra noche de berridos.

—Puedo ir yo —me ofrecí—. ¿Dónde está?

Se detuvo.

—¿Estás segura? ¿Lo dices en serio? Tendrías que salir ya.

—Por supuesto —le contesté. Quería ayudar.

—Bueno, deja sólo que... —Revolvió en su bolso y sacó un recibo —. Puede que sólo sean diez minutos a buen paso.

—Claro —dije cogiendo el trozo de papel—. No es ningún problema.

—Pero ¿y la comida?

—He tomado un bol de cereales antes. Estoy bien. De verdad.

—Pues toma —dijo ella. Y su mano derecha volvió a desaparecer en su bolso y sacó una pequeña llave dorada que reconocí de inmediato—. Pagaré la cuenta y te veré allí, pero antes necesito ocuparme de ella, así que puede que llegues antes que yo. ¿Estás segura? Ya están pagados.

—Segurísima —respondí tendiendo la mano para tomar la llave, y al palpar la raya que había a lo largo de la parte circular plana, supe que era exactamente la misma que había estado antes en mi mano—. Hasta luego.

Recogí los ventiladores y me dirigí a su piso; eran pesados e incómodos de llevar. Entré con la llave. Se respiraba otro ambiente: habitado, ajetreado, lleno. Abrí las tres cajas del pasillo y monté los ventiladores, y los enchufé en la toma de tierra que había junto al radiador, uno tras otro, para asegurarme de que funcionaban. Allí agachada en el suelo, volvió a llamarme la atención esa alfombra

negra y blanca. Levanté una de las esquinas para mirar lo que había debajo. Nada. La retiré un poco más, pero ni siquiera había una mancha junto al último escalón.

Dejé los ventiladores al pie de la escalera, me senté en el sofá y esperé a que Marnie y Audrey regresaran a casa y no toqué nada porque no quería alterar aún más el ambiente. Volvieron justo después de la una y Marnie dijo que estaba cansada y que necesitaba descansar, que me agradecía mucho que hubiera ido a recoger los ventiladores, y que debíamos quedar de nuevo para un desayuno tardío, o tal vez para comer, que se pondría en contacto conmigo.

No hemos podido vernos desde entonces.

Quedé en cenar con ella la semana pasada, pero llamó a mi oficina por la tarde para decir que no tenía muchas ganas de cocinar, que estaba agotada y que si podíamos quedar otro día. Le dije que no se preocupara, que viniera a mi casa y yo cocinaría, o que podía cocinar yo en su piso, o por qué no pedíamos comida a domicilio. Pero ella insistió en posponerlo.

Ha pasado un mes. He estado usando este espacio para concentrarme en Valerie.

Me encantaría decirte que ha sido una distracción satisfactoria, pero sería falso. Y he prometido contarte la verdad. Aquí está. Me encontré considerando cosas para..., ¿cómo decirlo?..., evitar que interfiriera de forma permanente. Sabía dónde vivía. Sabía dónde trabajaba. Puede que no conociera sus secretos como ella conocía los míos, pero tenía el convencimiento de poder provocar una situación fatal.

Aun así, no era tan sencillo. No conseguía dar con una fórmula que no me suscitara escrúpulos. Me gustaba la idea de empujarla delante de un coche. Habría tenido una simetría satisfactoria. Imaginaba maneras de hacerme con sus píldoras —había visto sus artículos sobre tabletas para la fiebre del heno— y reemplazarlas con algo más mortífero. Pero cada vez que mis pensamientos se volvían más pragmáticos y menos imaginarios, se me ponían los nervios de punta. Lo que en muchos sentidos servía para probar que ella estaba equivocada; y que yo no era una asesina.

De modo que necesitaba otro plan.

Esa tarde me sorprendí mirando de nuevo sus publicaciones recientes (fotografías, artículos de periódicos y tuits) y descubrí una nueva foto, subida apenas esa mañana. Mostraba una hilera de zapatos de claqué y la leyenda: «Ensayo final: ¡allá vamos!». Fui a la página web de la compañía de danza y me enteré de que su espectáculo empezaba al cabo de unas horas en el salón de una iglesia del centro de la ciudad. No vendían entradas por adelantado —se entraría por orden de llegada—, pero en la puerta aceptaban donativos para una organización benéfica que trabajaba en favor de la salud mental.

Decidí ir. Quería verla.

Llegué a las siete en punto. La mujer que sostenía el cubo de la recolecta en la entrada me preguntó si había visto alguno de sus espectáculos antes y, cuando le dije que no, me preguntó si conocía a algún miembro del reparto.

—A Valerie —respondí sin pensar.

—¿Sands? ¿Valerie Sands?

Asentí.

—Ha sido una gran incorporación al equipo. Estamos muy emocionados de tenerla. No bailaba desde que era adolescente, pero ha vuelto a pillarlo enseguida. Esta noche brillará, estoy segura. Se sentirá muy orgullosa.

Sonreí y volví a asentir, y acepté agradecida un programa rosa brillante. Valerie figuraba como una de las seis bailarinas que actuaban en el número de apertura.

Entré en la iglesia y me sorprendió su tamaño: el techo, tan increíblemente alto y ornamentado; los anchos bancos de madera; el escenario, escondido detrás de gruesas cortinas verdes. Los bancos estaban llenos —los niños sentados en regazos y los adolescentes muy apiñados—, así que me quedé de pie en la parte delantera junto a otros rezagados. Detrás de mí empezó a congregarse gente: familias, amigos y seres queridos.

Luego se apagaron las luces y se abrió el telón, y la vi salir al escenario. Era una de tres mujeres con tres hombres detrás, todos con pantalones negros holgados y camisetas negras ajustadas. Tenían un aspecto corriente y aburrido, hasta que empezó a sonar la canción. El altavoz a mi lado se puso a vibrar y al instante se volvieron magníficos. Se movían muy rápido, enfatizando la música con su cuerpo anguloso, y el ruido de sus pies era agresivo y audaz. La

energía que emanaba de ellos hizo que me sintiera más viva, y me quedé completamente absorta, hasta que ella miró al frente. Buscaba a alguien entre el público. En su lugar, me encontró a mí.

Tropezó por un momento y enseguida se enderezó y recuperó el paso, pero fue agradable ver que la había alterado. Me gustó ser yo quien la sorprendiera por una vez.

Me escabullí al final de la canción, satisfecha de que supiera qué se siente cuando te hacen perder pie.

35

Era sábado por la mañana e iba a ver a mi madre. Había estado a punto de quedarme en la cama, pero sabía que ella me esperaba; al menos en teoría, pues era perfectamente capaz de haberlo olvidado.

Hacía un calor demasiado húmedo y agobiante para remolonear en la cama. Había hecho más de veintisiete grados durante las últimas tres semanas y no había llovido casi en un mes. En toda la ciudad, el césped se había convertido en paja amarilla y por mucho que uno madrugara, el ambiente era bochornoso y opresivo. Era la clase de tiempo para tomar helados en el parque, sentarse a la sombra, ir a la piscina pública y disfrutar de cenas tardías al aire libre en el ondulante calor de una larga noche. No para trayectos en tren, ni para residencias sin ventanas, ni para los estrechos vínculos del deber familiar.

El tren iba lleno. Todavía estábamos en Waterloo y faltaban unos minutos para que saliera. Yo estaba sentada junto a las puertas correderas, en una hilera de cuatro asientos apoyados contra la ventana. En los asientos de enfrente había una familia joven: una madre, un padre y sus dos hijas pequeñas. Llevaban mochilas, y me pregunté si iban a la playa o al campo, donde las temperaturas eran un poco más suaves y el aire un poco menos denso.

Detrás de ellos, otro tren se disponía a partir. El guardia se asomó, examinó el andén y tocó el silbato. El otro tren gimió y empezó a moverse, y el estómago me dio un vuelco, como si nosotros también nos moviéramos. Me recosté y cerré los ojos.

Estaría de vuelta en la ciudad por la tarde y una semana más habría cumplido mi papel de hija obediente.

Cuando abrí los ojos, estábamos en Vauxhall.

—Haz el favor de parar —dijo una mujer desde el vagón, mirando hacia fuera y sujetándose al marco de la puerta, bloqueando la entrada con los brazos extendidos.

Yo no podía verle la cara, pero supe que estaba al borde de las

lágrimas por cómo le temblaba la voz.

—No te subas a este tren.

—Eh, vamos —dijo un hombre desde el andén—. ¿Qué te pasa?

Ella inhaló y se le elevó el pecho, y vi que estaba asustada pero intentaba no demostrarlo.

—¡Oiga, este hombre me está acechando! —gritó hacia el guardia del andén. Estaba de espaldas a ella, hablando por un *walkie-talkie*—. ¿Oiga?

El guardia no se volvió.

—Me subiré al tren que me dé la gana —continuó el hombre.

—A éste, no. Me has estado siguiendo y gritando obscenidades, y no voy a seguir tolerándolo. —Se pasó la correa del bolso por la cabeza para que le colgara sobre el pecho. Su jersey era de un rosa brillante, la hacía parecer más joven, más vulnerable, y sus pantalones cortos de tela vaquera dejaban ver unos muslos tonificados y bronceados.

Atraje la mirada de la mujer que estaba sentada enfrente de mí. Su marido rodeó con los brazos los hombros de sus dos hijas pequeñas mientras ella y yo nos debatíamos en silencio sobre si debíamos intervenir o no.

—¡Oh, vete a la mierda! —gritó el hombre.

—Ya es suficiente —dijo el padre con voz comedida y serena—. Sólo tiene que esperar dos minutos, amigo. Hay un tren justo después de éste. No arme follón, ¿quiere?

El hombre continuó en el andén, como si considerara la petición.

—A la mierda todos —dijo finalmente, y se marchó furioso.

Solté el aire. ¿Volverse atrás ante una mujer menuda con pantalones cortos vaqueros y blusa rosa? Bueno, eso debía de ser castrante, un signo de debilidad. Pero dar la espalda a otro hombre un poco mayor y más fornido sólo era sentido común.

A Charles lo intimidaban las mujeres fuertes. Rechazaba a sus colegas femeninas durante una cena calificándolas de demasiado emocionales o demasiado buenas. Se sentía amenazado por el éxito de sus socias, que tenían hijos felices, grandes matrimonios y carreras impresionantes. O tal vez eso era lo que yo había querido ver. Puse todos sus defectos en una lista y sumé todas las formas en que no se merecía a una mujer como Marnie.

La mujer de rosa presionó el botón y las puertas se cerraron

delante de ella.

—Gracias —dijo volviéndose hacia el padre de las niñas—. Gracias por ayudarme.

Se dio media vuelta y se dirigió hacia el asiento vacío que había a mi lado.

Yo la conocía.

La reconocí de inmediato.

Reconocería esa cara en cualquier lugar.

36

Me resultó tan familiar... Reconocí su pelo moreno, peinado hacia atrás, y los tatuajes en la muñeca izquierda y el pulgar coincidían con los de sus fotografías. De cerca era distinta: mucho más definida, más singular. La había visto adoptar esa postura antes, el peso del cuerpo hacia un lado y la cadera izquierda sobresaliendo, y llevaba el mismo bolso de cuero negro que en el funeral. Pero había algo más: algo aparte de su aspecto, su postura y los accesorios que llevaba. Tuve la sensación de conocer el funcionamiento de su mente, la manera en que formaba un pensamiento.

—Te conozco —le dije.

—Sí. Aunque se suponía que no debías verme. Pero era imposible imaginar todo este jaleo con ese hombre. Estoy un poco alterada, la verdad. Era horrible, ¿no? Es la segunda vez que me sigue. Y supongo que nunca es agradable que te siga un hombre.

Arqueó una ceja y se rio.

Me sorprendió su aplomo; se la veía tan segura de sí misma, tan valiente... Debería haberme asustado, lo sé. Debería haberme inquietado que confirmara que había estado siguiéndome, probablemente durante meses y sólo con las peores intenciones. Pero en ese momento me sentí tranquila. No me había equivocado. Había estado siguiéndome.

—No eres tan sutil como crees. Te he visto. Más de una vez, de hecho.

—¿En serio? ¡Maldita sea! Qué decepcionante.

No me había fijado antes, pero había algo muy bonito en sus facciones.

—¿Qué quieres?

—Quiero saber adónde vas todos los sábados. ¿Te importa si me siento?

Asentí porque no la quería tener a mi lado, como si fuéramos amigas, como si hubiera algo más entre nosotras de lo que había en

realidad.

—Sí. Sí que me importa.

—Vamos, no seas así.

—¿Acabas de insinuar que has estado siguiéndome y pretendes sentarte a mi lado y tener una charla conmigo? No me interesa.

—Eres tan dramática... No contaba con eso. Imaginé que serías muy comedida y un tanto fría, pero rebosas emociones, ¿verdad? Lo cual es extraño, porque no es ninguna revelación, ¿no? Si ya sabías que te estaba siguiendo.

Odié la insinuación de que estaba histérica cuando quería desesperadamente ser todo lo contrario: tranquila, serena y controlada.

Ella se sentó a mi lado de todos modos. Me empujó el brazo con el suyo. Me quedé inmóvil de tal manera que la suave tela de su jersey me tocaba la piel desnuda. Sentí una ira punzante dentro de mí, pero sabía que tenía que ignorarla y andarme con tiento, ser calculadora en lugar de despiadada.

Ella suspiró y se pasó los dedos por el pelo.

Me entraron ganas de abofetearla, a pesar de que sé que la violencia nunca es la respuesta. Pero todo lo relacionado con ella —su sonrisa, su jersey rosa, su temple— me resultaba irritante. Me había acusado de asesinato, y no una, sino dos veces. Me había acusado de matar a mi propio marido. Y cuando Marnie por fin empezaba a abrirse paso a través de su dolor, fue esa mujer que tenía a mi lado quien la apartó e interrumpió el camino a la recuperación.

—Deberías bajarte en la próxima parada.

—Pero entonces no sabré adónde vas —replicó, y apoyó uno de sus pies en el asiento acolchado para volver a atarse los cordones.

—Podrías preguntármelo. No es interesante. Y, francamente, si tu investigación te ha llevado hasta aquí, está claro que es hora de abandonar. Voy a ver a mi madre. La visito todos los fines de semana y siempre tomo este tren.

—¿Dónde vive?

—Al final de la línea.

—¿Puedes darme su dirección? —Me sonrió con complicidad, como si estuviéramos juntas en eso.

Volvió a poner el pie en el suelo y empezó a subir y a bajar el talón de tal modo que la pierna se balanceaba arriba y abajo y la piel

bronceada del muslo le temblaba.

—Está en una residencia. Demencia.

Supongo que necesitaba parecer sincera, como si no tuviera nada que ocultar. Le estaba facilitando voluntariamente la información que ella quería para parecer inocente.

—Lo siento mucho. Es una auténtica desgracia.

—¿Por qué? —pregunté sin rodeos—. ¿Porque no podrá contarte nada?

Ella se sorprendió.

—No. Qué cosa más horrible. No lo decía por eso.

—Ya —repuse. No sabía si decía la verdad. En realidad, no importaba.

Miró por encima del hombro a los setos que desfilaban como una mancha verde al otro lado de la ventana.

—Crees que soy un monstruo. No lo soy. Sólo sé que aquí hay algo más por descubrir y tengo que seguir adelante. Y me temo que no mejorará.

Mi cara debió de torcerse de alguna manera, y tal vez vio el miedo que había dentro de mí, porque sus ojos cambiaron rápidamente hasta mostrarse casi compasivos.

—Lo siento —dijo—. Ha sonado casi como una amenaza.

—¿No lo es?

—Tienes razón. Es probable que lo sea ¿Tienes la sensación de que voy acercándome?

—No hay nada a lo que acercarse...

—Basta —me interrumpió—. Lo ves tan claro como yo. Hay pequeñas grietas en tu historia. Y en algún lugar hay una bola de demolición que la destruirá por completo. La encontraré.

Me encogí de hombros.

—Te equivocas —respondí. No soné convincente.

—Aunque, si te consuela, te diré que no creo que hayas matado a tu marido.

—No me consuela.

—Y supongo que lo siento. Es duro.

—Te acostumbrarás a ello —repliqué—. A la mierda.

—Oh, te oigo —dijo ella—. A veces los bordes no empiezan a suavizarse hasta que voy por mi cuarto vodka. —Empezó a dar vueltas al anillo de plata que llevaba en el pulgar—. Acabo de acordarme de

ese mensaje. —Hizo una mueca—. Te lo dejé en tu contestador automático. A la mañana siguiente me encontraba de pena, había bebido demasiado. Pero hablaba en serio.

—¿Al decir que todavía nos estás investigando? —pregunté—. Me alegro de que Marnie borrara el tuyo antes de oír esas tonterías.

Valerie ladeó la cabeza un poco y abrió mucho los ojos, y de pronto comprendí que había metido la pata.

—¿Quieres decir que no lo escuchó?

Negué con la cabeza.

—Pensé que lo había escuchado, pero pasó de él.

Guardé silencio. La familia de cuatro se bajó en Richmond. Hubo un revuelo en el último minuto —las gorras, las mochilas y dónde estaba la crema solar—, y la madre nos sonrió incómoda mientras sacaba a su familia del vagón justo antes de que el timbre de las puertas sonara y éstas se cerraran, y el tren abandonara el andén.

El aire acondicionado gruñó, gimió y finalmente se detuvo. El tren de pronto pareció más silencioso, sin el zumbido del ventilador y el silbido del aire frío que entraba en el vagón. Empezó a subir la temperatura. Me levanté para abrir la ventana, pero estaba cerrada herméticamente. Todas lo estaban.

—Muy bien, princesa —llegó una voz a mi espalda, y me di media vuelta y vi que el hombre había vuelto y se había sentado delante de nosotras, donde había estado la familia unos momentos antes.

Me quedé parada, pero no dije nada.

—¿Qué es lo que has dicho antes?

Hablaba en voz alta y los demás viajeros del vagón cambiaron de postura y se quedaron mirando, esperando a ver cómo se desarrollaba la situación. Me preguntaba si habían estado escuchando todo el tiempo, cuánto habían oído de nuestra discusión.

—¡Eh! —gritó.

Valerie hurgaba en su bolso.

—Antes no me ignorabas.

—Hay más asientos libres —le dije yo—. Allí mismo.

—No estoy buscando un asiento, cariño. Quiero hablar con ella.

Valerie se negó a levantar la vista, jugueteando con fajos de viejos recibos doblados y desteñidos, una botella de agua vacía y el móvil. Yo debería haberme ido. Debería haber dejado que lo manejara

ella sola. Pero existe un código tácito entre mujeres, que se aplica en los lugares públicos, y sobre todo en el transporte público, por el que nos unimos en presencia de los hombres amenazadores. De modo que, sin pararme realmente a pensar, me quedé a su lado.

—¡Mírame! —gritó él, y ella instintivamente lo hizo.

Cogió aire y luego se levantó.

—Mira, estoy tratando de pasar un buen día con mi amiga. —Noté cómo sus dedos trepaban por mi muñeca hasta mi mano. Dejé que me la cogiera. ¿Seguía interpretando? ¿Tenía el control de la situación? ¿O era él?—. Y, la verdad, no queremos líos. ¿Qué buscas exactamente?

—Bueno, eso lo explica todo —dijo él poniéndose de pie.

Me puse tensa, pero él no se acercó más.

—Eres tortillera. —Se rio—. ¿Por qué no lo has dicho antes? Debería haberlo imaginado, con toda esa rabia y ese odio.

Pasó junto a nosotras sosteniendo el dedo medio en alto detrás de la cabeza mientras se alejaba por el vagón.

Lo vimos desaparecer y nos recostamos de nuevo.

—Ha estado acosándome —dijo en voz muy baja—. Salimos a tomar una copa una vez. Para hablar de un artículo que yo quería escribir. Y hoy lo he visto en mi *show*, un espectáculo de baile. Me observaba desde los primeros asientos. La verdad es que he perdido la concentración. Espero no volver a saber de él.

—Quiero que te bajes en la próxima parada —dije de nuevo.

—No te seguiré.

—No te creo.

Ella se echó a reír.

—Supongo que es justo.

—Quiero que dejes de investigarnos.

—Eso sí que no voy a hacerlo.

—Sí lo harás —repuse—. No hay nada que descubrir y me estás acosando, lo cual es un delito en sí mismo.

—Le diré a la policía lo que he averiguado.

—¿Crees que les interesará? ¿Un paseo bajo la lluvia y un piso ruidoso? No son pruebas, Valerie. No son nada. No has encontrado nada. Estás perdiendo el tiempo. Tienes un problema.

—No tengo ningún problema —replicó ella, y vi que había descubierto algo que la inquietaba.

—Esto no es normal. —Intentaba no gritar, pero la ira estallaba dentro de cada capilar en pequeñas explosiones que estaban fuera de mi control, y me picaban y latían desesperados por escapar—. No eres normal.

—Mira quién lo dice. —Tenía la cara desfigurada: la mandíbula apretada, los ojos entornados, la boca fruncida.

—¿A qué viene eso? ¿Qué quieres decir?

—Que asesinaste al marido de tu mejor amiga. ¿Quieres hablar de obsesión? ¿Quieres hablar de lo que no es normal? Voy a por ti... Y lo sabes. Sólo que aún no acabas de creértelo.

—¿Sabes? Creo que estás celosa.

Era una nueva ocurrencia. No lo había pensado antes. Pero debía de venir de alguna parte, porque tenía mucho sentido.

Abrió la boca como si fuera a hablar, pero no dijo nada. Se le hundieron ligeramente las mejillas, metiéndosele entre los dientes, y al instante se le borraron las arrugas de la frente.

—No lo estoy —dijo al fin.

Me encogí de hombros con la misma deliberada petulancia con que lo había hecho unos momentos antes.

El tren se detuvo en la estación. Ella sacó del bolso una tarjeta de visita. Tenía un dibujo de una pluma estilográfica dorada grabada en relieve por un lado.

—Me voy. Pero quédatela. Y llámame. Hablo en serio.

—Lo llevas claro.

37

La puerta estaba abierta, como siempre, y llamé con suavidad. Mi madre estaba sentada en su sillón en la esquina de la habitación. Tenía el armazón de madera pálida y las patas de madera pulida. Nunca me había fijado en el estampado de la tapicería, el cuerpo acolchado decorado con volutas verde eléctrico, pero resultaba hipnótico sobre el morado de su jersey de lana. Llevaba zapatos en lugar de zapatillas, y me pregunté si había estado utilizando la crema hidratante que le había regalado para su cumpleaños porque tenía la piel un poco más suave y flexible.

—Buenos días.

Ella me sonrió y dio unas palmaditas en el brazo del sillón. Todavía hablaba a veces, pero cada vez menos, y en lugar de ello utilizaba pequeños gestos para hacerse entender. En una ocasión había descrito la sensación de extraviar las palabras antes de que acudieran a sus labios. Dijo que era como llevar a niños al colegio, cada palabra era un niño, pero eran imposibles de manejar y llegaban en el momento inoportuno o se quedaban por el camino dando vueltas, o, aún peor, los niños que llegaban eran de otros y no los que ella quería. El silencio era una alternativa menos aterradora.

Volvió la cabeza hacia la cama, animándome a sentarme en ella. Hice lo que me indicaba, aunque el colchón era muy incómodo.

—Tú —dijo. Y lo que quiso decir fue: háblame de tu semana, de tu día, de tu vida, de todo lo que te ha pasado desde la última vez que estuvimos juntas.

—No hay mucho que contar —respondí. Y era la verdad. Había vuelto a caer en una rutina que me resultaba muy familiar, una fiable combinación de trabajo-casa, casa-trabajo—. Pero llamaré a Emma más tarde.

La cara de mi madre se torció ligeramente cuando lo dije, y seguí hablando para no darle tiempo a responder o empezar con sus gesticulaciones maníacas.

—Puede que incluso pase a verla. Le está yendo mucho mejor desde el último ingreso en el hospital, pero aun así creo que es buena idea visitarla.

Mi madre frunció el ceño. Había ignorado el sufrimiento de Emma hasta que la enfermedad estuvo completamente arraigada en sus huesos. Del mismo modo que a mí no me había conocido de casada, sólo como viuda. Pero a pesar de estas deficiencias aplastantes, nos conocía. Quizá como sólo una madre puede conocer a una hija. Ella sabía, por ejemplo, que yo manipulaba la verdad porque era débil. No podía admitir que a Emma no le iba mucho mejor cuando en realidad creía que estaba un poco peor. El pelo le raleaba y en la sien izquierda le había salido una pequeña mancha. Tiritaba todo el tiempo, siempre iba envuelta en capas de jerséis, mantas y calcetines, y tenía una tos que no lograba quitarse de encima.

Pero yo no podía admitir nada de todo eso porque no podía soportar enfrentarme a esa realidad. Y mi madre lo sabía. También sabía que Emma no tenía la fuerza para estar mucho mejor, y que, en el mejor de los casos, sufría.

Mi madre tamborileó con las uñas en el reposabrazos de madera y luego dijo:

—¿John?

—¿Jonathan?

—Mañana —respondió ella.

Señaló el calendario que colgaba de la pared. Se lo había comprado unas Navidades antes, un calendario genérico con fechas pero sin días, con fotografías de flores, una diferente para cada mes. Se había sentido frustrada por su incapacidad para recordar eventos importantes como nuestros cumpleaños, por lo que nos sentamos y marcamos los más importantes. Jonathan llevaba dos años muerto, pero sus fechas seguían siendo las mías y yo las había escrito como si fueran las mías.

Me puse de pie y me acerqué al calendario. Cada mañana, el cuidador de mi madre movía una pequeña pegatina amarilla hasta la fecha del día. Era inútil saber cuándo caían los momentos importantes si no tenía idea de dónde estaba.

Al día siguiente habría sido el cumpleaños de Jonathan.

Se me había olvidado.

En otra vida, habría estado preparándolo durante semanas, si no

meses, con regalos, un pastel, una tarjeta y globos. Podría haber reservado una mesa en un buen restaurante u organizado una fiesta sorpresa. Podría haber buscado papel de regalo que fuera con su personalidad —con bicicletas, bates de críquet o animales—, o comprado cruasanes en la panadería.

Y, hace apenas un par de años, habría visto aproximarse ese día con los pulmones a punto de estallar por el dolor más insuperable. Habría estado ansiosa y aterrada viendo pasar los días, pensando en todas las cosas que estaría haciendo si él estuviera vivo y las cosas que yo no estaba haciendo porque estaba muerto.

—Sí —dije para que pensara que lo recordaba, que ya lo sabía, porque ¿qué clase de esposa olvida el cumpleaños de su marido?—. Es posible que vaya a visitarlo al cementerio a primera hora. Antes de ir a ver a Emma. Creo que llevaré flores. O tal vez un globo. No, un globo no.

Asintió.

—¿Papá? —preguntó.

A veces, la mayoría, olvidaba que él ya no era parte de su vida. Creía que él iba a verla y, de vez en cuando, me contaba sus visitas. Me dijo que le llevaba flores, aunque nunca había más flores que las mías en la habitación, y que había colocado los estantes en casa, aunque ella se lo había pedido durante años y él nunca lo había hecho. Estaba bien, dijo, y yo sabía que lo estaba, pero a muchos kilómetros de distancia y con otra mujer que no era mi madre.

Una vez que habíamos discutido sobre nuestra responsabilidad compartida, Emma dejó caer que yo iba a verla con regularidad no porque fuera mi madre o por algún sentido del deber, sino porque envidiaba la capacidad de mi madre para olvidar. No sabía que la persona que ella más amaba ya no estaba cerca.

Yo procuraba evitar tener esa conversación con mi madre siempre que era posible: ignoraba sus preguntas o respondía algo muy vago, algo que sugería que él podría visitarla pronto sin hacer una promesa de transmitir un mensaje o que pasaría él mismo.

Quizá nunca se había propuesto recordar la ausencia de mi padre. Quizá estaba encantada de olvidar.

—¿Marnie? —preguntó en cambio, con una sonrisa.

—Está muy bien. A Audrey también le va muy bien. Tuvo una revisión hace unas semanas. Está ganando mucho peso. Aunque estas

últimas semanas no la he visto mucho. Parece que están muy ocupadas.

—La maternidad —dijo mi madre, y luego bostezó, como si eso también fuera parte de nuestra conversación.

—Lo sé. Pero las amistades también son importantes. Se me ha ocurrido que debería sorprenderla.

Mi madre lo aprobó con entusiasmo.

Se oyó un ruido en la puerta de al lado seguido de un gemido frustrado cuando a la vecina de mi madre se le cayó algo al suelo. Oímos el rápido taconeo de zapatos en las baldosas y dos enfermeras pasaron corriendo por delante de la puerta para ayudar.

—Quizá podría prepararle la cena —continué—. ¿Te acuerdas de que antes cenábamos juntas una vez a la semana? Creo que debería restablecer esa costumbre. Sería una manera de vernos más. ¿No te parece?

En otros lugares, con otras personas, las pausas las llenaban otras voces más fuertes. Pero aquí la mía era la única.

—Estoy pensando que el próximo viernes saldré del trabajo pronto. No es ningún problema, ya que todo el mundo parece escabullirse después de comer con la excusa de que hace buen tiempo y se van fuera el fin de semana. Somos menos personas para contestar los teléfonos, pero ¿y qué? Los teléfonos suenan menos porque en todas partes se han ido todos de vacaciones. Aun así, sé que Marnie se reúne con un grupo de madres los viernes a las tres de la tarde, sí que tiene tiempo para ese compromiso semanal, de modo que no estará en casa. Entraré con mi llave y cocinaré algo increíble, algo con lo que hasta ella quedará impresionada.

Mi madre frunció el entrecejo.

—Tengo una llave. Así que no te hagas una idea equivocada. No estaría entrando a la fuerza. —Me reí, pero me sentí incómoda.

Mi madre empezó a menear la cabeza.

—Me la dio ella. ¿Qué te pasa?

—No —dijo, y el movimiento de cabeza se hizo más vigoroso—. No.

—No seas así. Es una buena idea. Será una agradable sorpresa.

—Una llave —insistió ella.

—Sí, una llave.

Mi madre dejó de mover la cabeza y me miró fijamente. Yo era la

adulta responsable en la familia, pero ella todavía ocupaba el papel tradicional de la madre omnisciente, con unos ojos penetrantes que veían lo que sólo una madre puede ver, y una cabeza que se inclinaba exigiendo respuestas. Le llevó tres semanas aceptar que mi padre realmente se había ido, estábamos convencidos de que era un farol, y cuando por fin se lo creyó, se vino abajo. Él nos envió una postal desde una playa tailandesa explicando que tenía un nuevo número de teléfono y que no pensaba dárnoslo, pero que le parecía que debíamos saber que si en adelante no respondía nuestras llamadas y mensajes era simplemente porque no los recibiría. Ella lloró y bebió más de la cuenta, encerrada en su habitación, y yo iba a menudo para dejar botellas de agua en su mesilla de noche y llenarle la nevera de comida para microondas. Ella no había ejercido mucho de madre entonces.

—Está bien. No te acalores.

Golpeó con fuerza el reposabrazos de madera con una mano, hizo una mueca y se dio palmadas en el pecho tratando de sacudirse el dolor.

—Para. Para ahora mismo. ¿Qué estás haciendo?

Se golpeó la cara con la otra mano y tiró al suelo el vaso de agua que había en la bandeja de pie.

Me levanté y corrí hacia ella.

—¿Qué te pasa? Deja de hacer eso.

—Llave —siseó.

—Me la dio hace poco —dije. Y era la verdad—. Esto no va de... No tiene nada que ver con...

Una enfermera se detuvo en la puerta. Mi madre y yo nos volvimos para mirarla.

—Buenos días, Jane. Buenos días, Helen. ¿Qué ocurre?

Mi madre volvió a golpearse el muslo con la mano. Me miraba fijamente, queriendo decir algo pero incapaz de encontrar las palabras correctas para expresar lo que quería.

—¿Qué tienes? Tu hija ha venido a verte. Es un regalo. —La enfermera se arrodilló en el suelo delante de mi madre y le tomó las manos y se las mantuvo juntas para que dejara de pegarse.

—Llave —gimió mi madre—. Llave.

La enfermera me miró y yo me encogí de hombros.

—Me temo que no sé qué la ha puesto así.

—Oh, pues yo tampoco —dijo la enfermera, asumiendo la

responsabilidad del caos—. ¿Qué puede haberla alterado tanto? ¿Por qué no respiras hondo, cariño? —Su voz era suave—. Eso es. Resolveremos todo esto enseguida, pero antes que nada háblale de tu semana. Porque ha sido muy agradable, ¿verdad? Ha venido la peluquera y te ha quedado estupendo, ¿no? —Hizo un gesto amplio hacia el pelo de mi madre—. ¿Le has contado todo esto a Jane? Todos estamos listos para recibir visitas, ¿no es así?

—La llave —insistió mi madre, mirándome todavía furiosa.

—De acuerdo, de acuerdo —convino la enfermera, sentándose sobre los talones—. ¿Qué necesitas? ¿Quieres una llave? ¿Quieres que abra la ventana, es eso?

Mi madre estaba pensando lo peor de mí: que la llave había estado en mi posesión todo el tiempo y que ahora mentía.

Golpeó la bandeja con la mano y todo cayó al suelo, y los pañuelos de papel, la jarra de agua y la fotografía enmarcada rodaron por la habitación.

La enfermera me miró.

—Tal vez deberíamos...

—No pasa nada —dije levantándome—. No se preocupe. Volveré la semana que viene. A lo mejor ha pasado una mala noche o algo así.

Yo estaba perdiendo el control, estaba cometiendo errores.

Le había dicho antes que no tenía ninguna llave. Peor aún, le había dicho que, si hubiera tenido una llave, la habría usado para salvarle la vida a Charles. Lo que era una tontería. Había usado esa llave para quitarle la vida y ella lo sabía.

No mentía ahora, pero le había mentido antes, y ella me había atrapado en mi propia maraña de mentiras.

—¿Papá? —dijo mi madre, y me volví para mirarla. Preguntaba por él porque lo necesitaba. Quería que él interviniera, que ejerciera de padre. Ella sabía que no podía fiarse de mí, que yo era demasiado débil, demasiado frágil para arreglar esto.

—Sabes que no vendrá —le dije con mi voz más comprensiva—. Ya hemos hablado al respecto. Ya no vive aquí. ¿Lo recuerdas? Hace años que no forma parte de nuestra familia.

Y entonces me fui.

Sólo después, en el trayecto de vuelta a casa, me pregunté si ella no

estaba reprendiéndome, si no intentaba castigarme, si, lejos de estar enfadada, tenía miedo. ¿Estaba protegiéndome? ¿Me advertía para que tuviera más cuidado, para que vigilara y no me atraparan?

Porque ¿no es eso lo que haría una madre?

Tenía miedo por mí. Había mirado en mi interior y había visto que algo estaba roto, había advertido mis fracturas y reconocido que podía no ser la mejor versión de mí misma. Y, a pesar de eso, todavía quería protegerme.

38

Cuando llegué a casa, llamé a Emma pero no contestó, así que vi tres películas seguidas y pedí comida a domicilio, y luego me acosté. Volví a llamarla a la semana siguiente y tampoco contestó, pero no le di importancia, creyendo que probablemente dormía, pues estaba muy débil y se agotaba con facilidad. Además, se aislaba a menudo cuando las cosas la abrumaban.

La llamé de nuevo el lunes después del trabajo y, al ver que no contestaba, decidí pasar por su piso con algo de fruta —de vez en cuando comía unas rodajas de manzana, incluso en sus peores semanas— y para recordarle que la quería y que quería ayudar.

Durante esos tres días, en ningún momento me planteé que tuviera problemas, corriera peligro o pasara algo malo.

Llegué y llamé a la puerta. No hubo respuesta.

La policía más tarde me preguntó si había olido algo, y aunque nunca olvidaré el repugnante hedor, en ese momento no lo advertí.

Pero empecé a sentir miedo. En ese momento supe que había pasado algo.

Bajé de nuevo y busqué al vigilante. Lo habían contratado para que patrullara la zona después de que un joven hubiera muerto apuñalado en el aparcamiento cercano. Estaba encaramado a un muro bajo de ladrillo e interrumpí la película que veía discretamente en el móvil para pedirle ayuda. Él suspiró audiblemente y dijo que no podía hacer nada, que debía regresar al piso con la policía.

Llamé de inmediato a la policía y hablé fuerte, explicando que mi hermana era vulnerable, que había estado hospitalizada hacía apenas unos meses, que apenas salía de casa, y que no podía ponerme en contacto con ella. Me quedé allí de pie delante del vigilante, caminando de un lado a otro e interrumpiéndolo aún más mientras esperaba a que llegaran los agentes.

Me sentí un poco ridícula porque, aunque estaba segura al cien por cien de que algo iba mal, no podía sacudirme el temor —ni la

esperanza— de estar haciendo un mundo innecesariamente.

Llegó la policía, y creo que los agentes también sabían que ella estaba muerta.

Ante su insistencia, el guardia de seguridad se puso en contacto con el encargado de mantenimiento, que nos acompañó hasta el piso.

—¿Quiere esperar aquí? —me preguntó la mujer policía—. Podemos entrar nosotros primero.

Negué con la cabeza.

—No se preocupe. Quiero estar presente.

Sabía que no estaba justificada la pequeña esperanza que todavía albergaba, que ella estaba muerta, y esa vez no quería ser cobarde y mirar hacia otro lado por miedo.

Abrieron la puerta y entré, y entonces lo olí. Ella estaba acostada en el sofá, más hinchada que nunca, con la piel moteada y gris, los ojos muy abiertos, y las moscas pululando alrededor. Una se le posó justo en el párpado.

Me quedé allí parada mirándola mientras la mujer policía pasaba corriendo por mi lado para tomarle el pulso, pero todos sabíamos que no tenía. El encargado de mantenimiento tuvo una arcada detrás de mí y lo oí correr al balcón.

Yo hacía años que sabía que mi hermana iba a morir.

Suena morboso, y tal vez lo es, pero tenía una enfermedad terminal. Tenía una enfermedad de la que nunca se recuperaría. Sólo había un desenlace.

La mujer policía se levantó y negó con la cabeza, luego se acercó a mí, me rodeó la cintura con el brazo y me dio la vuelta para llevarme de nuevo a la escalera.

Y no tuve miedo. Sabía qué esperar. Había experimentado el dolor y estaba preparada.

—¿Quiere que llame a alguien? —me preguntó.

Esta vez no había nadie.

Éstas son algunas de las cosas que tienes cuando hay otras personas en tu vida, cosas que yo ya no tengo: el zumbido constante, armonioso y tranquilizador de alguien a quien le importas; la reacción inmediata de contarle a alguien algo que sale ridículamente mal; alguien a quien llamar desde el arcén de la carretera, el hospital, el asiento trasero de

un coche de policía; la convicción de que nunca estarás muerto en tu cama mucho tiempo sin que alguien se entere porque alguien en algún lugar te estará buscando.

¿Cómo se vive sin todo eso? ¿Sin amor, ni risas, ni amistad ni esperanza?

No quiero saberlo.

No quiero vivir esa vida.

Acabo de tomar la decisión —suena audaz; lo es— de recuperar esas cosas, cueste lo que cueste, para que valga la pena vivir.

No viviré más así.

Lo que significa que las cosas tendrán que cambiar.

La séptima mentira

39

Emma murió hace una semana.

No es tanto tiempo, ¿no?

Yo sigo en estado de *shock*. Debo de estarlo.

Y, al mismo tiempo, creo que ya he alcanzado la fase final teórica del dolor. Sé que ella ya no está aquí, y lo acepto.

Supongo que siempre supe que nunca se haría mayor. Nunca pensé que se convertiría en una de esas mujeres macabras con la piel de papel crepé tendida en la camilla de un hospital. Nunca me pareció posible. Tal vez porque, en muchos sentidos, ya era como esas ancianas acurrucadas en los pasillos del hospital.

Ella pasaba mucho tiempo sola. Yo nunca la había visto tan débil como en esas últimas semanas. Sus huesos parecían tan frágiles. Le dolía la espalda y tenía los nudillos hinchados y artríticos. Le suponía un gran esfuerzo subir la escalera hasta su piso. Decía que eran las caderas. Sufría de una mezcla de dolencias tan compleja que pasó la mayor parte de su vida adulta haciendo precarios equilibrios entre la vida y la muerte.

De modo que hacía mucho tiempo que yo sabía lo que se avecinaba. Podía verlo en las estrellas todas las noches, iluminando la verdad, un momento que estaba por escribirse. No es la peor forma de perder a un ser querido.

Las muertes que se presentan de manera inesperada —los relámpagos sobre un cielo nocturno— son mucho peores. Uno mira por la ventana y lo tiene delante, más brillante que cualquiera de las otras estrellas, cayendo fugaz. No hay tiempo para prepararse o para echar raíces antes de que la tierra se mueva bajo sus pies.

Ésas son las muertes que no se pueden aceptar. Son las más feroces y aterrizan con más fuerza, destruyendo otras vidas y otros futuros, y dejando atrás un reguero de destrucción. Porque lo sientes todo de golpe, en un instante, mientras una vida se desliza por los surcos en la tierra como un líquido a través de unos dedos

entrelazados.

Volví a casa de inmediato después del descubrimiento. Lloré, pero sólo un poco. Y luego me quedé dormida.

Me desperté temprano, demasiado, y me sentí totalmente desestabilizada, como si todas las piezas que habían conformado mi vida antes de ese momento hubieran cambiado de posición durante la noche. Me puse los vaqueros y un jersey y salí a la calle para recordarme que los árboles no se agitaban, que sus raíces no temblaban bajo la tierra y que el asfalto no se despegaba poco a poco de la superficie de la tierra. Quería recordarme que eso no era lo peor, que ya había sobrevivido a cosas mucho más terribles.

Vi que el cielo estaba negro, iluminado tan sólo por la luna que brillaba en lo alto y el intenso y cálido resplandor de las farolas. Marché por la ciudad y me adentré en las pequeñas plazas de barrio escondidas en ella. Los coches estaban aparcados a lo largo de la acera, con las ruedas pegadas a la cuneta. Pasé por delante del restaurante de curry con su letrero de neón destellando ferozmente contra la noche, y del supermercado, con la puerta cerrada con cadena y un tubo fluorescente encendido dentro. Pasé por delante de dos agencias inmobiliarias y tres peluquerías, y comprobé que la ciudad no había cambiado.

Regresé a mi piso y vi motas de polvo flotando en mi habitación y en la cocina, y me puse a limpiar. Porque la vida no reconoce las pequeñas pérdidas individuales. El polvo continúa acumulándose. Me duché y me puse mi pijama favorito, y me senté en el sofá y no me moví excepto para ir al baño, volver a llenarme la copa de vino y prepararme unas tostadas. Me insté a ser paciente, a perseverar, diciéndome que eso también pasaría.

La noche siguiente, arrastré una silla del comedor hasta mi habitación, la puse contra mi armario abierto y subí, y busqué los viejos álbumes que mi madre había hecho décadas atrás, cuando todavía éramos una familia. Los encontré allí arriba, gruesos y polvorientos, encuadernados en cuero rojo.

Me senté en la cama y pasé las páginas, buscando fotografías en las que saliéramos Emma y yo juntas. Había montones. En una se me veía con un peto vaquero y sandalias rosas, sentada en la esquina de

un sillón, sosteniéndola entre mis brazos y sobre mis muslos. Ella debía de tener unas pocas semanas, porque todavía tenía tubos en la nariz que se le enroscaban sobre las mejillas.

Otra había sido tomada con una pared de ladrillos de fondo, las dos cogidas de la mano con el mismo uniforme escolar. Ella estaba de pie a mi lado, y su cabeza me llegaba a la altura del pecho. Había una muy bonita de las dos sentadas en un campo, con rollos de salchicha en hojaldre, sándwiches y galletas sobre una manta a cuadros, ella con un disco volador en el puño y vacas robustas de fondo. Y otra de las dos con un traje de baño naranja a juego en un parque acuático, con toboganes enormes que se retorcían detrás de nosotras. Entonces su pequeño cuerpo era una réplica en miniatura del mío: los mismos muslos rectos y hombros cuadrados. Hacia el final del álbum había dos fotografías de las Navidades. En la primera estábamos sentadas juntas en pijama, rodeadas de regalos amontonados envueltos en papel de colores, con el árbol brillando detrás de nosotras y una sonrisa radiante y emocionada en la cara. En la segunda llevábamos abrigos de lana a juego y botas de agua, y posábamos junto a un muñeco de nieve con una zanahoria por nariz y ramitas por brazos. Y, al final del último álbum, había una de las dos de pie frente a nuestra última casa familiar el día que nos mudamos a ella, entre nuestros padres.

Sabía que necesitaba decírselo a mi madre.

Era miércoles. Nunca la había visitado un miércoles, pero sabía que no debía esperar hasta el sábado. Fui a la estación y subí al tren, y vi mi propia cara reflejada en la ventana, con los ojos rojos e hinchados y la piel abotargada y gris. Me froté las mejillas para darles vida. Intenté no llorar durante el trayecto con la esperanza de que tuvieran mejor aspecto cuando yo llegara.

Pulsé el timbre del mostrador, y la recepcionista acudió y suspiró audiblemente cuando le dije que necesitaba hablar con mi madre y que era un asunto urgente.

—No la esperábamos hoy.

—Como he dicho, es urgente.

—Puede que esté en la sala común.

—No lo creo.

—Hemos asignado horas de visita... —Se interrumpió cuando me volví y eché a andar por el pasillo hacia la habitación de mi madre.

No pareció sorprenderse de verme. Sonrió cuando me senté al pie de su cama; probablemente pensó que era fin de semana. Volvía a llevar esa chaqueta de punto azul, con las mangas enrolladas hasta los codos, y parecía ir con el pijama debajo.

—Necesito hablar contigo —le dije.

Asintió.

—No son buenas noticias.

Ella asintió nuevamente.

—Mamá, son realmente malas, las peores.

Hacía años que no la llamaba «mamá». La palabra siempre había sonado antinatural en mi boca, como si no perteneciera a la mujer que tenía delante.

Ella ladeó la cabeza hacia la izquierda. Asintió de nuevo, esta vez con más vigor, instándome a hablar, a interrumpir ese titubeo innecesario.

—Es sobre Emma.

Me miraba fijamente.

—Fui a verla, como te dije, para comprobar que estaba bien. No contestaba el teléfono. Y cuando aparecí, no me abrió la puerta. Al final tuve que llamar a la policía porque no tenía forma de entrar en el apartamento, y cuando llegaron, abrieron la puerta.

Yo quería que dijera algo, pero ella guardó silencio, así que seguí contándole lo que había sucedido, deteniéndome en los momentos que siguieron, mis pensamientos, mis temores, todas las formas en que podría haber terminado de otro modo. Sabía que ella estaba perpleja, pero no podía callar. Le dije que su hija estaba muerta con palabras que nunca había usado antes, palabras que esperaban dentro de mí pero que había confiado en que siguieran allí siempre.

—Mamá, nos ha dejado. Creen que fue el corazón.

Imagino que por fin lo entendió, porque jadeó y sus ojos adoptaron una mirada frenética y asustada. Abrió y cerró la boca, y se volvió.

Intenté cogerle la mano, pero la apartó.

Intenté hablar con ella, pero se puso a tararear muy bajito, y supe que no escuchaba.

No volvió a mirarme después de eso. Di un paso hacia ella e incliné la cabeza para mirarla a los ojos, pero ella me miró con los ojos desenfocados, como si no me viera.

Sabía que era el fin, que el hongo contra el que había estado luchando los últimos años iba a extenderse sin trabas por su cerebro. Aferrarse a sí misma había sido una gran batalla; requería mucho esfuerzo, todos los días. Y ya no valdría la pena.

Así que me fui.

40

Durante muchos años yo he sido toda la familia que mi madre tenía. He sido su marido, su hija mayor y su hija pequeña. Y, sí, a veces he protestado. Y, sí, es increíblemente aburrido ir a verla todos los fines de semana. Y, sí, era frustrante que nadie más se sintiera lo bastante culpable para hacerlo.

Todos eran tan egoístas... Les importaba un comino. Como lo oyes.

A mí también debería haberme importado un comino. No debería haberme molestado; era una pérdida de tiempo, de paciencia y de vida, pasar ratos con ella y pensar que hacía algo bueno, que era un poco mejor y que me sacrificaba por ella cuando ella no se había preocupado por mí en toda su maldita vida.

Oh.

Lo siento.

¿Te he asustado?

Por favor, no llores.

Descubrí a mi hermana muerta al comienzo de la semana. Y mi madre se refugió en su demencia hace unos días. Así que si alguien debería estar llorando en estos momentos creo que soy yo.

Ella no podía vivir sin su hija pequeña. No podía vivir sólo por mí.

Ha sido una semana muy dura.

Esta mañana he recibido un mensaje de Marnie. Decía que lo sentía mucho, pero que tenía que anular la cena de esta noche, lo que parece ser la norma hoy en día. Su excusa, y siempre hay una buena excusa, algo que es difícil cuestionar, es que Audrey ha dormido mal y la ha tenido despierta toda la noche con más de treinta y ocho de fiebre.

He respondido diciéndole que no se preocupara por mí, mandándole un beso y deseando que se mejorara pronto.

Pero no la he compadecido. Simplemente me he quedado triste. Porque ya no éramos niñas con vasos de papel y un hilo extendido entre las ventanas de nuestras habitaciones. Estábamos separadas, desconectadas, alejadas la una de la otra.

Valerie había hablado de una bola de demolición, como si creyera que había algo en algún lugar que implicaría la muerte de esa amistad. Yo quería que nuestras paredes fueran tan fuertes, resistentes y seguras que nada, ni siquiera algo sólido, pudiera derribar esos ladrillos. Necesitaba reforzar nuestra amistad, apuntalarla y convertirla en algo que pudiera resistir la fuerza de la verdad.

Sacaría a colación los distintos hallazgos de Valerie con toda naturalidad en una conversación, mencionando a unos vecinos ruidosos, y que las paredes y los suelos de su edificio eran tan increíblemente delgados que los sonidos parecían proliferar entre los pisos. Me referiría con tono despreocupado a la semana que me había instalado en su piso, haciendo alusión al rechinar de las tuberías por la noche o al tictac del reloj de su habitación, y fingiría sorprenderme por su inevitable asombro.

«¿Charles nunca te lo dijo? Fue idea suya.»

Le contaría el encuentro en el tren. Le revelaría —y al menos eso sí sería cierto— que esa periodista amenazante me había seguido, e incluso acosado, y le preguntaría si creía que debía llamar a la policía. Valerie. No tendría miedo de pronunciar su nombre. Porque esta vez sería mi historia. Y yo la convertiría a ella en una embustera poco de fiar.

Pero para hacer todo eso necesitaba pasar tiempo con Marnie.

Aunque estaba decepcionada de que hubiera anulado la cena, estaba segura de que tendría tiempo para mí cuando supiera lo de mi hermana, lo de mi madre. Porque si bien la muerte es el separador definitivo, también une. Uno nunca sabe lo querido que es hasta que está en el epicentro de un dolor tan grande que no puede ver más allá de sus bordes. Porque enseguida empiezan a aparecer caras en la parte superior de esas paredes, y pasan tarjetas, cartas, flores y comida. Y esas personas son tu gente y encuentran la manera de rescatarte de allí.

Marnie encontró la manera de rescatarme una vez.

Yo sabía que podría salvarme de nuevo.

Una amistad como ésta es importante. No renuncias a un amor

así.

Valerie también parecía totalmente incapaz de renunciar a un amor como el nuestro.

Hoy me la encontré esperando en el vestíbulo de mi edificio. Yo venía del supermercado y al principio no la vi, pero me llamó por mi nombre mientras recogía la correspondencia. Estaba sentada en una vieja silla de oficina que esperaba a que alguien se la llevara, y daba vueltas dejando huellas sucias en las paredes recién pintadas. Debajo del lóbulo de la oreja izquierda tenía un nuevo tatuaje, un pequeño dibujo de una flor. Llevaba unos pantalones holgados, rasgados por las rodillas, y un jersey negro ajustado.

Dejó de dar vueltas y sonrió.

—Qué alegría verte aquí —exclamó, acomodándose con las piernas cruzadas—. Quería hablar contigo sobre la semana pasada.

—No es un buen momento —respondí junto a los ascensores, sosteniendo la correspondencia contra el pecho.

No me sorprendió encontrarla. La verdad es que debería haberme sorprendido, en un espacio tan mío, pero algo había cambiado entre nosotras. Ahora conocía un poco mejor su obstinación y ella ya no podía desconcertarme de la misma manera.

—Es importante. Me afectó lo que dijiste.

Me reí; no pude evitarlo. Sentí una agradable sensación de alivio, aunque el dolor y la culpa no tardaron en llegar.

—¿Te afectó? ¿En serio?

—En el tren —repuso ella—. Cuando dijiste lo de que estaba celosa.

—¿Y no lo estás? —pregunté.

—Lo estoy —contestó ella—. Pero eso no viene al caso.

Había algo infantil en su sinceridad, en su presencia allí y en la simplicidad de lo que decía. Las semanas pasadas la había rastreado a través de internet, siguiéndola desde sus días escolares —a los dieciséis años había escrito un artículo sobre la vida en los estanques que podía leerse en la página web de la escuela— hasta la universidad, donde había dirigido el periódico del campus. Encontré las primeras plataformas de redes sociales que había usado: sus mejores amigos, sus intereses y la lista de personas que le gustaría

conocer. Averigüé los cambios de pasatiempos, casas y hábitos. A los veintinueve años había empezado con la natación al aire libre. Al menos una vez por semana. Se había mudado a Elephant and Castle a los treinta, al romperse su matrimonio. Desde entonces se hacía un nuevo tatuaje cada cumpleaños; el que tenía en la nuca fue el primero.

Pero quizá lo que llamaba más la atención —algo en lo que no había reparado hasta ese momento— era que todos y cada uno de sus amigos de primera fila, y registrados como tales a los diecisiete años, habían brillado por su ausencia desde entonces. No aparecían en Instagram. No la seguían en Twitter.

—Sólo respóndeme esta pregunta y me iré —continuó—. ¿Cómo seguís siendo tan buenas amigas?

No contesté.

—Vamos. Y ya paro. Ésta es la última pregunta que te haré. Porque no tiene sentido para mí. Tener una mejor amiga, a nuestra edad. Es un poco infantil, ¿no crees?

—Yo creo que es algo bastante especial.

—Pues yo no lo veo así, porque no es real, es...

—¿Tú no tienes viejos amigos? —le pregunté—. ¿Personas que son una parte tan importante de ti que no puedes recordar tu vida sin ellas?

—No, no tengo.

—Eso suena muy solitario.

Ella se encogió de hombros y descruzó las piernas, y dejó caer los pies en el suelo.

—Creo que...

—¿Ni siquiera uno? —insistí.

—Quiero hablar de ti. Eres tú quien me interesa.

—Tú, en cambio, no me interesas —repliqué, sosteniendo la correspondencia delante de mí y tratando de parecer indiferente.

Había una carta del banco y otra de mi universidad. Y una nota garabateada del vecino de la planta baja del edificio, insistiendo en que todos tuviéramos más cuidado y cerráramos bien la puerta de entrada.

Cuando la miré de nuevo, sonreía.

—Pues me estás haciendo muchas preguntas. Te conozco, Jane. Te gustaría que no lo hiciera.

—No me conoces en absoluto —le dije, pero podía sentir cómo el

equilibrio se desplazaba y ella iba tomando el control de la conversación, tirando de mis cuerdas.

Se encogió de hombros.

—Estás sola. ¿Te ha anulado la cena de esta noche? Me pregunto si sabe lo mucho que te molesta. No lo creo. Ella no te conoce tan bien como yo, ya ves. Y...

—Tengo que irme. —Me volví hacia los ascensores y presioné el botón.

Ella se echó a reír.

—Si tú lo dices... Pero si te conozco, y creo que sí, no te espera nadie en ningún otro lugar.

—¿Has terminado? —pregunté, mientras uno de los ascensores chirriaba por el hueco en su lento descenso hacia nosotros.

—Aún no. He venido para decirte algo más. ¿No quieres saber qué es?

—No. —Volví a apretar el botón.

—Eso es mentira. Sé que quieres saberlo.

—Dilo entonces.

Podría fingir ante mí, y ante ti, que era una estratagema. Podría decir que sólo la animé para acelerar la conversación, que le di espacio para que dijera lo que tenía que decir, con la esperanza de que luego se marchara. Pero ella tenía razón, por supuesto: yo quería saber.

—He dejado de seguirte. —Hizo una pausa y me miró—. ¿No merece esto al menos una sonrisa?

—No me importa.

—Ya lo creo que te importa. Estás aliviada. Bueno, eso es todo lo que quería decirte. No es que haya abandonado la investigación. Todavía quiero asegurarme de que Marnie descubre la verdad. Porque hay mucho más de lo que había en mi primer mensaje, ¿no? Hay muchas cosas que ella no sabe. Pero yo ya no tengo prisa.

—Valerie...

—Lo derribarás tú sola.

—Oh, por...

—Y escribiré entonces sobre ello.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Me subí.

—Llámame cuando haya terminado —susurró.

41

Esta semana no he ido a trabajar. Duncan me mandó un correo electrónico furioso acusándome de descuidar mis responsabilidades. Recibí un mensaje de texto preocupado de Peter. No he respondido a ninguno.

Supongo que he estado autocompadeciéndome y hoy ha sido el peor día, la culminación de tantas malas noticias.

No obstante, luego, inesperadamente, las cosas han empezado a parecer un poco más halagüeñas. Justo cuando empezaba a tener hambre y a pensar en comer, he recibido una llamada de Marnie. Estaba frenética, acalorada, agitada, como a menudo está, incapaz de tener una conversación serena y mesurada. Ha dicho que a Audrey le había vuelto a subir la fiebre, que logró pedir hora en el último minuto con su médico, que es realmente bueno, siempre dispuesto a hacer excepciones por un bebé, y que le había diagnosticado infección de oído, y que tenía una copia de la receta, pero que había enviado otra a la farmacia. Y si no me importaría ir a buscarla, que era una farmacia que quedaba entre su casa y la mía, e iba a estar abierta un rato más.

—Por supuesto. Te la llevaré en cuanto pueda.

Me puse los viejos vaqueros y este jersey, y las botas marrón oscuro, y caminé hasta la parada de metro bajo la lluvia, y me senté en un vagón lleno de familias con anoraks goteantes y con las ventanas empañadas por la condensación, y me sentí esperanzada. Porque eso era una buena noticia, ¿no? Allí estaba el reencuentro, el remedio, una forma de reconstruir lo que parecía tan roto.

Sabía con exactitud lo que iba a ocurrir. Imaginaba su cara cuando se enterara de lo ocurrido a Emma: su conmoción, su tristeza. La veía poniendo agua a hervir, pidiendo comida para llevar, y luego decidiendo que el té no era el tónico adecuado, no para esa clase de herida, y abriendo una botella de vino. Audrey se dormiría profundamente —el antibiótico, los analgésicos— y entonces

vaciaríamos esa tristeza juntas.

Pero no fue tan sencillo. Porque fui a la farmacia, siguiendo sus instrucciones, y resultó que había cerrado una hora antes de lo que esperábamos. El letrero en la puerta era preciso —VIERNES: DE 8 A 19 HORAS—, pero de alguna manera los mensajes se habían mezclado y la información se había confundido. Llamé a Marnie. Le dije que iría a su casa, recogería la receta impresa y buscaría otra farmacia. A ella le entró el pánico, porque ¿y si no había otra?, ¿y si no había forma de encontrar el medicamento correcto esa noche? Y yo le aseguré que todo iría bien, e imaginé que más tarde esa noche ella me consolaría a mí.

Subí al siguiente tren, y cuando llegué a su estación había una gran extensión de grises en el cielo, los edificios y el asfalto. Seguí la ruta de siempre a su piso, cruzando el pasadizo y pasando por delante de la pequeña hilera de tiendas. Y todos esos pasos, todos esos momentos, fueron positivos. Ésos eran mis lugares, el camino hacia mi gente. Lloré un poco, lo que no era raro últimamente, pero de una manera extraña, catártica.

Me encontré con tu vecino en el vestíbulo. ¿Te acuerdas del hombre con el maletín que salía corriendo a trabajar el día que naciste? Acababa de regresar de la oficina y estaba parado en la puerta, sacudiendo el paraguas sobre la acera. Me reconoció con una sonrisa y una inclinación de la cabeza aún más imperceptible.

Jeremy me saludó con un rápido ademán.

Tuve la sensación de pertenecer a ese sitio.

Llamé a la puerta y ella me abrió y pareció alegrarse de verme.

—Ya estás aquí —dijo, y sonrió.

Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta color crema, holgada por las caderas pero ajustada en la parte superior de los brazos. Se había recogido el pelo en un moño suelto y, como siempre, los mechones más cortos le caían sobre la cara. Estaba muy guapa.

—Lo siento. Me dijeron las ocho en punto. Estoy segura.

El piso estaba impecable: los suelos brillaban y las superficies estaban despejadas, y no reconocí nada que hubiera pertenecido a Charles.

—¿Algo anda mal? —me preguntó, y se inclinó hacia mí, como para verme mejor—. ¿Has estado llorando?

Supongo que debí de asentir.

—¿Qué ocurre? —me preguntó, llevándome a la sala de estar.

Audrey estaba acostada sobre una estera amarilla en el suelo, sólo con pañal y con las mejillas rosadas y acaloradas.

—Ven aquí —insistió Marnie—. Siéntate. ¿Qué pasa?

Se quedó de pie delante de mí, y miré su cinturón de cuero negro con la hebilla dorada e intenté concentrarme. Ya no lloraba, pero me escocían los ojos. Me pregunté si los tenía rojos o enmarcados por manchas negras.

Me senté en el sofá y me abracé a un cojín gris.

—Ha sido una semana horrible. Emma...

No sabía cómo terminar la frase, pero no hizo falta decir nada más.

—No —dijo ella con un suspiro—. Dios mío. ¿Cuándo? ¿Cómo fue? ¿Por qué no me llamaste?

—La encontré yo.

—¡Jane!

—El lunes.

Marnie paseó por la sala de estar, pasándose los dedos por el pelo y rodeando la mesa de centro. Consistía en unas patas de madera y un cristal y, cuando la miré de cerca, vi que había pequeñas manchas (huellas dactilares, marcas de agua, cercos blancos de tazas y vasos) en la superficie.

—Deberías haberme llamado —dijo—. Habría ido enseguida. No puedo creerlo. ¿Cómo...? ¿Se lo has dicho a tu madre?

Marnie cerró las puertas del balcón y corrió las cortinas. La sala se veía de repente más pequeña, sin las bocinas de los coches y las voces que llegaban de la calle más abajo.

Estábamos sólo nosotras.

—Ya casi no está en este mundo —le respondí—. Fue como si desapareciera en el momento en que se lo dije. Después de eso, ya no me miró. No me escuchaba. Seguía sentada allí, como había estado unos minutos antes, pero se había ido por completo.

—¡Oh, Jane, lo siento mucho! —Marnie se dejó caer en el sofá a mi lado.

—Tiene sentido.

—No lo tiene —replicó ella—. Quiero decir... ¿Cómo va a tener sentido?

—Ella siempre ha adorado a Emma, ¿no? Con demencia o... ¿Qué

más da? Nunca ha estado ahí para apoyarme.

Marnie soltó un gritito desde el fondo de su garganta.

—Qué horrible desgracia. Es terrible. Quiero decir... Pobrecita. Debe de haber sido un *shock* para ti. ¿Has ido a trabajar?

Negué con la cabeza.

—¿Te has quedado en casa? ¿Toda la semana? ¿Sola? ¿Por qué no me...? —Me agarró las manos, y tenía las uñas pintadas de rosa y eran tan largas que me hicieron cosquillas mientras me frotaba los nudillos entre las palmas—. Podría haber estado allí. Podría haberte cuidado. No soporto que hayas pasado por todo esto tú sola.

—No ha sido tan horrible.

—No seas ridícula —dijo, dándome una palmada en el brazo—. Es una locura estar solo después de semejante... trauma. Yo siempre estoy, siempre lo he estado, al otro lado del teléfono. Deberías haberme llamado. Pero ya no importa. Estoy aquí. Estoy aquí. Siempre estoy aquí. ¿Cuándo es el funeral? ¿Irá tu madre? ¿Necesitas ayuda para organizarlo? ¿O con el entierro? ¿Qué puedo hacer?

—He quedado en vaciar su piso mañana. El nuevo inquilino se mudará el lunes. Esperaba que no fuera tan precipitado, pero hay mucha demanda, son tan baratos, ya sabes...

Audrey empezó a gimotear y en cuestión de segundos estaba berreando. Tenía la carita de un rojo doloroso, golpeaba el suelo con sus pequeños puños apretados y agitaba los pies en el aire.

—Oh, lo sé, lo sé —dijo Marnie, apresurándose a recogerla—. Sé que te encuentras fatal, mi pobrecita niña. —Le dio botes sobre la cadera balanceándose lentamente, volviéndose hacia mí y dándome la espalda, pero sin mirarme nunca—. Lo sé, lo sé. —Le sostuvo la mano en la frente—. Oh, mi pequeña, vuelves a estar ardiendo. ¿Qué hora es? —Miró el reloj que colgaba en la pared, con los gruesos números romanos y las delgadas agujas de metal—. Sí, vamos a buscar algo para bajar esa fiebre. Mamá le dará esa receta a la tía Jane y dentro de nada volverás a estar bien.

Desaparecieron en la cocina.

—Jane, ¿puedes buscar una farmacia que esté abierta?

Me dije a mí misma que debía mantener la calma y ser paciente, que no debía darle un significado que no tenía, pese a la sensación de abandono que me llenaba los pulmones y el pánico que me recorría. Me obligué a hacer lo que se me pedía y sólo encontré una farmacia

abierta en los alrededores. Estaba a unos pocos kilómetros del piso, pero no quedaba cerca de ninguna estación de tren y tampoco había paradas de autobús en esa zona. Oía los berridos de Audrey, las tonterías de Marnie —«Ya va. No llores. Mamá está aquí»—, y sentí cómo iba creciendo la ira dentro de mí. Intenté contenerla.

—¿Y bien? —me preguntó cuando regresó, y frunció el ceño cuando le expliqué el problema, que tardaría más de una hora en llegar allí, pues tendría que caminar la mayor parte del trayecto, y tal vez más tiempo en volver.

—Esto es ridículo. Estamos en una de las ciudades más grandes del mundo y no consigo encontrar una maldita farmacia accesible. Está bien. La dejaré durmiendo e iré yo misma. Cogeré el coche. Será lo más rápido. ¿Puedes quedarte tú con Audrey? ¿Te parece bien?

Asentí.

—Perfecto. Dame unos minutos.

Subió la escalera con Audrey, y yo encendí el televisor y busqué algo que me apeteciera ver, y había muchas opciones, pero nada que me pareciera vagamente atractivo. Fui a la nevera y vi una botella de vino blanco, y la abrí, no pensé que le importara, y me serví un vaso pequeño. Miré en los armarios, buscando un DVD o un libro atractivo, pero no podía concentrarme como era debido. Pasaron cinco minutos. Luego diez. Me quedé mirando la pantalla negra del televisor, un vacío oscuro en el centro de la chimenea.

—Está bien —dijo Marnie entrando de nuevo acelerada—. No se ha dormido... Estoy tan cansada que no puedo creer que una de las dos vuelva a dormir algún día; está totalmente desvelada, pero al menos ahora está más tranquila. Ha dejado de llorar y eso es algo. —Fue por la casa cogiendo el monedero, el móvil y las llaves del coche, y lo metió todo en su bolso de cuero negro—. Creo que eso es todo. —Descolgó la gabardina del perchero del pasillo y se la echó sobre los hombros. Señaló la escalera—. ¿Irás a verla dentro de unos minutos? ¿Te asegurarás de que le va bajando la temperatura? Allí tienes un termómetro, uno de esos para el oído. Si se excita mucho, intenta darle de comer. Está en la nevera si lo necesitas. La bolsa para cambiarla está debajo de la escalera, pero creo que hay de todo en su habitación. Bien. Me voy. Volveré enseguida, media hora como máximo. Hablaremos como es debido cuando regrese. Lo siento mucho, Jane. No tardaré.

No dije nada. No se me ocurrió nada que decir. Sentía una enorme desilusión y pensé que tal vez me había enfadado, pero no. Sólo estaba triste.

Entonces subí aquí, a tu habitación.

Y empecé a contarte esta historia.

Porque es algo que mereces oír.

Después de todo, es la historia de cómo llegaste a existir, la historia de tu vida y de las personas que nos han llevado a ambas a este momento. Pretendía hablarte de tu padre, de sus carencias y de su muerte. Pretendía hablarte de tu madre, de su brillantez y de todas las pequeñas formas en que nuestro amor nos ha sostenido a ambas. Pretendía tranquilizarme, refrescar la memoria y hacer que aquella noche fuera menos imperdonable.

Pero no he conseguido nada de todo eso.

42

Hay muchas cosas que te hacen sentir peor cuando deberían hacerte sentir mejor. La comida para llevar, por ejemplo. Es increíble mientras la comes: la fuerte base de tomate de una pizza, el ácido *chutney* de mango con *papadam*, las tortitas de pato crujiente. Pero resulta pesada. Nunca te sientes tan bien como te imaginabas que te sentirías antes de comerla. Yo había previsto que la conversación con Marnie tomara otra dirección. No esperaba sentirme mucho peor después.

Porque creía que la conocía. Si me hubieras preguntado, habría asegurado que podía predecir exactamente lo que respondería en cualquier conversación. Podría decirte, por ejemplo, que le gustaba la hamburguesa poco hecha, con queso extra y, sí, por favor, con tomate. Podría decirte que ponía los ojos en blanco si le preguntabas por sus padres, fueras quien fueses, y fuera cual fuese la pregunta. Podría decirte que entregaba el artículo fuera de plazo, pero que no eran más que unas pocas horas de retraso. Podría decirte que no devolvía las llamadas ni dejaba mensajes, porque era muy probable que no los escuchara. Podría decirte que no podía —por nada del mundo— comer un pepinillo, y que agradecía que te comieras el suyo rápidamente para no tener que verlo en su plato.

Todo eso sería cierto.

Y, sin embargo, esa conversación no fue la que yo esperaba. Yo había escrito el guion, el de las dos partes —su preocupación, su apoyo, cómo fijaría en mí su atención—, y de pronto, sin previo aviso, ella había improvisado.

Me siento decepcionada. Y asustada. Supongo que estoy confusa.

Sé que no te encuentras bien. Y no soy estúpida. Entiendo que es su responsabilidad asegurarse de que tomas la medicación correcta, preocuparse por ti, actuar como madre. Pero interrumpirme en mitad de mi discurso, pasar sin solución de continuidad a algo más, minimizar tan abiertamente mi pérdida... No creo que todo eso lo haga una buena amiga. ¿Y tú?

Me ha enviado un mensaje, hace más de una hora, para decir que la farmacia estaba cerrada, que había un letrero en la puerta en el que decía EMERGENCIA FAMILIAR. ABIERTO LOS LUNES, y que iba a buscar otra, y entonces he desconectado el móvil, porque quería que fuéramos nosotras y nuestra historia, y porque necesitaba espacio para pensar y desentrañar mi angustia yo sola.

Mi padre siempre decía que, cuando te enamoras, debes hacer todo lo posible por querer a esa persona un poco menos de lo que ella te quiere a ti. Es la única forma de protegerse, habría dicho.

Pero es demasiado tarde para eso. ¿Podría salir de este piso en unas pocas horas y no mirar nunca más atrás, no volver a veros a ninguna de las dos? No lo creo. Es demasiado difícil deshacer un amor tan grande. No sabría cómo desenrollar los hilos que se entretejen a través de mis costillas, mis articulaciones y mis músculos. Y, aunque pudiera, no querría hacerlo.

De todos modos, mi padre estaba equivocado. Creo que, si quieres tantísimo a una persona, debes hacer lo que sea necesario para que te corresponda. Y yo la quiero: su candor, su afectuosidad, su aplomo, la luz que irradia de su interior. Nada de todo eso ha cambiado. Pero ya no basta. Ella es cándida, pero solamente contigo; es afectuosa, pero contigo; cariñosa, pero contigo.

Ya no me llega su luz.

¿Me está permitido decir que desearía que tu madre me quisiera tanto como te quiere a ti?

Tal vez no.

Pero es la verdad.

Porque antes me quería. Juntas descubrimos la amistad y nos dimos cuenta de que era algo diferente, mejor que las relaciones que teníamos con quienes estaban obligados a querernos. Descubrimos que era un ancla en nuestras vidas. Y años después la abandonamos. Ojalá pudiera decirte que no cometerás esos mismos errores, pero los cometerás, todos los cometemos. Todos sacrificamos los mejores amores en busca de algo mejor.

Oh.

Oh, no.

Es eso, ¿no?

Yo no sabía que había más. No lo vi.

Pero tengo razón, ¿verdad?

Tiene todo el sentido.

Uno se desliga de su familia y luego de sus amigos, miembro tras miembro, hueso tras hueso, recuerdo tras recuerdo, a medida que deja de ser uno para formar parte de algo distinto, de un amor romántico. Pensé que ésa era la etapa final. No vi que el patrón se repite una última vez. Que no es un hilo, sino un círculo, que una etapa revierte en la siguiente, hasta que se acaba donde se empezó: se vuelve, nuevamente, a la familia.

Uno crea nuevas extremidades y nuevos huesos, y ya no es una persona porque esta vez es realmente dos. Su esqueleto alberga otra vida. Existe dentro de la suya. Y eso nunca se puede deshacer. Esas extremidades y esos huesos, ese nuevo ser, existirán más allá de su cuerpo, y una parte de sí mismo vivirá para siempre fuera de su ser. Su corazón ahora son dos y uno de ellos siempre está en otro lado.

No lo había visto antes.

Pero eres tú.

Tú has desbaratado esta amistad, con tus pequeñas piernas y tus pequeños brazos, y ese pequeño corazón que retumba en tu pecho. Has creado este amor implacable, ingrato y desequilibrado.

Pensé que era yo, algo que había hecho, pero no tiene nada que ver conmigo.

¿Recuerdas a las dos mujeres del comienzo de esta historia? Una erguida y de pelo claro, la otra encogida y morena, disfrutando de la compañía mutua. ¿Recuerdas sus ramas fuertes, sus raíces largas y entrelazadas? He estado observando cómo ese árbol se marchita. Pero puedo reavivarlo. Perdí mi amor romántico y luego aplasté el de ella. Fue la única forma de que retomáramos nuestra amistad. Necesito que seamos más fuertes que nunca y sólo hay una forma de lograrlo.

Necesito hacerlo de nuevo.

Parece excesivo, ¿no? Pero si no hago nada, me veré atrapada en esta vida horrible, atroz, en la que la gente me deja voluntariamente porque no soy un motivo suficiente para existir, y ésa no es la vida que quiero. Sólo hay un camino que me llevará a una vida que valga la pena vivir. Y lo siento mucho, pero tú no estás en ella.

—¡Llámame si hay algún problema! —había gritado Marnie mientras desaparecía por el pasillo metiendo el otro brazo en la manga de la gabardina. Dobló la esquina—. Cuida bien de mi bebé —la oí canturrear.

—¡Lo haré! —grité, y la puerta se cerró de golpe.

Supongo que ésa fue mi séptima mentira.

43

Una vez estuve a punto de tener un hijo.

Recuerdo la noche en que murió. Es posible que fuera una niña, pero siempre me referí a él en masculino. En realidad, sólo lo conocí esa noche.

Habíamos salido a cenar con amigos, un grupo reducido. Yo había invitado a Marnie. Jonathan había invitado a Daniel y a Ben, que eran amigos del colegio; a Lucy, la mujer de Ben, y a Caro, que era la única mujer de su grupo de bicicleta. Fue agradable. Fuimos al restaurante de curris del barrio y pedimos demasiada comida más botella tras botella de cerveza, y acabamos la velada con chupitos de licor. Nos despedimos con abrazos, y Marnie dijo que tenía una noticia emocionante que darme, que teníamos que ponernos al día, que había un hombre y que las cosas iban muy bien, y ¿cuándo podíamos hablar? Caro y su novia iban a emprender a la mañana siguiente una ruta por Francia en bicicleta y ella me prometió que nos mandaría una postal. Ben y Lucy cenarían con sus padres respectivos el fin de semana y, aunque ninguno de nosotros lo dijo, todos sabíamos que él le iba a pedir en matrimonio en las próximas semanas.

Fue una noche corriente: una noche encantadora y magnífica, y corriente. Realmente echo de menos pasear la mirada por una habitación o al otro lado de una mesa y darte cuenta de que estás rodeado de personas que te quieren, te necesitan y te han elegido. Echo de menos lo que es sentirse profunda e inesperadamente afortunado. Hace mucho tiempo que no me siento así.

Esa noche no habría forma de detener la hemorragia. Estaba sentada en el inodoro de nuestro pequeño cuarto de baño de baldosas, y sentía en el estómago unos retortijones fortísimos que me sacudían sin descanso. Tenía el camisón enrollado alrededor de la cintura, y las bragas bajadas hasta los tobillos y manchadas de un rojo intenso.

Recuerdo que las lágrimas me caían sobre las rodillas y me bajaban por las pantorrillas. No había sabido que estaba embarazada, así que supongo que no eran de tristeza, pero estaba asustada y temblorosa, todo mi cuerpo se estremecía. Y de pronto me enfadé. Recuerdo ese horrible ruido, un terrible bramido desde las profundidades de mi vientre, un ruido que retumbó a través de mis huesos y llenó esa habitación fría y desnuda.

Lo recuerdo llamándome.

—¿Jane? —Recuerdo el sonido de su voz: la oigo como si todavía estuviera aquí—. ¿Qué pasa, Jane?

Lo ignoré porque no había palabras para explicarlo.

—Jane, por favor. Abre la puerta.

Seguí callada.

—¡Jane! —gritó—. Ábreme. Ahora mismo.

No lo hice. Unos segundos más tarde, irrumpió en el cuarto de baño en medio de un gran estrépito y caos: la puerta dio unas sacudidas sobre las bisagras y la madera alrededor de la cerradura se astilló y cayó al suelo. Recuerdo que iba con vaqueros azul oscuro. No llevaba puesto el cinturón y le colgaban de las caderas. En el bajo de su camiseta gris había una mancha, creo que de pintura amarilla. Tenía la mandíbula apretada y la mirada fija, concentrada, pero los labios pequeños y asustados.

—Tranquila —dijo arrodillándose a mis pies—. Todo saldrá bien.

Se inclinó y me besó en la coronilla. Era un buen hombre, el mejor. Recuerdo que me tendió las manos y, al darse cuenta de que las mías estaban manchadas de sangre, instintivamente se encogió, pero se obligó a quedarse inmóvil. Porque quería que supiera que, a pesar de lo que estaba sucediendo, todavía me tenía, y entre nosotros había un vínculo, siempre lo habría, y nunca nos fallaría.

Se incorporó y me quitó el camisón por la cabeza.

—Te traeré ropa interior limpia —dijo—. ¿Te parece bien? ¿Puedes quedarte aquí?

Asentí y él sonrió, una sonrisa de lo más delicada que me instaba a no dejarme llevar por el pánico.

Y luego lo oí correr hacia mi tocador. Supongo que no quería separarse mucho rato de mí. Regresó con unas viejas bragas blancas, ya grisáceas, y un grueso camisón de algodón.

—¿Necesitas algo para...? —Echó un vistazo a la ropa interior

limpia que tenía en la mano.

Asentí y señalé el cajón inferior del lavabo.

—¿Esto? —Sostuvo en alto una compresa sanitaria en un envoltorio de plástico morado.

Asentí.

—¿Quieres que...? —Suplicaba con la mirada, diciendo: «Por favor, puedes hacerlo tú sola», y ahora me hace sonreír saber que él lo habría hecho por mí si se lo hubiera pedido.

Se volvió y me limpié entre las piernas, una y otra vez. Continué hasta que me sentí más seca, pero no más limpia. Me cambié de ropa interior y abrí las piernas tensando la tela mientras ponía la compresa. Jonathan sostenía una manopla de franela debajo del grifo. Me limpió las manos, una y luego otra, entre mis dedos y alrededor del anillo que él me había regalado. Me puse de pie y él me pasó el camisón sobre los hombros.

—Necesito unos pantalones —le dije.

—¿También?

Asentí de nuevo.

—De acuerdo. Métete en la cama y te los traeré.

Entré en la habitación con las piernas todavía pringosas, la compresa ya húmeda. Aparté el edredón y me deslicé debajo, sorprendida al verme las manos, tan limpias e intactas.

Jonathan me dio los pantalones de un pijama suyo. Eran a cuadros rojos y verdes, con la cinturilla elástica. Los llevaba siempre: por las mañanas mientras tomaba café y leía el periódico, y por las noches cuando nos arrellanábamos en el sofá viendo películas. Todavía los conservo.

—Pero te los... —empecé a decir.

Negó con la cabeza.

—No importa.

Yo no había sabido que estaba embarazada. Pensé en nuestros fines de semana anteriores, los lugares en los que habíamos estado y las personas que habíamos visto, y me di cuenta de que probablemente había pasado un mes o dos, pero estaba tan ocupada y feliz que no fui consciente del paso del tiempo.

No lo había sabido —en ese momento me costó ponerlo en

palabras—, y me parecía que el solo hecho de no saberlo negaba la experiencia. Estaba triste, pero no podía justificar esa tristeza, porque ¿cómo se puede echar de menos algo que nunca ha existido?

Y, al mismo tiempo, ese algo realmente existió, minúsculo pero existió. Vi a la persona en la que esas pocas células podrían haberse convertido algún día. Vi a un niño que se parecía a Jonathan. Vi a un niño rubio con la barbilla puntiaguda montado en una bicicleta pequeña. Vi a un niño que quería cogerme la mano, que se columpiaba entre nosotros, que crecía por debajo de nosotros, que era querido y lo sabía.

Unas semanas más tarde, Jonathan regresó de su último entreno antes del maratón. Volvía a estar relajado cuando yo andaba cerca; había dejado de interrumpir lo que hacía cuando yo entraba en la habitación y a mirarme cada pocos minutos. Cenamos en el sofá con una bandeja sobre las rodillas y, como a menudo es más fácil tener una conversación con alguien lado a lado, le dije lo que quería. Quería a ese niño que se parecía a él.

Y él sonrió y se volvió hacia mí, y dijo que él también lo quería.

Creo que Marnie habría querido a ese niño. Creo que le habría comprado regalos, habría planeado aventuras con él y le habría enseñado a cocinar. Creo que ella habría sido mejor para él de como yo soy para ti.

No lo creo. Lo sé.

No puedo evitar admitir que me siento un poco emocionada.

Porque, después de esto, sin ninguno de vosotros, ella y yo seremos inseparables.

44

Estás en tu cuna. Te distraes con el móvil que cuelga del techo, las estrellas de fieltro blancas y grises que danzan suspendidas de un cordel. Ella ha dejado esta habitación preciosa, es perfecta para ti. Los estores color crema con esos primorosos pájaros grabados en blanco. Los estantes llenos de libros, juguetes y dibujos de animales de vivos colores en relucientes marcos blancos. Eres muy querida.

Veo a tu madre en ti, en todo lo relacionado contigo. En los pequeños labios rosas que se fruncen en tu cara, haciendo juego con tu pijama entero con pintitas rosas. En el azul brillante de tus ojos. En los puños que se abren y se cierran impacientes mientras esperas un último biberón antes de dormirte.

A tu padre sólo lo veo en tus piernas largas con fuertes muslos. Recuerdo haber observado cómo las suyas lo impulsaban hacia delante en la vida, hacia todas las vías del éxito. Era un hombre afortunado, ¿sabes? Tenía todos los privilegios, una gran fortuna y un encanto que parecía inspirar confianza. Todos querían hacerlo reír y sonreír, ser los que provocaran algo bueno. Es una ventaja increíble ser alguien a quien los demás quieran agradar. Supongo que me habría gustado tener un poco de encanto.

Cuesta creer que nuestro tiempo juntas casi haya terminado.

Quiero que sepas que yo fui la primera en quererte, antes de que alguien más te hubiera visto o empezado a conocerte, yo te vi. Te quise en ese espacio entre la vida y no la vida, cuando cruzaste la frontera entre algo que no era del todo y algo que siempre sería. Pero nunca he llegado a conocerte, nunca he tenido la oportunidad de convertir ese amor inicial en algo más sustancial. Yo quería, la verdad. Había planeado una vida para nosotras.

Te estás quedando dormida. Lo siento; sé que es tarde.

Seré rápida.

No tengo miedo de lo que pueda pasar. Si todo sale mal, y sé que podría suceder, estaré en la misma posición que ahora. Seguiré sola.

Pero ¿crees que a alguien se le ocurrirá cuestionar siquiera otra tragedia en la periferia de mi vida? Yo no.

Como he dicho, yo soy una de esas personas. Supongo que Marnie también es una de ellas.

Este cojín fue un regalo. Perteneció a mi hermana. Se lo regalé yo cuando ingresó en el hospital a los trece años. Lo había hecho yo. Ridículo, lo sé. ¿Me imaginas sentada ante una máquina de coser? El pastel bordado en la parte delantera era una broma. A ella le hizo gracia, aunque mis padres se enfadaron mucho. No podían creer que yo fuera tan insensible cuando ella estaba tan enferma, pero a nosotras nos alegró verlos tan enfadados. Ella te lo regaló cuando naciste. Tu madre ya tenía esta mecedora, de madera blanca, y dijo que necesitaba algo más, algo humano, algo querido.

En fin.

Estate quieta. Ya es suficiente.

Es la hora.

La verdad

45

Tengo el cojín en la mano —la tela áspera, el relleno mullido— y voy bajándolo poco a poco, totalmente bajo control, cuando la puerta principal se abre con tanto ímpetu que gira por completo sobre las bisagras. Choca contra la pared, con la cadena suelta tintineando, y se cierra de nuevo con un sonoro portazo. Hay un momento en que todo se suspende. Y luego oigo sus pasos por la escalera, y enseguida queda claro que ocurre algo, porque son rápidos y pesados, y ella ni siquiera tiene cuidado de evitar los escalones que crujen, los que pueden despertar al bebé.

Cuando aparece en la puerta, tiene un aspecto desastroso. El pelo le cae sobre la frente, pegado a la piel. Está colorada, y sus ojos húmedos, desorbitados e inyectados en sangre parpadean como una mariposa en vuelo, con las pestañas aglutinadas por las lágrimas. Intenta respirar y recobrarse, pero no lo está consiguiendo, y el sonido que brota de sus labios es débil, apenas un gemido.

Corre hacia la cuna, y de su gabardina caen gotas de agua sobre mi jersey, traspasándolo.

—¡Jane! —Está gritando—. ¿Qué has...? ¿Audrey? —Se inclina sobre la cuna—. ¿Mi vida?

Lleva el cinturón de la gabardina desabrochado; le cuelga alrededor de las pantorrillas, goteando agua sobre la moqueta. Al rodear a su hija con las manos para cogerla, se le cae del bolsillo algo que rueda sobre el colchón. Me acerco para verlo mejor y siento un estallido en el pecho.

Es un móvil.

Y en la pantalla sale esta habitación.

Y salgo yo, en miniatura. Me acerco a la cuna, para sostenerme en la barandilla, y mi imagen reflejada también se acerca, moviéndose al unísono.

—¿Qué pasa?

Pero no debería haber preguntado, porque ya estoy recorriendo

la habitación con la mirada buscando la cámara, la contraparte. Y allí está, otro móvil colocado en un estante junto a animales de peluche y libros amontonados.

El *shock* es algo inimitable, un virus que me sube del estómago como el ácido, removiéndome por dentro.

—Te he oído, Jane. He oído todo lo que has dicho. Me he conectado en la farmacia. Quería ver si ella estaba bien. Te he oído durante todo el trayecto hasta casa. Y si no me hubiera dado prisa... —Cierra los ojos con fuerza y se muerde los labios—. Hablabas de Charles, de la noche en que murió, y luego... —Un estremecimiento le recorre el cuerpo y Audrey, en respuesta, gorjea dando patadas, y se le sacuden los muslos y le aparecen hoyuelos.

—No es lo que crees... —Pero no hay palabras para terminar la frase, no hay forma de deshacer lo que ya está hecho.

—No —susurra ella—. ¿Otra mentira? ¿Es eso lo que estás buscando? He sido tan...

—Marnie, yo...

—Lo he oído todo, Jane. Que saliste del trabajo temprano el día que él murió. Fue un alivio tan grande que estuvieras aquí, oír tu voz en esta habitación... Y luego, ¿qué has dicho?... Ah, sí, que tenías una llave. Y a mí no se me ocurrió cuestionarlo; siempre he pensado lo mejor de ti, nunca he dudado, ni una sola vez en..., ¿cuántos?, ¿veinte años?

—Puedo explicarlo, yo...

—Jane.

Me estremezco ante el sonido de mi propio nombre, como el ladrido de un perro, pues le sale del fondo de la garganta. Entonces veo que no hay forma de disfrazar la verdad: no hay más mentiras.

—Me gustaría que soltaras el cojín —me dice.

Todavía lo tengo en la mano, junto al muslo, y lo dejo caer al suelo.

Ella sale del cuarto con la niña. Fuera está muy oscuro, las farolas sólo proyectan diseños sobre la acera, y la habitación resulta inquietante sin ellas. Siento el comienzo de un dolor tremendo expandiéndose dentro de mí, pero es demasiado pronto para contemplarlo en su totalidad. La sigo.

Está en lo alto de la escalera, mirando hacia abajo. Le tiembla la manga de la gabardina, muy poco, es casi imperceptible, pero sé que

ella también lo siente: este miedo inexplicable.

Cada una ha sujetado los hilos y moldeado la forma de la vida de la otra. Es aterrador vivir con algo así, y aún más perturbador perderlo. En este momento hay esperanza dentro de mí.

Audrey suelta un gorjeo que suena casi a risa y se enrolla un rizo rojo en el puño. Tira de él y Marnie se vuelve de nuevo hacia mí. Sus mejillas rosadas están llenas de vetas de rímel. Tiene los ojos hinchados y los bordes de sus labios apenas se distinguen de la piel de alrededor.

Conozco esas facciones hasta el último detalle. Pero por alguna razón la veo sorprendentemente como una desconocida. Hay algo nuevo, algo más.

—Vete —dice al fin—. Largo de aquí.

Después

Cuatro años más tarde

46

Jane está sentada en su coche —en estos años ha aprendido a conducir — y se ha parado entre el patio del colegio y las vías de tren. Lleva horas despierta, desde las tres o las cuatro de la madrugada, y todavía es temprano. El sol da en el parabrisas, y se eleva poco a poco entre los bloques de oficinas del final de la calle. Se recuesta en su asiento y se echa la manta del asiento trasero sobre las piernas. Un tren pasa traqueteando sobre las vías con gran estrépito; es uno de los primeros del día. Las ventanas vacías se ven borrosas.

Se recuerda viajando continuamente en tren, y ahora se siente aliviada de vivir en la periferia, en un pueblo que está a tres paradas del final del trayecto, y de tener poca necesidad de ir a la ciudad. Es propietaria de un piso —lo que su hermana habría aprobado—, en una mansión remodelada dividida en siete viviendas y decorada en grises y blancos apagados. Le gusta la siniestra mezcla de lo antiguo y lo nuevo: la chimenea con su simetría perfecta, los elegantes electrodomésticos blancos de la cocina, el parquet de plástico. Espera que haya historias ocultas en las paredes, secretos silenciados por una capa de yeso y otra de pintura fresca.

Sus propios secretos están muy callados ahora. Hubo un momento desalentador, justo después de que las cosas se desmoronaran, pero conservó el aplomo. Le dijo a la policía que no había dicho nada de todo eso —«¿Una confesión? ¡Desde luego que no!»—, y que era una pena que esa aplicación de monitoreo de bebés no se hubiera diseñado con la opción de grabar, que sólo permitiera a los padres mirar y oír una transmisión en vivo, pero, aunque se hubiera grabado, le habría dado la razón a ella.

Siempre había sido una excelente mentirosa.

Marnie había insistido durante varios meses, rogándole a la policía que continuara investigando, que perseverara, que abriera una investigación oficial, pero no había pruebas, le dijeron, y era la palabra de una mujer contra la de otra. Habían llamado a Jane por

segunda vez, probablemente sólo para atender las quejas de Marnie, y poco menos que se disculparon por volver a hacerle preguntas. Al final del interrogatorio hablaron sobre la pérdida y el duelo, y cómo la mente era algo poderoso. Y Jane asintió, y no hizo falta que retorciera la cara en un gesto de dolor, porque su dolor era genuino.

Hay té en un termo en el hueco para los pies y ella toma un sorbo. Todavía está caliente. Observa cómo un hombre con un grueso abrigo de lana pasa por delante en su coche, pone el intermitente y se detiene a las puertas del colegio. Baja la ventanilla, saca la mano con un pequeño llavero y las puertas metálicas se abren. Después de eso, las calles se vuelven mucho más concurridas. Los que viajan en tren pasan camino de la estación. Los profesores aparcan sus coches y sacan montones de papeles del asiento del pasajero y se apresuran a entrar en el calor de sus aulas. Es el primer día del trimestre y se respira un aire renovado.

Jane siempre está buscando un pelo cobrizo intenso, ondulado en tirabuzones rojizos y dorados, y con mechones sueltos alrededor de la cara. No busca un pelo negro y corto, y aunque lo ve en todas partes, nunca es lo bastante oscuro ni lo acompaña ese tatuaje. Escudriña a los colegiales que empiezan a llegar, pero todos son un poco mayores y van con sus padres, que se despiden rápidamente en la puerta. Jane se hunde un poco más en su asiento, doblando las piernas, consciente de que las personas pasan demasiado cerca de su coche: los niños en patinete, los padres haciendo malabarismos con bolsas y bebés.

Levanta la vista y allí está: Marnie se acerca al colegio desde el otro lado de las puertas. Lleva unos pantalones negros holgados y recortados a la altura de los tobillos, y zapatillas de deporte blancas y relucientes. Se sujeta el abrigo azul por el cuello para cerrarlo bien y camina como siempre lo ha hecho: decidida, segura, sin miedo. Está hablando, y Jane siente una repentina oleada de envidia, porque está muy familiarizada con el movimiento de esos labios, el ascenso y la caída de esas mejillas, el desplazamiento enérgico de esa mandíbula.

Audrey camina al lado de Marnie con un abrigo rojo y unos zapatos negros brillantes. Jane cree que se ha cortado el pelo; su pelo rojizo se balancea a la altura de la barbilla. Lleva una pequeña cartera roja y una boina.

Jane también la tiene. Hace unas semanas siguió a Marnie y a Audrey hasta The School Shop, en la calle principal. Marnie salió con

bolsas de uniforme, y Audrey iba delante dando saltos emocionada con esa boina. Y entonces Jane entró y también se compró una, comentando que su hija la había perdido el año anterior. Quería pasar los dedos por el tosco fieltro.

En la puerta principal, Marnie se inclina y le dice algo a Audrey. Levantan la vista hacia la profesora, que sonríe dando la bienvenida a los nuevos alumnos y tranquilizando a los padres. Marnie está nerviosa. Jane lo ve en sus labios fruncidos, en sus manos en las caderas. Ella quiere estar al lado de su mejor amiga, porque sabe que en momentos como éste la necesita.

Audrey no parece en absoluto preocupada. La profesora insta a Marnie a irse con gestos para que la niña entre, y ella se aleja de mala gana. Se da media vuelta y dice adiós varias veces con la mano antes de llegar a la esquina y desaparecer.

Entonces Audrey empieza a verse un poco perdida. Mira todo lo que la rodea.

Jane no recuerda su primer día en la escuela primaria. Está bastante segura de que Audrey tampoco recordará ese día dentro de veinte años. Pero, si lo hace, parece poco probable que recuerde que levantó la vista y vio a una mujer sentada en un coche rojo, mirándola. No recordará que esa mujer sonrió y saludó con la mano.

Que siempre sonríe. Que siempre saluda con la mano.

Siete mentiras
Elizabeth Kay

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Seven Lies*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
© Imagen de la cubierta, Study 6, Ivana Besevic

© Elizabeth Kay 2020
Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2020 por Sphere

© por la traducción, Aurora Echevarría Pérez, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2020

ISBN: 978-84-08-23361-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Planeta Realización

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!